

ADRIÁN PONCE

DETRÁS -DE LAS- RUEDAS



Detrás de las Ruedas

Por Adrián Ponce

Copyright © 2019 Adrián Ponce.

Todos los derechos reservados.

<https://adrianponce.com>

Contacto: adrian@adrianponce.com

1a. Edición digital, 2019.

Responsable de la edición: Adrián Ponce

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Acerca del autor](#)

[Contacto](#)

Capítulo 1

La risa salió más fuerte de lo que me hubiera gustado, y es que no lo pude evitar; la idea de haber esperado todos estos años lo que sucederá en las próximas 24 horas y, en realidad, nunca ponerme a pensar en cómo sería la noche anterior, me parece demasiado irónica. Por suerte no hay nadie lo suficientemente cerca como para escucharme, no me gustaría tener que explicar —o encubrir— el porqué de una risa que un oído atento habría identificado, tal vez un poco confundido, como “felizmente triste”.

Casi me sorprende la sonrisa profundamente sincera que ahora le sigue; también sé perfectamente el origen de esta, y a diferencia de lo sucedido hace sólo unos segundos, estaría encantado de decir, cuantas veces fuesen necesarias y posibles, lo que alimenta a este alegre acomodo de músculos faciales. Pero ella lo sabe, estoy seguro, y con eso basta.

Aunque ha sido un gran día y me cuesta mucho pensar en una manera mejor de haber pasado mi “última noche”, en realidad no es muy tarde; apenas pasa de las 11 PM, algo temprano como para que ya esté en mi cama y me disponga a dormir. De nuevo, hasta hace unos meses esto sólo habría podido significar algún malestar, un cansancio extremo o que me hubiera quedado sin nada que ver en YouTube. Pero hoy no, hoy me dormiré temprano para mañana estar con las energías al máximo y, de paso, para que mi noción del tiempo transcurra más rápido. La verdadera cuestión aquí es si podré hacerlo; nunca me había preguntado qué tanto sería capaz de dormir la noche anterior, aunque supongo que en esta situación a cualquier persona “normal” le costaría trabajo conciliar el sueño.

Ya es cerca de medianoche y me doy cuenta de que nuevamente mis pensamientos no dejan de navegar en el pasado, en cómo era y me sentía antes de que todo esto pasara. Cambio a una posición que renueve la comodidad, cierro los ojos y pienso en ella esperando que eso me ayude. No sé si algún día dejará de sorprenderme cómo he cambiado, todo lo que hemos vivido y lo mucho que nos espera por vivir. “Casi me sorprende...”, recuerdo y abro los ojos. No sé si soy consciente de cuándo dejé de dudar, cuándo dejé de contar y atesorar los días para cuando estos acabaran, cuándo se adueñó de mi confianza absoluta. Otra sonrisa nace en mi rostro, esta vez más tenue, esta vez más profunda, casi como si quisiera que mis labios no supieran de su

existencia.

—Gracias —susurro en la moribunda soledad, estando seguro de que, de alguna forma, ella sabe que le estoy hablando.

Y casi como una respuesta inmediata, de la manera en que sólo ella es capaz, de mí se apodera una completa calma y, poco a poco, el sueño encuentra su camino. Al fin mi consciencia empieza a dirigirse hacia mañana por la vía rápida. Ahora, estando en el refugio del tiempo, el que antes también era mi escape de la aparentemente injusta realidad, sólo queda que el mundo espere, que los minutos busquen a otra persona a quien parecerle horas y que el reloj marque las 6 de la tarde.

Mañana, mañana es el día de nuestra boda.

Los pronósticos no se equivocaron, por la ventana entran unos cálidos rayos de luz, de esos que acarician la piel sin atreverse a calentarla demasiado; es como si el sol deseara tener un lugar en los recuerdos de este día.

¿Qué hora es? Me embarco en la tarea de incorporarme y me golpeo la mano un par de veces contra la pared al tratar de quitarme las sábanas. Tal vez alguien más se hubiera quejado o al menos hecho una mueca de dolor, pero yo apenas soy consciente de que me acabo de pegar. Ya estoy sentado y veo en el reloj que son las 9:11 AM. Al parecer, mi “hazaña” no ha pasado desapercibida. Alguien se acerca a abrir la puerta de mi habitación.

—Buenos días.

—Buenos días —le devuelvo el saludo a mi mamá tratando de igualar su sonrisa y tono alegre—. ¿Hice mucho ruido?

—No, en realidad no. Andaba cerca del cuarto para venir a ayudarte justo cuando te despertaras.

—No necesito tanta ayuda y lo sabes, mamá —digo con cuidado, no queriendo despremiar su gesto de atención.

—Lo sé perfectamente, sólo es que hace años lo hacía cada mañana y hoy quería hacerlo por última vez. —La alegría no se va de su voz, pero su rostro comienza a reflejar cierto aire de nostalgia.

Se acerca para sentarse a mi lado en la cama, por lo que recargo mi cabeza en su hombro, con mi brazo izquierdo toco su espalda y con mi mano libre, con cuidado, concentrándome en cada movimiento para no lastimarla, tomo la suya.

—Nunca pensamos que esto pasaría, ¿verdad? —La pregunta sale de mi

boca sin ningún reproche, más bien está llena de comprensión y con una pizca de orgullo, diría yo.

—Antes de su cena de cumpleaños, tal vez no realmente. Quiero decir, como madre deseo que tus hermanos y tú tengan todo lo que una vida plena significa, sobre todo tú; y sabiendo que, de una manera u otra, tus hermanos podrían conseguirlo sin tanta ayuda de mi parte, mi prioridad siempre ha sido darte todo cuanto esté en mis manos. —De pronto su rostro y sus palabras toman un rumbo inesperadamente serio—. Pero, siendo honesta, en el fondo, aunque nunca lo quisiera reconocer, pensaba que si en tu vida algo no dependía de mi o de tus hermanos, si había algo en lo que no pudiéramos intervenir, entonces ese algo nunca sucedería. —No sólo creo que esta es la primera vez que esas palabras salen de su boca, sino que incluso es la primera vez que se permite siquiera pensarlo abiertamente.

Hay unos segundos de silencio antes de que mi mamá diga algo más.

—Perdón... —Su voz va desapareciendo mientras pronuncia esa palabra, tan corta y a la vez la única que parece existir durante este par de segundos.

Y aquí está, el último pendiente de mi lista, el gran jefe final. Aunque me hubiera gustado estar más preparado, o al menos más despierto, la idea de comenzar el día con este asunto resuelto me motiva; pero aún queda un largo camino para eso.

¿“Más preparado”? No es como si no lo hubiera intentado, sucede que por más que lo pensé nunca se me ocurrió una respuesta justa, honesta y convincente.

Comienza a preocuparme la demora en darle algunas palabras que alivien su pesar, pero al ver una lágrima rodar por su mejilla mi boca empieza a moverse sin pedirle permiso a la razón.

—Siempre lo supe —inicio sin saber cómo terminarán estas palabras, y justo cuando la culpa en el rostro de mi mamá resulta más evidente, todo tiene sentido y los sentimientos se hacen tangibles uno tras otro—, y nunca te culpé. La mayoría del tiempo yo era el primero en dudar de mí, en más de la mitad de las veces quise rendirme antes de intentarlo, pero cuando giraba para dar marcha atrás ahí estaban ustedes, los veía siempre apoyándome. No bastaba con ayudarme en todo, nunca dejaron de creer en mí. ¿Cómo podría hacer algo más que seguir adelante y darlo todo hasta el final? Muchos dicen que soy muy valiente y perseverante, cuando en realidad sólo soy alguien cuya familia lo ha apoyado incondicionalmente.

Después de tanto buscarlas, estas eran las palabras exactas. Al voltear

noto una nueva lágrima caer hasta sus manos, pero esta vez va exclamando alivio y el rostro de mi mamá ha vuelto a cambiar. Creo que trata de ahogar un suspiro.

—Sé que en la tarde lloraré a mares, y si empiezo desde ahorita dudo mucho que mis ojos lleguen a la noche. Así que mejor dime, ¿qué quieres desayunar?

Aunque sabiamente omite cualquier referencia a un “último desayuno”, todavía hay una cosa más que necesito confirmar.

—Mamá...

—¿Qué pasa? —pregunta extrañada por mi repentino tono de seriedad.

—¿Cumplirás nuestra promesa?

—¿Te muestro los boletos del primer viaje? —Me responde con un aire desafiante.

“Primer viaje”, casi son las mejores palabras que podría escuchar hoy.

—No —le respondo con una sonrisa—. Pero no vayas a ligar con el primer tipo que se te cruce por el camino.

—¿Entonces a qué voy? —Me guiña un ojo mientras se levanta de la cama.

“A buscar tu propia felicidad de nuevo, por favor”, quisiera decirle, pero algo en su nuevo rostro me hace sentir que no es necesario. Si alguien está escribiendo esto, gracias por hacerme tan feliz.

—¿Desayuno? —Vuelve a preguntar esperando una respuesta.

—Ya te levantaste —afirma Franco para sí mismo, que iba pasando afuera de mi puerta.

—Difícilmente se puede dormir hasta tarde un día como hoy —le contesto bromeando—. Ya lo verás cuando te llegue el momento.

—Probablemente me lleven dormido en la limosina y me cambie en la iglesia faltando diez minutos —comenta siguiéndome el juego.

—Ppfff, cinco, ¡sé más extremo! —Lo aliento.

—¡Qué gracias! —exclama mi mamá fingiendo un regaño y tratando de no reír—. Hay que ver lo del desayuno para poder alcanzar a comer antes de arreglarnos.

—¿Para qué lo quieres complicar? —dice Franco cruzando mi puerta para ponerse junto a nosotros—. Ya casi son las diez, mejor tomemos algo y vayamos a comer más al rato. Así no nos arriesgamos a que se nos haga tarde, no vamos recién comidos y desquitamos la cena de la fiesta.

—Me gusta la idea, para eso se pagó —bromeo poniendo una cara

despreocupada.

—Entonces hay que medio arreglarnos para salir a almorzar en una hora —concluye mi mamá—. ¿Y tu hermano?

—Supongo que en su cuarto —responde Franco—. Ve a hablarle en lo que cambio al novio; hoy sólo una mujer lo puede ver desnudo y esa no eres tú —dice sacándola cómicamente del cuarto mientras mi mamá pone una cara de falsa vergüenza.

—¿Pero a dónde vamos a comer?! —Alcanza a gritar mirándome por la cada vez más pequeña abertura de la puerta.

—¡A un lugar donde haya algo que nos guste a todos! —respondo sin darle mucha importancia, con la puerta ya cerrada.

—Te volverá a preguntar apenas te lleve a la silla —comenta Franco mientras camina hacia el mueble de mi ropa.

—Ahorita no tengo cabeza para elegir un lugar para comer. ¿Alguna sugerencia?

—¿Qué tal unos mariscos? No son muy pesados y te pueden hacer falta en la noche. —Trata de reforzar la broma con una cara juguetona.

—No quiero que mi primera deuda de casado sea una cama de hotel... o toda una habitación —respondo con tanta seriedad como me es posible.

Se le escapa una risa que ya no lo deja seguir poniendo en duda mis capacidades sexuales.

—Bueno, entonces vayamos al buffet de siempre. No está muy lejos y a todos nos gusta.

—Un asunto menos —festejo.

—Ahora falta tu ropa. Te pondré algo sencillo, a cabo te cambiarás de nuevo en un rato más, ¿de acuerdo?

—Sí, con que no parezca como recién levantado bastará para salir.

Elige el primer atuendo que combina un poco y se acerca para empezar a alistarme.

—Hasta el último segundo —menciona aparentemente esperando que le encuentre sentido a su afirmación.

—Aún tenemos tiempo; no me... —mi cara pasa por toda mi playera para quedarme semidesnudo—, levanté tan tarde. —Intento improvisar con lo primero que se me ocurre.

—Me refiero a la boda —resuelve el misterio mientras continúa desvistiéndome—. Si te arrepientes, sólo me tienes que decir y te sacaré de ahí, aun si se supone que tus siguientes palabras deberían ser “sí, acepto”.

Me veo tentado a reafirmarle mi amor por ella, pero su expresión me dice que no está dudando de eso, que, de hecho, no está dudando de nada. Es como si únicamente quisiera hacerme saber que no estoy obligado a casarme, que tendré otra opción hasta el último segundo.

—Gracias —contesto tan sincera y dulcemente como el estar casi desnudo me lo permite.

Alguien golpea tres veces mi puerta.

—Pasa. —Le digo a Pedro.

—¿Las interrumpo, señoritas?

—Sólo le falta el maquillaje —responde Franco moviéndose de manera exageradamente femenina hacia los cajones de mi ropa.

—Pero se me acabó y te quería pedir un poco del tuyo. —¿De verdad creyó que saldría limpio de su broma?

—Buenos días. —Se acerca Pedro y me abraza mientras la risa aún hace eco en su rostro—. ¿Lo termino de alistar mientras te cambias?

—Ya está listo para ir a comer. El verdadero cambio será hasta después de que regresemos.

—Buena idea, así no hay peligro de que enamores a otra antes de la boda. —Me dice Pedro guiñando un ojo.

—Les tengo que dejar alguna oportunidad a ustedes de vez en cuando, ¿no?

—Hablando de oportunidades —de pronto, Pedro se escucha un poco más serio—, si te arrepientes...

—¿Puede contar contigo hasta el último momento? —Lo interrumpe Franco—. Ya se lo dije yo —presume con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero ahora con dos la huida será más grácil y rápida —señala Pedro intentando aprovechar la inspiración que todavía le queda.

—¿Tú lo subes al carro y yo manejo?

—¡Directo al mejor “strip club” de la ciudad!

—Por lo menos usaríamos los trajes para algo. —De nuevo no es necesario mencionar que es imposible que no me case hoy, y opto por seguirles el juego.

—Entonces deja te llevo a tu silla en lo que se cambia. —Me dice Pedro.

—No me tardo —afirma Franco mientras se va a su cuarto.

Al terminar de acomodarme en mi silla, estoy seguro de que sólo es cuestión de tiempo para que se cumpla la predicción de mi hermano. La sala

se siente fresca y tranquila, con la luz central prendida y acompañada sólo por unos pocos sonidos del vecindario. Niños jugando en la calle, un auto encendiendo su motor tal vez para llevar a una familia a su paseo del sábado y fragmentos de pequeñas conversaciones se escuchan a lo lejos. Supongo que lo especial de un día depende de detrás de qué puerta estés. Hoy una puerta café separa mi historia de la del resto del mundo, una historia que hasta hace un par de años ni siquiera yo creía posible.

—¿Ya decidieron a dónde iremos a comer? —pregunta mi mamá apartando la mirada de su celular.

Está sentada en un sillón a un metro de mí, ya con su taza de café sobre una pequeña mesa justo enfrente.

—Llegué y sólo hablamos de maquillaje y strippers; me perdí la parte de la comida —bromea Pedro llevándose las manos a la cabeza mientras se sienta en la silla que puso a mi lado e ignora la falsa mirada de desaprobación que cae sobre nosotros.

—Es sólo un “plan de emergencia” —aclaro antes de que mi mamá se lo tome en serio, restándole importancia con un gesto de la cabeza.

—Graciosos... —Trata de fingir un regaño, pero al final se asoma una sonrisa que le borra toda seriedad.

—Pensamos que ir a La Tía es lo más fácil —les menciono para terminar con el tema—, ahí comemos bien y no nos arriesgamos a que se nos haga tarde.

—Entonces voy y traigo tu cepillo y agua, para que puedas tomar algo en lo que baja Franco y nos vamos. —dice mi mamá después de mostrar que está de acuerdo con la idea.

—Yo voy por todo —Pedro detiene el movimiento de mi mamá con un ademán con la mano y se levanta para ir a la cocina—. ¿Tequila o cerveza?

—Un destornillador, pero sólo con el jugo de naranja. —Le respondo y sale a su misión con una risa en los labios.

Como si se tratara de un bucle, de nuevo estoy sólo con mi mamá, esta vez en la sala de la casa; seguro que Franco bajará antes de que Pedro me traiga el agua y el cepillo.

—¿Estás nervioso? —Me pregunta mi mamá con una mirada que busca relajarme.

—Por casarme, no; pero sigo sin ser gran fan de la boda. —No puedo negar que, aunque ya no es un problema, la posibilidad de entorpecer la ceremonia no me emociona mucho.

—Seguro que saldrá muy bien, y en caso de que surgiera cualquier cosa, lo solucionaremos entre todos —afirma con una tranquilidad que se contagia—. Además, ella me contó que ya tienen todo controlado, incluso lo de los anillos.

Hace unas semanas que solucionamos ese tema, pero no sabía que se lo había dicho a alguien, aunque ella y mi mamá son tan cercanas que no me sorprende que lo sepa.

—Y yo que pensaba ofrecerme a relevarte si tenías problemas al momento del “puede besar a la novia” —bromea Pedro al volver con todas las cosas, más un pan dulce ya en su boca.

—Lo tuyo es escuchar e interrumpir conversaciones, ¿no? —Le pregunto aún riéndome de su comentario.

—Eso y la arquitectura son dos de mis grandes pasiones —contesta con los ojos llenos de emoción.

Este momento de humor rompe con el ambiente algo denso que se estaba formando, ahora siento mi cuerpo de nuevo relajado y tengo una expresión alegre.

—Queremos casarnos el uno con el otro —les digo muy tranquilo, retomando el tema, casi sin verlos—. Trataremos de que todos puedan ver y disfrutar nuestra felicidad, pero lo que más nos importa es salir por la puerta como marido y mujer. Mientras eso suceda, se puede caer el techo en mitad de la ceremonia y nosotros la seguiríamos recordando como una boda perfecta. —Me tomo la libertad de repetir sus palabras a mi manera.

—Entonces no hay por qué estar más nervioso de lo normal —comenta mi mamá con el jugo de naranja ya en la mano, mientras Pedro empieza a lavarme los dientes.

—Creo que cualquiera estaría nervioso el día de su boda, tal vez yo ni siquiera pueda salir del baño cuando esté en tu lugar —afirma Pedro poniendo su mano en mi hombro.

—¿Entonces todos los días practicas para eso o qué? —Se escucha la voz de Franco terminando de bajar las escaleras—. Porque en las mañanas hasta aquí olemos “tus nervios”.

Tengo que hacer un esfuerzo para no reírme y escupir toda el agua antes de tiempo, así que sólo le dirijo una mirada de agradecimiento a mi hermano por no haber dejado que se desperdiciara la oportunidad de hacer ese chiste.

—¿No me esperaron para tomar algo? —pregunta Franco ya en la sala fingiendo una cara de decepción.

—Sólo hicimos algo de tiempo en lo que bajabas. En la cocina te dejé café, pero si prefieres jugo, toma este y le traigo otro a tu hermano. —Le ofrece mi mamá mientras extiende el vaso.

—Pedro hizo que se me antojara un poco de pan, así que mejor iré por ese café.

—No coman mucho porque al rato no van a tener hambre —advierte mamá, aunque probablemente su intento sirva de poco.

Terminado el pequeño almuerzo, todo sucede como en cualquier otro día, sin despedidas ni comentarios dramáticos, sin que sea el final de nada, casi como si fuéramos a ir a una cena normal. Y es que, en realidad, en un par de semanas, cuando regresemos de viaje, no pasará mucho tiempo para que volvamos a estar aquí, los cinco, continuando lo que empezó hace más de un año. Después de todo, sólo estaremos a unas cuantas calles de distancia.

Ya en La Tía encontramos una mesa fácilmente; Pedro le pide a un par de personas que muevan un poco sus asientos mientras Franco me lleva en mi silla a los que, durante la siguiente hora, serán nuestros lugares. Después de esperar unos minutos, mi mamá llega a la mesa con un par de platos, de los cuales uno tiene lo que siempre suelo comer aquí, y ahora mis hermanos probablemente van a llenar los suyos con varios de sus platillos favoritos.

Mi familia intercambia comentarios entre algunos bocados, más que nada para ponernos al día acerca de las últimas cosas que han pasado. Franco nos cuenta que sigue mejorando en sus estudios, y al parecer en unas semanas Pedro tendrá la oportunidad de presentar formalmente su propuesta para ver si por fin pasa a ser un estándar en sus próximos proyectos. No participo mucho en la conversación porque, bueno, la comida en mi boca siempre gana la batalla y capta buena parte de mi atención, pero con un par de miradas y gestos les hago saber lo mucho que me alegro por lo bien que les va. Mamá también nos cuenta que ya está lista para viajar, hasta compró varios trajes de baño, ropa y lencería por si... palabras que prefiero olvidar para poder seguir durmiendo —o no— en las noches.

Con el estómago lleno, el tiempo parece ser más ligero. Tras mover la charla de nuevo a la sala, no pasa mucho tiempo hasta que nos damos cuenta de que ya es hora de comenzar a alistarnos. Mi mamá termina de bañarse y eso marca que es mi turno de entrar al baño junto con Franco.

—Lo bueno es que no hace falta darte un tiempo a solas —afirma bromeando—. Aunque, de hecho, hace mucho que ya no lo hacemos.

—Dudo que quisiera casarme si no fuera así. —Le respondo con una gran sonrisa en el rostro.

El agua tibia y los comentarios divertidos de Franco hacen que el baño termine en unos momentos sin que apenas lo note. En mi cuarto, Pedro me espera para vestirme y así Franco pueda regresar para bañarse.

—Aunque es la primera vez que usas un traje, no tardamos más de veinte minutos en terminar de arreglarte —menciona viéndome con orgullo en el espejo.

—Tenemos muchos años de práctica —comento lleno de gratitud mientras me aseguro de que no haya nada fuera de su lugar.

Son alrededor de las 4 PM y Franco sube mi silla al carro en lo que Pedro termina de ponerme el cinturón de seguridad; en un par de minutos estaremos listos para partir hacia la boda. Vamos con buen tiempo ya que, aunque la iglesia está a poco más de media hora, queremos evitar que el tráfico nos haga una mala jugada.

—¿No se nos olvida nada? —pregunta mamá para estar seguros de que no tendremos que volver a mitad de camino por una cartera.

—Novio, familia, llaves, anillos, celulares, tarjeta del strip club —recuenta Pedro—; no, todo listo.

—¿La mochila que preparé ayer en la noche? —Los pone a prueba.

—Fue lo primero que subimos —responde Franco mientras la levanta un poco del suelo.

Mamá sonríe y enciende el motor del carro. Sentir vibrar el asiento debajo de mí y ver al mundo moverse alrededor nuestro hace que todo sea más real que nunca; la boda ha dejado de ser un plan a futuro, una promesa expuesta al olvido, para convertirse en el ahora que tanto esperamos.

—Te veo muy relajado. ¿No estás nervioso? —Me pregunta Franco después de unos minutos contemplando el camino.

—No mucho —respondo mientras niego ligeramente con la cabeza—. Estoy más ansioso por verla que cualquier otra cosa. —Falta poco tiempo para que la espera termine, así que al fin me permito reconocerlo.

—No lo había pensado, pero es cierto —dice mi mamá como si acabara de tener una revelación—, desde hace meses que no están tanto tiempo separados.

—Creo que desde el principio de nuestra relación, cuando teníamos poco tiempo siendo novios —intento hacer memoria—, y en ese entonces por lo menos hablábamos a diario por mensajes.

Tal vez lo normal sería que estuviera nervioso por casarme, por la etapa que está a punto de comenzar en nuestras vidas, con responsabilidades y compromisos nuevos, con metas renovadas y un camino lleno de aventuras a la espera de ser vividas; pero de alguna forma, ha logrado que entre más avance el carro por la avenida, menos pueda pensar en algo que no sea en ella. Con cada semáforo en verde que pasa sobre mi cabeza estoy un poco más cerca del lugar donde nos volveremos a ver, y eso es suficiente para que mi cuerpo no me desobedezca demasiado.

Después de conversar acerca de la cena y de la posibilidad de que Franco encontrara un uso práctico a sus lecciones de Probabilidad y Estadística calculando cuántas oportunidades tienen de no regresar a casa en base a la cantidad de chicas, el promedio de relaciones estables e infidelidades, el efecto de estar en una boda y el alcohol —100% según sus cálculos; o tiene una excelente autoestima o las matemáticas se le siguen complicando un poco—, entramos al estacionamiento de la iglesia. Puedo reconocer muchos de los carros que ya se encuentran aquí, ya que sólo invitamos a amigos y familiares verdaderamente cercanos.

Pedro acomoda mi silla y Franco me baja del carro, ahora nos dirigimos a la entrada de la iglesia. Falta algo más de una hora para que comience la ceremonia y hay que saludar a los invitados, de los cuales unos pocos salen por las puertas en cuanto nos ven acercarnos.

—Llegué cinco minutos antes que tú, tienes al mejor “best man” de la ciudad —afirma David fingiendo presumir, mientras me saluda con un abrazo.

—Se hace el humilde —lo descubre Danie luciendo su prometido mechón de pelo verde—, pero nosotras fuimos de las primeras en llegar y ya estaba aquí listo para saludar a los invitados. —Me da un beso cuidando de no dejar algo de maquillaje en mi rostro.

—Aunque de seguro lo hizo para poder hablar con las chicas más bonitas —bromea Mirla y me da otro cuidadoso beso—. ¿Te gusta mi versión del vestido? Lo hice especialmente para hoy.

—¡Suerte que justo coincidió con mi boda! Me gusta aún más que el anterior —comento una vez que dejamos la broma—. Refleja mucho mejor tu estilo.

—Nosotros lo llevamos a saludar a los invitados, así pueden ir a hablar con más calma con sus familiares. —David le ofrece a mi mamá mientras toma control de mi silla.

—Muchas gracias, David —responde cuando termina de saludarlos—. Iré a revisar que no falte nada.

Los siguientes minutos se van entre besos, abrazos y apretones de mano. Creo que ni cuando cumplo años he escuchado tantas veces la palabra “felicidades”. Cada paso que damos parece llevarnos a una tanda nueva de saludos que duran un par de minutos, y sinceramente me anima ver sus rostros llenos de alegría.

Estamos a unos pocos metros del altar cuando Mirla me avisa que faltan cuatro minutos para las seis de la tarde. Respiro profundamente.

—¿Nos vamos acomodando? —Me pregunta David.

—Por supuesto —respondo sonriendo.

Danie y Mirla se paran junto a las demás damas de honor, mientras David termina de acomodarme mi silla y se pone un par de metros al lado.

¿Por qué todos están tan callados y me miran tanto? Seguro es por el traje negro. ¿Estaré haciendo demasiados gestos? Dijo que no tardaría más de dos minutos, sólo debo concentrarme en estar tranquilo. Sigo sonriendo, eso espero, y en mi mente trato de adivinar qué tan hermosa se ve con su vestido. El piano comienza a sonar, mi corazón se detiene por un momento.

Su hermanita entra por la puerta y recorre el pasillo paso a paso esparciendo pétalos rojos y blancos, me sonrío con su misma dulzura de siempre al llegar a los asientos del frente, también le sonrío y le mando un pequeño beso. El piano cambia a su melodía más famosa. Levanto la mirada y la veo de pie en la entrada, tomada del brazo de su papá, con un vestido blanco que me deja completamente sin aliento. Diez mil millones.

Me mira con sus ojos iluminados y se aferra con más fuerza al brazo de su padre. ¿Por qué el piano ha dejado de sonar? ¿Por qué avanzan siguiendo un ritmo inexistente? ¿Por qué todo a su alrededor ha perdido color? Los latidos de mi corazón musicalizan cada uno de sus pasos. ¿Sigo respirando? Creo que sí. Suelta a su papá, quien parece que estaba por decirme algo, da un paso de más y me abraza con fuerza, como si me viera por primera vez después de meses.

—Lo logramos, mi amor —dice en un suspiro.

Cierro los ojos por unos segundos, todo en ella parece responder a los gritos de mi corazón. Percibo su calor llegando hasta lo más profundo de mí,

su aroma detrás del perfume me hace creer que sólo estamos nosotros dos, su pecho besando al mío y sus brazos cubriendo desde mi espalda hasta mi nuca. Poco a poco nuestras respiraciones cantan una misma canción.

Me doy cuenta de que la música se vuelve a escuchar. Ahora mi cuerpo se siente más ligero que nunca.

—Casi me cuesta mi brazo evitar que corriera por el pasillo hasta ti. — Me comenta su papá por encima del hombro con tirante blanco—. Cuídala mucho, por favor.

Su voz se desvanece con cada palabra y sólo logro reunir la suficiente conciencia para asentir con la cabeza.

Ella da un último suspiro y se levanta poco a poco mientras quita los frenos de mi silla. Detiene a David con un pequeño movimiento de su mano y me gira para ponerme de frente al altar.

—Estamos listos —afirma en voz baja con una sonrisa que le nace del corazón después de volver a poner los frenos y pararse a mi lado.

Capítulo 2

—¿A qué hora va a pasar David por ti? —Me pregunta mi mamá al terminar de darme de comer.

—Como a las 3 PM; pidió la salida temprano para poder vernos más tiempo —aclaro para ahorrarnos otra pregunta—. ¿Tú a qué hora irás con tus amigas?

—Después de que te vayas; les dije que me esperaran un rato —afirma mientras lleva los platos a la cocina y trae mi cepillo de dientes.

Aunque ya quedamos con Franco en que cuando llegue de la escuela me va a ayudar a cambiarme, mi mamá insiste en verme dar la vuelta en la esquina para irse tranquila a su reunión.

—Ya dejé tus cosas listas sobre tu cama para que no se vaya a hacer tarde.

—¿En serio? No me di cuenta —admito con un tono que va de sorprendido a confundido.

Supongo que me concentré tanto en adelantar el trabajo para cuando regresemos de la luna de miel que no le puse atención a nada más. Bueno, al menos eso me ayudó a pasar la mañana sin pensar tanto en ella.

—No se me hace raro, ni siquiera me volteaste a ver cuando entré a tu cuarto. No te dije nada porque vi que estabas trabajando. —Me explica riendo un poco.

—De todas formas, gracias por preparar todo. —Algo tarde, pero recupero lo que no hice cuando mi mente estaba en “trabajolandia”.

Mi mamá se acerca para que le dé un beso. Le doy dos.

—Ya me voy a bañar para estar lista antes de que llegue David. ¿Te llevo a tu cuarto?

—Mejor espero a Franco en la sala, ya no ha de tardar y prefiero descansar un rato —respondo pensando en que con el estómago lleno tardaré más en empezar a hacer algo que en lo que llega mi hermano.

—Entonces te dejo el control por si quieres ver un programa. Si Franco llega y no he salido de bañarme, dile que le dejé comida en la mesa para que la caliente —señala la comida como si se me hubiera olvidado dónde estaba hace dos minutos, y continúa su camino al baño.

Me resulta gracioso darme cuenta de que el control de la TV fue de las

primeras cosas que aprendí a manejar y, a excepción de unos pocos partidos de fútbol, ahora hace años que prácticamente no la veo. Tampoco tengo ganas de verla en este momento. Prefiero cerrar los ojos y relajarme por unos minutos ya que acordamos que ni siquiera hablaríamos por mensajes.

¿En qué momento pensé que esa era una buena idea? Puedo soportar un par de noches sin sexo, pero, ¿sin hablar con ella? No sé si podré dormir esta noche.

Me despierta el sonido de las llaves abriendo la puerta.

—¿Cómo te fue? —Le pregunto en un bostezo.

—Bien, aunque estuvo algo cansado y dejaron mucha tarea para el lunes. —Se quita la mochila del hombro.

—No la hagas. —Creo que la parte de mí que bromea con malos consejos fue la primera que despertó.

—Intenté poner la boda de mi hermano “especial” como pretexto —dice exagerando el sarcasmo—, no funcionó.

—Supongo que sólo tienes ventajas si eres el novio —contesto con cara de resignación.

—Tentador. —Finge considerarlo después de soltar una risa.

—Mamá te dejó comida en la mesa por si tienes hambre. —Le comento al ver que entra a la cocina.

—Puedo esperar un rato, comí algo antes de venir para acá —responde alzando un poco la voz detrás de la pared—. Sólo tengo sed; mejor tomo agua y primero vemos lo de tu ropa, ¿va?

Falta alrededor de media hora para que llegue David, así que Franco hace lucir su juventud y me carga para llevarme a mi cuarto. Como de costumbre, me ayuda a separar tres atuendos que van bien para la ocasión. Aunque la moda nunca ha sido uno de mis puntos fuertes, hasta yo puedo escoger cuando cualquier opción es correcta. Elijo el que más me gusta y en cuestión de 10 minutos ya estoy cambiado, peinado y perfumado, listo para salir.

Franco me sienta en mi silla y me lleva a la mesa para que lo acompañe a comer en lo que mi amigo llega por mí.

—¿Irán a algún lado para celebrar tu último día de soltero? —Me pregunta mientras calienta su comida en el microondas.

—Algo así —dudo un poco—. Primero David y yo iremos a una cafetería a tomar algo en lo que esperamos a que los demás salgan de trabajar. Y

después nos juntaremos en casa de Danie para charlar y cenar más tarde en la noche.

—Pero sigo sin entender lo de la despedida de soltero. —Se detiene antes de dar un bocado y me mira como si algo no terminara de cuadrar—. ¿Por qué no quisiste que te hiciéramos una?

Su pregunta me toma un poco desprevenido, no esperaba que este fuera un tema pendiente. Tras pensarlo por un par de segundos, me doy cuenta de que le di tan poca importancia al asunto que en realidad nunca les expliqué por qué no me interesa tener una fiesta de ese estilo.

—Siento que despedirse de algo, de cierta manera, significa que lo vas a echar de menos. Por supuesto que gracias a ustedes me la he pasado muy bien estos últimos años, pero, en el fondo, sólo quería encontrar justamente esto. La verdad es que no extrañaré ser soltero. —Noto que Franco sigue mirándome, ahora con una expresión que imita mi sonrisa.

—Y yo que pensé que ella no te dejaba —bromea meneando un poco la cabeza y retoma ese bocado en pausa.

Por extraño que parezca, me siento bien al haberlo dicho en voz alta. Tal vez sólo llegamos a darnos cuenta del peso de algunas ideas cuando las compartimos con otra persona, como si las palabras les dieran la masa necesaria para que podamos terminar de ver su forma.

Pasan varios minutos hasta que se escucha que un carro se estaciona afuera de la casa.

—Creo que ya llegó David. —Oímos a mamá avisarnos desde arriba de las escaleras.

—¿Te llevo afuera o va a entrar? —Me pregunta Franco llevando sus platos a la cocina.

—Deja le abro, no vaya a creer que no lo queremos recibir —dice mamá yendo hacia la puerta.

Hace unos años esta era una escena habitual, David pasando por mí para ir a algún lado, pero por cuestiones de trabajo y responsabilidades cada vez fue más el tiempo que pasaba entre una salida y otra.

—¡Hace mucho que no te veía! ¿Cómo has estado? —Mi mamá lo abraza con cariño.

—Muy bien, con bastante trabajo afortunadamente —responde sonriendo—. Pero ya tenía separados estos días desde que supe la fecha de la boda, así que por fin pude darme una escapada.

—Sí, me comentó que habías pedido la salida temprano. ¿Alcanzaste a

comer? ¿Quieres que te sirva algo? —Le ofrece mientras cierra la puerta.

—No, muchas gracias. Salí justo después de la hora de comida, y dejé el espacio suficiente para comer un postre en la cafetería. —Llega junto a mí y me saluda con un abrazo.

—¡Me alegra verte! —Le devuelvo el saludo con gusto—. ¿Siempre pudiste llevar a tu mamá a ver al médico ayer?

—Sí, pero fue lo que te decía, sólo se mareó por hacer mucho esfuerzo.

—De todas formas, había que estar seguros. Qué bueno que no haya sido nada grave —digo con una sonrisa en la voz—. Por favor, salúdala de mi parte.

—Le diré este domingo que la vea, seguro le dará gusto.

Le quita los frenos a mi silla y se pone detrás para empezar a moverme.

—¿Nos vamos ya para que no haya tanto tráfico? —Me pregunta inclinándose un poco para verme.

—Te ayudo a subirlo al carro. —Le ofrece Franco.

—Aún no he perdido la práctica, pero siempre vienen bien un par de manos extras —responde David con entusiasmo y me lleva para afuera.

La cafetería a la que solemos ir está a unos 15 minutos en carro, tiempo en el que alcanza a contarme las novedades que han pasado en su trabajo. Casi ni soy consciente del recorrido cuando ya estamos buscando un buen lugar para estacionarnos; parece que no somos los únicos que pensamos en venir hoy, pero no tardamos mucho en estar con los pies en la banqueta... bueno, al menos los de David.

—Hace mucho que no venían juntos. —Nos recibe alegremente la mesera de siempre, unos cuantos pasos después de la entrada.

El lugar no está muy lleno, pero tampoco diría que hay poca gente, así que nos ayuda a llegar a una mesa vacía haciendo espacio entre las sillas cuando lo ve necesario.

—¿Van a pedir lo de siempre o quieren ver el menú, chicos?

—Yo lo de siempre —responde David mientras me ve para cederme la palabra.

—Yo sólo el frappé, pero en un rato más porque acabo de comer.

—Perfecto. Entonces de una vez me llevo tu bote para cuando lo quieras, y en un momento te traigo lo tuyo. —Señala a David con su pluma.

Excepto por unos colores y el acomodo de algunas cosas, la cafetería sigue casi igual que la última vez que vine con David. El área para los clientes

es un poco más grande, pero no se ha perdido ese entorno acogedor, como si todos estuviéramos en nuestra propia casa.

—¿Listo para mañana? —Me pregunta como si quisiera darme ánimos.

—¡Por supuesto! —respondo casi en automático.

—Aún me impresiona un poco que decidieran casarse relativamente tan rápido.

—La esperé por tanto tiempo, que cuando me di cuenta de que era ella, ya no pude esperar más. —Suelto un leve suspiro.

—Dicho así hasta suena lógico —comenta con una sonrisa.

—Además, nos conocimos hace casi un año y medio —menciono sin prestar mucha atención.

—Pero se comprometieron antes de cumplir el año, ¿no?

—Sí, hace —hago cuentas— casi siete meses.

—Qué rápido pasa el tiempo.

—Ya sé, parece que no fue hace mucho cuando mi mamá me regañaba por regresar de nuestras salidas oliendo a alcohol —digo riéndome un poco.

—Todavía recuerdo cómo me miraba cuando te llevaba a tu cuarto mientras me esperaba en la puerta.

—Creo que sólo hacía su trabajo de mamá y que en el fondo en realidad le alegraba que me ayudaras a vivir todas esas cosas.

—Pues debería, siempre nos la pasamos muy bien —afirma en un tono alegre.

Entre la conversación y la comida, no nos damos cuenta de que ya han pasado un par de horas desde que llegamos hasta que suena el celular de David y Danie nos avisa que ya fue por Mirla y en unos 20 minutos llegan a su casa. Nosotros estamos cerca, pero puede que haya mucho tráfico, así que preferimos pagar e irnos de una vez.

—Espero que esta vez no pase tanto tiempo para volver a verlos por aquí. —Nos dice la mesera mientras abre la puerta.

—Si el trabajo nos lo permite, trataremos de venir más seguido —contesta David después de que la chica le da un beso de despedida y se agacha para hacer lo mismo conmigo.

Con todo y algo de tráfico, llegamos antes que nuestras amigas. La casa de Danie es lo que se podría imaginar de una chica independizada y soltera; es del tamaño adecuado para organizar una pequeña reunión y transmitir ese

sentimiento de privacidad que te da el ser la única fuente de sonido del lugar. Tal vez por eso casi siempre nos juntamos aquí, en parte porque a todos nos queda relativamente cerca y es el lugar más tranquilo; a veces ni siquiera preguntamos dónde nos vamos a ver.

Después de sólo unos cuantos minutos, Danie se estaciona detrás de nosotros, toca el vidrio de mi ventana, me saca la lengua y se va a abrir la puerta de su casa; Mirla, más civilizadamente, se espera para sujetar mi silla en lo que David me baja del carro.

—Ya te extrañaba. —Me dice con cariño mientras me abraza apenas termino de sentarme bien.

—Y yo a ti. —Lanzo un beso enfrente de su cara.

Todo estaba más o menos arreglado, así que es fácil pasar y acomodar mi silla. Danie saluda a David y luego cierra la puerta.

—Ahora sí deja que te salude bien —grita un poco mientras se acerca con las manos extendidas y me da un gran abrazo—. ¡Oficialmente falta casi un día para que te nos cases! ¿Quieres que hablemos de eso?

—Mejor hoy sólo seamos los mismos de siempre; mañana ya lo podremos vivir sin necesitar palabras.

—Te entiendo —comenta Mirla sentada a mi lado—. Yo estaba igual antes de mi boda. Son tantos los planes y tanta la espera que al final hablar del tema no ayuda, lo único que quieres es que ya llegue el momento.

Sonríó con alivio porque me identifico mucho con esas palabras. Es gracioso pensar que ha pasado más de medio año desde que nos comprometimos, y ahora, a sólo 24 horas, pareciera que faltara más tiempo que nunca.

—Entonces hagamos otra cosa para que la tarde se nos pase de volada —propone Danie.

—Ayer que fui por un poco de mandado, vi el juego de Pictionary y lo compré a ver si querían jugar —menciona David—. Lo traigo en la mochila. Y se me ocurrió —voltea conmigo— que tú, en lugar de dibujar, uses diez palabras simples para que nosotros adivinemos.

—¡Me gusta la idea! —digo contento.

—Suena divertido —opina Mirla.

—También voto por jugar a eso —dice Danie y empieza a hacer algo más de espacio en el centro de la sala—. Ahí te viste listo, David.

Aunque compró una versión que viene con un tablero de juego y unas elaboradas reglas, decidimos hacerlo mucho más simple: uno pasa al frente a

dibujar —o a hablar, en mi caso—, si alguien logra adivinar, el que está al frente gana un punto y el que haya adivinado gana dos.

Danie es la primera en pasar. Empieza dibujando un óvalo en la mitad de arriba de la hoja.

—Un huevo. —Se apresura Mirla.

Ahora el huevo tiene barba.

—Alguien con barba —corrige David.

Danie asiente y dibuja una especie de palo más abajo y a un lado del rostro con barba.

—Un policía. —Intenta otra vez Mirla.

Ahora dibuja algo parecido a un collar debajo del rostro.

—¿Un millonario? —pregunto.

En un espacio de arriba dibuja una bolsa de mano con una cruz gorda en el centro.

—¡Un médico! —digo con más seguridad.

Asiente y vuelve al palo, ahora le dibuja una mano en el extremo de arriba.

—Un urólogo. —Prueba David.

Hasta abajo dibuja un rectángulo con antenas.

—¿Una tele? —David termina de dar la pista que faltaba.

—¡Doctor House! —grita Mirla.

—¡Sí! —Danie celebra y le da la mano para chocar los cinco.

Es mi turno, Mirla me quita los frenos y me acomoda al frente. Saca varias tarjetas del juego sin ver y me pide que elija una. Me toca una película, El Rey León.

—¿La tienes? —Se asegura.

—Sí; todo listo.

Mirla se sienta en su lugar. Me tomo unos segundos para pensar bien las palabras que voy a usar.

—Recuerda que cada palabra que salga de tu boca cuenta para las diez que puedes decir, ¿ok? —menciona David antes de que empiece a hablar.

Me detengo después de abrir un poco los labios y sólo asiento con la cabeza; le lanzo una mirada para reconocer su buen intento. David da una palmada en su pierna y hace como que se lamenta.

—Animal. —Comienzo.

—Mi ex —dice Danie casi instintivamente.

—África. —Los acerco un poco.

—Elefante. —Se arriesga David.
—Melena. —Soy bueno en esto, por favor.
—¡León! —dicen todos a la vez.
Asiento con la cabeza y continúo.
—Líder. —Voy por la parte difícil.
—Manada de leones. —Mirla es la primera en tratar de adivinar.
—Castillo. —Se me están acabando las palabras.
—Guardia. —Danie dice lo primero que se le viene a la mente.
—Rey... —parece que David ya lo tiene— ¡El Rey León! —Lo grita para que nadie le quite los dos puntos.
—¡Sí! —confirmo su acierto.

El tiempo se nos pasa entre risas y gritos sin que nos demos cuenta; al final ni siquiera apuntamos el marcador y no supimos quién ganó. Como siempre, de alguna manera nos la pasamos igual de bien que como cuando teníamos menos de 20 años y sólo nos podíamos juntar en mi casa.

—Creo que ya llegó la pizza —anuncia Danie mientras agarra el dinero que pusimos en la mesa y se apresura a abrir la puerta.

Esta vez Mirla es la que me ayuda a comer ya que no nos cambiamos de lugar.

—¿Ya te dije de qué color me pintaré el mechón para mañana? —Me pregunta Danie emocionada.

—Creo que no.

—De tu color favorito.

—Pues queda bien con el vestido que escogimos —comenta Mirla.

—¡Ya sé! —dice con una sonrisa—. Aunque de todos modos me lo hubiera pintado igual —afirma riéndose.

Después de cenar, la charla continúa sobre diversos temas hasta que ya casi es hora de empezar a irnos si queremos descansar bien para mañana.

—Gracias por ayudarme a pasar esta tarde. —Les digo realmente contento.

—Para eso estamos los amigos —responde David—. Tal vez ya no nos podamos ver o salir tanto como antes, pero nunca nos fallamos en los momentos importantes.

—Nuestras vidas han ido cambiando conforme hemos crecido —añado— y entiendo que las cosas no puedan ser como antes, pero en realidad sé que estamos a un mensaje de distancia. No siento que sea tan diferente, y más

porque, aunque sean pocas veces, cuando nos vemos me la paso igual de bien que siempre y son momentos tan especiales para mí como lo eran hace cinco años.

—También lo son para mí. —Me abraza Mirla.

—Otra vez casi me haces llorar. —Se nos une Danie.

—Saben que también los quiero mucho. —David completa el abrazo.

Capítulo 3

Aunque esta escena se ha vuelto muy familiar para nosotros, el estar atrapados en el tráfico de la tarde camino a su casa, todo indica que esta será la última vez que lo hagamos, al menos bajo estas condiciones.

—Ya ni te pude terminar de escribir porque me sorprendieron con una especie de combinación rara entre fiesta de despedida y celebración por la boda. —Aprovecha el primer tramo donde estaremos un buen rato casi parados para contarme con una sonrisa iluminando su rostro.

Hace como un par de horas me contaba por mensajes cómo iba su día y de repente me puso la carita con un cierre en la boca para decirme que no podía seguir hablando.

—¿Con pastel y todo? —pregunto.

—Sí; sólo que no llevaron mi favorito.

—Es decir, cualquiera de chocolate —señalo lo obvio que era moviendo los ojos.

—¿Ves? ¡Ni que fuera tan difícil! —exclama y suelta una risa que me hace lamentar que la multa por conducta inmoral pública sea tan alta. Hace tiempo que lo investigué.

Se da cuenta de que el carro de atrás nos está pitando, así que retoma la posición al volante, avanza un par de metros y se vuelve a girar subiendo una pierna al asiento para que podamos estar casi cara a cara. A veces también noto que las ventanillas nos permiten tener una pista de lo que está sucediendo a nuestro alrededor; es un ambiente desesperado y frustrado por no ser capaz de llegar a un lugar, a un destino. Pero en este pequeño espacio sólo se escuchan nuestras voces, nuestras risas, incluso, en ocasiones, una sola respiración y con eso es más que suficiente. Creo que simplemente nuestro destino es donde estemos juntos.

Como de costumbre, el tráfico convierte un camino de 10 minutos en uno de una hora, hora que para nosotros pasa en apenas unos momentos. Estacionamos el auto enfrente de su casa y antes de que me dé cuenta, se baja para acomodar mi silla cerca de mi puerta. Es cierto que con mis hermanos o con David, casi no hago esfuerzo ya que suelen cargar la mayor parte de mi peso, pero tampoco diría que con ella sea mucho más difícil. Me quita el

cinturón de seguridad y me giro para poner los pies en la calle, toma mis manos firmemente y me levanto poco a poco hasta estar completamente de pie, me rodea por debajo de mis brazos para compartir su equilibrio y sentirme seguro, su cabello queda a unos centímetros de mi nariz y por un momento se me olvida que debo dar unos pasos para estar delante de mi silla; ella avanza conmigo y se separa de mí conforme me voy sentando.

—Pan comido —celebra sonriendo mientras se acerca para juntar sus labios con los míos.

Suelta mis brazos para que me pueda terminar de acomodar en lo que ella cierra el carro y abre la puerta de la casa. Entramos con ella empujando mi silla y cerrando con llave antes de ir a ponernos cómodos. Al parecer por hoy ya no necesitaremos nada de afuera.

—¿Te quieres sentar en la sala en lo que hacemos tiempo? —Me pregunta pasando sus dedos delicadamente por mi cabello.

—Pero, ¿y luego cuando cenemos? —No puedo resistirme a jugar un poco con ella, aun cuando ya sé su respuesta.

—Comemos aquí mismo o te vuelves a pasar a la silla —contesta con una voz más dulce y cariñosa—. Te encanta hacerme preguntas que ya sabes. —Finge molestarse y me da una palmada en el hombro mientras me río un poco.

Deja su bolsa sobre la mesa de la sala y repetimos lo que hicimos en el carro, esta vez de manera simplificada ya que, al ser un lugar más suave y amplio, puedo sentarme con menos cuidado. Pone mi silla a un lado y se sienta junto a mí sujetando ligeramente mis brazos para apoyar su cabeza en mi hombro, haciéndome sentir que todo está bajo control, sólo por si acaso.

—Por fin —cierra los ojos con alivio—, ya deseaba estar así contigo, amor.

—Sólo falta una semana más. —Suspiro.

—Quisiera que fuera mañana mismo. —Suspira y siento cómo se aferra más a mi brazo.

—Si salimos mañana temprano, seguro que llegamos a Las Vegas a tiempo para una romántica ceremonia al atardecer oficiada por Elvis Presley —bromeo.

—Suena bien para mí pero nuestros padres nos matarían por hacerlo sin todos presentes. —Hace como que se lamenta.

—Una semana se pasa rápido. —Intento darnos ánimos.

—¿Lo prometes, mi amor?

—Lo prometo. —Beso su cabeza.

—¿Sabes de qué me acabo de dar cuenta? —Me pregunta después de unos segundos de silencio.

—¿De que el enojo de nuestras familias valdría la pena si nos casara Elvis?

—¡De que este es nuestro último fin de semana en casa de mis papás! — celebra abrazándome más.

—¡Es verdad! —Me uno a su entusiasmo.

—Ya no nos tendremos que separar cada domingo por la noche. —Voltea a verme con sus ojos iluminados y llenos de emoción.

—¿Lo prometes? —Le sonrío con dulzura.

Esta vez no me responde lo que ya sé, esta vez lleva su mano a mi mejilla para sostener mi rostro y besarme apasionadamente mientras cada segundo me abraza un poco más. Con cuidado, paso mi brazo por detrás de su cintura para acercarla tanto como me sea posible; en este momento no soporto la idea de que el aire se atreva a existir entre nuestros cuerpos.

—Te amo. —Logro pronunciar sin saber si en realidad mi boca siquiera produjo algún sonido.

—Y yo te amo más —responde en voz baja, con la respiración entrecortada, antes de volver a besarme.

Odio lo rápido que pasa el tiempo cuando estamos juntos. Pareciera que sólo hemos cruzado un par de palabras cuando nos damos cuenta de que afuera ha oscurecido y ya es un buen momento para cenar.

—Deja caliente la cena y ahorita te termino de contar, ¿va? —Me pregunta retóricamente mientras se levanta para dirigirse hacia la cocina.

La veo sacar comida del refrigerador y ponerla en sartenes para calentarla. Sus ojos van de un lado a otro de la cocina, como si quisiera estar segura de que no le falta nada. Con movimientos firmes, con pasos ligeros, va preparando nuestra cena como se prepara el lecho de una cama matrimonial, un momento especial para los dos donde las palabras sólo son una opción para decorar un ambiente lleno de amor. No puedo dejar de mirarla y ella lo sabe; a veces voltea y me sonrío, a veces voltea y le roba latidos a mi corazón.

—Si uso la estufa cuenta como cocinar, ¿no? —bromea con una cara juguetona.

—Si usas al menos dos hornillas y una espátula, creo que sí.

Toma una de la alacena de abajo y alza su mano con orgullo para mostrarme su victoria.

—En realidad la preparé desde ayer en la noche pero no me gusta cómo queda si la caliento en el microondas. —Juega con la espátula en su mano mientras revisa que la comida no se queme.

—Gracias por siempre pensar en mí, mi amor. —Le mando un beso y me devuelve uno suyo cerrando los ojos con fuerza.

—¿Comemos ahí mismo? —Me pregunta tras pensarlo por unos segundos—. A cabo ya estamos bien acomodados.

—Claro, amor, donde quieras está bien —respondo y hago un poco de espacio para la mesita plegable que ya está buscando.

La acomoda enfrente de donde estaba sentada conmigo y trae un par de platos con nuestra cena. Se sienta a mi lado con uno de los platos aún en su mano, le sopla un poco y prueba una cucharada para saber si ya no está muy caliente. Me da el primer bocado y me mira con expectativa, a la espera de una reacción de mi parte. Aunque he comido este platillo en varias ocasiones, por alguna razón esta vez sabe especialmente rico.

—Te quedó delicioso —afirmo con satisfacción.

—¿De verdad? —Se le iluminan los ojos.

Se apresura a cambiar el plato que tiene en su mano por el que dejó en la mesita para comprobarlo.

—Es cierto —dice sorprendida—. Ayer estaba muy rico, por eso lo guardé para que cenáramos hoy pero ahorita sabe aún mejor.

Comemos despacio, sin prisa, disfrutando el uno del otro. Por momentos, incluso parece que el plato de turno sólo adorna su mano mientras me cuenta otro detalle gracioso del día. A veces lo único que me hace recordar que estamos cenando es cuando me río y ella me limpia un poco la boca, me da un beso en la mejilla y vuelve a tomar mi plato para darme un par de cucharadas más.

Ella termina primero y me sigue dando de cenar contándome el resto de la historia que había quedado inconclusa. ¿Esa voz podría ser más dulce? ¿Esa mirada podría tener más amor? Deja mi plato vacío en la mesita, junto al suyo, y la aparta un poco para seguir conversando.

—Gracias por la cena, amor —digo cuando se gira hacia mí.

Como de costumbre, no me responde, sino que se inclina sobre mí para sujetar mi mejilla y besarme tiernamente. Sin duda, esto es mil veces mejor que cualquier “de nada”.

La conversación continúa mientras bajamos la cena, pero no pasa ni una

hora para que decidamos que ya es tiempo de movernos de lugar.

—¿Me ayudas a lavar los platos, mi amor? —Me pregunta una vez que me acomodo en mi silla.

—Con gusto —respondo sonriendo.

Vamos a la cocina con los platos sobre mis piernas, me pone a su lado para pasarlos al fregadero y me da el trapo con el que los secará. Sé que no hago mucho, pero a ella le gusta que esté allí, que la haga reír, que sea feliz.

Terminamos en un abrir y cerrar de ojos y ahora nos dirigimos al baño. Ella se lava los dientes primero y después me los lava a mí; me ayuda a sentarme en la taza para reducir las posibilidades de que necesite orinar en la madrugada. Tras unos 10 minutos de haber entrado, salimos del baño para ir a su cuarto, donde pasaremos el resto de la noche.

Me ofrece sus manos para ayudarme a salir de mi silla por última ocasión en este día, pero una vez que estoy de pie frente a la cama sus brazos permanecen en mi espalda por más tiempo del necesario y puedo sentir cómo lleva su cuerpo más cerca del mío. Me mira por unos segundos, en silencio, asegurándose de estar en control de todo mi equilibrio mientras me pregunto qué está tramando.

—Y decías que nunca nos podríamos besar así. —Me recuerda mientras acerca sus labios a los míos y su voz se va perdiendo en un susurro.

El beso sólo dura unos cuantos segundos porque mis piernas no resisten estar mucho tiempo de pie, pero es suficiente para hacer que se me humedezcan un poco los ojos. Me siento en la cama algo agitado y tal vez más feliz que nunca. Tomo unos momentos para respirar y después comienzo a girar para acomodarme en la cabecera, pero ella pone su mano en mi pecho y me detiene.

—Terminemos lo que empezamos en la sala —dice con esa voz que me vuelve loco y se sienta en mis piernas poniendo las suyas a cada lado.

Ocupa uno de sus brazos para darle algo de apoyo a mi espalda en forma de abrazo, y con el otro recorre varias partes de mi cuerpo mientras me besa aún con más pasión que hace unas horas; empieza en mi mejilla, pero una vez que me acostumbro a este beso pasa lentamente por mi cuello, en una caricia, en un roce que hace que mi respiración sea más intensa. Sólo separa sus labios de los míos para levantarme la playera y quitármela mientras besa mi pecho, sobre mi piel puedo sentir su respiración agitada. Lleva mi mano al borde de su blusa y la levanta poco a poco jugando con la espera, queriendo que disfrute cada centímetro que va dejando al descubierto. Cuando sólo falta

sacar un brazo, mi mano se encarga de lanzar la blusa fuera de la cama. Pongo mis manos por detrás de su cintura, pero ella se encarga de bajarlas para luego subir por su espalda y desabrocharse el brasier; se levanta y se acerca a mi rostro para que se lo termine de quitar con mi boca, la cual permanece ahí aun cuando la mitad de su ropa ya se encuentra en el piso.

Mis pantalones se quedaron en el baño, así que sólo tiene que pasar su mano por debajo de una prenda para acariciarme. Comienza despacio, pero no tarda mucho en alcanzar un ritmo que evidencia que ardemos en deseo. Con su otra mano me baja el bóxer poco a poco hasta hacerlo recorrer mis piernas con un solo movimiento. Se acerca y puedo sentir el calor de sus labios en mi vientre, pero se detiene justo antes de llegar y sólo observa cómo su mano me está haciendo entrar en la locura. Me besa a un lado, muy cerca, y se pone de pie para quitarse el pantalón; ella sabe perfectamente lo que me gusta. Pone sus rodillas en el piso, justo enfrente de mí, casi completamente desnuda, y me hace olvidar en qué día vivo. Veo su espalda y la ropa interior que se atreve a permanecer en su cuerpo, el cual me dice que ella tampoco podrá soportar el deseo por mucho tiempo más.

La aparto un poco con mi pierna para subirme del todo y que ella me acompañe en la cama. En cuanto está frente a mí, guía mis manos para dejarla completamente desnuda. Repetimos la posición que lo inició todo, esta vez casi pegados a la pared, esta vez sin nada que estorbe entre nosotros, esta vez siendo un mismo cuerpo. No decimos ni una sola palabra, pero la habitación está lejos del silencio, el deseo no dejó lugar a las primeras velocidades y ella se mueve con tanta pasión que, después de unos minutos, tenemos que cambiar de posición para que esto no se acabe aún.

Saca un par de almohadas de debajo de mí y se acuesta sobre su espalda con una a cada lado; al parecer me quiere encima de ella. Con cuidado reparto todo el peso que puedo sobre mis codos y las almohadas, y comienzo a moverme como sé que le gusta. Las almohadas funcionan por un par de minutos, pero en cuanto de nuevo empieza a subir la intensidad, veo que poco a poco se van hacia los lados de la cama hasta caer al suelo. Aunque ni siquiera parece haberse dado cuenta de lo que pasó, me detengo casi por completo y me giro para que ahora ella esté arriba de mí. No pasan ni cinco segundos para que otra vez ya esté totalmente perdido en ella; la siento en cada uno de los poros de mi piel, veo su mirada clavada en mis ojos mientras sus senos se mueven más y más rápido; incluso llegados a este punto ella no deja de sujetar mis brazos para asegurarse de que no pierdan el control en

ningún momento. Su boca tiembla pidiendo que llegue la explosión que cierre con broche de oro este momento de deseo y amor puro. Ya casi no puedo, ya casi no recuerdo palabra alguna, y ella al fin baja para unir sus labios con los míos y darnos el último impulso que necesitábamos.

Deja salir un ligero grito de alivio y cae sobre mi pecho tan rendida como yo. El cuarto de pronto está en un silencio que sólo es interrumpido por la respiración desenfadada de dos personas que se aman y apenas son conscientes de sí mismas.

Creo que en estos meses las mañanas del fin de semana se han convertido en uno de mis momentos favoritos; despertar a su lado y que abrazarla sea de las primeras cosas que pueda hacer, sin duda es suficiente para que vuelva a esperar con ansia los viernes. Si bien mi último recuerdo de ayer es tener sus brazos rodeando mi pecho, ahora la veo a una distancia agradable y segura para pasar la noche. Está acostada de lado, volteada hacia mí, así que con cuidado me pego un poco más a la pared que está al otro lado, tratando de no despertarla, para verla dormir tranquilamente.

—¿Hace mucho que estás despierto? —Me pregunta después de abrir los ojos poco a poco.

—No —respondo sin pensarlo, ya que ni siquiera he visto el reloj y para mí es como si sólo hubieran pasado unos cuantos segundos.

—Buenos días. —Una tierna sonrisa ilumina su cara mientras trata de terminar de despertarse.

—Buenos días, mi amor. —Le doy un beso en la frente.

Hoy hace un clima muy agradable, por lo que, aun cuando sólo nos cubre una sábana, podemos quedarnos un rato más en la cama con bastante libertad.

—¿Iremos a comprar los muebles que nos faltan para la casa? —Busca confirmar nuestros planes para hoy.

—Sí, ya te marqué varias tiendas en el mapa —respondo y con cuidado paso mi mano por detrás de su espalda para acomodarme a su abrazo.

—Aún nos queda un par de horas para arreglarnos y almorzar algo antes de irnos —afirma después de voltear a ver el reloj.

—Perfecto, así podemos estar juntos más tiempo.

—¡Sí, amor! Pero en el baño, porque después de lo de anoche nos hace mucha falta. —Me da un beso en la mejilla y sale de la cama para traer la otra silla que usamos para bañarme.

Con nuestras necesidades básicas cubiertas, entramos a la regadera para

tomar un baño juntos como casi siempre lo hacemos. Si tuviéramos algo de prisa no tardaríamos más de 20 minutos en salir, sería uno de esos baños normales donde me enjabona y pone su estropajo en mi mano para que le talle la espalda, pero, por la forma en que me mira y el camino que está recorriendo con sus dedos, me hace saber que quiere aprovechar muy bien el tiempo que tenemos. Tal vez no sea tan cómodo como hacerlo en una cama, sin embargo la silla, la pared y su ingenio nos permiten acceder a nuevas opciones que hacen que disfrutemos plenamente del momento.

Después de salir del baño no pasa mucho tiempo para que ya estemos sentados a la mesa con un par de platos de cereal. A veces me pierdo en mis pensamientos mientras mastico, asombrado ante una escena que por sí sola bastaría para hacerme feliz el resto del día, sólo para descubrirla viéndome, a la espera, con una expresión tranquila que intenta imaginar lo que estoy pensando, que comparte lo que estoy sintiendo. Se ríe y lleva otra cucharada a mi boca.

Salimos de su casa antes de las 12 del mediodía, revisa el mapa en su celular para marcar la ruta a la primera tienda a la que iremos y pone el carro en marcha. Nuestro plan de ir comprando las cosas poco a poco ha funcionado bastante bien, así que en realidad sólo nos faltan algunos pequeños detalles.

—¿Pudiste decidir de qué estilo quieres que sea la mesita para la sala, amor? —pregunto cuando veo que ya está segura del camino que tomará.

—Pensaba en algún color frío que combine con la sala pero más que nada quiero buscar un tamaño que no nos estorbe mucho para poder pasar fácilmente entre los muebles.

No termina de contarme de nuevo las ideas que tiene para nuestra casa, cuando la entrada al estacionamiento de la tienda nos interrumpe. Su voz llena de entusiasmo hasta por los pequeños detalles que ha pensado para hacer nuestro día a día más cómodo, me hacía imaginar cómo será vivir juntos, lo cual hizo que mi corazón se acelerara un poco y creyera que en toda la historia de la humanidad no ha existido una semana tan larga como la que ahora tenemos por delante.

Al entrar en la tienda, recorremos varios pasillos sin prestar mucha atención. A veces se agacha ligeramente mientras empuja mi silla para decirme con una pequeña risa cómo se nos quedó viendo tal persona o lo mucho que le gusta aquel olor. Cuando llegamos a la sección que buscamos, reduce el ritmo de sus pasos y no pasa mucho tiempo para que una vendedora

se nos acerque.

—Si necesita algo, con gusto la puedo atender, señorita. —La chica le ofrece poniendo su rostro más amable.

—Sí —responde con una sonrisa mientras mueve su mano de mi hombro a mi pecho—. Mi novio y yo estamos a punto de casarnos y buscamos una mesita de centro que no sea muy grande.

—Por aquí tenemos unas nuevas que nos acaban de llegar, si me acompañan pueden ver si son de su agrado —dice señalando el camino y volteando a verme como si tratara de decidir qué tan incorrecto sería confirmar si yo soy el novio o si vendrá más tarde. Hacemos el mejor esfuerzo por aguantar la risa y fingir que no notamos nada raro en su mirada.

Las mesas que buscamos están pasando un pasillo. En medio hay un escaparate que exhibe muestras de alfombras en oferta. Mi silla no cabe por el espacio que queda libre y la vendedora tiene que mover un poco un comedor para que podamos pasar sin problema.

—Me gusta el estilo pero ocuparía más espacio del que queremos — comenta a mi lado después de verlas por unos minutos.

—¿Tienen las medidas aproximadas del lugar donde la quieren poner? — pregunta la vendedora consultando la información de las mesas que tenemos delante de nosotros.

—Es una sala abierta, así que una mesita como esta cabría bien — responde y se acerca al modelo que más nos gustó— pero dejaría un margen muy justo para la silla de ruedas y puede que la tengamos que mover cada vez que queramos sentarnos.

—Déjenme ir a preguntar al almacén, ya que a veces tenemos un mismo estilo en varios tamaños. —La expresión de la chica parece más relajada ahora que comprende la situación.

Al final sí había una mesa igual un poco más pequeña y nuestra primera compra resulta bastante fácil. Nos dirigimos a la siguiente tienda con un par más de elementos tachados en nuestra lista de pendientes.

Creo que nunca había escuchado tantas veces la frase “mi novio y yo” como en las últimas horas, la cual siempre es como una caricia para mis oídos, como escuchar que alguien te hace un cumplido sin que sepa que estás ahí.

Terminamos de comprar lo que necesitábamos y pasamos el resto de la tarde paseando un poco en el centro comercial. Sin duda, este tipo de lugares

donde se tiene prácticamente de todo a sólo unos pasos de distancia, nos resultan bastante convenientes; pero, ¿a quién engaño? Bien podríamos estar perdidos en una isla desierta, teniendo que luchar con la naturaleza para conseguir algo de comida y refugio, y seguramente seguiríamos disfrutando de nuestra compañía.

Por fortuna, en este lugar hay bastantes locales más que dispuestos a alimentarnos a cambio de nuestro dinero. Mientras esperamos a que nos traigan la comida, desde donde estamos vemos que el cine de aquí no está muy lleno y cuando revisa la cartelera en su celular parece que al menos hay un par de películas interesantes. Aunque solemos ir al cine una o dos veces por semana, creo que casi nunca llegamos sabiendo a cuál sala y función entraremos.

Al final, terminamos viendo las dos películas y decidimos acabar la noche en el restaurante que está cerca de nuestro parque favorito, justo al primero donde la llevé a cenar.

—¿Esto podría contar como nuestra última cita de novios? —pregunta con una dulce sonrisa después de acomodarnos en la mesa.

—No lo había pensado, pero creo que sí —respondo un poco sorprendido al darme cuenta de lo rápido que puede pasar el tiempo si te encuentras con la persona correcta.

—Aunque estoy segura de que tendremos aun más como esposos —afirma mientras toma mi mano.

Este domingo no tenemos ninguna invitación ni compromiso, así que prácticamente nos quedamos acostados en su habitación la mayor parte del día, hablando, jugando y viendo una que otra película en Netflix. Pero conforme el reloj poco a poco se va acercando al momento de ir a mi casa, ella me abraza cada vez más y los temas de los días previos a la boda se hacen presentes.

—¿Ni por mensajes? —pregunto un poco triste y sorprendido.

—Ni por mensajes —responde negando con la cabeza—. El chiste es que lleguemos a la boda muriéndonos de ganas por vernos.

—Entonces bastaría con que cierre los ojos antes de que entremos a la iglesia.

—Hablo en serio, amor. —Se ríe y me da un ligero golpe en el brazo.

—¿Desde el jueves en la tarde, dices? —confirmando que sea un lapso de tiempo razonable.

—Sí, y verás que se nos pasa rápido. Además, el viernes irás con David, Danie y Mirla, y yo estaré ajustando los últimos detalles de mi vestido con mi mamá, así que eso ayudará a que el sábado llegue en un abrir y cerrar de ojos —miente un poco a propósito para que la idea no parezca tan mala.

—¿Sabes que el sábado por la noche no me querré separar de ti?

—Ni yo de ti, como desde hace ya más de un año —rodea mi cuello con sus manos y me besa—. ¿Crees que después de casados lleguemos a perder la pasión como dicen que pasa?

—Para nada —respondo sin dudarlo—. No a nosotros; no contigo. —Le devuelvo el beso con más fuerza.

—Me alegro de que aún tengamos tiempo antes de bañarnos. —Susurra a mi oído con una voz aterciopelada y empuja mis piernas fuera de la cama.

Quedo hincado a un costado, sabiendo perfectamente lo que quiere. Ella se acerca al borde y pone sus pies en el piso, a la espera de que vaya a su boca para después ir descendiendo lentamente con un beso mientras nos desnudamos poco a poco el uno al otro.

Capítulo 4

De camino a mi casa no puedo evitar que esa sensación fría se haga presente en mi estómago al pensar que ahora faltan menos de tres semanas para la boda. Es curioso poder ver desde primera fila cómo han ido llegando “invitados” no deseados a esta espera que en un principio sólo parecía eterna. Creo recordar que la primera en asomarse fue la duda en forma de una inofensiva pregunta, con eso el temor y la ansiedad tuvieron la suficiente confianza para venir a sentarse y subir sus pies descalzos al asiento de adelante.

—¿Estás bien, amor? —pregunta un poco confundida.

Cuando aparto mi mirada del frente, me doy cuenta de que ella trata de verme de reojo sin dejar de poner su atención en los demás autos.

—Sí. Sólo me dejaste algo cansado —respondo con una sonrisa genérica.

Sinceramente no estoy del todo seguro de que decir casi toda la verdad, cuente como mentir, aunque por su expresión no me cabe duda de que no quedó muy convencida con mi respuesta. ¿En qué momento nuestra boda pasó a ser como una inyección? Como aquello que necesitas con urgencia, pero quieres que llegue el minuto en el que ya haya pasado para poder relajarte, respirar con calma y empezar a sentirte mejor.

Intento que el resto del camino no pase en silencio ni parezca que trato de memorizarme las matrículas de todos los vehículos que tenemos delante. Sin embargo, al parecer me perdí en mis pensamientos más tiempo del que creí. Se estaciona en la entrada de mi casa, apaga el motor y se gira para verme más cómodamente; su rostro muestra un pequeño aire de preocupación y sus labios hacen varios intentos antes de empezar a hablar, como si tratara de encontrar justo las palabras adecuadas.

—¿Seguro... —La interrumpe el sonido de la puerta de mi casa abriéndose detrás de mí.

Deja salir en un ligero suspiro el aire que hubiera usado para terminar su pregunta y abre la puerta para ir a bajar mi silla mientras Pedro se acerca al carro.

—¿Qué tal su fin de semana? —Le pregunta después de saludarla con un beso en la mejilla.

—¡Muy bien! —responde con un tono alegre—. Ayer fuimos a confirmar

lo de nuestra sesión de fotos en el estudio y después fuimos a comer con unos amigos.

—¿Y no te dio muchos problemas? —bromea mientras abre la puerta de mi lado.

—Nunca me los da —afirma sonriendo e intenta acercarse para prestarme sus manos.

—Déjame abrazarlo, tú ya estuviste mucho tiempo con él. —La detiene poniéndose junto a mí para bajarme del carro y sentarme en mi silla.

En la casa, mi mamá baja para recibirnos como siempre, contarnos un poco de su día y ofrecernos algo de cenar.

—En la tarde hice unas albóndigas que me quedaron muy ricas y guardé para ustedes, ¿se las caliento para que cenen?

—Lo hace a propósito, sabe que no me puedo resistir a su comida —finge quejarse conmigo—. ¿Ya tienes hambre, mi amor?

—Un poco, ¿y tú, guapa?

—También. —Sonríe y me lleva a la mesa después de que mi mamá entra en la cocina.

Se asegura de ponerme bien los frenos y enseguida mueve un poco la silla de al lado para sentarse. Se queda mirándome, como esperando que diga algo, con el deseo en sus ojos de saber qué está pasando por mi mente. Me siento mal al ver que se preocupa de esta forma por mí, lo cual es justamente lo opuesto de lo que quiero que pase.

—Estoy bien, de verdad. —Intento calmarla, pero ella continúa con la misma mirada que pone cuando sospecha que hay algo que no le estoy diciendo; hace mucho que no la veía.

Mi mamá nos trae la cena después de unos cuantos minutos.

—Si quieres siéntate en frente y yo le doy. —Le ofrece mi mamá antes de poner el segundo plato sobre la mesa.

—Aquí estoy bien, señora —responde con una sonrisa—. Me gusta comer con él. Mejor síganos contando cómo estuvo su fin de semana.

—Pues no hice mucho más de lo que ya les conté —dice mientras se sienta enfrente, en el lugar que le había ofrecido hace unos segundos—. Salí con unas amigas y hoy aproveché para acomodar unas cosas de mi cuarto. Pero ahora cuéntenme ustedes, ¿les está sirviendo la idea de los fines de semana? ¿Se les ha hecho difícil?

—¡Para nada! —responde con entusiasmo y se da cuenta de que aún le

quedaba un poco de comida en la boca—. Casi ni hemos batallado porque la mayoría son cosas que ya habíamos hecho varias veces, así que sólo era cuestión de juntarlas. Sabía que no sería nada complicado pero en verdad ha sido muy útil ver de antemano los ajustes que necesitábamos hacer en algunos detalles.

—Esa era la idea. Y lo mejor es que aún les quedan un par de semanas para que sigan probando.

—Sí —dice mientras parte un pedazo de comida y lo lleva a mi boca—. El tiempo se me pasó de volada.

Dejo de masticar por unos momentos al escuchar esa frase. Creo que, sin darse cuenta, me ha dado la respuesta a una pregunta que ni yo mismo sabía que tenía. Siento que un ligero calor nace en mi pecho e intenta opacar cualquier rastro de frío, pero la duda es demasiado insistente y no tardará mucho tiempo en volver a aparecer.

—Tal vez en parte sea porque han andado con los preparativos de la boda —comenta mi mamá.

—No creo, se me han hecho más sencillos de lo que parecían —responde volteando conmigo para confirmar si tengo una opinión diferente—. De hecho, este martes iremos a la sesión de fotos y con eso terminamos todos los pendientes más grandes, sólo quedará ver los últimos detalles del vestido y confirmar que lo demás esté en orden.

—¿Ya es este martes? —pregunta un poco sorprendida—. ¿A qué hora se verán allá?

—Hice la cita a las cinco; saldré temprano del trabajo para pasar aquí e irnos con algo de tiempo —responde al ver que la comida en mi boca no me deja participar mucho en la charla.

—¿Quieren que los acompañe para que no se tengan que ir arreglados desde tan lejos?

—No es necesario, estaba pensando en ponerle parte de la ropa aquí y llegando al estudio le pongo lo demás antes de ir a cambiarme. Así, cuando nos entreguen las fotos y las veamos todos juntos, para usted también será una sorpresa.

—Me gusta mucho ver que siempre piensas y planeas las cosas con tiempo —la felicita mi mamá—. Entonces me puedo quedar tranquila, tienes todo bajo control —afirma con una alegría de la que nunca pensé poder ser testigo.

Terminamos de cenar y seguimos charlando durante algunos minutos, pero

pronto nos damos cuenta de que, si bien aún no pasa de las nueve de la noche, es buen momento para despedirnos y que ella regrese a casa sin tener que correr riesgos innecesarios.

—¿Te llevo a tu cuarto, mi amor? —Me pregunta después de que mi mamá no la dejara pasar con los platos más allá de la puerta de la cocina.

—Voy a esperar un rato antes de ir a acostarme, para que se me baje un poco la comida.

—¿Y no quieres ir de una vez al baño?

—Sí; de hecho, sí —respondo al darme cuenta de que ya podría ir y matar dos pájaros de un tiro.

—Yo lo llevo. —Franco se apresura a decir mientras se levanta de la sala.

—Bueno, entonces ya me despido —me regala una dulce sonrisa y se agacha un poco para besarme por más tiempo del que esperaría—. Te amo —pronuncia casi en silencio apenas sus labios se separan unos centímetros de los míos.

Ya en la cama, decido prender la consola de videojuegos para ver algo antes de dormir; una serie, alguna película, lo que sea servirá para mantener a mi imaginación quieta por un poco más de tiempo. YouTube gana la batalla y empiezo a ver algunos de los videos recientes que más me interesan, pero después de un par de minutos el celular que tengo sobre el mueble junto a mi cama, el cual sólo uso para darme cuenta cuando me llega un mensaje, cumple con su función. Por la hora, debe ser que me está avisando que ya llegó a su casa como siempre acostumbra. Cuando suena la cuarta notificación de mensaje en menos de dos minutos, le pongo pausa al video y entro a revisar los mensajes desde el navegador de la consola para saber qué está pasando.

¡Ya llegué a mi casa, amor! 🥰

Últimamente te he notado un poco raro y no sé por qué...

Espero que todo esté bien y pronto podamos hablar

Mañana tal vez no pueda ir a tu casa porque quiero adelantar algo de trabajo pero ojalá el día se me pase rápido para ya estar contigo el martes

¡Te amo! ❤️🥰

Aunque veo que ya no está en línea, no quiero que parezca que la ignoré, así que le escribo para que lo lea cuando se despierte en la mañana y revise su

celular.

Siento mucho preocuparte así, mi amor... Es lo último que quiero

*Pero no pasa nada malo, de verdad. El martes hablamos después de
las fotos, ¿va?*

¡Te amo!

Por cierto, ¡hoy estás aun más hermosa que de costumbre!

Tras la rutina de la mañana que empieza cuando me levanto y termina habiendo desayunado y estando listo para comenzar a trabajar, me acomodo enfrente de mi computadora para revisar los pendientes de hoy. Si bien tengo mi agenda de eventos en pausa hasta un par de semanas después de que regresemos de la luna de miel, al parecer las consultas y casos para hoy me mantendrán ocupado buena parte del día.

Al estar escribiendo tal vez la quinta respuesta de la tarde, algo cruza por mi mente en un instante y hace que deje de teclear. ¿Cómo llegué a esto? Muchas personas envían mensajes contando su situación y esperan que les ayude a encontrar una manera adecuada de solucionarla porque... ¿confían en mí?

Puedo sentir la pregunta haciendo eco por toda mi habitación, dejándome expuesto a enfrentar un asunto que creí completamente resuelto desde hace muchos meses. ¿Confío en ella? ¿Acaso no me ha demostrado su apoyo una y otra vez? Por supuesto que sí, incluso pondría mi vida en sus manos sin dudarlo ni un poco. Al terminar de recordar cuánta confianza le tengo, no tardo en darme cuenta de que en realidad la verdadera cuestión aquí no es esa, sino una mucho más difícil de responder: ¿ella haría lo mismo?

Esta vez soy incapaz de afirmar algo rotundamente. Creo que este era el punto detrás de todos esos pensamientos, detrás de todas esas dudas, enfrentar cara a cara una interrogante que probablemente, en el fondo, ni yo mismo quería saber qué encontraría al momento de pasar a través de su puerta. Extrañamente, aunque estoy un poco desorientado por el choque con esta idea, por alguna razón no siento miedo. Sin duda sé que debo hacer algo, ya que definitivamente no creo que sea muy aconsejable comenzar un matrimonio de esta manera.

Volteo a ver la hora en el monitor y el corazón me salta un poco al darme

cuenta de que estuve cerca de 30 minutos dándole vueltas en mi cabeza a este asunto, 30 minutos en los cuales ni siquiera era consciente de que tenía una computadora esperando justo delante de mí, así que decido concentrarme de nuevo en el trabajo y dejar para la noche aquellas decisiones que podrían influir en el futuro de toda una relación.

Ya en mi cama, un poco más relajado, noto que hoy he tenido un día muy productivo, pero sumamente aburrido. Supongo que, con todo lo que tuve en la mente, no hubo mucha oportunidad de extrañarla tanto como otras veces. A esta hora tal vez ya se haya desocupado, así que abro la conversación con ella para escribirle antes de que se vaya a dormir.

¿Qué tal estuvo tu día, amor? 😊

Espero un par de minutos hasta que me responde.

¡Hola, mi amor! 😍

Cansado y aburrido. Salí una hora más tarde del trabajo y después pasé a casa de Maire para que me diera unos consejos sobre cómo hacerle unos ajustes temporales al vestido para las fotos de mañana

¿Y el tuyo? 😊

Cansado y aburrido también. Creo que casi todo lo que hice fue trabajar, pero valió la pena; ¡ayudamos a varias familias, y mañana lo podré dejar más temprano! 😊

Soy consciente de que esto no es precisamente “hacer algo”, pero los temas serios prefiero hablarlos en persona.

¡Es lo bueno de trabajar en lo que nos gusta! 😊

¿Ya estás acostado en tu cama?

Sí, mi amor. Ya estoy descansando 😊

¡Qué rico!

Yo apenas me voy a dar un baño para poder ir a descansar a gusto

Bueno, amor, entonces te dejo para dormirme en un rato más 😊

Está bien, mi amor 😊

¡Descansa! Mañana será un día mucho mejor

Llego a tu casa antes de las 4 🥰

¡Te amo! ❤️

¡Y yo te amo más! ❤️

¿De verdad tengo razones para no hablarlo con ella? ¿Para no ser claro y directo? ¿Al menos una? No, por supuesto que no; y de esto sí puedo estar completamente seguro. Siempre nos hemos apoyado el uno al otro, buscando que los dos seamos felices y ella nunca ha dejado de contar conmigo, así que yo tampoco lo haré.

—No debí decirle a tu mamá mis planes con lo de tu ropa para que no se me adelantara. —Se lamenta unos minutos después de que salimos de mi casa.

—Cuando lo mencionaste supuse que eso haría —comento riéndome un poco por la gracia que me hace que no se hubiera dado cuenta antes.

—Esa no era mi intención.

—Lo sé, mi amor, y mi mamá no lo tomó como una indirecta, pero le gusta ayudarte. Supongo que, en parte, se quiere hacer cargo de mí mientras siga viviendo allí.

—¿Crees que las cosas cambien cuando vivamos solos? —pregunta sin esperar una respuesta favorable.

—No, ni un poco —sonríe y niega con la cabeza—. Esa es la otra parte, nunca dejará de ser mi mamá.

—Estoy bromeando, amor.

—¿Estás segura? —Finjo no creerle.

—Sabes que sí —finge regañarme—. Aunque no es necesario, no me molesta que me ayude ni espero que deje de hacerlo.

—Más bien se me hace que estás celosa de que me ha visto desnudo más veces que tú —bromeo poniendo cara de sospecha.

—¡Maldición, me descubriste! Sé que me lleva muchos años de ventaja pero le estoy echando ganas para alcanzarla lo más pronto posible. —Me guiña el ojo y consigue que ya no nos podamos seguir aguantando la risa.

Si bien el estudio que encontramos está a unos 25 minutos de camino, la charla y el poco tráfico hacen que el tiempo pase muy rápido. Al entrar al estacionamiento, de nuevo, vemos una imagen muy similar a la del anuncio, sólo que con muchos menos carros; al parecer hoy no fue un día especialmente ocupado. Desde afuera el lugar luce bien y tiene precios accesibles, principalmente por eso nos interesó en un inicio, pero cuando ella habló para

pedir información quedó bastante convencida con la atención que le dieron.

Hay espacios libres cerca de la entrada al estudio —de hecho, justo enfrente—, pero prefiere estacionarse en uno de los extremos, junto a una pared que nos da sombra, donde no parece que pase nadie cerca.

—Llegamos con bastante tiempo —afirma al ver en el reloj que son las 4:20 PM.

—Hubo menos tráfico del que pensamos —comento con una sonrisa.

—Tuvimos un poco de suerte. —Desabrocha los cinturones de seguridad.

—¿Quieres que nos bajemos ya o hacemos algo de tiempo aquí? —pregunto.

—Tenemos unos treinta minutos libres, tal vez podríamos aprovecharlos. —Se gira en el asiento hacia mí.

—Ya te dije que, si nos atrapan, las multas por eso están muy altas —explico un poco preocupado.

—Más bien pensaba en tener la conversación que me prometiste el domingo. —Se ríe al ver que caí en su insinuación.

—Aaahh —digo aliviado—. ¿Aún sigues preocupada por eso, mi amor?

—No mucho, amor. Estoy segura de que estás bien pero sé que hay algo que te pasa, algo que por alguna razón no me has dicho.

—Me conoces demasiado bien. —Me relajo con una pequeña sonrisa en el rostro.

—Sabes que no hay nada que no me puedas decir, siempre nos hemos apoyado en todo. —Aprieta su mano sobre la mía.

Pensaba hablar con ella en la noche, cuando ya hubiera pasado la presión de las fotos, pero sus ojos llenos de confianza me hacen sentir que este es el momento adecuado, que no hay nada de lo que no podamos hablar, que no existe cosa alguna que no podamos solucionar entre los dos.

—Cuando me dijiste que sí y aceptaste casarte conmigo, me la pasaba casi todos los días imaginando nuestra boda. En verdad no podía esperar a que llegara el momento en el que estuviéramos frente al altar donde comenzaremos nuestra vida juntos.

—A mí me pasa igual, amor. ¿A ti ya no? —pregunta con un tono de voz más cuidadoso.

—No se trata de eso —respondo tratando de alejarla de una idea completamente equivocada—. Aunque me muero de ganas de casarme contigo, entre más pasaba el tiempo lo que imaginaba fue cambiando poco a poco. Me veía esperándote en el altar y me daba cuenta de todo lo que podría salir mal:

ponerme nervioso por tener tantas miradas sobre mí y que crean que me está pasando algo, batallar al momento de ponernos los anillos, no poder decir mis votos bien y que nadie me entienda. Hay muchas cosas que podría hacer mal y me da miedo, amor.

—¿Te da miedo casarte conmigo? —Por la manera en que lo pregunta me da la impresión de que sólo quiere confirmar algo.

—¡Por supuesto que no! —afirmo sin titubear—. Me da miedo hacer algo que arruine la boda, me da miedo que no la puedas recordar como uno de los momentos más hermosos para los dos.

De repente estamos en silencio, ella suelta mi mano y dirige su mirada hacia ninguna parte, como si estuviera tratando de descansar antes de decir sus siguientes palabras.

—Menos mal, mi amor, ¡me habías asustado! —exclama con alivio y continúa al ver mi rostro algo desconcertado—. Por un momento pensé que pasaba algo malo con la boda o, peor aún, que ya no te querías casar conmigo. Pero afortunadamente resultó ser algo que podemos resolver entre los dos.

Ahora está completamente tranquila, como si al fin se hubiera podido liberar de una preocupación que le oprimía el pecho. Todavía no sé cuáles serían las palabras adecuadas para darle una respuesta a lo que acaba de decir, las que expresen de manera fiel lo que siento, las que muestren cuán profundamente agradecido estoy por el hecho de que, un día común, hayamos estado en el mismo cine y, sin darme cuenta, ella se acercara a saludarme.

—Vamos una cosa a la vez, ¿te parece, amor? —pregunta sin realmente esperar una respuesta—. Cuando me estés esperando en el altar hay poco que puedo hacer pero te prometo que no tardaré mucho en entrar por la puerta. Aguanta un par de minutos, piensa en cualquier otra cosa, recuerda esos momentos cuando te abrazo y casi parece como si estuvieras dormido. Sólo dame un par de minutos y llegaré con un vestido tan hermoso que atraeré todas las miradas. Sé que lo puedes lograr.

Con sus ojos fijos en mí, sus manos puestas tierna y firmemente en mi brazo, y su voz llena de confianza, sin palabras me vuelve a decir lo mucho que cree en el hombre que tiene enfrente, haciéndome sentir que no hay cosa alguna que yo no pueda hacer por ella.

—Puedo hacerlo, mi amor. Si lo dices así, ya no suena nada mal — respondo con seguridad.

—Con lo de los anillos no creo que haya mucho problema —afirma con una sonrisa—. Tomaré el mío de tu mano y me lo pondré en la punta del dedo

para irlo acomodando con tu ayuda, despacio y poco a poco. Después tomaré tu mano, la sostendré con cariño hasta que esté relajada, y de la misma manera te pondré el tuyo —dibuja cada uno de los pasos como si los hubiera practicado una y otra vez—. No tenemos prisa, mi amor, y si alguien la tiene es libre de irse.

—Siempre encuentras una manera de que las cosas sean muy fáciles — digo casi para mí mismo.

—Y por lo de los votos no te preocupes, yo soy a la que se los tienes que decir y ten por seguro que te entenderé cada palabra. Y aunque no puedo asegurar lo mismo por los demás, sé que todos los que estén presentes se darán cuenta del gran amor que hay detrás de cada frase que salga de tus labios.

Se pone con cuidado en la orilla de su asiento para que estemos lo más cerca posible, tomando mis dos manos con las suyas, acariciándolas, transmitiéndome su amor con cada mirada, como si preparara un momento especial e íntimo para los dos.

—Mi amor, es nuestra boda, nosotros somos quienes la tenemos que disfrutar —pone un énfasis especial en la última parte de esa frase—. Estaré encantada de compartir nuestro amor con los demás pero eso no está ni cerca de ser mi prioridad. Podría empezar la tercera guerra mundial a la mitad de la ceremonia, llegar un huracán que se llevara consigo todo el edificio, o abrirse un agujero en el suelo que se tragara todos los asientos y los invitados tuvieran que correr desesperados por sus vidas en un caos de gritos y lágrimas pero si salimos de esa iglesia como marido y mujer, para mí será la boda perfecta y siempre la recordaré como uno de los días más especiales y hermosos de mi vida.

Sus palabras me dejan completamente desarmado, sin excusas, sin temores ni dudas, sin absolutamente nada qué decir. Ahora la imagen de nuestra boda es una donde estamos juntos, y sé que a su lado nada saldrá mal.

—Te amo con todo mi corazón —le aseguro con tanta sinceridad como me es posible—, y nunca podré terminar de agradecer que estés... — Interrumpe mis palabras con un profundo abrazo.

—Te amo, mi amor, y con que tú sientas lo mismo por mí es más que suficiente.

No es una posición muy cómoda, pero, por extraño que parezca, creo que difícilmente, y teniendo la ropa puesta, podríamos estar más relajados.

—¿Estás mejor? —pregunta con una sonrisa en su rostro después de

volverse a acomodar en el asiento.

—Sí, amor, gracias a ti —respondo—. Aunque ahora que me doy cuenta, estoy un poco nervioso por las fotos. —Me río por lo pequeño que parece este asunto a estas alturas.

—No te preocupes por eso, ya lo tengo todo controlado —afirma con orgullo—. Cuando hablé les expliqué nuestra situación y me ayudaron a concertar la cita en un día donde no tendrían mucho trabajo. Así que no hay ninguna presión, mi amor, tenemos todo el tiempo para que las fotos salgan como queremos. Y yo me encargaré de que siempre haya una alegre sonrisa en tu rostro para que todos puedan ver lo guapo que eres.

Capítulo 5

Es gracioso pensar que un par de semanas después de comprometernos, estamos a punto de vivir juntos. Bueno, en realidad pasaremos todo el fin de semana solos en su casa, pero aún cuenta, ¿no? Además, si todo sale bien, así será durante los siguientes meses hasta que llegue el día de la boda. La simple idea de pasar tanto tiempo con ella me llena de emoción; poder conversar sin sentir ese pequeño dolor al ver cómo pasan los minutos y se acerca el momento de despedirnos, tener el día entero para hacer todo lo que queramos, o simplemente disfrutar de estar juntos, sin nada ni nadie que nos pueda interrumpir, son pensamientos que me hacen desear que ojalá dejaran de existir los cuatro días que separan estos momentos de felicidad.

Sin embargo, mientras la veo regresar del carro con la maleta con algunas de mis cosas, no puedo evitar reconocer que esto también me asusta un poco. Mañana en la tarde ella bien le podría llamar a mi mamá para decirle que se dio cuenta de que es demasiado pesado y que, por favor, venga por mí. O tal vez espere hasta el domingo para hablar conmigo y hacerme ver que en verdad lo intentó, pero que sería imposible mantener una vida juntos. Puede que cuando acabe el fin de semana se dé cuenta de que en realidad esta no es la vida que quiere, que, por mucho que me ame, esto no es lo que soñaba al imaginar el día en el que se casara, y estaría en todo su derecho. Si es así, respetaré su decisión y de ninguna manera trataré de detenerla.

—¿Está pesada, amor? —Le pregunto cuando deja la maleta en el piso para cerrar la puerta.

—No mucho —responde sin darle mayor importancia—. Sólo metí tres cambios de ropa, unos de tus botes para tomar agua y lo que compramos para cuando nos bañemos; lo suficiente para este fin de semana, creo. Si vemos que necesitamos algo más, me lo traigo el domingo cuando regrese de tu casa. — Me sonrío emocionada y se acerca para besarme.

—Aún no me has contado cómo estuvo tu día. —Le recuerdo para retomar la conversación que dejamos pendiente en el carro.

—Bastante largo, amor, la verdad la mañana se me hizo eterna. —Me cuenta mientras se pone detrás de mi silla y vamos hacia la sala.

—¿Mucho trabajo?

—Lo normal. Pero pensar en que pasaremos todo el fin de semana juntos

hizo que los minutos me parecieran horas —responde abrazándome por la espalda—. Hasta pensé en pedir la salida temprano para ir a tu casa antes de lo que acordamos y así fuera menos el tiempo que faltara para vernos.

—A mí también me costó bastante concentrarme. —Me río un poco al ver que nuestros días fueron muy parecidos.

—Pero en realidad tú tienes la culpa de que me pasara eso. —Trata de fingir un tono acusador.

—¿Yo? ¿Y ahora por qué? —pregunto siguiéndole el juego.

—Por hacer que te ame tanto y que todo el tiempo esté pensando en ti. — Su voz se acerca a mi oído y pierde fuerza con cada palabra, a la vez que me va abrazando más profundamente.

—En ese caso, eres tan culpable como yo. —Le doy un beso en el brazo.

—¿Te he hecho lo mismo? —pregunta como si casi no fuera consciente de cuánto la amo.

—Desde la primera vez que me besaste —respondo con los ojos cerrados.

—Entonces me alegro de haberlo hecho.

Siempre hemos sabido que no somos una pareja “convencional”, no podemos ir a todos los lugares que nos gustaría o hacer cualquier cosa. Tal vez nunca vayamos a patinar juntos, a escalar una montaña o tan siquiera perdernos completamente con locura en la pasión de una cama; pero momentos como este, donde me abraza en silencio y le confía su cabeza a mi hombro, donde pareciera que no existe nada además de nosotros mismos, donde no nos hace falta decir palabra alguna para saber que nos amamos, no los cambiaría por nada.

—¿Te ayudo a pasar al sillón? —Me pregunta después de unos segundos.

—No, mi amor, estoy bien en la silla. —Cenaremos en un par de horas, así que no tiene caso darle más trabajo.

—Está bien pero si te cansas me avisas, ¿ok? —Me pide mientras acomoda mi silla al lado del sillón y acerca la mesa de centro.

—Sí, amor. ¡Gracias! —Le mando un beso.

—Espérame tantito, voy a traer la laptop para ir viendo todo lo de la boda —dice sonriendo—. No me tardo.

—No me iré a ninguna parte. —Le guiño el ojo.

Han pasado poco más de dos semanas desde que les dijimos a nuestras familias que nos vamos a casar y casi parece que están más emocionados que nosotros, creo que no hay día en el que no nos envíen algo de información útil,

e incluso se han ofrecido a cubrir parte de los costos. Si bien no es necesario, al hablarlo nos dimos cuenta de que nunca viene mal un poco de ayuda cuando se está comenzando una vida con alguien más.

Pero lo mejor de todo esto es que la mayoría de las cosas que tenemos que hacer consisten en tomar decisiones, escoger entre un color u otro, ensalada o pasta, a quiénes invitaremos y cómo se acomodarán en la fiesta. ¡Y casi todo se puede hacer por Internet! Tal vez estemos en la mejor época para casarnos.

—¿Por dónde empezamos, amor? —Me pregunta después de darle doble clic al bloc de notas donde escribimos todos los pendientes.

—Creo que lo mejor sería hacer la lista de invitados, para saber más o menos cuántas personas seremos y poder pasar a los temas en los que necesitaremos ese dato.

—Me parece perfecto —concierda conmigo y abre un bloc de notas nuevo—. En relación con esto, había pensado que me gustaría que vayan las personas verdaderamente importantes para nosotros, invitar sólo a familiares y amigos cercanos. ¿Qué opinas, mi amor?

—Me gusta la idea. Nunca he sido de celebrar algo con personas que ni conozco y probablemente nunca vuelva a ver.

—Y si encima les tenemos que dar de comer, peor aún —bromea riéndose de su propio chiste.

Al final, tomando en cuenta a los posibles invitados de algunos de los invitados, la lista es de alrededor de 70 personas. Al parecer, tener una boda pequeña y no ser autoritario con los demás no son conceptos que se lleven del todo bien. Pero aun así este número nos resulta bastante razonable; no cabremos en una casa, pero tampoco necesitamos rentar algo que se salga de nuestro presupuesto.

Con esta información en mente, de una vez empezamos a buscar lugares más o menos cerca donde podamos tener nuestra boda y la fiesta después de que salgamos por esas puertas como marido y mujer. No pedimos mucho, pero tenemos que descartar varias de las opciones que encontramos debido a que tienen escalones en la entrada.

—Creo que los podemos escoger de aquí —afirma repasando la lista con las dos iglesias y tres salones que nos han respondido para darnos informes—, sólo es cuestión de ir a verlos para decidir cuáles nos gustan más. Lo bueno es que todos están abiertos mañana.

—¿Quieres ir mañana mismo, amor? —pregunto un poco sorprendido.

—Sí, mi amor, es mejor que hagamos todo con tiempo —me mira con una gran sonrisa en el rostro—. Además, ya no puedo seguir esperando a que llegue el día de la boda, quiero empezar con los preparativos para que los días se me pasen más rápido.

—Yo tampoco puedo esperar a que llegue —admito olvidando por un momento el temor de que en realidad nunca suceda.

Después de cenar y descansar por unos minutos, regresamos para ver si nos da tiempo de encargarnos de un par más de pendientes de la lista, pero esta vez no los podemos dejar tan completados como nos gustaría. Por alguna razón, ninguno de los estudios fotográficos que vimos le convenció del todo, decía que le daban la impresión de siempre tener muchos clientes, y, al ser muy tarde como para llamarlos, mejor decidimos que esta será nuestra prioridad el siguiente viernes. Y en cuanto a los vestidos de las damas de honor, aunque no le soy de mucha ayuda en este tema, ella ya tiene una idea del estilo y color que quiere, pero necesita ver unos detalles con Mirla porque le pidió que la dejara hacer su propia versión, prometiéndole no destacar mucho del resto.

Tengo que reconocer que estar tomando decisiones con ella para nuestra boda, por pequeñas que sean, hace que todo parezca más real; creo que desde que empezamos no he dejado de sonreír, su entusiasmo al describirme cómo nos acomodábamos en tal salón, cómo será cuando por fin me pueda presentar con tal persona que vendrá desde lejos, o qué color de zapatos combinaría mejor con los vestidos que le gustaron, me lleva a imaginar sin miedo un mañana donde nos despertaremos cada día uno al lado del otro. Y aunque tal vez yo hubiera esperado a que pasaran dos o tres fines de semana, incluso si el domingo terminase todo, al menos me quedaría la experiencia y felicidad de haber estado planeando nuestra boda.

—Dejémoslo hasta aquí por hoy, amor —sugiere y se quita los bonitos lentes que usa para trabajar en la computadora.

—¿Estás cansada, guapa? —pregunto y veo con preocupación que el reloj aún no llega a las 10 PM.

—No, no es eso —asegura riéndose—. Más bien lo contrario, me gustaría que aprovecháramos mejor la noche —lanza una mirada traviesa hacia la puerta de su habitación.

Dudo un poco al pensar que, sea como sea, estamos en casa de sus papás, pero, al ver sus labios esperando por los míos, mi cuerpo deja de pedirme

permiso para ir a su encuentro. Es gracioso pensar en lo rápido que me acostumbré a sus caricias, a sentir su respiración por toda mi piel, a que sus besos dejen memorias inolvidables por todo mi cuerpo. No pasaron muchos meses para que desapareciera esa extraña sensación de querer volver a estar con ella aun cuando acabábamos de caer rendidos de placer, con apenas el aliento suficiente en nuestras bocas que esperaban juntas, casi en un beso, sin decir nada. Pero el deseo ha permanecido intacto, esperando que la siguiente oportunidad de amarla sin las restricciones de la ropa no tarde mucho en cruzar la puerta.

Ojalá que lo que me dijo su papá hace unas cuantas semanas no valiera sólo para esa noche.

Abro los ojos con la extraña sensación de que aún falta algo de tiempo para que nos tengamos que levantar. Veo que son las 8:30 AM y confirmo mis sospechas. Pero no tardo mucho en recordar y darme cuenta de lo que pasa, anoche una cosa llevó a la otra y la intensidad de la situación hizo que olvidara ir al baño antes de dormir. Intento aguantar al menos 30 minutos más para no despertarla tan temprano, pero al parecer los movimientos involuntarios juegan en mi contra.

—¿Te pasa algo, amor? —Me pregunta con una dulce voz aún medio dormida.

—Perdón por despertarte, mi amor, pero tengo muchas ganas de hacer del baño —respondo sintiendo un poco de culpa.

—¿Pipí o popó? —De pronto se levanta dejando su espalda al descubierto.

—Pipí —digo sin saber si lo pregunte porque una opción sea más molesta que la otra.

Sin decir nada, sale del cuarto de prisa con sólo una bata puesta; admito que la imagen me ayuda un poco a que se me quiten las ganas de orinar. Cuando regresa unos segundos después, trae consigo un pato de los que se utilizan en los hospitales para que los pacientes no se tengan que estar parando al baño si no pueden hacerlo. No sé si mi mamá se lo dijo en la conversación que tuvieron o si se le ocurrió a ella sola.

—Recárgate, mi amor. —Me pide después de acomodar un par de almohadas pegadas a la pared.

Aunque no es la posición más cómoda para orinar, como siempre se las arregla para hacerme sentir seguro y relajado.

—Tranquilo, amor, tengo todo controlado —asegura con una sonrisa.

Verla calmada me ayuda a no perder el control de mi cuerpo a causa de la ansiedad. Ella me espera con paciencia, sin presiones, compensando los pocos movimientos involuntarios que se me escapan. Si bien es nuestra primera vez en esta situación, no cabe duda de que conoce todos los secretos de mi cuerpo y sabe exactamente cómo mantenerlo bajo control.

Cuando regresa al cuarto se quita la bata para meterse conmigo bajo las sábanas y abrazarme con cariño como si acabáramos de hacer el amor.

—Perdón por despertarte tan temprano, amor.

—No hay ningún problema —me da un beso en la mejilla—. Pero si tenías ganas debiste avisarme aunque fuera de madrugada.

—Me di cuenta ahorita que me desperté, sólo estuve despierto como diez minutos antes de que te levantas.

—Pues te tardaste diez minutos en decirme, mi amor —me mira a los ojos con una expresión que me hace saber que hice mal en tratar de aguantarme—. Pero tal vez haya sido porque estamos en época de frío.

—Y porque se me olvidó hacer antes de dormir —añado.

—¡Es cierto! —dice sorprendida.

—Es que estuvimos haciendo algo mucho mejor —afirmo riéndome.

—Aun así, no es algo que debamos olvidar. Prometo que no volverá a suceder, amor.

—No fue tu culpa, simplemente se nos pasó. —La abrazo más fuerte.

—Desde ahora, si es antes de dormir, primero vamos al baño y luego hacemos el amor. —Intenta besarme, pero las risas no nos lo hacen muy fácil.

—Aún es temprano, ¿quieres dormir otro rato? —pregunto después de que estamos unos minutos en silencio.

—No, amor. Prefiero estar así, abrazados, aunque no digamos ninguna palabra o nos quedemos dormidos sin saberlo, son momentos que no cambiaría por nada en el mundo.

Al final, levantarnos temprano nos ayudó a llegar antes de mediodía al primero de los lugares que queremos visitar. Es una iglesia que queda a unos 20 minutos de su casa, no está tan cerca como nos gustaría, pero sólo con entrar al estacionamiento que tiene a un lado vemos que se trata de una opción bastante prometedora. Aunque no es un sitio lujoso, está tan bien cuidado que desde afuera de la puerta ya podemos empezar a notar pequeños detalles que serían muy útiles para nuestra boda.

—Ustedes son los que vienen a ver la iglesia para su boda, ¿verdad? — Nos pregunta un señor de alrededor de unos 40 años mientras se nos acerca antes de que toquemos a la puerta.

—Sí —responde y gira un poco mi silla para quedar de frente—. ¿Usted es Moisés? Creo que ayer hablamos por teléfono.

—Así es —nos saluda con un firme apretón de manos—. Fui un momento a la tienda, pero vi que se estacionaron aquí y vine a comprobar si eran ustedes. Es un gusto conocerlos en persona.

—Para nosotros también —dice sonriendo.

—¿Ya vieron lo que les comenté de la puerta?

—Sí, de hecho estábamos hablando de eso hace un momento. No nos parece que haya problema para entrar con la silla —afirma y pone su mano un poco más abajo de mi hombro.

—La cambiamos hace algunos años porque vienen varias personas con andador o en silla de ruedas, así que pusimos estas rampas y ampliamos la puerta para que no batallaran para entrar.

Nos invita a pasar para darnos un pequeño recorrido por el interior de la iglesia. Lo primero que nos muestra es la sala que está justo entrando por la puerta, no es muy grande, pero es suficiente para estar cómodo con dos o tres personas más; supongo que la usan como una especie de recibidor.

—Este cuarto sirve muy bien en las bodas. Para que la novia no tenga que estar afuera, puede llegar y esperar aquí hasta que sea momento de entrar. — Nos comenta antes de abrir la puerta que nos separa del salón principal.

Tampoco resulta ningún problema pasar con la silla de ruedas por aquí. Para nuestra sorpresa, nos encontramos con una imagen más bonita que las fotos que vimos ayer; un pasillo amplio al centro con unos 50 asientos a cada lado que nos dejan un buen margen para los invitados, paredes pintadas con tonos claros que no se ven interrumpidos por ningún cuadro o figura. Si bien no es la típica iglesia que se vería en una película, sin prácticamente nada que te dé alguna pista de lo que hacen aquí al menos una vez a la semana, el lugar no deja de sentirse hecho para momentos importantes y especiales, con esa sensación ceremonial que transmiten los espacios dedicados a algo o a alguien más grande que nosotros mismos.

—¿Les gusta? —Nos pregunta Moisés después de haber recorrido el salón con calma.

—Está muy bonito, de verdad —responde con la voz llena de ilusión—. Me encantaría que nos casáramos aquí, ¿y a ti, mi amor?

—También me gustaría mucho —sonríó al ver la emoción en sus ojos—. Creo que tiene todo lo que buscábamos y estaría perfecto para nosotros.

—Tienen mucho tiempo de conocerse, ¿verdad? —De repente muestra un interés amable por nosotros.

—En realidad, nos conocimos hace poco más de un año. —Le contesta con orgullo.

—Si me preguntaran, diría que tienen varios años más estando juntos —afirma algo sorprendido—. Desde que los vi saliendo del estacionamiento he podido notar lo unidos que están, cómo se entienden a veces sólo con una mirada y se complementan el uno al otro. De verdad hacen una muy linda pareja.

—Muchas gracias por sus palabras —le dice mientras se pone junto a mí para agarrar mi mano—. Siempre que salimos nos damos cuenta de cómo nos miran algunas personas, tal vez preguntándose por qué estamos juntos, creyendo que de seguro somos amigos o hermanos, o incluso pensando que soy la mejor persona del mundo por estar con él. Es un poco triste darse cuenta de que no todos pueden ver lo mucho que nos amamos y disfrutamos estar juntos, de cómo me protege tanto como yo lo protejo a él, de que entre los dos hacemos que nuestra relación funcione. Y aunque muchos nos han dicho que se alegran porque estamos juntos, nunca nadie había usado esas palabras. Se siente muy bonito, de verdad. —Su rostro luce como si le acabaran de hacer el mejor halago de la historia.

En sus ojos que luchan por contener una pequeña lágrima de felicidad puedo ver que para ella también ha valido la pena el camino que hemos recorrido hasta ahora, donde cada día buscamos conocernos un poco más, donde, si bien nos topamos con obstáculos que la mayoría de parejas no tienen que enfrentar, siempre encontramos una manera de hacer las cosas que no podemos.

Aunque tenemos otra iglesia en la lista, esta nos convence lo suficiente como para reservarla para nuestra boda ya que, al faltar algunos meses para que llegue el día, esa fecha está bastante disponible. Ahora supongo que, si no hay nada que nos lo impida, para la fiesta elegiremos el lugar de nuestra lista que se encuentre más cerca de aquí.

Este fin de semana se me ha pasado tan rápido como en aquellas primeras citas que teníamos cuando apenas nos estábamos conociendo, donde parecía que las horas se nos iban con sólo hablar de un par de cosas. Tal vez fue por

ser nuestro primer fin de semana juntos, por ocuparnos de algunos de los pendientes que tenemos para la boda o simplemente porque siempre nos divertimos estando juntos, riendo por cualquier cosa, disfrutando incluso de los momentos tranquilos en silencio. Creo que casi ni me he acordado de que, aunque a estas alturas sea bastante improbable, existe la posibilidad de que estos últimos dos días en realidad hayan servido para que se diera cuenta de que vivir conmigo no es precisamente lo más fácil del mundo, que, siendo sinceros, si nos casamos nos espera una vida llena de amor y de dificultades.

—Qué rápido se nos pasó el fin de semana, ¿verdad, amor? —Me pregunta después de juntar nuestros platos en la mesa y girar su silla hacia mí.

—Justo en eso estaba pensando. —Sonrío con alegría al ver que para ella también fue así.

—Entre revisar lo de los planes para la boda, ir a ver los lugares y pasear un rato se nos fue casi hasta ayer en la noche.

—Pero fue divertido, ¿no?

—Siempre es divertido estando contigo, amor, no lo decía por eso — afirma al notar algo que ni siquiera yo me di cuenta—. Me gusta saber que podemos hacer tantas cosas juntos en un par de días.

—Es porque somos un muy buen equipo.

—Y una linda pareja —añade con la felicidad aún en el rostro.

No sé si este es un buen momento para tratar de saber qué le ha parecido este fin de semana conmigo, ni siquiera sé si debería mencionar el tema. Creo que preguntar cosas como “¿fue muy difícil ocuparte de mí?” o “¿sigues estando segura de que quieres casarte conmigo?” podría estar fuera de lugar.

—¿Nos bañamos ahorita o antes de ir a tu casa, amor? —Me saca de mis pensamientos con una pregunta que no me esperaba.

—¿Bañarnos? Pero lo puedo hacer cuando esté en mi casa en la noche, amor —digo un poco confundido.

De repente, su rostro ya no se ve con tanto ánimo y sus manos se quedan quietas en sus piernas durante unos segundos.

—Este fin de semana no ha sido del todo como lo esperaba —comenta casi para ella misma con una evidente tristeza en la voz.

—¿Quieres que hablemos de eso? —pregunto con algo de temor después de varios segundos.

—Piensas que debes hacer todo lo que puedas para no darme “molestias” —remarca su desacuerdo con esa palabra—, me di cuenta desde el viernes, mi amor, cuando preferiste quedarte en la silla y esperar a la cena.

—No quería que me tuvieras que volver a pasar a la silla en tan poco tiempo —admito sin saber qué más puedo decir.

—Lo sé pero pasaron casi dos horas, amor —se acerca para tomar mis manos—. Y aunque hubieran sido sólo cinco minutos, te ayudaría con gusto. No eres una carga ni un trabajo para mí, amor, nunca lo has sido y nunca lo serás. Eres el hombre que amo y con el que quiero vivir el resto de mi vida. Si necesitas algo siempre estaré ahí para ti de la misma manera que tú siempre lo estás para mí. Me puedes despertar de madrugada para que te dé agua o te lleve al baño y no será ninguna molestia. Sólo confía en mí, confía en lo muchísimo que te amo, y nunca te aguantes o dejes de hacer algo porque creas que me vas a molestar.

Una vez más, su amor toca mi corazón y me deja sin palabras. Tal vez sea porque en el fondo no creía que existiera una mujer que me pudiera amar de esta manera, con tantos defectos, con todas las limitaciones, con la necesidad de recibir ayuda hasta para las cosas más básicas.

—Perdón si dudé aunque sea un poco de ti, mi amor —le digo viéndola a los ojos—. No tengo excusas, pretextos ni forma alguna de poder disculparme lo suficiente, pero te prometo que te amo tanto como tú me amas, con cada célula de mi cuerpo, tanto que duele no ser capaz de ponerlo en palabras, de demostrarlo como quisiera.

—Me lo haces sentir cada vez que estamos juntos, amor, con cada beso, con cada mirada, con cada caricia que me das con tanto cuidado. Si hay algo de lo que estoy segura en esta vida es de tu amor por mí. —Sus manos abrazan mi rostro y sus ojos brillan llenos de emoción a unos centímetros de los míos.

—Siempre confiaré en ti, en cualquier situación, para cualquier cosa —prometo con el poco aliento que me queda.

—Entonces estamos listos para vivir juntos, mi amor —afirma casi temblando de alegría antes de besarme con esa intensidad que me adelanta que pasaremos un largo tiempo bajo la regadera.

Capítulo 6

Han pasado varios días desde que me dijo que sí y aún sigo teniendo problemas para conciliar el sueño por las noches, el simple hecho de pensar que dentro de unos meses estaremos delante de un altar a sólo un par de palabras de comenzar una vida juntos es más que suficiente para hacer que mi mente olvide que es momento de descansar y pierda la noción del tiempo imaginando cómo será cuando llegue el día en el que nos casaremos. No pido mucho, no me interesa que sea en un lugar tan caro y lujoso que ponga en vergüenza a la boda de cualquier celebridad, ni estar rodeados de personas que apenas y conocemos para que no haya ningún asiento desocupado; lo único que espero es que sea una boda digna de ella, de la felicidad que me ha dado en todo momento, incluso en los difíciles. Sólo espero poder hacerla feliz ese día y todos los días que vengan después.

El reloj ya pasa de la 1 AM y las ganas de dormir siguen sin querer entrar por la ventana, aunque debo reconocer que esta noche trae consigo un reto mayor que el que ha sido habitual durante esta semana. Y es que la sola idea de que mañana iremos a su casa para decirles a sus padres que nos hemos comprometido ya sería suficiente para mantenerme despierto toda la noche. Si bien nunca he tenido problemas para convivir con su familia, desde el primer momento me recibieron en su casa con los brazos abiertos e incluso fueron quienes buscaron pasar más tiempo del normal conmigo para que la comunicación no representara ningún inconveniente, no sé si las cosas vayan a cambiar cuando les digamos que queremos pasar nuestra vida juntos, como marido y mujer.

Sinceramente, no me sorprendería que no estuvieran de acuerdo con nuestra decisión, y no es que crea que me puedan discriminar o que duden de mí. Estoy seguro de que saben perfectamente que la amo con absolutamente todo mi corazón, pero todo padre desea lo mejor para sus hijos, con cualidades muy claras que quieren ver en cualquiera que pretenda formar una vida a su lado, y definitivamente “discapacidad” no es una palabra que figure en esa lista.

De cualquier manera, pensar demasiado acerca de todo este tema no será de mucha ayuda, no es como si pudiera ver o cambiar el futuro desde la comodidad de mi cuarto. Sí, hay muchas cosas que puedo hacer estando en mi

cama, siendo las mejores las que he descubierto gracias a ella, pero sin duda los poderes místicos o sobrenaturales no forman parte de mi repertorio. Creo que lo mejor en esta situación es dejar de darle tantas vueltas al asunto, ser lo más sincero posible cuando llegue el momento de hablar con sus papás y esperar que vean un poco más allá de las apariencias al imaginar el futuro que desean para su hija.

Afortunadamente, saber que ella vendrá desde temprano y estará conmigo en todo momento me tranquiliza; hasta ahora no ha habido ningún obstáculo que no hayamos podido superar y dudo mucho que esto vaya a cambiar durante el transcurso de las próximas 24 horas. Sé que puedo contar con ella, así que lo único que me queda por hacer en este momento es tratar de descansar para estar en la mejor condición cuando despierte por la mañana, listo para cualquier cosa.

—¿Dormiste bien anoche, mi amor? —Me pregunta después de saludarme con un beso.

—Batallé para que me diera sueño, pero, una vez que lo logré, pude descansar bastante bien —respondo—. ¿Y tú, amor?

—También me costó un poco, en parte por los nervios y en parte porque sabía que estarías igual. —Me sonrío para presumir lo mucho que me conoce.

—Entonces mejor hubieras venido desde ayer para pasar la noche juntos, habría sido más fácil quedarnos dormidos —bromeo con una expresión traviesa.

—Sí lo pensé y no me faltaron ganas pero ya era muy tarde y supuse que tu mamá y tus hermanos ya estarían durmiendo.

—Por eso siempre dejo mi ventana abierta —digo como si se tratara de algo obvio.

—En ese caso, creo que valdría la pena arriesgarme a que me arresten por allanamiento de morada. —Se acerca para besarme mientras la risa decora su rostro.

—¿A qué hora les dijiste a tus papás que llegaríamos? —pregunto después de recordar seguir respirando.

—A las cuatro de la tarde, amor —responde a la vez que se sienta a mi lado—. Así que tenemos tiempo de sobra para relajarnos e ir a comer algo si queremos.

—Me gusta la idea, no quisiera llegar a tu casa tan nervioso y tenso que me cueste el doble hablar.

—Eso pensé —sonríe y toma mi mano con cariño—. Pero puedes estar tranquilo, mi amor, pase lo que pase estaremos bien.

—¿No te preocupa lo que puedan decir tus papás? —pregunto un poco confundido.

—No es que no me preocupe, más bien los conozco y no creo que les sorprenda o que se opongan a lo que hemos decidido.

—Me alegra escucharte decir eso, amor, pero mientras haya una mínima posibilidad de que no podamos casarnos, dudo mucho que deje de sentirme algo nervioso.

—No te vas a casar con mis papás, te vas a casar conmigo —sus ojos llenos de ternura acarician mi rostro—. Claro que me encantaría que se emocionen por nosotros y nos apoyen como tu familia lo hace. Pero si por alguna razón no es así y llegasen a estar en contra, eso no cambiaría mi decisión. Me quiero casar contigo, mi amor, y nada podrá evitar que lo haga.

Creo que incluso después de haber pasado una semana desde que nos comprometimos, en alguna parte de mí la boda aún era como uno de esos planes que haces sin saber si en realidad se llegarán a cumplir, por los que simplemente vas avanzando un paso a la vez con el temor de que en cualquier momento te mandarían un mensaje que lo cancelará todo. Pero ella transmite sinceridad en cada palabra, en cada uno de sus gestos, y por primera vez soy consciente de que en unos meses seré el esposo de la mujer más hermosa del mundo.

—No sé cómo lo haces. —La abrazo con tanta intensidad que me preocupa estarla lastimando.

—¿Te sientes mejor? —Su suave voz recorre la habitación mientras sus manos se pasean por mi espalda.

—Sí, mi amor, siempre tienes las palabras exactas. —Suspiro.

—Y si estuviéramos solos podríamos sentirnos aún mucho... ¡Tu mamá! —exclama de la nada.

Me separo confundido, sin saber qué pasó.

—Cuando me abrió la puerta le dije a tu mamá que nos esperara en la sala, que sólo pasaría a saludarte y luego iríamos para charlar los tres allá. — Se apresura a acercar mi silla para ayudarme a pasarme de la cama.

En realidad no hicimos esperar tanto tiempo a mi mamá, cinco minutos son apenas lo suficiente para escuchar una buena canción o para empezar a ponerte al día acerca de lo que pasa en todas las redes sociales. Y, viendo que

parece muy atenta a su celular, tal vez eso sea justo lo que esté haciendo.

—Estaba esperando que me avisaras para ir a pasarlo a la silla. —Le comenta mi mamá cuando se da cuenta de que estamos en la sala.

—No se preocupe, ya tenemos una técnica y no batallamos nada. —Le responde contenta mientras se sienta a mi lado.

—¿Tus papás ya saben que van a ir a hablarles de algo importante? —pregunta dejando su celular a un lado.

—Sí, más o menos —afirma conteniendo un poco de emoción—. Desde el domingo les dije que hoy iríamos a la casa para darles una gran noticia.

—¿Y no sospecharon nada? —Al parecer, mi mamá no nos dejará olvidarnos de este tema por ahora hasta que calme toda su curiosidad.

—Pues sólo me preguntaron si estoy embarazada —se ríe al recordar lo fácil que era malinterpretar sus palabras— pero después me dijeron que estaba bien y cambiaron de tema. No sé si ya sepan más o menos cuáles son nuestras intenciones o si piensen que se trata de alguna cosa sin mucha importancia. Creo que lo único que podemos hacer es hablarles desde el fondo de nuestro corazón.

Tal vez escuchar eso me hubiera puesto más nervioso antes, casi como cuando tienes que dar una explicación sabiendo que, digas lo que digas, la otra persona ya decidió que tú estás absoluta y totalmente equivocado. Pero ahora sé que ella está segura de lo que quiere, y yo estoy seguro de ella.

—Entonces esperemos que todo salga bien. —Nos alienta.

—Justo de eso estábamos hablando en el cuarto —comenta con tranquilidad—. Dudo mucho que no estén de acuerdo con que nos casemos y mucho menos que se opongan, nunca han cuestionado nuestra relación, sino al contrario, siempre han sido los más felices de que esté con alguien que me ame tanto. —Con cada palabra su mano se fue adueñando más y más de mi brazo.

—Me siento de la misma manera y creo que te lo dije el día que hablamos —asegura mi mamá—. Pensé que nunca habría nadie a quien le pudiera confiar la vida de mi hijo, incluso al imaginarlo casado me veía estando a su lado, cuidándolo. Pero desde el principio me demostraste que contigo sería diferente; para ti ayudarlo siempre ha sido tan normal como caminar tomada de su mano. Por eso al ver lo felices que son juntos, me fue imposible estar en contra cuando me dijo que te iba a proponer matrimonio.

Yo no estuve en esa conversación y en realidad no supe exactamente de qué hablaron, así que oír esto me toma por sorpresa. Reconozco que hasta

ahora no me había detenido a pensar por qué mi mamá reaccionó de una manera mucho más positiva de la que esperaba, preguntándome cosas que, en lugar de tratar de poner a prueba nuestros planes, buscaban guiarnos y confirmar que podremos construir una vida por nuestra cuenta.

—Cuando supe que usted nos apoyaba fue un gran alivio, contar con su confianza en verdad significa mucho para mí y puede estar segura de que juntos tendremos la vida que todo padre sueña para sus hijos.

—No tengo la menor duda de eso —afirma mi mamá con una sonrisa en su rostro—, pero tampoco vayan a creer que los vamos a abandonar a su suerte. Sé perfectamente que por mucho amor que haya, a veces nos vemos en situaciones que nos sobrepasan, así que siempre pueden contar conmigo y con sus hermanos para cualquier cosa. No lo quieran hacer todo ustedes solos.

Creo que si hay una manera de empezar a poner los cimientos de una vida independiente cuando una discapacidad se empeña en mantener cerradas cuantas puertas y ventanas le sea posible, sin duda es esta, contando con el apoyo de tu familia, sabiendo que la persona a tu lado nunca estará sola. No se trata de poner a prueba el amor de alguien ni de que la “responsabilidad de tu cuidado” simplemente cambie de manos, sino de formar una vida donde, lejos de sentirte como una carga, con la ayuda de los demás seas una parte funcional de tu hogar, capaz de hacerte responsable de tareas y deberes como cualquier otra persona, y no dejar que todo el trabajo recaiga sobre tu pareja.

Si sus padres entienden esto y logran ver la vida que nosotros podemos ver en el camino que estamos recorriendo, seguramente todo será mucho más fácil. Sólo necesito mostrarles que, aun cuando su hija me ayuda a comer, a bañarme, a vestirme, a pasarme a los asientos, a ir al baño y a manejar mi silla de ruedas, puedo cuidarla tan bien como cualquier otro hombre. Pan comido, ¿no?

Se estaciona justo enfrente de su casa y, no mentiré, parece como si mi corazón pensara que en realidad no estoy sentado en la comodidad de un auto, sino que, por primera vez en mi vida, después de más de 20 años sin hacer ningún deporte, de repente decidí correr un maratón y necesitara que latiera tan rápido como le sea físicamente posible.

—¿Todo bien, amor? —Me pregunta al notar que no he hablado mucho desde que pasamos por el último semáforo.

—Sí —respondo regresando de mis pensamientos—, sólo me distraje divagando un poco en mi mente.

—No hay razón para estar nerviosos, recuerda que todo saldrá bien y siempre estaremos juntos. —Me besa mientras me desabrocha el cinturón de seguridad.

Escucho la puerta de su casa abrirse y, si bien la distancia hasta donde estamos no es del todo corta, antes de que me dé cuenta una hermosa sonrisa se acerca demasiado a mi ventana.

—¡Ya llegaron! —afirma Lety llena de entusiasmo.

—Deja te abro la puerta para que lo saludes. —Le dice a su hermana desde adentro del carro para que se aleje un poco.

—Hace mucho que no venías a verme. —Lety me abraza con toda la fuerza que sus siete añitos de edad le permiten mientras ella pone su mano ligeramente sobre mis brazos por si algún movimiento involuntario se quisiera hacer presente justo ahora.

—Pero si acaba de venir hace poco más de una semana y hasta estuvo jugando contigo a todo lo que se te ocurría —comenta con la esperanza de despertarle una noción del tiempo más precisa.

—Pero eso fue el mes pasado. —La corrige, teniendo a su favor que justo estamos en los primeros días de este mes.

—Si para Lety eso es mucho tiempo, entonces es mucho tiempo, mi amor. —Le guiño el ojo sin que su hermanita me vea.

—¿Ves? —presume “su victoria”.

—Bueno, ya hay que entrar a la casa porque está haciendo frío —dice fingiendo cambiar de tema

—¡Yo te ayudo a bajar la silla!

—Sí, Lety, nada más abro la puerta y me ayudas. —Sale del carro con una sonrisa en su rostro.

Por el espejo veo cómo deja que Lety tome la silla por uno de sus tubos mientras en realidad ella es la que la está bajando, y una vez que la acomodan cerca de mi lado, sus pequeñas manos se hacen cargo de abrirla para después asegurarse cuidadosamente de ponerle los frenos. Creo que ver esta escena es una de las cosas que más me gustan de venir a su casa, y es que notar ese pequeño cambio en sus ojos cuando quiere ayudarme, esa mirada que pasa de soñar que es una princesa que lucha contra dragones para proteger a su pueblo, a concentrarse como si fuera a hacer la tarea más importante del mundo, no tiene precio. No sé si todos los niños sean así, pero Lety, después de que le explicáramos por qué estoy en silla de ruedas, no tardó mucho tiempo en verme como a cualquier otra persona y encariñarse conmigo.

Entramos a su casa con Lety detrás de mí ayudando a empujar mi silla. Las luces de la sala están prendidas, pero no hay nadie aquí además de nosotros, y la mesa del comedor está perfectamente limpia, sólo con una de las sillas ligeramente movida. Tal vez su instinto paternal les haya avisado de qué les queremos hablar hoy y estén terminando de preparar los últimos detalles de una fiesta sorpresa para celebrar nuestro compromiso, o ya casi tengan todo listo para mudarse a otro país y llevarse a su hija muy lejos de mí. Cualquier cosa puede pasar.

—Ya llegamos —anuncia mientras cierra la puerta y su hermanita va unos cuantos pasos más adelante.

—Estamos en la cocina preparando algo, no nos tardamos. —Nos avisa su mamá y me alegro de que aún compartamos el mismo huso horario.

Nos acomodamos en la sala para esperar a que vengan. Como creo que hablaremos durante un largo rato, cuando me pregunta si me quiero pasar al sillón para estar más cómodo le digo que sí. Ella se sienta a mi lado después de acomodar mi silla a un costado del sillón como siempre lo hace, mientras Lety nos termina de contar cómo le ha ido en la escuela.

—Ya terminamos —su mamá es la primera en salir de la cocina con una bandeja en sus manos—. Disculpen la tardanza.

—No se preocupe, sólo fueron unos minutos y estuvimos jugando un poco con Lety.

—Cuando los vimos llegar se nos adelantó a salir para recibirlos, así que mejor fuimos a la cocina a preparar algo para poder comer mientras conversamos.

—Me hubieras esperado para ayudarte —comenta pidiéndole la bandeja para ponerla en la mesa de centro.

—No era mucho trabajo, hija, y además tu papá me ayudó a cortar y servir buena parte de la comida. De hecho, se quedó preparando los refrescos para traerlos junto con los vasos.

—¡Le voy a ir a ayudar! —Lety sale corriendo alegremente hacia la cocina.

Aunque desde donde estoy no alcanzo a ver a su papá a través de la ventana que queda encima de la barra desayunadora, escucho cómo se alegra cuando su pequeña hija entra a su rescate.

—¿Cómo has estado, corazón? —Me pregunta mientras se acerca para darme un gran abrazo.

—Muy bien, algunos días se me ha juntado mucho trabajo, pero nada más

allá de lo normal —respondo con una sonrisa—. ¿Y usted cómo ha estado?

—También, muy bien, gracias a Dios. Ya llevamos varias semanas de haber regresado a clases, así que después de unos días bastante movidos, el trabajo ha vuelto a la normalidad.

—Lo bueno es que ama ser maestra —comento mostrando mi admiración.

—Sí. No niego que a veces es un trabajo muy pesado y exige mucho de ti, pero me encanta trabajar con niños y poder enseñarles las bases para que sean personas de bien desde sus primeros años de escuela. —Acaricia la cabeza de Lety que está acomodando con mucho cuidado un par de vasos sobre la mesa.

—Sólo traje refrescos, pero ahí tengo varias cervezas por si prefieres. — Me dice el papá justo antes de llegar a la sala y dejar dos botellas de soda.

—Muchas gracias, señor —me anima ver que siga con la costumbre de invitarme a beber juntos—. Ahorita así estoy bien, pero tal vez más tarde nos tomemos unas.

—Me da gusto verte —se acerca para extenderme su mano firmemente—. ¿Todo sigue estando bien?

—Sí, le decía a su esposa que esta semana tuve unos días de trabajo medio pesados, pero nada del otro mundo. —Tomo su mano con confianza, sabiendo que me recibirá con un fuerte apretón.

La charla toma un rumbo bastante normal. Después de hablar del trabajo, pasamos a temas que bien podrían resultar habituales en cualquier otro día; preguntan por mi familia y me piden que les dé sus saludos, nos cuentan algunos de sus planes para esta semana y hasta me invitan a que los acompañe a cenar al elegante restaurante donde festejarán su aniversario este miércoles. Lety no tarda mucho en aburrirse y prefiere irse a su cuarto con la promesa de que más tarde iremos para jugar los tres juntos a todo lo que quiera. Sin duda, parece una tarde normal conviviendo con su familia, pero no pasa demasiado tiempo antes de que el asunto por el cual vinimos se empiece a asomar por la ventana.

—Cuando ella nos dijo que querían hablar con nosotros para darnos una noticia, lo primero que pensamos es que por fin tendríamos a nuestro primer nieto —comenta su mamá conteniendo un poco de emoción.

—Aún faltan varios años para considerar tener un hijo, mamá —asegura pensando en una conversación que tuvimos hace tiempo.

—Bueno, entonces los escuchamos —dice su papá sentado justo enfrente de mí, ligeramente inclinado hacia adelante, con las manos tocándose por las yemas de los dedos y una amable sonrisa en su rostro.

Ella voltea a verme con sus ojos llenos de confianza y su mano puesta firmemente en mi pierna, su mirada me recuerda que no hay nada que temer, que, si ponemos nuestro corazón en cada palabra y les hablamos con sinceridad, sus papás comprenderán cualquier cosa que les digamos.

—Cuando conocí a su hija enseguida supe que ante mis ojos tenía a alguien que sería muy importante en mi vida a partir de ese mismo segundo. No conocía su nombre ni su historia, tampoco tenía ni la más mínima idea de que no se quedaría parada detrás de esa línea de amistad que, por mucho que me quisieran, hasta ese entonces había detenido a tantas amigas; vaya, ni siquiera sabía si la volvería a ver una vez que saliéramos de ese cine —un suspiro en forma de risa escapa de mi boca mientras sujeto su mano con cariño—. Pero así fue, gracias al cielo así fue, y desde ese día no hay un sólo momento en el que no me sienta el hombre más feliz del mundo. Ella es la mujer que no creí que existiría, llena de bondad y amor, siempre atenta y con una hermosa sonrisa en su rostro, la única que ha visto a través de mí en todo momento y ha destrozado todos y cada uno de los miedos que por tanto tiempo me habían asustado. Poco a poco, con un beso, ella hizo que nuestros corazones se encontraran totalmente expuestos, sin ataduras, sin temores, sin necesitar que nada los protegiera de la amenaza del dolor, para que con cada latido pudieran crear una melodía nueva e inconfundible. Decir que la amo no le haría justicia a lo que siento por ella, pero tampoco tengo una palabra que lo pueda describir; sólo sé que, incluso estando a su lado, me duele que haya aire que nos separe, que haría cualquier cosa por verla sonreír una vez más, que daría mi vida por ella sin dudarle ni un solo instante. La amo tanto que no soporto la idea de que no estemos juntos, y por eso decidí proponerle matrimonio con el deseo de seguir haciéndola tan feliz como ella me hace, de despertarme cada mañana a su lado con el propósito de darle todo el amor que las veinticuatro horas del día me permitan. Y ella dijo que sí, gracias al cielo dijo que sí.

No sé para quién son los pañuelos que su mamá saca de su bolsa, pero sólo toma unos cuantos y los demás se los da a ella para que los use. Creo que por unos segundos dejé de darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor y simplemente las palabras salían de mi boca una tras otra, sin pensar, directamente desde mi corazón.

—Durante la cena de ese día no dejó de contarnos acerca del chico con el que había pasado toda la tarde en el cine —su mamá rompe el silencio después de unos segundos y el pañuelo acariciando mi mejilla me hace darme

cuenta de que mi boca no fue lo único que se escapó de mi consciencia—, parecía que en realidad no lo acabara de conocer hace sólo unas horas. Desde ahí supimos que no se trataba de un simple amigo. Y admito que me preocupé cuando vi por primera vez una de tus fotos sin estar enterada de que tenías una discapacidad, pero cuando te invitamos a la casa y los vi juntos entendí por qué nunca nos dijo nada al respecto, para ella era un detalle más, como describir un lunar en tu hombro o mencionar que tienes una playera color azul.

—Cuando nos dijo que querían hablar con nosotros supusimos que se trataba de esto —afirma su papá con la misma sonrisa que antes—, desde su cena de cumpleaños sabíamos que sólo era cuestión de tiempo para que sucediera. Incluso pensamos ser nosotros los primeros en tomar la palabra hoy para hacérselos más fácil, pero eso hubiera sido menospreciarte —sus ojos se dirigen hacia mí—. Y ahora que te sientas aquí hablándonos con tanta honestidad, de frente, con ese brillo en la mirada que siempre tienen cuando se refieren el uno al otro, me vuelves a confirmar que no imagino a ningún hombre mejor que tú para compartir su vida con mi hija.

Esa última frase, esas últimas palabras hacen que mi corazón estalle en alivio. Sé perfectamente que aún nos queda bastante camino por recorrer, pero contar también con el apoyo de su familia hace que todo se vea mucho más fácil.

—Tal vez está de más decirlo, pero nos encanta la idea de que se casen, y pueden seguir contando con nosotros en todo momento —dice su mamá ya de pie y a punto de abrazar a su hija con una sonrisa llena de orgullo y felicidad.

Cuando la suelta, se sienta a mi lado para repetir el abrazo que acaba de dar, mientras que es el turno de su papá de tenerla entre sus brazos. Mi futuro suegro prefiere ayudarme a ponerme en pie para darme otro fuerte abrazo y felicitarme por haberme ganado el corazón de su hija.

—Sólo les queremos hacer una pequeña petición —menciona su mamá—, es algo que desde hace varias semanas hemos estado hablando también con tu mamá.

—Si está en nuestras manos, tengan por seguro que lo haremos con gusto —respondo un poco confundido por no saber nada al respecto.

—Sabemos que son una pareja completa como cualquier otra —su papá toma la palabra—, y no dudamos que puedan formar una vida juntos. Pero también creemos que sería un error ignorar el hecho de que enfrentan una situación poco común, donde tienen algunas necesidades que la mayoría no tiene. Y nosotros mismos hemos visto que no batallan para hacer nada,

siempre cuentan con una manera o técnica especial ya sea para subirlo a un coche o para ir al baño.

—¿Quieres decir que para nosotros es más difícil? —pregunta ella confundida.

—No, para nada. Más bien, a lo que quiero llegar es que para cualquier pareja es difícil casarse, pasar de convivir unas cuantas horas por semana a convivir veinticuatro horas al día puede llegar a ser muy duro, y no queremos que eso les pase a ustedes.

—Por eso nos gustaría que practiquen antes de casarse —continúa su mamá—. Los viernes después de recoger a Lety de la escuela les dejaremos la casa para ustedes solos y regresaremos hasta el domingo en la noche, así pueden ir viendo cómo será cuando vivan juntos, descubrir todo lo que pueden o no pueden hacer, saber si hay algo que sea demasiado pesado y, si es así, encontrar una manera de solucionarlo.

—Me encanta la idea —no tarda en responder después de ver que también estoy más que de acuerdo con lo que nos proponen—. Puedo pasar por ti saliendo del trabajo y nos venimos para acá.

—Pero a esa hora hay mucho tráfico, amor. Podemos esperar un rato en mi casa para que se pase un poco.

—Si el tráfico significa más tiempo para nosotros dos, no me molesta en lo más mínimo. —Me da un pequeño y amoroso beso.

Si bien, como ella dijo, las cosas salieron mejor de lo que esperaba, y el sólo hecho de pensar que cada semana pasaremos dos días enteros juntos me llena de emoción, debo reconocer que, en el fondo, esa idea trae consigo un pensamiento que me asusta.

Capítulo 7

No me cabe la menor duda de que, si se trata de no poder dormir, esta es una razón que no me molesta para nada. Con cada día que pasa pienso más y más en ella, en sus palabras que sólo buscaban lograr transmitir todos sus sentimientos, en sus ojos llenos de amor y recuerdos, en cómo desde ese momento en el baño, casi de rodillas enfrente de mí y con un par de lágrimas en su rostro, hizo que ya no pueda imaginar una vida sin estar a su lado. La amo, hace mucho tiempo que lo sé, pero ahora nada parece suficiente para que mi corazón deje de suplicar verla al menos un segundo más, para no tenerla tatuada en la oscuridad de mis ojos, para no buscarla cada vez que escucho que alguien pronuncia mi nombre. No me importa pasar noches enteras sin dormir porque mi mente no deje de recrear los recuerdos a su lado, a veces pequeños detalles, a veces momentos que deberían quedar grabados en la historia; pero necesito hacer algo para que el ardor en mi pecho se detenga, para que ya no haya más despedidas en las cuales casi podría jurar que el alma se me desgarra en mil pedazos.

Con sólo la luz de la luna entrando en mi habitación e iluminando tiernamente el pie de mi cama, no me queda otra opción más que rendirme al deseo egoísta que salió de su encierro la misma noche en la que pensé que todo había terminado. Respeto demasiado el amor que me tiene como para creer que es imposible que sus labios dibujen un “sí” después de mi pregunta, pero soy consciente de lo que le voy a pedir, que cambie al guapo príncipe azul por un chico en silla de ruedas, que acepte que algunas aventuras serán sólo un sueño, que comparta su vida con alguien que la necesitará tal vez casi tanto como la ama. Por eso sé perfectamente que negarse y terminar con nuestra relación no sería ninguna locura ni una idea más allá de lo imposible; en ese caso lo aceptaría y saldría de su vida sin causar ningún problema. Nadie sería el malo de la historia, simplemente se trataría de un amor más que nació sin la posibilidad de aspirar al infinito.

Proponerle que se case conmigo es arriesgar en una pregunta la felicidad que ya tenemos por buscar un futuro más ambicioso de lo que me había atrevido a soñar, la apuesta a todo o nada que nunca creí que haría, pero ella ha sabido cómo hacerme romper los límites que alguna vez pensé que tenía y llevarme tan alto que ni siquiera se pueden ver los obstáculos que antes

parecían muros interminables. Yo me conformaba con un poco de cariño, ella me dio su amor sin restricciones; yo esperaba poder pasar algo de tiempo con una pareja, ella se volvió parte de mi vida; yo buscaba a alguien con quien compartir una cena romántica, ella me hace anhelar despertar a su lado cada mañana. No quiero nada que ella no me haya mostrado en sus ojos, sueños que no tengan ni la más pequeña oportunidad de sobrevivir a la luz del Sol, sólo deseo tocar el horizonte que veo cada vez que me sonrío, cada vez que me besa, cada vez que tengo la dicha de respirar el mismo aire que ella. No creo que nadie sea capaz de culparme por querer llegar tan lejos como pueda, por el hecho de que imaginar toda una vida con ella ahora ocupe cada uno de mis pensamientos. A final de cuentas, cualquier niño querría comerse todos los caramelos de una dulcería si lo pones en una ventana para que los vea.

Pero aún queda un largo camino hacia ese futuro con el que no puedo dejar de soñar. No sólo tengo que hablar primero con mi mamá. Si acepta casarse conmigo, la lista de cosas por hacer estaría llena de tareas que exigirán hasta el último gramo de confianza y control que hay en mí. Desde hablar con sus papás, decidir cómo viviremos o incluso tomarnos las fotografías de novios serían algunos de los pendientes que más me preocuparían.

Creo que me estoy adelantando demasiado y a estas horas no ganaré nada con seguir ocupando mi mente en asuntos de un mañana que todavía ni siquiera sé si llegará. Lo mejor será tratar de dormir y luego empezar a ir un paso a la vez, haciendo algo cada día para acercarme más a verla entrar por la puerta con un vestido que me deje sin aliento, mientras la espero del otro lado del pasillo.

Aunque le pedí a mi mamá que viniera a mi cuarto para conversar antes de que sea hora de cenar, si soy honesto en realidad no sé cómo le diré que deseo comenzar una vida con la mujer que amo. Estoy seguro de que, si bien es un asunto normal para la mayoría de padres, la noticia no le será fácil de digerir, y no la culpo, en el fondo no puedo evitar sentir que le voy a dar la espalda a la persona que me ha cuidado toda mi vida. Desde que nací mi mamá ha dedicado prácticamente todo su tiempo y energías para que yo esté bien, con secuelas en su salud que, por mucho que trate de disimular, son evidentes.

Conforme fueron creciendo, mis hermanos cada vez se han encargado más de mí para que mi mamá pueda descansar, para que se preocupe un poco más

por su salud y tenga tiempo para dedicarse a su vida, a lo que sea que desee hacer, pero aun así siempre está pendiente de mí. Mi mamá es la primera en llegar cuando necesito ayuda y la última que se va cuando todo vuelve a estar en calma, la que en ocasiones le dice adiós a su propio descanso para velar mi sueño creyendo que no me doy cuenta, la que nunca me ha fallado, a la que le debo todo lo que soy. Me aterra la posibilidad de hacerla sentir traicionada, desechada, remplazada.

Hasta hace unos meses, siempre que pensaba en qué haría mi mamá si dejara de estar en su vida, sólo lo hacía imaginando que algún accidente o un problema de salud me arrebatara definitivamente de su lado, y el miedo no tardaba en hacerse presente ante la idea de lo que pasaría después de que yo ya no estuviera. Odio la arrogancia que implica creer que soy su razón para vivir, que sin mí su vida perdería todo sentido y propósito, pero soy el primero que pagaría lo que fuera por tener la seguridad de que no es así, por saber que si me voy mi mamá continuará viviendo día a día, buscando toda la felicidad que no tuve más opción que robarle.

—¿Ya terminaste de trabajar? —pregunta mi mamá con cuidado después de tocar la puerta de mi cuarto.

—Sí, má, pasa. —Respiro y trago saliva para que mi voz no salga entrecortada.

—Me dijiste que querías hablar conmigo.

—Sí; fue esta misma mañana, me acuerdo —bromeo.

—¿Pasó algo malo? —Se sienta en mi cama.

—No, para nada. —Niego con la cabeza esperando que sea verdad.

—Bueno, te escucho —afirma sonriendo con tranquilidad—. Imagino que es algo importante.

—En este último año mi vida ha cambiado mucho desde que la conocí. Si te soy sincero, nunca pensé que existiría alguien como ella, alguien que se sintiera completa a mi lado, alguien que me aceptara con todas las limitaciones que tengo y aun así me amara como si fuera capaz de hacerlo todo, alguien que con cada palabra me llevara a imaginar sin restricciones toda una vida a su lado.

—He visto lo feliz que eres desde ese día que tuviste la mala fortuna de salir con la chica incorrecta, y cada vez que los veo juntos no me canso de agradecer por el hecho de que sus ojos desprenden esa misma felicidad —comenta mostrando que concuerda conmigo.

—Hace mucho que ya no tengo manera de describir lo que siento por

ella; es algo que va más allá de querer o desear a alguien, de necesitarla o de saberla a mi lado. La amo, mamá, la amo con todo mi corazón, y desde hace tiempo sólo puedo pensar en tratar de ponerle fin a los días llenos de su ausencia, a los minutos que se ríen de mí recordándome que ella no está.

—¿Y has podido encontrar la solución? —Me pregunta a la espera de que pronuncie la frase que me falta.

—Le quiero pedir que se case conmigo —respondo viéndola a los ojos, haciendo todo lo posible para que pueda sentir la sinceridad de mis palabras.

No sé si esta es la manera correcta de decírselo o siquiera la manera en la que me hubiera gustado hacerlo, pero es el camino por el que me llevó el hablar pensando en ella, sin rodeos, sin querer disfrazar una verdad que no puede existir siendo libre de dolor.

Su mirada no se aparta de mis ojos, pero sin duda ha perdido algo de ánimo. Pareciera que está tratando de asimilar la noticia, buscando que al abrir su boca lo que diga no pisotee sin querer la decisión que he tomado.

—¿E irse a vivir juntos? —Termina con los segundos de silencio que trajeron la seriedad con la que anuncié mi deseo.

—Cuando salió el tema hace unos meses, ella no pensaba en otra opción fuera de lo común. Nunca mencionó la posibilidad de mudarse a aquí o que viviéramos con alguien más.

—¿Crees que esa sea la mejor opción para ustedes? ¿No será demasiado pesado para ella? ¿Te quedarás solo cuando se vaya a trabajar? —Aunque sus preguntas son totalmente realistas, por alguna razón no siento que en realidad pretenda hacerme dudar de lo que haremos en caso de que acepte casarse conmigo.

—Hay muchas cosas que no sé, mamá —respondo con una sonrisa que deja ver que aún quedan rastros de incertidumbre en mí—. Soy el primero en pensar en todo eso, en preguntarme qué tan justo es pedirle que comparta una vida que no le tocó, si de verdad es válido intentar tener un futuro donde estemos nosotros dos solos, cuánto duraría esa historia o cómo solucionaremos cada problema que sin falta estará allí; pero estoy seguro de que, si con alguien es posible ese mañana de ensueño, es con ella. Me ha hecho creer que nada es imposible, que siempre hay al menos una manera para que cualquier cosa esté a nuestro alcance, y si no busco llegar hasta el final, aun sabiendo que podría perderlo todo, no correspondería al amor que siempre me ha dado.

No lo había notado mientras hablaba, pero la mirada tranquila y alegre de

mi mamá ha regresado a su rostro. Ahora luce como si no tuviera más preguntas, como si la honestidad de mis palabras fuera suficiente para saber que, pase lo que pase, ella y yo estaremos bien.

—Cuenta con todo mi apoyo —afirma sonriendo con lágrimas en los ojos al mismo tiempo que se acerca para darme un gran abrazo.

—Gracias, mamá. No te imaginas lo importante que era para mí escucharte decir eso.

—¿De verdad pensabas que no estaría de acuerdo con que se casaran? — Me pregunta con un tono de sorpresa.

—No tanto así, pero no estaba seguro de si te alegraría la noticia o no.

—Por supuesto que sí —afirma como si cualquier otra respuesta fuera completamente imposible—. Lo único es que me gustaría pedirte algo.

—¡No te daremos a nuestro primer hijo! —bromeo fingiendo estar harto de que siempre me pida lo mismo.

—Qué gracioso —trata de aguantar la risa, pero al final la comisura de sus labios termina traicionándola—. Estoy hablando en serio, hay algo que quiero hacer una vez que se hayan comprometido.

—Entonces dime, mamá, puedes pedir lo que sea.

—Sé que ella nunca ha batallado para ayudarte en lo que necesitas, y la mayoría de las veces se da cuenta sola de la manera adecuada de hacer las cosas o incluso nota necesidades que tienes en las cuales yo jamás me había fijado. Pero al cuidar tan íntimamente a cualquier persona, hay algunos detalles que no son del todo comunes. Por eso quisiera hablar con ella y hablarle de esas pequeñas tareas de las que tal vez no se ha dado cuenta. No es para intentar asustarla, sino para estar segura de que no la tomarán por sorpresa.

—Me parece una muy buena idea —respondo con emoción—. Después de preguntarle, le diré que quieres hablar con ella, para que te llame y se pongan de acuerdo para verse en algún café.

—Sí, puede ser cualquier día que esté libre.

—De hecho, hasta estaría bien que fuera antes de que le proponga matrimonio, pero seguramente sospecharía algo —comento.

—No te preocupes —pone su mano en mi brazo para que centre toda mi atención en sus palabras—, te puedo apostar que nada ni nadie le hará cambiar su respuesta.

Creo que por un momento dudé un poco al pensar en que tal vez aún haya algunas cosas de mi vida que ella no conozca, pero sé que mi mamá tiene

razón, que, si decide casarse conmigo o no, no depende de qué tanta ayuda necesito.

—¿Y cuándo piensas pedírselo? —Me pregunta tras unos segundos.

—Quería ver si mañana me podrías llevar al banco y de ahí ir a escoger el anillo, para proponérselo este fin de semana.

—Sí, no hay problema —responde mientras se levanta para ponerse de pie—. Entonces voy a hacer de cenar de una vez para no dormirnos muy tarde y mañana irnos temprano al banco.

—Espera, má, no te vayas —la detengo antes de que se dirija hacia la puerta—. Hay algo más de lo que quiero hablar.

—Como empezaste con algo tan importante, pensé que eso era todo. —Se vuelve a sentar en mi cama.

—Es que esto es igual o más importante que lo anterior. —Intento que mis palabras reflejen el amor y cuidado con el que quiero tocar este tema.

—¿De qué se trata? —pregunta con cara de expectativa.

—La verdad es que hay otro asunto que necesito resolver antes de tratar de formar una vida con ella —decido comenzar tan directa y honestamente como antes—. Sé que es normal que los hijos se vayan de la casa cuando crecen, pero cada vez que pienso en eso no puedo evitar sentirme culpable, imaginarme yéndome y que tú te quedes atrás, triste, lastimada, creyendo que te estoy abandonando. Me dolería mucho irme sin que supieras que no me alcanzará la vida para agradecerte por todo lo que has hecho por mí, que siempre me doy cuenta cuando me pones por encima de ti misma, cuando ignoras tu propio dolor para buscar que yo esté bien, cuando dejas de hacer tu vida porque justo te necesito en ese momento.

Con cada palabra, el rostro de mi mamá fue cambiando poco a poco. Si bien no diría que está triste o dolida por haber tocado esta verdad a la que nunca le ponemos voz, tampoco parece querer aceptarlo del todo; aunque realmente ni siquiera sé qué reacción era la que debía esperar.

—Sólo he hecho lo que cualquier madre haría —afirma queriendo restarle importancia.

—Tal vez pocas personas serían capaces de abandonar a un hijo que nació necesitando más atención de lo normal, de negarle su ayuda aun sabiendo que no podrá hacer mucho si se enfrenta al mundo por su cuenta, pero eso no le quita ningún mérito a todo lo que has hecho por mí. Nunca me cansaré de decir que es gracias a ti que soy quien soy ahora, a que luchaste batallas innecesarias para que nadie me hiciera menos, a que no te importó

renunciar a lo que fuera con tal de que yo tuviera una vida normal, a que ni siquiera cuando ya no podías dar un paso más te rendías. Por favor, no creas ni por un momento que te estoy haciendo a un lado o que ella va a tomar tu lugar, tú eres la persona más irremplazable en mi vida y eso jamás va a cambiar.

Mientras hablaba, podía ver cómo algo en el interior de mi mamá se iba rompiendo, dejando salir lágrimas de sus ojos casi como única evidencia de que mis palabras lograron llegar a un lugar muy profundo de su corazón.

—Gracias por decirme todo esto —una risa tímida hace que por un segundo sus esfuerzos por contener el llanto sean en vano—. Creo que necesitaba escucharlo, aunque ni yo misma lo supiera.

—Lo sé, y por eso también hay algo que te quiero pedir —esta vez soy yo quien, con cuidado, toma su mano—. Sólo una cosa, una única cosa, mamá.

—No me deprimiré cuando ya no vivas aquí. —Intenta adivinar para alejar todo rastro de angustia de mis ojos.

—No es suficiente con eso —respondo con una sonrisa.

—¿Entonces qué más quieres que haga? —pregunta un poco confundida.

—Que vivas, mamá, sólo eso. Que te levantes día a día pensando en ti, que hagas cualquier cosa que quieras hacer, que busques aquello que te llene y logre que seas feliz en todo momento.

—No suena nada mal —admite.

—¡Claro que no! Y es lo que deberías hacer, mamá. Ya me has regalado demasiados años de tu vida, ahora te toca disfrutar y dedicarte a vivir para ti. Puedes empezar con un viaje a donde tú quieras, sin ningún motivo, donde tu única preocupación sea divertirte.

—Me gusta la idea —dice como si no le quedara otra opción más que reconocerlo.

—¿Me prometes que lo harás? —Llegados a este punto, no puedo permitir que todo esto se quede en un quizás.

—Sí, te lo prometo —contesta con una mirada alegre y segura.

Si bien estoy convencido de sus palabras, mientras la abrazo siento que hay algo que me faltó decirle. Tal vez sólo sea cosa mía, pero no quiero que crea que tanto apoyo también jugó en mi contra. Por el momento se puede quedar así, sin embargo estoy seguro de que tarde o temprano tendré que regresar para terminar con este asunto pendiente.

Ya casi llegamos al parque que ha sido testigo de muchas de nuestras risas, de momentos donde nuestros corazones se fueron acercando poco a

poco. Si bien no es un lugar que nos quede a la vuelta de la esquina, desde que lo encontramos aquella noche y sus árboles iluminados por la cálida luz de los faros nos invitaron a dejar la noción del tiempo en la entrada y recorrer sus caminos, no dudamos en venir para que ese claro guarde en su memoria una conversación más. Pero hoy hay un motivo especial, una pregunta que quiero que quede grabada en los recuerdos de este parque, donde no habrá ojos que obliguen a nadie a dar una respuesta comprometida.

—El sol está muy rico hoy, ¿verdad, amor? —pregunta justo después de estacionarse en uno de los lugares reservados a un lado de la entrada.

—Sí, hace que casi no se sienta frío —respondo contento de que el clima haya estado a nuestro favor.

—¿Llevamos los suéteres por si en la noche baja la temperatura?

—Si quieres, mi amor, pero me quitarás la oportunidad de abrazarte si te da frío. —Le guiño un ojo.

—En ese caso, no me querría mover de ahí y nos quedaríamos quietos hasta el amanecer —se acerca para besarme tiernamente—. Además, no necesitas ninguna excusa para abrazarme.

—Lo sé, sólo intentaba tener mis cinco minutos de caballerosidad —digo sonriendo.

—Entonces nada más llevaré el tuyo, así me lo puedes ceder si hace falta. —La alegría y naturalidad de sus palabras logra que mi corazón se acelere un poco.

Una vez que sale del carro para bajar mi silla, me preocupa que descubra que la mochila donde traemos las cosas para nuestro pequeño día de campo en esta ocasión también tiene escondida una cajita muy importante. Afortunadamente, cuando acomoda la silla para ponerla cerca de mi puerta, uno de los guardias del parque camina hacia ella.

—¿Le puedo ayudar a bajar al joven, señorita? —pregunta estando aún a varios metros de distancia.

—Sí, claro —responde casi dudando después de voltear para ver quién le estaba hablando.

—Usted me dice cómo y con gusto lo hago. —Le ofrece con entusiasmo.

—Es muy fácil —abre mi puerta—, sólo necesita rodearlo por debajo de sus brazos para que se pueda poner de pie, y después girar un poco para sentarlo con cuidado en la silla.

—Vamos a bajarte del carro, amigo. —Me comenta cuando se para a mi lado.

Asiento con la cabeza y doy un cuarto de vuelta para apoyar mis piernas afuera del auto, estando listo para levantarme y compensar cualquier descuido que pueda haber al ser la primera vez que me ayuda.

—Ya tienen la manera bien estudiada, así no se batalla nada —asegura después de ver que me acomodo sin problema en la silla.

—Sí; yo sólo llevo unos meses haciéndolo pero su familia ya tiene años de práctica. —Le cuenta con un tono alegre.

—Ah, ¿entonces no son hermanos? —pregunta sorprendido.

—No, para nada —responde riéndose un poco—. Él es mi novio. —Me envuelve con sus brazos cariñosamente desde atrás de la silla.

—Disculpe la confusión, es que los hemos visto varias veces por aquí y tontamente pensamos que eran familiares.

—No se preocupe —le dice con una amable sonrisa en su rostro—. Muchas gracias por ayudarnos.

—De nada, fue un gusto. Que se la pasen muy bien. —Se despide de nosotros para dejar que nos dirijamos a la entrada después de que ella saca la mochila y mi suéter del carro para que lleve todo sobre mis piernas.

Aun en esta época del año, el parque permanece tan bien cuidado como el invierno lo permite. Los caminos para pasear entre los espacios con césped están limpios, como de costumbre, a lo mucho adornados con algunas de las hojas que han caído de los árboles durante este día. Pero, a pesar del agradable clima que hace hoy, hay menos personas de las que imaginaba.

—En realidad no necesitaba su ayuda pero no le quise quitar la buena intención —comenta apenas damos unos pasos dentro del parque.

—¿De qué hablas, amor? —pregunto distraído al poder ver a lo lejos el pequeño claro donde pronto sabré si nuestros momentos de felicidad se extenderán a toda una vida juntos.

—Del guardia.

—¡Claro! —respondo con alivio al entender a qué se estaba refiriendo—. Sí, mi amor, me di cuenta. Fue un gesto muy amable el que haya ido a ayudarnos.

—¿Recuerdas la primera vez que vinimos a este parque? —Sigue dando pasos haciendo avanzar mi silla frente a ella mientras observa a nuestro alrededor lo poco que ha cambiado el lugar.

—Como si fuera ayer —sonríe aun sabiendo que no me puede ver—. Fue parte de nuestra primera cita y salió de improviso, casi como una aventura.

—Es que no quería que la cita terminara después de la cena y sin tener la

oportunidad de besarte, amor, por eso al ver que había un parque cerca de donde estábamos, no pude evitar pedirte que me acompañaras para seguir hablando un rato más.

—Que se convirtió en varias horas —menciono con gusto.

—Lo bueno fue que ya le habíamos avisado a tu mamá, así que no se preocupó cuando no llegamos a tu casa alrededor de la hora que dijimos.

—Aunque nos estaba esperando casi detrás de la puerta después de las once de la noche.

—¡Lo recuerdo! —Se ríe como si se tratara de algo que hiciera aún más especial esta anécdota—. Pero valió la pena haberle dado una mala impresión de mí si nuestra primera cita resultó tan bien.

—Creo que, junto con que llegaras a la casa el día antes para decirle que querías salir conmigo, fue una de las cosas que más le gustaron de ti.

—¿De verdad? —pregunta emocionada.

—Sí, amor. Pero, ahora que lo mencionas, tengo una duda.

—Dime, mi amor.

—¿Acaso planeaste nuestro primer beso? —Espero que no haya pensado que no noté ese detalle.

—¡Claro que no! —Su risa hace evidente que se acaba de dar cuenta de su descuido—, No, simplemente lo tenía en pausa desde que nos despedimos en el cine; me pareció que sería demasiado pronto.

Por suerte para ella, al salirnos del camino para poder llegar a donde solemos sentarnos a conversar tranquilamente, debemos poner un poco de más atención a nuestros pasos para que la silla no choque con alguna piedra.

Cuando saca el mantel de la mochila y lo extiende para que lo fresco del suelo no nos moleste, se pone a mi lado para ayudarme a guiar mi cuerpo al bajarme de la silla. Una vez hincado en el espacio que preparó para nosotros, sólo resta hacer algunos movimientos para acomodarme cerca del centro mientras ella me mira atentamente por si necesitara un poco más de su ayuda.

—¿Sabes que te amo con todo mi corazón? —Me pregunta sin ningún motivo aparente.

—Sí, mi amor, lo sé perfectamente —respondo después de grabar su dulce mirada en mi memoria.

A diferencia de lo que tal vez se esperarí, a esto no le sigue un beso romántico, un suspiro o tan siquiera más palabras que le den voz a nuestros sentimientos; simplemente permanecemos en silencio por algunos momentos, viéndonos el uno al otro, estando conscientes de cada punto en el que nuestros

cuerpos se encuentran, donde, al menos para mí, hasta el más mínimo roce produce placer.

—El frío le ha quitado un poco de vida al parque, los árboles no se ven tan verdes como otras veces y en algunas partes casi no hay césped pero sigue siendo un lugar hermoso. —Ella es la primera en retomar la charla.

—Hoy sólo es un setenta y seis, creo que me gusta más de noche —afirmo mirando hacia la parte más amplia del claro.

—Para mí es un setenta y siete, justo desde aquí se puede ver un pequeño nido de pájaros —señala una rama a lo lejos y se ríe de su propio chiste—. Me encanta venir aquí y estar los dos solos, casi como si estuviéramos alejados del resto del mundo.

—¿Y eres feliz así? ¿Conmigo?

—Más que nunca, mi amor, como no te podrías ni imaginar —responde con su mirada clavada en mis ojos, con tanta sinceridad que no le permitiría a nadie dudar de lo que dice.

La abrazo con cuidado, midiendo cada uno de mis movimientos, hasta que estoy completamente convencido de que es imposible tenerla más cerca de mi corazón. No necesito hablar en este momento, con sentirla entre mis brazos es suficiente, llenarme del aroma de su hermoso cabello aunque sea una última vez. Ella acepta mi abrazo en silencio, rodeando mi espalda con fuerza, confiando en mí para protegerla de cualquier cosa que suceda.

No tengo ninguna experiencia en esto de proponer matrimonio, no sé qué tanto se deba esperar para dirigir una conversación hacia la gran pregunta o si es mejor abordar ese tema directamente, sin aviso, pero las palabras suplican por salir de mi boca y la necesidad por saber cuál será su respuesta se hace más presente con cada segundo que pasa.

—Así ha sido mi vida desde que te conocí, con más felicidad de la que jamás habría soñado. Eres la mujer que llegué a creer que no existía, la que cambió mi historia empezando con sólo una palabra y me llevó por una aventura que nunca pensé que viviría. Robaste mi corazón con una mirada y no te detuviste hasta hacerlo totalmente tuyo, me ayudaste a vencer cualquier miedo, me encontraste aun estando detrás de tanto dolor. Gracias por no rendirte, por siempre hacerme sentir que somos dos personas. Te amo, simplemente te amo, tanto que a veces creo que mi pecho podría explotar, tanto que no soporto la sola idea de estar un minuto sin ti. Por eso hoy guardé algo especial en la mochila que me gustaría darte.

Su rostro, que ha pasado de sonreír con cada palabra a entender que esto

no se trata de una simple expresión de amor, ahora voltea hacia la mochila que está a un lado de ella y sus manos tiemblan un poco al buscar responder la petición de mi mirada.

—Está en la bolsita de adentro, la que tiene un cierre. —Intento permanecer calmado aun con mi corazón latiendo más rápido que nunca.

Sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas cuando con cuidado saca la pequeña caja negra, un sollozo es ahogado por su mano que desde hace unos segundos oculta su boca. Y aquí estamos, viéndonos de frente, sin nada más que una sola pregunta por decir.

—Mi amor, ¿te quieres...

—No. —Me interrumpe abruptamente.

Creo que mi corazón se detuvo por un momento al escuchar esa palabra, no entiendo por qué ni siquiera me dejó terminar la frase, pero la alegría que quedó en su sonrisa después de detenerme me pide que espere un poco. Sin decir nada, me toma del brazo y lo alza para que yo siga la inercia del movimiento con el resto de mi cuerpo. Ahora que estoy de rodillas, pone en mi mano la cajita asegurándose de que no la suelte, y la abre cuidadosamente, dejando al descubierto el anillo que desea vivir en su dedo. Lo agarra y sus ojos casi no pueden contener la emoción, lo acomoda en el lugar que le corresponde y asiente para que regrese a la pregunta que se muere por conocer su respuesta.

—Mi amor, ¿quieres casarte conmigo? —No hacen falta más palabras que acompañen a mi torpe y atrevido intento de ser feliz con ella toda la vida.

—¡Sí! —grita y busca mis brazos con tanta fuerza que nos caemos sobre mi espalda—. ¡Sí, sí, sí, y mil veces sí, mi amor! Quiero ser tu esposa y seguir siendo inmensamente feliz a tu lado, vivir juntos y que los días pasen sin que nos tengamos que separar. Quiero que nuestra historia nunca termine.

Me besa sin permitirme decir nada, casi sin dejarme respirar; sólo siento sus labios acariciando los míos y sus lágrimas cayendo sobre mi rostro. No sé nada; no sé si han pasado horas o segundos, si es de día o de noche o si aún seguimos en el parque que ahora resguarda otro momento inolvidable; lo único que sé es que en este momento, con ella entre mis brazos, soy el hombre más afortunado y feliz del mundo.

Capítulo 8

—¡Qué hermosa te ves! —Mi mamá afirma sorprendida como si se tratara de alguna novedad en cuanto la ve salir de la puerta de su casa.

—Muchas gracias —contesta sonriendo un poco apenada mientras se acerca para saludar—. Es por el vestido que me regaló su hijo.

—No es cierto, mi amor, tú siempre te ves hermosa —aclaro cuando llega conmigo y pone sus manos alrededor de mi rostro para darme un beso.

El clima frío de hoy me hizo pensar que no había servido de nada haberle adelantado uno de sus regalos por si lo quería usar esta noche en su fiesta de cumpleaños, pero ella lo luce sólo con un pequeño suéter cubriéndole los hombros, tan resplandeciente como ya me tiene acostumbrado, como si apenas notara que el sol ha estado oculto todo el día. Su otro regalo, un brazalete con una pequeña mesa parecida a la del cine grabada con la fecha en la que nos conocimos, aún espera seguro en la bolsa de mi mamá; después de todo, son pocas las ocasiones en las que tengo pase libre para hacerle todos los regalos que quiera y no voy a desaprovechar esta oportunidad.

—Yo lo llevo —dice Franco jugando cuando ella intenta ponerse detrás de mi silla para meterme a su casa.

—Hoy cumplo años así que no puedes negarme el derecho de estar con mi novio. —Le sigue el juego haciendo que suelte mi silla y sacándole la lengua mientras nos vamos hacia la entrada.

—Le diste su merecido. —Me río por la seriedad con la que logró decir sus palabras.

—Lo sé, mi amor —trata de disimular la sonrisa que ha estado aguantando todo este tiempo—. ¿Trajiste ropa para quedarte a dormir esta noche?

—Sí, creo que Pedro la va a bajar.

—¡Hola! —Me dice Lety desde la puerta.

—¡Hola, bonita! —Le devuelvo el saludo y me inclino un poco para que me pueda abrazar como suele hacerlo.

—¿Al rato jugamos con la pelota como la otra vez? —pregunta dando pequeños brincos.

—A eso vine —le respondo en voz baja como si fuera un secreto—, pero vamos a adentro para que no te vaya a dar frío.

Aunque ya todos nos conocemos, creo que es la primera vez que nos juntamos en un mismo lugar, así que resulta algo gracioso ver la coreografía improvisada que se forma cuando entramos a la casa y empezamos a saludarnos unos a otros. La silla de ruedas no es muy buena para situaciones donde hay muchas personas en movimiento y poco espacio, por lo que no nos detenemos en la sala y mejor nos acercamos directamente al comedor donde está todo preparado para que nos sentemos a esperar la cena, ya que en realidad ella ya saludó a mi familia y por mi parte sólo me falta darles la mano a sus papás, así que no pasa nada si primero terminan de recibir a mi mamá y a mis hermanos.

En cuanto se acaba el momento de los saludos y de dejar en su lugar las cosas que trajimos, poco a poco nos vamos acomodando en la mesa. Ella me pone al lado de su silla, en la esquina de la mesa donde solemos comer siempre que vengo a su casa. Pedro y Franco se sientan uno enfrente del otro aprovechando que la mayoría de los espacios están libres y que seguramente mamá querrá sentarse de cara a nosotros para poder hablar mejor con todos.

—¿Qué se siente ser un año mayor? —Pedro es el que lanza la típica pregunta para cualquiera que celebra el día de su nacimiento.

—Igual que ayer, la verdad —responde un poco tímida al ver que de pronto la atención se dirige sobre ella—. Creo que a esta edad no hay tanta diferencia por tener un año más.

—Lo bueno vendrá cuando pasemos los treinta —comento viendo a Pedro con cara de angustia—. Dicen que a partir de ahí aparecen los achaques, ¿no?

—No sé, ya veré en unos años que los cumpla —contesta feliz de que aún puede afirmar eso.

—Así decía yo, pero después me di cuenta de que a los cincuenta años comienza el segundo aire de la vida. —Su papá se sienta en la cabecera de la mesa, a unos pocos centímetros de mí.

—Aún nos falta bastante para llegar a esa edad, papá —le sonrío con cariño—. Pero ser joven también tiene muchas cosas buenas.

—Por supuesto; es lo bueno de la vida, no hay ningún momento que no valga la pena vivirlo —responde en un tono reflexivo.

Esa frase, tan corta y llena de una verdad que sólo se aprende con el paso del tiempo, me hace recordar que siempre he opinado de la misma manera, aun en los momentos más difíciles. A diferencia de lo que se podría pensar, para mí la discapacidad sólo se trata de un problema más a los que estamos

expuestos al llegar a este mundo; no hay desgracia ni tristeza en el hecho de que tenga que hacer un mayor esfuerzo en acciones que para la mayoría son casi automáticas, o que incluso no pueda hacerlas. Si es lo que me tocó, simplemente debo dar lo mejor de mí día a día.

Desde mi punto de vista, todos tenemos nuestras propias dificultades; algunos soportan horas de tráfico para ir a trabajar y poder mantener a su familia, para mí es un triunfo pasarme de un lugar a otro sin lastimar a nadie ni caerme; algunos cargan con el estrés de lograr aquello que se propusieron, yo no puedo orinar de pie. Nunca he dejado de tener presente que el que los problemas que tengo sean distintos a los de los demás no me hace especial ni, mucho menos, hace que sea más desafortunado que quienes nacieron sin un diagnóstico que los acompañe toda su vida.

Sin embargo, tampoco niego que muchas veces me pregunté si en algún momento algo cambiaría, si con la próxima salida del sol llegaría ese suceso que haría que mis días ya no fueran sólo una rutina con la que trataba de mantenerme ahí, respirando, haciendo lo mejor que pudiera para seguir soñando con un mañana donde dormir no se tratara de una meta, sino de una pausa que desearía poder no necesitar. Pero es justo en este preciso instante, después de escuchar esas palabras dichas tal vez por reflejo, que me doy cuenta de que, si bien la vida sólo se disfruta con la mirada puesta hacia adelante, sólo se entiende viendo hacia atrás. Ahora sé con total seguridad que valió la pena haber recorrido y disfrutado cada parte del camino, cada momento que, por más injusto que pareciera, me acercaba un poco más a encontrarme con ella.

Si no hubiera estado tan harto ese día, no le habría escrito a David y aquella mesa seguramente no guardaría el recuerdo del saludo que lo cambió todo. Es más, de no ser amigo de David, ahorita estaría en mi cuarto, dejando que pasaran los minutos mientras me entretengo con cualquier cosa. Creo que la vida es así, llena de cosas que en ese momento parecen simples casualidades, pero que después, al tener la perspectiva de los años, te das cuenta de que son esos pequeños detalles, alegrías, tristezas y situaciones fuera de tu control los que te llevaron a estar en el lugar donde siempre soñaste; y para mí esta mesa ocupada por las personas que más amo, estando al lado del amor de mi vida, es ese lugar, la respuesta que tanto busqué, aquello por lo que valdría la pena volver a empezar desde el principio si fuera necesario para llegar una vez más a este día.

—Pero lo rechacé varias veces porque quería que le costara trabajo

conquistarme. —Me recibe la voz de su mamá que ya está sentada al otro extremo de la mesa acompañando a Franco y a Pedro.

No logro entender del todo el comentario, pero al estar mirando a su esposo, supongo que se trata de una anécdota de cuando se conocieron.

—Esa es una de las grandes ventajas de la juventud, tenía toda una vida para lograrlo. —Le responde con una sonrisa que muestra lo feliz que le hace recordar esos tiempos.

—Yo no lo podía creer cuando me invitó a salir por primera vez — comenta tomándome lentamente de la mano.

—¿Por qué, amor? —pregunto sorprendido.

—Porque pasaban los días y no me invitabas a una cita, así que pensé que necesitaría darte muchas más indirectas —afirma conteniendo un poco la risa.

—Tampoco tardé tanto tiempo. —Intento no dejar con tan mala imagen a mis escasas habilidades para ligar.

—También lo pudiste hacer antes —me mira directamente con sus ojos llenos de ternura—, como al terminar de ver la película, por ejemplo.

—No me faltaron ganas de hacerlo, pero dejaste muy claro que debías regresar temprano a tu casa. Además, mi mamá ya estaba lo suficientemente nerviosa por mi cita a ciegas con la amiga de David como para llamarle y decirle que iría a cenar con otra chica que acababa de conocer.

—Y hubieras tenido mucha razón —comenta mi mamá que está sentada justo enfrente de nosotros cargando a Lety sobre sus piernas.

—Además, preferí esperar a que me conocieras un poco más; no quería incomodarte o hacerte sentir insegura.

—Eso no era algo que me preocupara, si tratabas de hacerme daño o de pasarte de la raya bastaba con dar dos pasos hacia atrás. —Da un par de golpecitos a mi silla mientras luce la sonrisa más traviesa que es capaz de poner.

—Uy, chiste de discapacidad, ¡qué mala eres, mi amor! —Le doy un beso en la mejilla sin importarme que aún no podemos dejar de reírnos por lo que acaba de decir.

—No hagas ese tipo de chistes, jovencita. —Su mamá se lo toma con una seriedad que nos recuerda que no estamos solos.

—No se preocupe, señora —respondo quitándole toda importancia—, sé que sólo está jugando, y soy el primero al que le hace gracia.

—Siempre se toma esos comentarios con humor —menciona Pedro todavía riéndose un poco.

—Más que con humor, creo que la intención es lo que importa. Es algo que se siente enseguida, si alguien trata de lastimarte o si realmente lo dice sin ninguna mala intención. —Intento complementar la explicación de Pedro.

—Esa fue una de las primeras cosas que me gustaron de ti cuando nos conocimos. —Me da un pequeño beso en los labios.

—En realidad ella nunca ha sido de querer rápido a las personas —me comenta su mamá más tranquilamente—, incluso cuando estaba en la escuela tardaba semanas en acercarse a sus compañeros de clase y empezar a hacer amigos.

—Recuerdo que siempre llegaba a contarnos emocionada cuando por fin se animaba a hablar con alguien de su salón —añade su papá.

—¿Entonces de chiquita eras muy tímida? —pregunta Franco.

—Sí, bastante —responde un poco apenada—. Aunque creo que a veces aún lo sigo siendo.

—Pero comparado con lo tímida que era hace varios años, ahora prácticamente ya no es nada —asegura su mamá.

—¿Y cómo le hacías para salir con chicos? —Franco sigue de curioso.

—Era algo despistada y siempre creía que me invitaban en plan de amigos, así que casi nunca lo veía como una cita.

—A su primer novio le costó semanas que aceptara salir al cine, y tuvieron que pasar varias citas para que le preguntara si quería ser su novia —comenta su mamá aguantando la risa.

—Es que sólo tenía dieciséis años y aún era casi una niña. —Intenta justificar su timidez.

—¿Y qué pasó después? —Pedro la anima a continuar con la historia.

—Nada importante, la verdad —responde mientras hace un poco de memoria—, Fue lindo y duramos varios años pero al final no funcionó y decidí terminar la relación.

—A nosotros nos parecían una linda pareja, aunque nunca te vimos del todo feliz cuando estaban juntos —admite su papá.

—¿Te trataba mal? —Mi mamá pregunta preocupada.

—No, para nada —contesta rápidamente queriendo aclarar el malentendido—; de haber sido así lo hubiera dejado enseguida. Siempre me cuidaba y era muy amable conmigo pero simplemente no era el hombre indicado para mí.

—¿Y mi hermano lo es? —Franco sonrío sabiendo lo inapropiado que es preguntar eso.

—Por supuesto —no duda ni un momento en responder regalándome una de las miradas más dulces mientras busca sujetar mi rostro con su mano—, desde el primer día.

—¿No te dio pena ir a saludarme de la nada, mi amor?

—Me la aguanté. —Sonríe con orgullo.

—Pero, ¿por qué conmigo fue tan diferente? ¿Por qué ese día te acercaste como si nos conociéramos? —Al escuchar otra vez la historia de su relación anterior vino a mi mente esta duda.

—Después de terminar con mi exnovio, me centré en acabar la universidad para poder tener un buen trabajo y creo que eso fue lo que me ayudó a dejar de ser tan tímida. Trabajar en un lugar donde desde el principio debía mostrar seguridad para tomar decisiones y proponer nuevas ideas, me llevó a tener más confianza en mí misma. —Sus palabras parecen convincentes, pero al desviar su mirada hacia la mesa para no ver a nadie mientras nos cuenta, me hace pensar que hay algo más que no nos está diciendo.

—También ayudó a que ahora tengas un muy buen trabajo —comenta su papá.

—Supongo que sí —se ríe porque no le gusta mucho que la halaguen tanto—. Pero cuando me pongo a recordar todo lo que pasé durante esos años, siento que lo más importante es que fue lo que me hizo ser quien soy hoy en día y poder estar con el hombre que amo.

—Así es —comenta mi mamá—, cada cosa que vivimos tiene un propósito, incluso aunque en el momento no lo parezca.

—Eso es algo que he notado mucho en los últimos meses —afirma volviendo a tomar mi mano—. De hecho, aquel día estaba en el cine porque una amiga del trabajo me había invitado a ver una película y me mandó un mensaje para cancelarme apenas unos minutos después de que me acerqué a él y empezamos a hablar.

—Siempre juego con ella diciendo que en realidad sólo fui su plato de segunda mesa —añado riéndome un poco.

—Ya tenía pensado cómo cancelarle para poder quedarme contigo y entrar a ver una película juntos —asegura fingiendo estar cansada de repetirlo.

—Lo sé, mi amor. —Le doy un beso en el hombro.

—Creo que si existe todo ese asunto del destino, ustedes estaban destinados a encontrarse en algún momento de la vida —comenta Pedro sonriendo.

—Estoy seguro de que eso es tan cierto como el hecho de que me muero de hambre —bromea su papá pasando de la amabilidad a la desesperación exagerada.

—Desde hace rato ya está lista la comida, sólo estaba esperando un poco para que no estuviera tan caliente —afirma su mamá recordando que ya es un buen momento para ir a revisarla.

—¿Ya vas a servir la cena? Deja voy contigo para ayudarte. —Suelta mi mano para mover su silla un poco para atrás e intentar acompañarla.

—Yo le ayudo, hija, no te preocupes. —Su papá la detiene antes de que siquiera pueda empezar a pararse.

—También yo —dice mi mamá dejando que Lety se vaya a sentar en una silla para que espere su plato.

—Deja te cambio el lugar para darle de comer yo y así puedas cenar más cómoda. —Franco le ofrece su silla para venir a sentarse a mi lado.

—No es necesario —responde de inmediato—, no me molesta ni es ningún problema ayudarlo a comer.

—No, no me refería a eso —se da cuenta de lo fácil que era malinterpretar sus palabras—. Lo decía para no dejarte todo a ti, y más siendo tu cumpleaños.

—Por mí está bien de cualquier manera, amor —afirmo para que no crea que me sentiría ofendido si quisiera que alguien más me diera de comer en lugar de ella.

—Lo sé —comenta sonriendo—. No lo hago porque sea mi responsabilidad o mi trabajo, simplemente de verdad me gusta hacerlo. Disfruto más que comamos juntos que comer sola.

Los ojos de Franco muestran el mismo asombro que siempre está presente en las miradas de aquellos a quienes ella, por alguna u otra razón, les ha descrito en palabras una pequeña parte del amor que me tiene, cuando le preguntan cómo es capaz de hacer tal o cual cosa. Siempre con una sonrisa amable en su rostro, siempre entendiendo que no tiene nada de malo dar una breve explicación si no hay malicia en la duda.

—Si quieres me puedes dar de cenar a mí —propone Pedro para no desaprovechar las buenas intenciones de Franco.

—No te prometo que la comida no termine en tu ojo —responde con humor.

No pasa mucho tiempo para que todos ya tengamos nuestro plato servido y estemos listos para empezar a comer. Por suerte, la mesa es lo

suficientemente grande para que, aunque no tengamos espacio de sobra, no sea necesario cenar por turnos; creo que haber traído mi propia silla ayudó un poco. Me causa algo de gracia ver que Lety también está en un lugar improvisado en la esquina opuesta, al lado de su mamá, en parte para que la vigile y en parte porque no habría otra opción.

—Antes de disfrutar esta deliciosa comida, les quiero agradecer por haber venido a celebrar el cumpleaños de nuestra hija —su papá se dirige a mi familia—. Sé que para ella es muy importante que estén aquí, y para nosotros siempre es un gusto que nos podamos reunir todos. De verdad nos alegra ver que ya somos casi como una gran familia y espero que este sólo sea el primero de muchos cumpleaños que festejemos así.

—¿No quieres decir unas palabras? —Me pregunta mi mamá después de aplaudir por el gesto tan amable que acaban de tener.

Realmente no me puse a pensar que tal vez debía de hablar delante de todos en el cumpleaños de mi novia, ya que en realidad nunca había llegado hasta esta situación, pero supongo que ahora sería muy grosero si me quedo callado.

—Muchas gracias, señor —intento ganar un poco de tiempo empezando por lo fácil—. Para nosotros también es un placer estar aquí. En lo personal, ustedes siempre me hacen sentir muy bien recibido, y creo que eso se nota en lo rápido que nuestras familias se han entendido. Y, por otra parte, no tengo manera de agradecer por poder pasar este día con su hija. Pienso que es difícil que alguien se gane el corazón de todas las personas sentadas en una mesa llena, pero ella lo ha hecho desde el primer momento, siendo tal cual es. Hoy celebramos a una hija maravillosa, a una amiga en la que siempre puedes confiar, a una mujer inigualable. Gracias por estar un año más con nosotros, mi amor, por hacer del mundo un mejor lugar, gracias por hacer que mi mundo sea el mejor cada día.

No era mi intención conmovier a nadie con mis palabras, sólo dije lo que sentía en mi pecho, pero ella me besa casi como si nadie nos estuviera viendo, sujetando mi rostro en un abrazo, mientras moja mi mejilla con una pequeña lágrima que espero sea de felicidad.

—Gracias, mi amor. —Es lo único que alcanza a pronunciar antes de que le aplaudan para que sepa que todos comparten ese mismo sentir.

—¿Comenzamos a cenar? —sugiere su mamá una vez que las emociones se calman—. Espero que les guste la comida que preparamos.

Ella lleva el primer bocado a su boca para pasar a mi plato y empezar a

separar algunas de las porciones que me dará seguramente con una hermosa sonrisa en su rostro. Me gusta verla sin decir ni una sola palabra, concentrada en que no sean muy grandes ni muy pequeñas, sin prisa en los movimientos de sus manos que parecen bailar sobre el plato mientras con ligeros gestos anuncia lo deliciosa que está la cena.

—¿Listo, mi amor? —Me pregunta antes de mover el tenedor hacia mi boca.

Asiento con la cabeza a la espera de ver su mirada tranquila que vigila que todo esté bien. Con su mano libre cerca de mi nuca por si necesito más estabilidad, lleva la comida a mi boca y sonrío un poco más al limpiarme los labios. Creo que prácticamente nunca hablamos entre nosotros al hacer esto, tal vez por la extraña cercanía del momento en sí, tal vez por la intimidad implícita en el acto, una intimidad que afortunadamente podemos dejar a la vista de otras personas sin ser tachados de inmorales.

Ella come a su propio ritmo mientras de vez en cuando aporta unas palabras a la conversación en la mesa, volteando a verme casi siempre justo cuando termino con la comida que tengo en la boca. Yo simplemente disfruto de cada segundo, de poder comer con ella aunque probablemente ya lo hayamos hecho más de 100 veces, de estar aquí y ser más feliz que nunca.

La cena transcurre como si se tratara de cualquier otra noche, con anécdotas de trabajo, con historias que sucedieron hace sólo unos cuantos días. Pero ella luce una sonrisa que podría jurar que es lo que mantiene iluminado el comedor donde estamos, y que atrae mi mirada como si fuera un hermoso canto bajo las estrellas en medio de la nada.

—¿Guardaron espacio para el pastel? —pregunta su mamá cuando todos los platos son retirados de la mesa.

—Siempre hay espacio para un postre después de comer —responde Franco con la naturalidad que siempre tienen sus bromas.

Su papá apaga las luces para que la vela sobre el pastel de chocolate pueda brillar con libertad, alumbrando suavemente su rostro mientras le cantamos una típica canción que no puede faltar en momentos como este. Ella no deja de mirarnos y sonreír reflejando en sus ojos lo feliz que le hace el poder pasar su cumpleaños de esta manera, con las personas que más ama.

—¿Ya sabes qué deseo vas a pedir? —Le pregunta mi mamá cuando terminamos de aplaudir.

—Sí, ya tengo uno en mente —asegura apretando ligeramente mi mano sin

que nadie más lo note.

—¡Mordida, mordida! —Lety empieza el coro al que no tardamos en unirnos a una sola voz.

Como era de esperarse, no se logra librar de que su papá y Franco hagan que su boca acabe teniendo más pastel del que deseaba provocando la risa de todos.

—¿Estoy guapa, mi amor? —Voltea conmigo cuidando sospechosamente que no caiga nada del betún en su rostro.

—Siempre estás... —Me interrumpe con un beso para que mis labios también compartan el rico e intenso color del chocolate.

Vuelve a tomar mi mano cuando regresa de tirar a la basura las cinco servilletas que necesitó para limpiarnos. Nos regalamos unos segundos para jugar con la mirada y ver quién consigue llevar la mano del otro hasta su pecho. No pongo mucha resistencia por temor a lastimarla y como recompensa siento ligeramente los latidos de su corazón en una parte de mi brazo. No sé si alguien nos ve o si tan siquiera sigue habiendo conversaciones de fondo, pero al ver sus ojos me doy cuenta de que no puede esperar a que nos quedemos solos.

—Toma tu pedazo de pastel, hija. —Su papá intenta acercarle el pequeño plato para que lo pueda agarrar con su mano libre.

Por un momento dejo de ser consciente de mí mismo y lo único que ocupa mi mente es la ansiedad de ver esa rebanada a unos pocos centímetros de nuestras manos. El pensamiento de no tirar el pastel resuena con fuerza en mi cabeza y mi brazo busca sin permiso el camino más corto hacia mis piernas, donde no puede causar ningún daño; pero la desesperación y miedo que inundan mi cuerpo toman el control de mis ya de por sí torpes movimientos, haciendo que desde el caos de mi voz que suplica en mi interior que me controle, sienta cómo mi brazo hace varias paradas violentas antes de empezar a quedarse quieto a un costado de mi silla. Trato de terminar de llevarlo a mis piernas, pero por alguna razón ya no consigo hacer casi ningún movimiento.

—Te tengo, te tengo —es lo primero que escucho a lo lejos cuando recupero un poco de consciencia de lo que sucede a mi alrededor—. Todo está bien, mi amor, te tengo.

Tras un par de segundos, me doy cuenta de que no me puedo mover porque ella me abraza con fuerza, dejando mi brazo entre su cuerpo y mi silla mientras todos nos miran preocupados.

—¿Estás mejor? —Me pregunta al notar que vuelvo a tener el control de

mis movimientos.

Veo una parte de su rebanada de pastel tirada en el suelo y una gran mancha café en su vestido.

—¿Estás bien, hija? Siéntate con tu mamá para que te revise —La voz intranquila de su papá y las arrugas en el costado de ella me hacen entender dónde terminaron varios de los espasmos de mi brazo.

—Ve, yo me encargo de todo. —Mi mamá da unos pasos hacia nosotros.

—Estoy bien, no se preocupen —asegura con la misma dulzura de hace unos minutos—. Vamos a limpiarnos, mi amor. —Me da un beso en la frente antes de soltarme lentamente para quitar los frenos de mi silla y llevarme con ella al baño que está al fondo de su casa mientras sujeta mi brazo para que no me siga ensuciando.

Debo admitir que hasta hace unos meses el preguntarme cómo y dónde terminaría todo prácticamente formaba parte de mi día a día; frente a la puerta de un carro, cuando ella se diera cuenta de que no tiene por qué estar batallando con una carga que dice ser su novio; en un restaurante, cuando alguien mejor que yo intentara devolverme al lugar donde pertenezco; en la sala de mi casa, cuando se hartara del hecho de que necesito ayuda casi para todo. Cualquier opción parecía válida y, hasta cierto punto, reconfortante al significar el regreso del bonito viaje que claramente no iba a durar para siempre. Pero, por más pesimista que fuese, nunca imaginé que todo acabaría aquí, en su baño, después de que uno de mis más grandes miedos se hiciera realidad.

Cierra la puerta y pone mi mano bajo el chorro de agua para quitar el pastel que queda entre mis dedos.

Grítame, enójate, devuélveme en otra forma el dolor que te causé.

—¿El agua está muy caliente, amor?

Sólo termina conmigo de una vez, por favor.

—El vestido se puede lavar, hace poco le hice una mancha mucho peor a una blusa y aprendí varios trucos para quitarlas.

Ni siquiera soy capaz de levantar la mirada y verla a los ojos; no sólo arruiné su cumpleaños y perdí toda la confianza que podía tener de su familia, sino que le fallé en todos los sentidos, la lastimé, la puse en peligro cuando se supone que debería de estar segura a mi lado.

—Me duele demasiado. —Se agacha frente a mí apoyándose en la silla de ruedas.

—Lo sé —pronuncio casi sin voz.

—No, no lo sabes —toma mi cara con sus manos para que la vea directamente por primera vez—. Estas lágrimas no son por los golpes, sino porque sé lo que estás pensando y sé que estás sufriendo. Pero nada ha cambiado, mi amor, no te voy a dejar ni permitiré que tú me dejes, no por esto, no por algo así.

—Pero te lastimé —digo sin entender cómo es capaz de seguir amándome.

—No lo hiciste. Creo que si tu pareja te pega, lo que en realidad te daña es el dolor emocional, el sentirte traicionada por la persona que más amas. Pero yo no me sentí así sino todo lo contrario, vi cómo intentabas protegerme y hacías todo por recuperar el control. Y sí, me dolieron los golpes pero muy poquito —exagera el gesto para sacarme una sonrisa.

Busco tenerla entre mis brazos nuevamente, esta vez para que ella le devuelva la tranquilidad a mi corazón y el aroma de su pelo calme la necesidad de abrazarla por toda una vida. Ya me ha sorprendido antes, pero hoy más que nunca. No comprendo por qué, aun viéndome en mi peor momento, me ama de esta manera.

—Perdóname. —Le pido sin saber si los sollozos en mi voz le permiten entenderme.

—No es tu culpa, no es culpa de nadie; sólo fue un simple descuido —asegura mientras hace que me pierda en sus caricias.

—¿De verdad crees que tu vestido se pueda limpiar? —pregunto cuando recuerdo que hay personas esperándonos en la mesa y me resigno a que quedarnos abrazados toda la noche no es una opción.

—Sí, no te preocupes —me ilumina con su hermosa sonrisa—. ¿Me acompañas a mi cuarto a cambiarme de ropa, mi amor?

—Por supuesto —respondo amándola más que nunca.

—¿Todo bien? —Pedro es el primero en preguntar cuando volvemos a la mesa.

—Sí; si en realidad no pasó nada grave. —Ella se queda parada a mi lado porque su silla ya sin mancha está separada del resto.

—Siéntate aquí. —Franco le ofrece su silla.

—Muchas gracias —la pone a mi lado—. ¿Ya terminaron su pedazo de pastel?

—Yo sí —contesta Lety menos animada de lo normal.

—¿Te pasa algo, bonita? —Le pregunto con cuidado casi sin levantar la

mirada.

—Me asustaste mucho cuando hiciste —agita su brazo tratando de imitar lo que pasó—, ¿de verdad ya estás bien? —La tristeza en sus palabras me rompe el corazón.

—Lamento mucho haberte asustado, lamento mucho haber asustado y preocupado a todos —haya sido o no mi culpa, debo hacerme responsable de lo que ocurrió—. Fue un momento en el que me descuidé y perdí el control, intenté contenerme, lo intenté con todas mis fuerzas, pero no pude. Siento mucho todo lo que causé.

Ojalá pudiera prometer que nunca volverá a pasar, pero claramente estaría mintiendo. Sólo me queda soportar el peso de sus miradas esperando a que alguien diga algo que confirme que la angustia en el rostro de mi mamá está justificada.

—Ese día lo vi desde que entró al cine con David —ella comienza a explicar sin que entendamos muy bien de qué está hablando—. Lo primero que pensé fue que era una lástima que un chico tan guapo estuviera así, y al siguiente segundo me odié a mí misma como nunca lo había hecho. En el fondo sabía perfectamente que me atraía y que de haber entrado caminando como cualquier persona seguramente estaría esperando a que por alguna casualidad nos topáramos en la fila de las palomitas y pudiéramos hablar. Pero al verlo en silla de ruedas y al ver que sus movimientos eran toscos, sin mucho control —de nuevo lleva mi mano a su pecho—, automáticamente ignoré el hecho de que se trataba de un hombre y simplemente lo puse en el cajón de la lástima. Cuando me di cuenta no podía soportar la idea de estar pensando eso, me daba asco haberlo juzgado superficialmente de una manera tan fácil sin ni siquiera conocerlo. Por eso me senté cerca de su mesa, y cuando puse un poco más de atención pude ver que todo el tiempo estaba sonriendo y que no paraba de hacer reír a David, que era alguien con los ánimos por los cielos y que incluso, con algo de concentración, podía entender algunas de sus palabras. No muchas veces te encuentras a una persona como él, así que cuando vi una oportunidad, simplemente me armé de valor y fui a saludarlo. Lo hice después de estar observándolo todo ese tiempo, sabiendo de sus movimientos involuntarios, esperando poder ser su amiga, y aun así me enamoró poco a poco con cada palabra hasta que sólo éramos dos personas sentadas en dos sillas. Desde el principio era consciente de que en cualquier segundo podía pasar esto pero hasta hoy una parte de mí se preguntaba cómo reaccionaría en el momento que me golpeará, y les puedo asegurar que no dudé ni siquiera un

instante en abrazarlo para hacerlo sentir seguro y poder ayudarlo a recuperar el control. —Cierra los ojos y acaricia tiernamente su rostro con mi mano.

—¿No te dolió? —pregunta Lety señalando su estómago.

—Sí, un poco —responde sonriendo ligeramente—. Pero no fue nada comparado con el amor y la felicidad que me da, incluso sabiendo perfectamente que no será la última vez que esto suceda.

—También estuvo mal de mi parte acercar el plato sin tomar en cuenta que te podía poner nervioso —admite su papá poniendo su mano en mi hombro en un gesto de comprensión.

—No se preocupe, es que es fácil acostumbrarse a que nunca pase nada. A veces hasta a mí se me olvida que debo tener cuidado —comento para que sepan que en realidad es algo que a cualquiera le pudo haber pasado.

—Creo que al final esto también nos ayuda a ser un poco más conscientes de que podemos evitarte este tipo de situaciones si ponemos algo de atención a dónde están tus manos. —Me dice su mamá contenta por la idea de haber aprendido una cosa nueva.

Después de unos minutos, el tema prácticamente se convierte en una simple anécdota y poco a poco la noche regresa a ser un alegre festejo. Los regalos provocan risas, lágrimas y besos ante un hermoso rostro agradecido por estar rodeada de las personas que más ama.

Sin darnos cuenta, la charla hace que ya sea más tarde de lo que imaginamos.

—Mejor nos vamos antes de que se haga aún más noche —comenta mi mamá.

—Nos la pasamos muy bien —asegura su papá—, ojalá podamos reunirnos mucho más seguido.

—¿Aún te vas a quedar a dormir aquí? —Me pregunta mi mamá con un tono que insinúa que tal vez no sea el mejor momento para hacerlo.

—¡Claro que sí! —Ella responde al ver que lo dudo por un par de segundos—. Todavía falta la mejor parte de mi cumpleaños. —Me abraza dando a entender que se quiere quedar sola conmigo.

—Ya teníamos planeado ir a casa de mi hermana, así que por nosotros no hay ningún problema —asegura su mamá.

—Te encargo que cuides mucho a mi hija y la hagas muy feliz —me dice su papá una vez que casi todos están afuera de la casa—. Siéntete en confianza de disfrutar la noche con ella.

Capítulo 9

—¿Ya terminaste de trabajar? —Me pregunta Pedro después de tocar la puerta de mi habitación y decirle que pasara.

—Sí, desde hace rato. Ya sólo estaba descansando un poco y esperando a que llegaras para ayudarte con lo que me pediste.

—Aún faltan muchos meses para poder hacer formalmente una propuesta, pero quiero tener tiempo para trabajar y prepararla lo mejor que pueda. —Se sienta en mi cama y saca una libreta de su maletín.

—Al parecer sí puedes ser serio cuando te lo propones —comento con alegría al verlo con tantas ganas de empezar.

—De hecho, estaba por quitarme los pantalones y ponérmelos en la cabeza. Así pienso mejor —bromea con la misma seriedad por la que lo felicité.

—Mamá acaba de lavar mis sábanas y de verdad me gustaría no tener que tirarlas a la basura.

—Entonces trabajaré a la mitad de mi potencial —responde resignado.

—¿Y ya tienes algo en mente sobre lo que podamos comenzar? —pregunto para regresar al tema principal.

—Más o menos, por eso quiero tu ayuda —abre su libreta y busca una hoja en específico—. Mi intención es mejorar el estándar de accesibilidad en las construcciones a mi cargo, aunque sea un poco, y demostrar que con pequeños cambios en detalles en los que a veces ni siquiera nos detenemos a pensar, se puede ayudar a muchas personas.

—Eso está muy bien y me parece una buena idea, pero aún no entiendo cuál es mi papel aquí. —Me acerco un poco para ver si tiene algo escrito que me aclare qué es lo que haremos esta tarde.

—He estado anotando todo lo que se me ha ocurrido que podría mejorarse y me gustaría discutir la lista contigo para que me des tu opinión.

—¿Entonces sólo por haber nacido con una discapacidad ya debo ser todo un experto en el tema? —Finjo estar ofendido.

—Más o menos —contesta después de pretender pensarlo por unos segundos.

—No veo problema en eso. Vamos a empezar con esa lista —digo lleno de ánimo.

—¿Robots asistentes para cada persona en silla de ruedas o con bastón?
—Estoy casi seguro de que de verdad escribió eso en la libreta

—Probablemente pedirían tener su propio sindicato robot. Siguiente. —
No es el único que se lo puede tomar en serio.

—¿Que haya mostradores a una altura menor?

—Sería interesante, pero en algunos lugares ya hacen eso y realmente no es tan útil —respondo pensando que la mayoría de personas a las que nos podría servir casi siempre vamos acompañados por alguien más.

—¿Botones en alfabeto Braille en los elevadores?

—Es una buena opción, pero también haría falta poner guías en el suelo por todo el edificio. ¿Qué caso tendría que sepan cuál botón lleva al tercer piso si batallan para llegar al elevador?

—No había pensado en eso —afirma deteniéndose unos segundos para improvisar una pequeña lista de lo que se necesitaría para lograr esa idea.

—Tal vez sería mejor buscar algo más básico y que no signifique un gasto tan grande, para que así sea más fácil que lo consideren —sugiero tomando en cuenta lo importante que es el dinero para las compañías.

—Sí, creo que tampoco podemos descuidar ese tema —comenta después de revisar lo que acaba de anotar en su libreta.

—¿Tienes más ideas? —pregunto para animarlo a que continuemos.

—Sí —regresa su mirada a la lista original y busca en dónde se quedó—. ¿Poner francotiradores para que no permitan que nadie se estacione en los lugares exclusivos para personas con discapacidad?

—Requeriría mucho papeleo para cuestiones de permisos y demandas por daños psicológicos —hago como que me lamento al darme cuenta de que no sería posible—. Aunque siempre me ha hecho gracia que usen el dibujo de una silla de ruedas para señalar esos lugares; vamos sentados, no nos vamos a cansar por tener que recorrer el estacionamiento para llegar hasta la entrada.

—Es un buen punto. —La risa sólo le permite decir eso.

—Supongo que es más por las personas en silla de ruedas que van solas, para que no pasen tanto peligro por los carros. —Me alegra ver que Pedro vuelve a estar más animado.

—También puede ser por tratarse de un símbolo que representa a la discapacidad en sí y que todos reconocemos fácilmente, como el murciélago de Batman.

—Ya nos desviamos totalmente del tema de tu propuesta, ¿te das cuenta?

—Si fuiste el que comenzó a bromear, yo me lo estaba tomando con toda

la profesionalidad del mundo —asegura orgulloso.

—Por supuesto, fue mi culpa —finjo reconocer mi error—. Por favor, sígueme diciendo más de tus ideas tan serias.

—Gracias, ¿Que no haya escalones para cambiar de área?

—De seguro te dirían que eso se arregla poniendo rampas —respondo pensando en que sería una solución más práctica y que no habría necesidad de modificar ningún plano.

—¿Hacer algo con las puertas? —propone aún con entusiasmo.

—¿A qué te refieres exactamente? —Me interesa el repentino enfoque en algo tan básico.

—Lo anoté cuando me di cuenta de que es un poco difícil abrir una puerta hacia ti habiendo una silla de ruedas de por medio —explica más detalladamente.

—Nunca había puesto mucha atención en eso, pero tienes razón —comento después de hacer memoria y recordar varias de las veces en que la puerta se ha atorado con mis pies—. Ya sea que estés en o detrás de la silla, es complicado jalar la puerta y moverte hacia atrás. Creo que este es un muy buen detalle que se podría mejorar.

—Esta era una de mis opciones favoritas, pero quise guardarla como un as bajo la manga —presume haciendo un par de movimientos raros con sus manos.

—¿Y ya has pensado en posibles soluciones? —pregunto esperando que no me responda con un chiste.

—Hasta ahora no tengo nada en concreto, pero quiero pensar en algo práctico y simple. —Deja un momento su libreta para concentrarse mejor.

—Supongo que la idea no es proponer que todas las puertas sean automáticas o que se abran para los dos lados, sino encontrar una manera en que el cambio sea pequeño y que no afecte a las demás personas.

—¿Algo como usar puertas corredizas? —pregunta después de unos momentos de silencio.

—Puede ser una opción —afirmo tratando de imaginar todo lo que conlleva—, sólo faltaría ver qué tan posible es.

—Hoy no quería llegar a una solución final, sino poder centrarme en un problema que valiera la pena tratar de resolver, y estoy bastante seguro de que lo hemos encontrado —hace un par de apuntes más y cierra su libreta—. Muchas gracias por ayudarme con esto.

—No es nada, tú has hecho casi todo —sonríó contento al ver lo mucho

que le apasiona lo que hace—. Y en realidad soy yo quien agradezco por querer poner atención a esos detalles que casi nunca notamos, pero que de arreglarse nos harían la vida más fácil a muchas personas.

—Desde que entré a estudiar arquitectura es algo que tenía muy presente, quería que ese conocimiento sirviera para ayudar a los demás y dar un primer paso para que no todo sea señalar los problemas que sin duda se viven al tener una discapacidad, sino también proponer soluciones y mejorar las cosas poco a poco —dice con cada vez más emoción.

—No me vas a abrazar y a ponerte a llorar, ¿verdad? —Finjo estar preocupado.

—No... ya no —se limpia una lágrima inexistente—. ¿Quieres que hagamos algo más en lo que esperamos para cenar?

—Sí, pregúntale a Franco si viene a ver una película o a hablar un rato, ¿va? —propongo para que los tres pasemos la tarde juntos.

—Ok, no me tardo. —Se levanta de mi cama para ir a buscar a Franco que muy probablemente esté en su cuarto.

Aprovecho estos minutos para comprobar que mañana habrá un buen clima de verano que nos permita ir al parque de diversiones que tanto le emociona desde hace tiempo. Como es normal de estas fechas, el pronóstico asegura que será un día agradable y en el que prácticamente ninguna nube cubrirá el cielo. A decir verdad, casi no suelo ir a este tipo de lugares, sé que mi silla de ruedas no se lleva nada bien con las multitudes ni —mucho menos— con los juegos mecánicos, pero me gusta la idea de poder verla divertirse mientras disfruta del parque.

—¿Estás listo, mi amor? —Me pregunta llena de entusiasmo apenas entra por la puerta de mi casa.

—¡Claro, hasta llevo una rueda de repuesto por si acaso! —bromeo señalando mi mochila.

—Pero si tú eres el que se va a subir a los juegos, no la silla. —Se acerca y me da un dulce beso.

—¿Alguien más los va a acompañar? —Mi mamá se ve un poco preocupada.

—No —responde con una sonrisa—, es que le dije que primero quería que tuviéramos una cita ahí antes de ir con nuestros amigos.

—¿Pero estás segura de que vas a poder tú sola? —Al parecer mi mamá sigue teniendo dudas.

—Sí, nunca hemos batallado para hacer nada; ya tenemos nuestros trucos —asegura como si se tratara de lo más normal del mundo.

—Pero nunca han ido a un lugar así y me preocupa que se puedan lastimar habiendo tantos tubos en los juegos.

—Descuide, le prometo que no haremos nada demasiado peligroso. — Me río al escuchar el énfasis que pone, a propósito, en lo de “demasiado” y ver la cara asustada que pone mi mamá.

—Ya estoy en silla de ruedas, ¿qué más me podría pasar? —añado para hacer más grande la broma.

—Se puede cansar de levantarte y terminar cayéndose contigo, o que den un paso mal porque las personas los estén apresurando.

—No se preocupe, señora —decide que es momento de dejar de jugar—. En realidad ya llamé al parque para explicarles todo y me dijeron que con gusto nos ayudarán en cualquier cosa que necesitemos.

—¿Segura? Aquí están sus hermanos y si quieres pueden ir con ustedes —Mi mamá hace un último intento para que no vayamos solos.

—No es necesario, de verdad —asegura con una voz tranquila y me toma de la mano—. En otra ocasión podemos ir todos juntos pero hoy me gustaría estar sola con él y disfrutar del parque a su lado.

—Entonces te lo encargo mucho, por favor. —Al parecer algo en sus palabras hizo que mi mamá se sintiera más calmada y segura ante la idea de que nos vayamos nosotros solos.

—Todo estará bien, se lo aseguro —responde emocionada y le quita los frenos a mi silla para empezar a dirigirnos hacia su carro.

—¿De verdad nunca habías venido a este parque, amor? —Le pregunto mientras caminamos por los pocos metros de estacionamiento que nos separan de la fila de entrada.

—Sí, de verdad. Ya han pasado varios años desde que lo construyeron pero, hasta hace unas semanas pasé por aquí y lo vi, no me habían dado muchas ganas de visitarlo, así que siempre lo dejaba para después.

—Creo que cuando era muy niño me llevaron a otro que estaba cerca de la casa de una tía, pero casi no recuerdo nada de ese lugar —comento feliz al ver que somos una pareja de novios más que quiere pasar su día en este parque.

—Tal vez en parte también fue por eso —menciona como si estuviera descubriendo algo que ni ella sabía—, cuando lo vi pensé que probablemente

sería una experiencia nueva para los dos y simplemente me encantó la idea.

—¿Será porque no hacemos muchas cosas diferentes? —pregunto un poco preocupado y casi para mí mismo cuando nos alejamos unos pasos de la entrada después de haber entregado nuestros boletos.

—No, mi amor. Más bien es porque me gusta poder llevarte a vivir cosas nuevas y que hagamos nuestras propias aventuras juntos, aunque preocupemos tantito a tu mamá. —Se ríe por la pequeña dosis de maldad que hay en su chiste.

—Es normal, amor. Llevamos unos meses saliendo y la mayoría de cosas son nuevas para todos nosotros. —Intento explicar el cuidado excesivo que a veces mi mamá quiere tener conmigo.

—Lo sé, y la entiendo muy bien pero espero que con el tiempo confíe más en mí y no se preocupe tanto cuando queramos hacer algo nuevo —comenta con entusiasmo como si se tratara de una meta.

—¿De verdad no te has dado cuenta? —pregunto ligeramente sorprendido.

—No, mi amor, ¿de qué?

—De que siempre has logrado que te tenga confianza para todo. Incluso hace rato hasta pensé que nos iba a terminar acompañando, pero con lo que le dijiste le cambió completamente la mirada y confió en ti.

—Entonces supongo que el secreto está en decir las cosas de corazón —afirma con alegría en su voz y se agacha un poco para besar mi mejilla.

—Creo que ya es momento de empezar a recorrer el parque —sugiero después de disfrutar su beso—. ¿Qué quieres hacer primero, amor?

—Vamos a comprobar qué tanto es verdad que nos ayudarán para subirnos a las atracciones —propone mientras avanza buscando una que le guste.

No puedo evitar sentirme mal al ver que, tras detenerse por unos segundos a observar, continuamos nuestro camino cuando se da cuenta de que hay algo que hace que sea imposible que yo me pueda subir al juego en cuestión o tan siquiera acercarme para intentarlo. Ya sea porque los asientos, si los hay, no ofrecen el suficiente apoyo como para que me sienta seguro y cómodo, o porque unos escalones desconsideradamente altos y estrechos esperan al final de la fila, ella tiene que descartar varias opciones que sin duda serían divertidas para cualquier persona. Finalmente llegamos a un carrusel que entre sus caballos y demás animales que se pueden montar también hay un par de carruajes a la espera de poder llevar a una pareja.

—¡Este se ve bien para comenzar! ¿Nos subimos, mi amor? —pregunta tan emocionada como si acabara de encontrar la más nueva y divertida montaña rusa de la ciudad.

—Sí, amor, vamos a hacer fila —respondo aliviado porque al menos no nos iremos del parque sin haber probado ningún juego.

Hay unas cuantas personas adelante de nosotros, la mayoría niños acompañados por sus papás, pero a ella parece no importarle y simplemente acaricia mi cabello con ternura mientras esperamos a que sea nuestro turno.

—Disculpe, ¿me podría ayudar para subir a mi novio al carrusel? —Le pregunta al señor que está vigilando al final de la fila.

—Claro, señorita —responde amablemente después de voltear a verme—. Sólo deje hablarle a un compañero para cargarlo entre los dos.

—No hay problema pero en realidad no es necesario —le comenta para hacerle ver que es más fácil de lo que parece—. De hecho, yo lo paso sola de un asiento a otro y no se batalla nada, lo único es que como aquí hay que subir un escalón se necesita un poco más de fuerza.

—Entonces usted dígame cómo lo levanto y dónde lo siento. —Se pone enfrente de mí esperando atentamente con una sonrisa.

—Lo puede cargar con los dos brazos como una princesa —se ríe al saber que no me hace mucha gracia esa comparación—, o lo puede poner de pie y cargarlo en un hombro. De cualquier manera, él lo va a ayudar.

—Muy bien. Te voy a levantar para cargarte en mi hombro, amigo. —Me avisa y asiento con la cabeza.

—Nos vamos a subir en el carruaje. —Le explica cuando estamos arriba del carrusel.

Ella se mete primero para ayudarme a sentarme bien mientras el señor me va bajando lentamente y con cuidado.

—¿Así estás bien, mi amor? —Me pregunta cuando se pone a mi lado y pasa su brazo por detrás de mis hombros para que me sienta más seguro.

—Perfectamente —respondo sonriendo por poder estar aquí con ella.

—Voy acomodar su silla a un lado de la salida y cuando se detenga el juego regreso para ayudarlos a bajar.

—Sí, muchísimas gracias... Disculpe, se me olvidó preguntarle su nombre —dice apenada al darse cuenta de que no sabemos quién es.

—No se preocupe —trata de que no se sienta mal—. Me llamo Jesús, gusto en conocerlos.

—¡Igualmente! De nuevo, gracias por su ayuda. —Se despide algo

apurada al ver que ya se está yendo hacia donde dejamos la silla de ruedas porque falta poco para que el carrusel comience a girar.

Mientras todo a nuestro alrededor va dando vueltas cada vez más rápido, ella sonríe y toma mi mano más cercana para tenerme casi en un abrazo que se entendería mucho mejor si estuviéramos disfrutando de un romántico paseo en góndola o viendo un hermoso atardecer en lo alto de una colina. Su expresión tranquila y placentera me lleva a simplemente vivir el momento, a sentir el calor que produce su cabeza apoyada en mi hombro y a perderme en este sueño. Antes creía que ni siquiera podría ir solo al cine con una chica, que la distancia entre mi silla y los asientos dibujaba una barrera que ninguna estaría dispuesta a superar, pero ahora estamos aquí, sobre lo que bien pudiera ser el trineo de Santa Claus girando alrededor de un soporte de acero, y creo que fácilmente estos minutos ocupan un lugar entre los más románticos de mi vida.

—Me encanta poder estar sola contigo en este parque, mi amor —susurra casi como si no quisiera que la escuchara.

El recuerdo de los juegos a los que no se pudo subir viene a mi memoria y, de un momento a otro, no soy capaz de responderle. Estoy más que acostumbrado a que la discapacidad me aleje de muchas de las actividades más divertidas que este mundo nos ofrece y desde muy joven esto dejó de ser un problema para mí, pero ella no tiene por qué perderse de todas esas cosas ni estar atada a una silla que no necesita para avanzar y que lo único que hace es limitarla injustamente. Esta es la culpa que, en el fondo, no quería conocer, la que veía a lo lejos al imaginarme en una relación seria; tal vez por eso realmente nunca intentaba tener una cita y prefería creer que era imposible que una chica como ella se fijara en mí, tal vez por eso a veces yo mismo me convencía de que la soledad de mi habitación no era tan mala compañía.

—¿Te gustó, amor? —Me pregunta una vez que el carrusel se detiene por completo.

—Si estoy contigo, no hay nada que no me pueda gustar. —Trato de regresar rápidamente de mis pensamientos para que no crea que no me estoy divirtiendo.

—Creo que ahí viene Jesús para ayudarnos. —Alza su mirada por encima de mí e interrumpe algo que parecía querer decirme.

—¿Se divirtieron? —Nos pregunta con una sonrisa cuando se acerca a nosotros.

—Sí, fue un paseo muy romántico —responde y lleva mi mano hasta su boca para darme un beso lleno de ternura.

—Me di cuenta, los estuve viendo por unos momentos desde donde estaba.

El camino de regreso a mi silla resulta aún más fácil ahora que los nervios normales de cuando alguien me carga por primera vez se han ido.

—Muchas gracias por ser tan amable con nosotros, Jesús —le dice por última ocasión antes de irnos—. De verdad te agradecemos enormemente por tu ayuda.

—De nada, fue un gusto poder ayudarlos. Espero que se sigan divirtiendo y tengan un muy buen día. —Se despide dándonos la mano.

Tras recorrer casi todo el parque, son pocos los juegos a los que me puedo subir y son muchos los que ella se tiene que perder por estar conmigo. En nuestra lista de atracciones medianamente accesibles ahora, además del carrusel, también está una casa del terror que resultó bastante graciosa, una versión para niños de una montaña rusa y un autobús que iba de arriba para abajo alrededor de un eje que lo sostenía. Aparte de eso, la mayoría, si podíamos entrar, requería de cierta destreza física que obviamente uno de los dos no tiene.

—¡Ahí está! —La emoción en su voz es notable cuando acelera el paso para llegar más rápido a la fila que acaba de ver.

—¿Qué pasó, amor? ¿Qué viste? —pregunto contento por la alegría que hay en su rostro.

—Es el único juego al que de verdad me interesaba subirme cada vez que lo veía a lo lejos cuando pasaba por aquí —explica mientras nos dirigimos hacia una torre muy alta con una especie de anillo con asientos que sube y baja a bastante velocidad—. ¿Te quieres subir, mi amor?

—¡Sí, parece muy divertido! —respondo genuinamente entusiasmado al ver la adrenalina que nos espera.

El alivio se extiende por mi cuerpo cuando por fin estoy seguro de que los asientos se encuentran a la altura del piso y la entrada es lo bastante amplia como para que podamos pasar sin ningún problema.

—Creo que nos toca en la siguiente ronda, mi amor —comento tratando de contener la emoción.

—¡Sí, ya falta muy poco! —Me abraza por detrás de la silla y me da un beso para hacer que la espera sea mucho mejor.

—El niño no puede quedarse adentro. —Escuchamos a nuestras espaldas cuando está a punto de acomodar la silla para pasarme al asiento.

—¿Listo, mi amor? —Me pregunta al ponerse delante de mí y ofrecerme sus manos para levantarme.

—¿Señorita? —El muchacho que estaba en la entrada del juego se acerca para tocar su hombro.

—¿Me estabas hablando? —Sonríe al darse cuenta—. Perdón, no escuché. —Se detiene para ponerle atención.

—Le decía que el niño no puede esperar tan cerca del juego. —Me señala para dejar claro que se refiere a mí.

—Es mi novio —lo corrige sorprendida por las palabras del joven—. Y no pienso dejar la silla aquí, cuando lo asegure en el asiento la voy a poner pegada a la valla.

—¿Entonces lo quiere subir con usted? —pregunta preocupado.

—Nos queremos subir juntos, no veo lo raro en eso —responde de manera natural.

—Me temo que no se va a poder, señorita —afirma lamentando la situación y tratando de ser lo más sensato que sea posible.

—¿Por qué dices que no se puede? —Su voz muestra un poco de molestia.

—Es por políticas del parque; el juego no está pensado ni preparado para personas así.

—¿Para personas “así”, cómo? —Cruza los brazos a la espera de que le dé una respuesta mejor.

—Con alguna discapacidad —contesta aclarando el error.

—Entendemos que puede haber personas para quienes sea peligroso subirse a algunos juegos pero él ha vivido toda su vida con esta discapacidad y sabe perfectamente lo que es capaz de hacer.

—Lo siento mucho, señorita, pero esas son las reglas y no queremos arriesgar su seguridad.

—Claro, es por “su seguridad” —resalta lo poco que se cree esas últimas dos palabras.

—Si gusta puede dejar al muchacho conmigo mientras usted se sube al juego. —Le ofrece intentando ser amable.

—Por mí está bien, amor. Súbete y te espero aquí, de verdad no hay problema —afirmo para que no se sienta obligada a no hacer algo si yo no puedo.

—Te repito que es mi novio —pasa por alto mi comentario y responde más molesta que antes—. Y no, gracias, lo que quería era subirme con él.

Quita los frenos de mi silla con fuerza para alejarnos del juego y no seguir deteniendo a las demás personas. Siento su descontento en cada paso que da, como si lo único que quisiera fuera salir de este lugar tan rápido como fuera posible. El temor de que de un momento a otro entienda que el verdadero culpable de todo esto soy yo, hace que ni siquiera respire si no es necesario para no llamar su atención; de ser posible, me gustaría que la primera —y quizás última— vez que realmente se enoje conmigo no sea a la vista de tantas personas.

—Ya encontraremos un parque donde no tengan reglas estúpidas, amor —asegura una vez que llegamos al estacionamiento.

—Sí, no te preocupes —contesto sin hacer mucho ruido.

—Hola, ¿cómo les fue? —Nos pregunta Franco al abrirnos la puerta de casa para recibirnos.

—Muy bien —le responde ella sonriendo—. Tuvimos un pequeño problema en el parque, aunque no fue la gran cosa y pudimos divertirnos mucho todo el día.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Están bien? —Su voz suena un poco preocupada.

—Sí, sólo se insistieron en no dejarnos subir a un juego que claramente podíamos disfrutar sin ningún problema. —Al parecer no le molesta tanto recordar el tema.

—¿Y qué hicieron? —Deja la puerta medio cerrada y nos sigue por unos cuantos pasos para que le contemos más detalles.

—Mejor nos salimos del parque y fuimos a comer algo.

—La comida nunca nos falla —bromeo.

—Pues me alegra que como quiera se hayan divertido —comenta Franco más aliviado—. ¿Van a ir a su cuarto?

—Sí, queremos hablar un rato y tal vez ver una película —responde.

—Ok. Lo preguntaba porque voy a salir con unos amigos, para saber si ponerle seguro a la puerta o no —explica mientras agarra algo de la mesa—. Aquí dejo estas llaves por si necesitan salir, aunque de todas formas mi mamá está en su cuarto en caso de cualquier cosa.

—Perfecto, entonces te vemos más tarde. —Se despide de Franco y comienza a caminar conmigo hacia mi cuarto.

—No, deja que te ayude a pasarlo a su cama.

—No te preocupes, nosotros podemos solos —asegura con una sonrisa.

—¿De verdad? —De nuevo le ofrece acompañarnos hasta mi cuarto.

—Sí, no hay ningún problema. Y así no hay peligro de que se te vaya a hacer tarde —responde animándolo a que salga de una vez.

—Está bien. Entonces los veo en unas horas. —Se despide y sale de la casa en cuanto cerramos la puerta de mi habitación.

—¿Estás cansado, mi amor? —Me pregunta después de sentarme en la cama.

—No, para nada. ¿Y tú, guapa?

—Tampoco —pone mi silla doblada en la pared y se sienta conmigo para abrazarme—. Y si estuviéramos solos te lo podría mostrar de una mejor manera.

—Lástima que no sepamos si mi mamá bajará pronto o no. —Le devuelvo el beso que me acaba de dar.

—Pero podemos hacer otras cosas —comenta después de que nuestros labios se separan.

—¿Como qué? —La alegría en su mirada me llena de curiosidad.

—¡Como celebrar que después de haber ido al parque estamos listos para salir a donde sea, mi amor!

No puedo evitar quedarme callado por unos segundos al escuchar esas palabras; por más que intente que no me afecte, el recuerdo de lo que pasó rápida y silenciosamente me lleva de nuevo hacia ese sentimiento de culpa, hacia esa necesidad inconsciente de apresurar el final escrito en piedra que todos conocemos y así ahorrarle tantos problemas.

—¿Sucede algo, amor? —pregunta preocupada al ver que sigo sin responder.

—No hay por qué mentirnos, toda la ida al parque fue un desastre. —El dolor se siente en cada una de las palabras que salen de mi boca.

—No entiendo por qué dices eso. ¿No te divertiste? —El desconcierto en sus ojos parece cancelar cualquier otro sonido que no sea el de su voz.

—Claro que sí, para mí fue un día maravilloso.

—¿Entonces cuál es el problema, amor?

—Que tú no lo disfrutaste como hubieras podido —respondo lamentando no ser capaz de ofrecerle algo más que un peso extra que sólo la detiene.

—¿Y cómo llegaste a esa conclusión?

—No hice nada más que limitarte, no te pudiste subir ni a la cuarta parte de los juegos por haber ido conmigo. —La culpa no me permite seguir sosteniéndole la mirada.

—¿Entonces tú decides por mí qué es lo que puedo disfrutar y qué no? —

El tono de su voz se aleja cada vez más de mí.

—Sólo soy realista y te digo la verdad que tanto hemos estado evitando.

—¿Y cuál es la verdad? —pregunta casi ofendida.

—¡Que soy un estorbo para ti! ¡Que nunca podrás ser feliz estando al lado de un inválido como yo! —La rabia que siento hacia mí por estar limitado a los caprichosos decretos de una discapacidad me hace soltar estas palabras como si me resultara imposible seguir teniéndolas en mi pecho, como ese aire que escapa de tu boca violentamente después de aguantar la respiración por más de un minuto.

Ella se queda callada, sin moverse ni un centímetro, y aun sin verla puedo sentir la decepción en su mirada clavada en un perdedor que sólo puede esperar con la cabeza agachada. No dudo que el amor que me tiene sea real, pero estoy seguro de que, aunque ahorita le duela, con el tiempo esta será la mejor decisión, la más justa para ella, la que no la condene a una vida que no le corresponde, a una vida que no se merece.

Por fin se para sin decir nada y camina con pasos firmes hacia la puerta de mi habitación para girar la cerradura. Este es el día que tanto temía, en el que regresaría a la realidad de la que la silla de ruedas siempre me recuerda que no puedo escapar para siempre. Pero al menos fue un buen descanso, un pequeño y cruel vistazo a esa felicidad de la que nunca seré parte nuevamente. Lo bueno es que al final sí habrá una ventaja en haberme tenido como novio, y es que, una vez que cruce esa puerta, me será imposible seguirla para tratar de que me vuelva a aceptar a su lado.

Pasan unos cuantos segundos y, por alguna razón, continúa estando de pie frente a la puerta, como si quisiera regalar me unos últimos momentos más antes de dejarme inevitablemente solo. De nuevo agacho la cabeza intentando protegerme del golpe final de verla partir, esperando poder ser lo suficientemente fuerte como para soportar el dolor en silencio, sin que nadie se entere. Pero ella no hace el último movimiento que falta para abrir la puerta, sólo suspira y se aleja dando media vuelta para volver a sentarse en la cama ante mi mirada completamente confundida.

—¿Sabes por qué no me voy aunque quisiera salir corriendo de aquí? — Me pregunta ahora más calmada.

—¿Porque te duelen los pies? —respondo con lo primero que viene a mi mente.

—No —una pequeña sonrisa se asoma por sus labios—. Porque sé perfectamente que querrías ir detrás de mí y que no lo podrías hacer.

—Otra cosa más para la lista de por qué soy un inútil —digo cansado de mí mismo.

—No, aún no lo entiendes —asegura tomándome de la mano cuidadosamente—. Si no puedes ir detrás de mí, yo me puedo quedar para que hablemos y así arreglar las cosas.

—¿Ves? Siempre eres tú la que tiene que hacer todo.

—¿De qué hablas?

—De que tenemos casi tres meses saliendo y pareces más mi niñera que mi novia —explico sintiéndome humillado por tener que ponerlo en palabras.

—¿Crees que te cuido demasiado? —pregunta algo sorprendida.

—No. Me refiero a que haces demasiadas cosas por mí.

—¿Como darte de comer?

—O darme agua, o pasarme a la silla, o llevarme al baño, o vestirme, o pasar por mí para salir. ¿Continúo?

—¿Y cuál es el problema con eso?

—Que no tienes por qué hacerlo, mereces a alguien mucho mejor, a alguien que te pueda cuidar en lugar de necesitarte para todo.

—¿Entonces quién te merece a ti?

—¡Nadie! —La respuesta sale llena de desesperación, sin siquiera pensarlo, y retumba por todo mi ser.

—Ese siempre ha sido nuestro gran problema, mi amor, no te ves de la misma manera en la que yo te veo.

—No te entiendo. —Mis ojos buscan darle sentido a la sonrisa tranquila que hay en su rostro.

—Te sientes menos que los demás, como si el hecho de estar en silla de ruedas te hiciera inferior a todos. Pero no es así, eres una persona completa. Ninguna discapacidad puede definirte, ni a ti ni a nadie, y necesitas darte cuenta de eso.

—Sólo intento molestar a la menor cantidad de personas que me sea posible —aseguro sumergido en culpa.

—¿Crees que molestas a tu familia?

—No, sé que todo lo que hacen por mí lo hacen con amor.

—¿Entonces por qué crees que a mí sí me molestas? —pregunta confundida.

—Porque mi familia no tuvo elección, simplemente vivimos lo que nos tocó.

—Yo sí la tuve —afirma y sujeta mi hombro para no permitir que logre

voltear hacia otro lado—. Desde el principio sabía que aun por sólo ser tu amiga iba a tener que hacer cosas fuera de lo normal y no me importó en lo más mínimo, de lo contrario ni siquiera te hubiera saludado. Nadie me obliga a ser tu novia, yo soy la que cada día elije serlo y no ha habido ni un solo momento en el que me haya arrepentido de mi decisión.

—Pero haces demasiadas cosas por mí que no tendrías por qué hacer.

—Siempre te ayudo de corazón y porque quiero hacerlo, sin llevar cuentas ni esperar nada a cambio. —Da un pequeño paso en la cama para acercarse un poco más a mí.

—Pero nunca podré hacer lo mismo por ti —digo con la impotencia de saber que mis acciones están limitadas.

—Te equivocas, mi amor, tú eres el que más me cuida, el que me protege todo el tiempo. Siempre veo cómo te esfuerzas para no lastimarme cuando estoy a tu lado, igual que justo en este momento, que cuando piensas que no me doy cuenta me ves como si fuera lo máspreciado que pudiera existir, o que eres capaz de hacer cualquier cosa con tal de poner una sonrisa en mi rostro.

—Es que el mundo es mucho más bonito cuando sonrías.

—¿Ves, amor? —pregunta después de volver a iluminar mi cuarto con la alegría de sus labios—. Siempre me haces feliz. Hoy ni me di cuenta cuando se detuvo el carrusel porque estaba perdida en tu aroma y deseaba nunca tener que separarme de ti. Quería ir al parque contigo y lo disfruté porque te amo, no hay nada que me guste más que estar a tu lado, sea donde sea.

—¿Y cuando eso deje de ser suficiente?

—Nunca sucederá tal cosa —asegura completamente convencida.

—¿Y si sucede?

—Serás el primero en saberlo, te lo prometo. Incluso romperé contigo por celular para que sea lo más rápido posible. —Se ríe de su propio chiste con tanta ternura que vuelve loco a mi corazón.

—También te prometo confiar plenamente en ti, mi amor; creo que todo estaba sólo en mi mente, nunca me has dado ningún motivo para dudar. —Por primera vez no me siento culpable por querer estar con ella tanto como el tiempo nos lo permita.

—Es lo único que necesitaba escuchar. —Por unos instantes puedo ver el brillo en su rostro mientras quita toda distancia entre nosotros y me da un beso lleno de alivio para los dos.

Capítulo 10

—Les dejé comida ya lista en la cocina para que cuando tengan hambre sólo la pongas a calentar y puedan comer. —Le explica mi mamá antes de soltar mi silla para que ella tome el control.

—No se hubiera molestado, señora, yo no tenía ningún problema con cocinar algo para los dos. De hecho ya había tenido varias ideas de lo que podía preparar —asegura sonriendo mientras acaricia mi hombro.

—¿Cómo crees? Ya es suficiente con que te quedes aquí hasta la noche ahora que unas amigas me invitaron a salir y sus hermanos no están en casa por varios compromisos importantes.

—Lo hago con mucho gusto, y aunque no fuera necesario, de todas maneras íbamos a pasar el día juntos —comenta detrás de mí.

—De cualquier manera, si Pedro o Franco llegan antes y tienes cosas que hacer, puedes irte a la hora que quieras. —Le menciona para que no se sienta obligada a esperarla.

—No se preocupe, no tengo otros planes para hoy, y si por mí fuera incluso me quedaría a dormir. —Se ríe un poco apenada.

—Pues desde hace varias semanas le dije que cuando quisieran nosotros podemos ponernos de acuerdo con mi hermana que vive cerca para quedarnos en su casa un día de fin de semana y que ustedes pasen la noche aquí solos sin ningún problema.

—No, no lo decía por eso —se apresura a aclarar el malentendido—. Era más porque me gusta dormir a lado de él.

—Estaba esperando a que pasara algo más de tiempo para que no le diera pena cuando la invitara a quedarse una noche en mi cuarto, mamá —aseguro por si acaso ella cree que no había querido hablarle de esta más que cómoda posibilidad.

—No tiene nada de malo que hagan cualquier cosa que quieran estando solos en la casa, incluso sería la mejor opción para ustedes porque así evitarían tener que estar batallando en otro lugar. —Mi mamá se muestra mucho más comprensiva de lo que me habría imaginado.

—En realidad hasta ahora nunca hemos batallado en ninguna parte —comenta sin darse cuenta de que estamos entrando en un tema muy privado—, basta con que haya elevador o un lugar disponible en el primer piso.

—¿No se te va a hacer tarde, mamá? —pregunto para tratar de que hablemos de otra cosa.

—Sí, es verdad —responde después de ver qué hora es—. ¿Quieres que lo deje en su silla o mejor lo paso a su cuarto?

—En la silla está bien —responde casi de inmediato.

—Pero, ¿cómo le van a hacer si se cansa? —Nos pregunta un poco preocupada.

—Yo lo puedo ayudar a pasarse a la sala o a donde él quiera —afirma como si ya se tratara de algo normal para ella.

—¿Segura? ¿No te lastimas?

—No, descuide; tenemos nuestro truco para hacerlo sin problema.

—Está bien, entonces te lo encargo mucho. —Por fin agarra su bolsa y empieza a caminar hacia la puerta.

—Estaremos muy bien, señora, puede irse tranquila. —Le asegura mientras la vamos acompañando hasta estar a unos pasos de la salida.

—Ya me voy. Si pasa cualquier cosa, me llaman, y aquí está un juego extra de llaves por si por alguna razón necesitan salir. —Se despide de nosotros y abre la puerta.

—¡Que le vaya bien, diviértase mucho! —Se acerca para cerrar con llave.

—También ustedes. Regreso en la noche. —Es lo último que escuchamos antes de que se suba al carro.

—Si le decía que nos iríamos a tu cuarto tal vez hubiera sido muy obvio que planeaba tomarle la palabra tan pronto como fuera posible. —La voz baja que usa para hacerme saber esto sin peligro casi logra que pierda la cabeza cuando apoya sus manos a ambos lados de la silla y termina su frase dándome un largo beso en los labios.

—Me alegra que al fin estemos solos otra vez, mi amor —susurro abrazándola con mucho cuidado.

Si bien desde hace mucho tiempo el sexo no es una identidad abstracta y desconocida para mí, esos minutos a solas debajo de la regadera que me daba mi familia o aquellos encuentros ocasionales que mis hermanos me ayudaban a conseguir cuando salíamos y se presentaba la oportunidad, realmente nunca eran suficientes para llenar ese aspecto tan importante de mi vida, y sólo me permitían sobrellevar los días con cierta tranquilidad, pero nada más. Atendían una necesidad física, sí, sin embargo sabía a la perfección que se trataba de un acto completamente vacío, sin emociones, sin ni siquiera un poco

de cariño de por medio, y cuando acababa me volvía a quedar solo, a la espera de que, en el mejor de los casos, la próxima chica que se interesara un poco en mí no tardara demasiados meses en aparecer del otro lado de una fiesta cualquiera.

A decir verdad, siempre tuve miedo de estar en una relación real, entre otras cosas, justo por la cuestión del sexo. Me aterraba pensar que sólo fuera una tarea más para mi pareja, que rápidamente se convirtiera en algo que sólo yo disfrutara, que resultara lo mismo pedirle que me diera de tomar un vaso de agua que querer que me acompañara en la intimidad de una cama. Si me preguntasen, creo que sin duda esta es una de las peores cualidades que tiene la discapacidad, la asombrosa manera en la que poco a poco, a veces con una simple mirada, va destruyendo tu autoestima hasta que sólo eres capaz de verte a ti mismo como una carga para todos los demás, como algo que tienen que hacer porque es lo que toca y no hay otra opción.

Pero ella ni siquiera ha permitido que ese temor se pueda hacer presente. Sé que estoy lejos de ser el mejor amante del mundo, y aun así sus ojos llenos de deseo me hacen soñar con lo contrario cuando no hay ropa que impida que nuestra piel se encuentre. Cada vez que es ella la que busca estar conmigo y dejar que mi corazón beba de la pasión que hay en su mirada, cuando lo único que se puede escuchar en la habitación es la respiración agitada de dos personas que se aman, me hace sentir que no soy sólo yo el que anhela estos momentos día y noche, que ella espera de la misma manera por una oportunidad para amarnos mientras nuestros cuerpos se pierden envueltos en deseo.

—¿Qué quieres hacer primero, amor? —pregunto una vez que sus labios se alejan un poco de los míos.

—Ir a tu cuarto —responde sabiendo perfectamente que soy incapaz de negarme a esa mirada.

—Pensé que sólo estabas bromeando.

—Nunca juego cuando se trata de estar contigo, mi amor. —Sus palabras se abren paso hasta lo más profundo de mi corazón.

—Te amo, ¿lo sabes? —Inclino mi cabeza un poco para besarla en la mejilla, muy cerca de sus labios.

—Perfectamente —sus ojos brillan como si estuviera contemplando una noche llena de estrellas—. ¿Tú sabes que te amo?

—Me lo recuerdas a cada momento, con cada mirada, con una pequeña caricia de tus manos.

—Entonces no hace falta explicar nada más. —Comienza a besar mi cuello mientras va dando pasos para llevarme a mi cuarto marcha atrás.

—Podemos chocar con algo. —Logro reunir un poco de consciencia.

—Vamos directo hacia tu puerta. ¿Confías en mí, mi amor?

—Completamente —contesto saciado por su voz.

—Todo esto es tu culpa —asegura después de que entramos en mi habitación.

—¿Qué fue lo que hice? —pregunto algo confundido.

—Hacer que te amara de esta forma. Por eso no regresamos después de ir a nadar.

—¿Y por eso desde ese día prácticamente tenemos un departamento en ese hotel? —pregunto grabando cada uno de sus besos en mi memoria.

—Exacto. Además de que creo que cada día lo hacemos mejor.

—Pensaba que era a propósito —comento sin darme cuenta de lo que digo.

—¿Qué cosa, mi amor? —Me ofrece sus manos para levantarme de la silla.

—No, no es nada —respondo un poco apenado.

—¿Sabes que me puedes decir cualquier cosa, verdad? —Se sienta a mi lado invitándome a confiar en ella.

—Sí; pero esto es una tontería, sólo me vino a la mente una idea absurda. —Trato de que no le dé importancia al asunto.

—De todos modos dime, amor; no hay nada que no me interese conocer de ti. —Su mirada llena de cariño me da el valor de mostrarle un lado de mí del que nunca he estado orgulloso.

—En el fondo creía que tal vez le dabas tanta atención a nuestra intimidad porque te habías dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba —explico agachando un poco la cabeza.

—¿A qué te refieres, mi amor? —pregunta sin entender del todo de lo que estoy hablando.

—Por muchos años tuve que reprimir todos estos deseos porque no podía seguir el ritmo que mi cuerpo esperaba, pero sólo se iban acumulando y cada vez que pensaba en esto tenía miedo de no ser capaz de contenerme si llegaba a tener una pareja, de asustarla por querer buscarle en la cama casi todos los días. —Decido que la honestidad es lo menos que le puedo ofrecer en este momento, ella merece poder ver lo patético que soy.

—Nunca me había puesto a pensar en eso —comenta ligeramente

sorprendida—. ¿Y conmigo te sigues sintiendo así, mi amor?

—No —respondo con una sonrisa en mis labios—. Por eso creía que lo hacías a propósito, porque me buscas como si supieras lo mucho que deseo estar contigo y sólo contigo.

—Me alegra saberlo —se acerca y rodea suavemente mi cuello con sus brazos—. No sé si podemos hacerlo más veces, mi amor, lo que sí sé es que te prometo que ahora que me dijiste esto disfrutaré aun más de cada ocasión.

—¿De verdad no crees que soy un enfermo sexual? —bromeo con los ojos llenos de emoción.

—¡Claro que no! En realidad me gusta saber que me deseas tanto como yo a ti, amor.

Sus labios no me permiten decir ni una sola palabra más, sólo soy capaz de responderle acariciando cuidadosamente su espalda mientras los besos adornan la desaparición de nuestra ropa y nos hacen perdernos el uno en el otro.

—¿Ya tienes hambre, mi amor? —Me pregunta cuando se termina la película.

—Sí; justo estaba a punto de preguntarte lo mismo.

—Entonces deja que me ponga un poco de ropa para ir a calentar la comida y preparar la mesa.

—O podemos comer aquí —sugiero con una mirada algo traviesa.

—Me gusta la idea —afirma dándome un pequeño beso.

—Y así no nos tenemos que vestir —revelo mi intención con una sonrisa.

—¡Ahora me gusta mucho más! —Me besa por varios segundos—. No me tardo nada, mi amor, enseguida regreso.

La otra y principal ventaja de hacerlo de esta manera es que no me tendrá que pasar a la silla innecesariamente, pero eso lo guardo para mí. Mentiría si dijera que no me preocupa que de un momento a otro se dé cuenta de lo exigente que es estar conmigo o, peor aún, que se lastimara por culpa de mis torpes y erráticos movimientos. Aunque, siendo sincero, sé perfectamente que sólo es cuestión de tiempo para que algo así suceda, para que en pleno recorrido entre un asiento y otro se le termine el encanto y por fin vea que puede estar con un hombre cientos de veces mejor que yo, o, por lo menos, con alguien capaz de hacer algo por sí solo.

—¿Por qué tan callado, amor? —pregunta desde afuera de la cocina.

—Estaba recuperando el aliento por haberte visto caminar desnuda hacia

la puerta —bromeo.

—Entonces ahorita que me veas regresar tal vez te desmayes —asegura riéndose.

—¡Seré fuerte, te lo prometo!

—Más te vale porque aún nos queda toda la tarde. —Parece como si me estuviera desafiando.

—¡Si hace una hora que estoy más que listo, mi amor!

—Pues me hubieras dicho antes, yo te estaba dando tiempo para que te recuperaras. Ahora habrá que esperar hasta que se nos baje la comida.

—Hablando de eso, ¿le falta mucho? Ya te extraño.

—Le queda medio minuto en el microondas, amor, ya casi voy.

—Veintisiete, veintiséis, veinticinco, veinticuatro, veintitrés.

—Vas mal, en realidad le faltaban como cuarenta segundos pero los redondeé. —Me interrumpe entrando en mi cuarto para traer la mesita plegable y acomodarla a un lado de la cama.

—Eso es trampa.

—Me gusta llamarla “ventaja injusta”. —Se aprovecha de que verla reír me hace olvidar cualquier cosa.

—¿Cómo quieres que ponga tu almohada, mi amor? —Le pregunto antes de que salga por la puerta de nuevo.

—Pegada a la pared para poder recargarme —responde sonriendo—. Ahora sí, no tardaré nada, sólo falta servir la comida y regreso.

Arreglar la cama para que podamos comer a gusto me ayuda a ni siquiera notar los minutos que pasan hasta que ella vuelve con tres platos.

—¿Por qué trajiste tantos platos, amor? —pregunto sintiendo curiosidad.

—Uno es para mí y los otros dos son tuyos. Es que si traía toda tu comida en un solo plato quedaba muy lleno y pensé que te iba a poner nervioso cuando te lo acercara, así que mejor la dividí. —Me muestra su plato para que vea que la comida llega hasta el borde.

—Muchas gracias, mi amor. —Le agradezco conmovido al darme cuenta de lo mucho que piensa en mí hasta en detalles tan pequeños como este.

—De nada, amor —se sienta a mi lado sosteniendo y soplando en uno de los platos—. No estaba muy caliente pero tú dime si así está bien.

—Delicioso —aseguro después de probar el primer bocado, tal vez influenciado por lo feliz que me hace el estar a su lado.

—Es verdad. Tu mamá cocina muy rico —afirma tras terminar la comida en su boca.

—Creo que nunca había disfrutado tanto tener la casa para mí solo —comento pensando en lo mucho que la amo.

—¿Te imaginas vivir así todos los días, amor? —pregunta con emoción en su voz.

—Supongo que mi familia se enojaría por correrlos de aquí —contesto.

—No, no me refiero a eso —se ríe con cuidado de no tirar el plato que tiene en su mano—. Hablo de cuando lleguemos a casarnos y vivamos juntos en nuestra propia casa.

Hasta ahora tenía completamente prohibida esa idea en mi mente, como si se tratara de toda una zona de la vida a la que ni siquiera me podía acercar para mirar desde afuera. Pero ahora que es ella la que lo menciona, mi corazón da un salto que de seguro movería un poco mi playera si la tuviera puesta, y por unos momentos me hace soñar con toda una vida a su lado.

—Sería lo más maravilloso del mundo, mi amor —respondo olvidándome de tener cualquier mínimo cuidado con mis palabras.

—¿De verdad? —Sus ojos completamente abiertos y llenos de entusiasmo alejan todo temor ante la posibilidad de que realmente esperara que dijera otra cosa o de que sólo se tratara de una inocente y cruel broma.

—Claro que sí, amor. Aún falta bastante tiempo para saber si podría llegar a suceder, pero me encantaría formar toda una vida contigo.

—Sé que sólo llevamos casi dos meses saliendo y que antes de casarnos tendríamos que encontrar una manera adecuada para poder vivir juntos sin problema, ver si contratamos a alguien o que trabajes desde casa para que no te quedes solo; todavía es una idea un poco lejana pero por ahora me es suficiente con estar segura de que tú también quieres lo mismo que yo. —Deja el plato sobre la mesita para abrazarme como si fuera lo único que necesitara en este momento.

—Lo más importante es que cualquier cosa que decidamos para ese futuro sea justa y busque el bienestar de los dos, mi amor. No se trata de que dejes todo por mí, sino de que podamos ayudarnos el uno al otro.

—Así será, mi amor, tenlo por seguro —me besa lenta y profundamente—. Creo que esa es la mejor manera de comenzar nuestro hogar si esperamos tener hijos.

—¿Hijos? ¿Quieres tener hijos? —Sus palabras me toman por sorpresa.

—Sí, eventualmente. ¿Tú no? —pregunta con cuidado.

—Antes de conocerte ni siquiera había pensado en eso, amor, pero ahora mentiría si te dijera que no quisiera tener al menos un hijo contigo. Te amo

tanto que me encantaría que alguien naciera de nosotros.

—Siento exactamente lo mismo, mi amor —asegura viéndome a los ojos con una tierna sonrisa—. Pero entonces, ¿por qué te sorprendió tanto que mencionara este tema?

—Porque me preocupa que no podamos con eso; aún ni siquiera sabemos cómo viviríamos juntos. ¿Y si tener un bebé es demasiado para nosotros? ¿O si no te puedo ayudar y terminas cargando con todo el trabajo sola? Me da miedo que no logremos adaptarnos a un cambio tan grande.

—A eso me refería con “eventualmente”, mi amor. Primero quiero disfrutarte para mí solita por varios años, encontrar nuestro propio ritmo y manera de vivir juntos, y una vez que haya pasado suficiente tiempo estando cómodos con el día a día, podremos pensar en tener un hermoso hijo —su mano paseando por mi pecho hace que con cada palabra la angustia vaya desapareciendo poco a poco—. Sé que seremos buenos padres y que harás hasta lo imposible para cuidarlo conmigo en todo momento.

—¿Y si nunca estamos listos? —No puedo evitar querer quitarme esta duda tan pesada de encima.

—Seguiremos siendo felices juntos, mi amor, no hay nada por qué preocuparnos. —La sinceridad en su mirada termina con todo el temor en mi corazón.

—Te amo. —Es el único pensamiento que ocupa mi mente ahora.

—Y yo te amo más. —Sujeta mi rostro con su mano para besarme con tanta pasión y cariño que casi se nos olvida que estábamos comiendo.

Creo que fui demasiado tonto al dar por hecho que mi buena amiga, la discapacidad, dejaría pasar una oportunidad para recordarme que soy una carga para los demás, que necesito de todos a cada momento, que impido que puedan hacer sus vidas libre y plenamente. Desde hace unos minutos dejé de poner atención a la película que pusimos porque el dolor en mi vientre reclama toda mi concentración a cambio de no provocar un accidente aun peor. ¿De verdad mi cuerpo no entiende que estamos solos, que no hay nadie que me lleve y, lo que es más importante, que me saque del baño? ¿No podía esperar un par de horas antes de decidir que su único y principal propósito en la vida es hacer popó justo en este instante?

—Llevas un rato estando muy serio, mi amor, ¿te pasa algo? —Me pregunta un poco preocupada.

—Creo que habrá que hablarle a mi mamá para que regrese pronto —

respondo tratando de no moverme mucho.

—¿Te sientes mal? —Se levanta para poder verme mejor y comprobar que no me haya pasado nada malo.

—No —niego un poco con la cabeza para que sepa que estoy bien—, sólo necesito ir al baño.

—Entonces yo te puedo llevar, amor. ¿Cuál es el problema?

—Que haré algo más que pipí. —Cierro los ojos por la vergüenza de tener que explicarle esto a mi novia.

—¿Y qué importa? —Lejos de lo que me esperaba, su voz se escucha tan normal como siempre, incluso diría que parece sorprendida de que no quiera que me tenga que limpiar el trasero.

—Que necesito ayuda para casi todo, mi amor. —Intento darme a entender sin ser demasiado explícito.

—Lo sé pero no veo cuál es el problema. —Se para y acomoda mi silla a un lado de la cama.

—Sería mejor esperar a que llegue alguien más. —Desvío mi mirada para que no vea la impotencia que hay en mis ojos en este momento.

Ni siquiera yo podría admitir con palabras el odio que siento hacia la idea de que, con el tiempo, tarde o temprano mi novia tenga que pasar por algo tan desagradable. Prefiero aguantar con todas mis fuerzas y que mejor sea otro de mis muchos defectos lo que haga que decida terminar conmigo antes de llegar a esto.

—Entre nosotros dos no existe nada de qué avergonzarnos, mi amor —adivina mis pensamientos con una hermosa sonrisa y me ofrece sus manos para poder salir de la cama—. Déjame ayudarte y verás que en realidad es muchísimo más fácil de lo que imaginas.

Me siento en la orilla y busco sus manos para lograr ponerme de pie por unos segundos, ella da un delicado giro y me deja caer suavemente en la silla casi sin hacer esfuerzo. El baño está cerca, así que sólo toma unos cuantos pasos para que sea el momento de cambiarme de asiento otra vez, pero ella simplemente asegura los frenos y con cariño repite el proceso de hace un minuto para sentarme en el excusado.

—Me avisas cuando termines, voy a estar aquí afuera esperando —dice después de ayudarme a no orinar en el piso—. ¿Está bien, mi amor?

—Sí, no te preocupes. Gritaré para que no tengas que quedarte pegada a la puerta.

Dejo pasar unos minutos de más como un último intento de que alguien de

mi familia llegue a la casa, pero el eco de sus palabras hace que no insista demasiado en esto.

—No sé cómo lo hagan tu mamá y tus hermanos pero desde hace tiempo estuve pensando y se me ocurrió una manera fácil de hacerlo —comenta mientras prepara varios trozos de papel de baño—. Te voy a levantar sólo un poco apoyándote en la orilla de la taza y así te podré limpiar sin problema. ¿Qué te parece, amor?

—Suenas bastante bien —aseguro sorprendido nuevamente de que incluso haya pensado en esta situación.

Su brazo libre rodea mi espalda por atrás para evitar que me pueda caer hacia adelante mientras se ocupa de todo lo demás. La delicadeza de su cuerpo pareciera no tener sentido en comparación con la seguridad que siempre es capaz de darme cuando me sostiene parado sobre mis pies, en los momentos que asustarían a cualquier chica antes de tan siquiera intentarlo.

—¡Listo, mi amor! ¿Ya ves que no fue nada difícil? —pregunta después de sentarme en la taza por última vez para prepararnos para regresar a mi cuarto.

—Es que tú eres excepcional, amor —respondo maravillado por todo lo que es capaz de hacer por mí.

—Sólo te ayudo en lo que necesitas, no hay nada raro en eso. —Se acerca y me da un pequeño beso en los labios.

—¿Lista para volver a la cama?

—En realidad tenía en mente otra cosa. —Su cara traviesa me avisa que no planea que salgamos del baño muy pronto.

—¿Ahora en qué estás pensando, mi amor?

—En que como hace calor y estuvimos bastante activos, sería buena idea bañarnos juntos. ¿Qué opinas? —Sonríe como si su idea no implicara más trabajo para ella.

—Pero ya no ha de tardar en llegar alguien —comento tratando de mostrarle que no es necesario que haga más por mí.

—Con más razón, ya nos tenemos que vestir. —Me guiña el ojo invitándome a vivir otro de mis sueños.

—Hay que traer la otra silla que se puede mojar. —Después de unos segundos, simplemente no me puedo resistir a estar sólo a un par de pasos de bañarme con ella.

—Ya la había dejado afuera —confiesa con alegría al ver que estoy de acuerdo—. Así podemos aprovechar y si quieres también te puedo ayudar con

algo más, mi amor.

—¿“Con algo más”? —pregunto preocupado de que ahora quiera buscar la cura para la discapacidad.

—Es que imagino que aunque tu familia te ayude en muchos aspectos, hay algunas cosas que sería muy incómodo pedirles —asegura y dirige su mirada hacia debajo de mi cintura.

—¿Te molesta? —No puedo evitar que mi voz se escuche un poco asustada una vez que entiendo a qué se refiere.

—Para nada, mi amor —responde de inmediato negando con la cabeza—. Sólo quería que supieras que es algo en lo que te puedo ayudar.

—La verdad es que tampoco sería mala idea —reconozco, ya que a veces llega a ser desagradable y en el fondo me preocupaba el hecho de no poder ofrecerle una apariencia más cuidada en esa zona tan importante.

—Entonces no se diga más, amor —empieza a abrir los cajones en búsqueda de uno de mis rastrillos de afeitar nuevos—. Y lo mejor de hacerlo estando debajo de la regadera es que lo podemos estrenar de inmediato.

La sinceridad de su mirada y el cariño que nunca desaparece en su voz me hacen sentir que estoy viviendo el sueño que creía imposible, que, por alguna razón, tuve la fortuna de cruzarme en el camino de una mujer que no se cansa de mostrarle al mundo que siempre se puede amar a una persona, aun si está en las peores circunstancias, aun si no te puede dar nada a cambio. Por eso el miedo de que todo acabe cada vez se hace más presente, el temor de que con cada cosa que ella hace por mí nos acerquemos un paso más al momento en el que se dé cuenta de lo pesado que es estar conmigo y al fin deje de retrasar lo inevitable, que me regrese a mi realidad donde podré sobrevivir gracias a los hermosos recuerdos que me sigue regalando.

Capítulo 11

—¿Tus amigos saben que vendría contigo? —pregunto cuando estamos muy cerca de llegar al lugar.

—Claro que sí, mi amor. Si fueron quienes propusieron que nos reuniéramos hoy para que al fin puedan conocerte en persona después de casi un mes de estar hablándoles acerca de mi novio. —Su sonrisa llena de orgullo me ayuda a sentirme un poco más tranquilo.

—Espero que no se decepcionen —bromeo pensando que tal vez no les haya dado muchos detalles de la discapacidad que tengo.

—Por supuesto que no. Ya verás que son muy agradables y que no tardarán mucho tiempo en caerte bien.

—Eso no es lo que me preocupa, amor, sino que me pongo nervioso al conocer a personas nuevas.

—¿Y si estoy a tu lado no te ayuda a sentirte un poco mejor? —Sus ojos me miran por un par de segundos para aprovecharse de que sabe muy bien del efecto que tienen en mí.

—Mucho —afirmo fingiendo no querer aceptarlo.

—Entonces no habrá ningún problema, mi amor —asegura justo antes de entrar al estacionamiento del lugar que rentamos para pasar la tarde—. Además, también vendrán tus amigos, así que de seguro ni siquiera tendrás tiempo de estar incómodo.

—¿Te refieres a los que nos están esperando cerca de la puerta? —Me sorprende ver que llegaron antes que nosotros.

—Sí —alegra el interior del carro con su risa—, creo que nos ganaron.

Ahora que nos acercamos para dejar el carro en uno de los espacios reservados para personas con alguna discapacidad, me doy cuenta de que sólo son Mirla y David los que vienen a recibirnos.

—¿Cómo están? —Nos pregunta David una vez que logra abrir mi puerta.

—¡Muy bien! —Ella responde primero—. ¿Y ustedes?

—Aguantando las ganas de meternos a nadar, con este calor el agua se ve irresistible —asegura Mirla al otro lado del carro.

—¿Hace mucho tiempo que llegaron? —Trato de averiguar qué tanta ventaja les dio el camino que tomaron.

—Como diez minutos. —Calcula David después de ver la hora.

—Te ayudo a bajar su silla —le comenta Mirla alejándose de la puerta del conductor—. ¿Trajeron algo más en la cajuela?

—No; pusimos todo en los asientos de atrás —explica mientras se gira para poder sacar su bolsa y mi mochila—. ¿Danie no vino con ustedes?

—Sí, llegamos los tres juntos, lo que pasa es que se quedó en las mesas con tus amigos para ir acomodando todo —comenta Mirla y le ofrece cargar mi mochila para que le sea más fácil salir del carro.

—¿Listo? —Me pregunta David una vez que ella prepara la silla a un par de pasos de mí.

Los años de experiencia haciendo esto se notan cuando me levanta sobre mis pies, da un pequeño giro y me sienta casi en un mismo movimiento. Pero en cuanto mi espalda toca la silla, ella rodea mi pecho con sus brazos y durante unos segundos siento algo que hasta ahora nunca en mi vida había experimentado; su calor cubriendo mi cuello, su aroma acariciando mi nariz, por primera vez me doy cuenta de qué es aquella sensación tan extraña que no era capaz de explicar con palabras, y es que todo en ella pareciera estar diseñado para tranquilizarme, para hacerme olvidar cualquier cosa que haya a nuestro alrededor.

Al principio creí que se quería asegurar de que no me fuera a caer, que buscaba darle a mis movimientos esa seguridad que en ocasiones les falta, pero han pasado demasiados momentos como para que sólo sea eso.

—David me robó mi abrazo. —Me susurra al oído lo suficientemente bajo para que nadie más la pueda escuchar.

Casi puedo jurar que sus palabras se perdieron en el camino hacia mi cerebro, que dieron una vuelta equivocada y, contra toda la biología humana que actualmente conocemos, de alguna manera llegaron directamente hasta lo más profundo de mi corazón. Ahora entiendo que en ningún momento le interesó ayudarme a estar cómodo en la silla, que en realidad sólo hizo aquello que ella misma necesitaba en ese instante. Nunca pensé que una acción aparentemente tan egoísta pudiera dar pie a uno de los momentos más hermosos de mi vida.

—Te prometo que pronto lo haré tan bien como tus amigos. —Es lo último que escucho antes de que se levante y empecemos a caminar hacia donde ya nos están esperando todos.

—Creí que se quedarían allá para siempre, par de cursis —bromea Danie mientras se acerca para saludarme con un enorme beso.

—No exageres, no nos tardamos ni medio minuto. —Hago como que la

regaño.

—Pero sólo faltaban ustedes, así que se multiplica como por diez. —Me saca la lengua en señal de su justa e innegable victoria.

—Es cierto, ya hasta estábamos a punto de declararlos oficialmente perdidos en la pasión y comenzar la fiesta nosotros solos —añade alguien que no conozco.

—Te presento a Maire, mi amor —da unos pasos conmigo al frente para que me pueda saludar—. No le hagas mucho caso a lo que te diga, está medio loquita.

—Es un gusto por fin conocerte en persona —me sorprende poniendo su mano en mi mejilla para saludarme con un beso tan normal como el que le daría a cualquier amigo—, tu novia nos ha hablado mucho de ti. Y no te creas, en realidad seríamos incapaces de comenzar sin ustedes.

Sonríó y muevo la cabeza para mostrarle que también estoy contento de conocerla.

—¿Cómo se supone que te pueda entender si no me hablas? —El tono gracioso y totalmente despreocupado de su pregunta logra hacer desaparecer ese miedo a veces subconsciente de que pueda molestar a alguien si busco que traten de entenderme sin que les interese hacerlo.

—El gusto es mío —aseguro con una gran sonrisa, y, aunque ella tiene que repetir lo que acabo de decir, el comentario de Maire me ayuda a saber que no hace falta que me quede callado.

—Creo que sólo faltó yo de saludar —se acerca un chico para estrechar mi mano firmemente con las suyas—. Mi nombre es Erick, también es un gustazo conocerte.

—Lo mismo digo, Erick, me da mucho gusto poder estar aquí. —La seguridad en su apretón de manos me permite hablar sin siquiera preocuparme al no saber si me entenderá o no.

Ella le pone los frenos a mi silla para poder ir a saludar a sus amigos. Sólo se aleja un par de pasos, pero en verdad me alegra ver que no se siente atada a mi espalda, que sabe que no hay problema si no está a mi lado a cada segundo.

—¿Falta preparar algo? —Les pregunta.

—No; ya pusimos un par de manteles en la mesa y dejamos lista la hielera con la comida —responde Maire mientras señala el espacio que nos tocó.

Ahora que pasaron los nervios de tener que saludar a personas nuevas,

me doy cuenta de que el lugar es realmente agradable. Como sólo hay unos cuantos metros de piso recubierto por un techo sencillo que crea una zona ideal para comer tranquilamente, y todo lo demás es césped verde acompañado de algunos árboles que lucen sus hojas con orgullo, me es difícil imaginar una mejor manera de contrarrestar el calor de esta intensa primavera que está a unas semanas de acabar.

—¿Vamos a cambiarnos para poder meternos a nadar un rato antes de preparar la comida? —propone Mirla.

—Estaba esperando que alguien lo dijera. ¿Tu traje de baño está en la mochila? —Me pregunta David antes de abrirla para buscarlo.

—Sí, está justo encima de todo —respondo mirando el cierre principal.

—Entonces te voy llevando al baño mientras las chicas van a cambiarse. —Erick le quita los frenos a la silla y se pone detrás de mí.

—No nos vayan a espiar —bromea Danie cuando se empiezan a alejar de nosotros.

—¿Llevo también tus cosas? —David le ofrece a Erick antes de venir con nosotros.

—Sí, por favor —contesta al darse cuenta de que casi se le olvida traerse su ropa.

Por suerte, el baño no desentona con el resto del lugar; si bien no garantizaría que tu estómago saliera ileso si por alguna extraña razón decidieras comer aquí sentado en el suelo, sin duda resulta más que aceptable para cualquier uso normal que se le quiera dar.

—Tú dime cómo te ayudo, David. —Erick suena bastante cómodo a pesar de que lo que siga sea dejarme casi desnudo.

—¿Te parece bien si lo pongo de pie y le bajas el pantalón? —Le pregunta David a la espera de que no le asuste la idea.

—Perfecto. Aunque confieso que será la primera vez que hago esto con un hombre —bromea pretendiendo estar nervioso.

Sé que sólo me verá en ropa interior y que entre hombres en realidad no tiene mucha importancia, pero momentos como este me hacen recordar que la discapacidad también ofrece cierto tipo de ventajas. Y es que es imposible tener algo de pudor cuando se depende de otras personas incluso para la mayoría de necesidades más íntimas.

—Al lado de los baños hay unas regaderas para que se mojen antes de entrar a la piscina. —Nos avisa Danie en cuanto salimos de cambiarnos.

—¿Pasa algo si le cae agua a la silla? —Me pregunta Erick con su mano ya en la llave.

—Si no es mucha, no hay problema —respondo y enseguida un chorro de agua viene directo a mi cara.

—Creo que ya te entiende algunas palabras —comenta David riéndose.

—Sí, y me emocioné tanto que quise celebrarlo con un poco de agua —asegura mientras me ayuda a no caerme de la silla por la sorpresa.

Diría algo para que no se preocupara por haber hecho una cosa inadecuada, pero por su sonrisa creo que se da cuenta de la alegría en mi rostro y entiende que soy el primero en disfrutar que bromeen conmigo de esta manera, que no piensen que deben tener un cuidado especial al tratarme sólo porque un simple diagnóstico me acompaña desde que nací.

—Brinca, aquí te atrapo. —Me propone Mirla con sus brazos listos para recibirme cuando nos acercamos a la piscina.

—Mejor te lo paso para evitar algún accidente —dice David cuando nos acercamos a la orilla.

—¿Te ayudo? —Le pregunta Erick.

—Sí, por favor; sujeta la silla para que no se vaya a mover —responde y me levanta con cuidado una vez que se asegura de que no hay peligro de que nos caigamos al agua con varias ruedas de más.

David se sienta para que mis piernas entren completamente en la piscina y Mirla pueda empezar a rodear mi pecho firmemente pasando sus brazos por debajo de los míos. Aunque no me emociona en lo más mínimo la posibilidad de hundirme, y que la sola idea de que mi cara se vea tapada por el agua sería suficiente para que la ansiedad tome el control de mis movimientos, la seguridad con la que me abraza por detrás me permite relajarme y disfrutar de estar casi fuera de todo lo que ata mi cuerpo a cada momento.

—¿Así estás cómodo? —Me pregunta Mirla cuando ve que logro dejar de moverme involuntariamente.

—Mucho —respondo contento de poder sentirme libre.

—¿No es difícil cargarlo así? —Maire se nos acerca nadando con un poco de curiosidad.

—No, para nada —asegura Mirla—. En el agua prácticamente no pesa, por lo que sólo hace falta sujetarlo bien para que no se hunda.

—¡Entonces ahorita me toca a mí ayudarle! —El entusiasmo que hay en las palabras de Maire deja ver que la verdadera intención de su pregunta era saber si cualquiera podría hacerlo.

—Sí, sólo déjame esperar unos minutos a que el agua lo relaje para que te sea más fácil —comenta Mirla.

—Pero yo te voy a traer nadando por toda la piscina. —Maire bromea conmigo como si fuéramos dos buenos amigos que se conocen desde hace años.

—Después de la tercera vuelta ya no te prometo nada. —Le contesto con una gran sonrisa.

—¿No nos esperaron para meterse a nadar? —Escucho la voz de Danie viniendo desde la dirección donde están los baños.

—Es que se tardaron mucho tiempo —responde Mirla y gira un poco para hacer que mi mirada se dirija hacia detrás de Danie.

Ella camina acercándose a nosotros con su toalla de color rosa en la mano como si ignorara completamente que sería casi imposible ver una imagen más hermosa que la que tengo frente a mis ojos en este preciso momento. Si bien no diría que su traje de baño sea provocativo, no puedo evitar quedarme sin palabras al contemplar sus hombros prácticamente desnudos, su vientre reflejando el calor del sol y sus piernas hipnotizándome en cada uno de sus pasos; por más que lo intento, pareciera que el aliento ha olvidado el camino de regreso a mi garganta.

Desde que la conocí ese día en el cine, nunca he tenido alguna intención que resultara incómoda de admitir delante de su familia, no porque no sienta esos deseos como cualquier otra persona, sino porque, aunque parezca anticuado y cursi, me gustaría que, si llegáramos a ir más lejos de los largos besos que me da en los labios cuando estamos solos, fuera porque el amor que nos tenemos nos lo demande, porque el mismo deseo que siento por ella se asome por sus hermosos ojos.

—La verdad es que le dije que esperáramos un poco para que pudiera observar la cara de su novio al verla en traje de baño por primera vez. — Danie confiesa su malvado y genial plan.

—Creo que funcionó bastante bien —asegura Erick mirándome desde la orilla de la piscina.

—No me pude resistir, mi amor. —Me regala una sonrisa mientras desaparecen los metros que quedan entre nosotros.

—Eres hermosa. —Es lo único que logro pronunciar aún perdido en el brillo de sus ojos.

—Mejor te lo paso para que no se vayan a poner románticos teniéndome aquí tan cerca. —Nos interrumpe Mirla queriendo hacer un poco de espacio

para que ella pueda ocupar su lugar junto a mí.

—No, así está bien. —La detiene tranquila y amablemente.

Al parecer sí hay cosas que le dan miedo hacer conmigo y creo que es bueno saberlo. De hecho, me alegra ver que no se siente obligada a intentar todo por temor a que me pueda sentir mal.

—Entonces yo sí te tomo la palabra. —Maire pasa sus brazos por detrás de mí con cuidado para ocupar el lugar de Mirla a mi espalda.

—¿Lista para darle cinco vueltas a la piscina? —bromeo cuando ya me tiene muy bien agarrado.

—No te entendí, pero te prometo que poco a poco dejaré de ser tan mala para esto. —La honestidad con la que se expresa hace que me ría desde el fondo de mi pecho.

—Dijo que le quiere dar veinte vueltas a la piscina. —David miente para aprovechar la situación y divertirse.

—Tengo que confesar que yo sola no podría dar ni dos vueltas —asegura Maire.

—Con estar así y movernos un poco es más que suficiente —afirmo tratando de decir cada palabra lo mejor que puedo.

—¿Eso sí te entendí! Ya soy súper experta en esto. —Maire lo celebra con tanta emoción que escucho un ligero pitido en mis oídos que dura unos cuantos segundos.

—¿Estás cansado? —Me David pregunta mientras el equipo de Mirla y Erick festeja su victoria.

—No, para nada. ¿Y tú?

—Podría jugar ocho partidos más. —Empieza a moverme por toda la piscina para presumir que aún le queda mucha energía.

—Probablemente volveríamos a terminar en último lugar —bromeo.

—Pero nadie nos quitaría el habernos divertido —asegura con una sonrisa que puedo notar en su voz.

Hasta ahora creo que esto ha sido lo mejor del día para mí. No el juego como tal, sino no tener ese sentimiento de culpa gritándome desde el fondo de mi mente por estar impidiéndole a otra persona el poder disfrutar del agua porque le tocó la mala fortuna de ser quien me hiciera el favor de nadar conmigo. No sé cuánto tiempo llevamos aquí, pero podría apostar que no he estado más de 15 minutos sujetado por el mismo par de brazos, y eso es todo lo que necesito para sentirme tranquilo.

—Ya me están pidiendo el cambio, ¿listo? —David me avisa para que no me asuste cuando me empiece a soltar para que puedan tomar su lugar.

—Sí —respondo un poco sorprendido de que alguien quiera repetir su turno.

Por alguna razón mi corazón se acelera en cuanto sus dedos se acomodan en mi pecho; tardo un par de segundos en reconocer la manera en la que busca sujetarme, con movimientos cuidadosos y seguros a la vez, como si sólo quisiera poner en práctica algo que ya conoce perfectamente incluso si nunca lo ha hecho. Esa falta de temor ante los desafíos que impone mi cuerpo fue una de las primeras cosas que capturaron mi atención, lo que me llena de confianza al ver que no hay duda en sus ojos cuando llega el momento de dar un paso más en nuestra relación. Al ver la felicidad en su rostro cuando superamos otro obstáculo que yo creía completamente insuperable, el gozo inunda mi corazón.

—Pensaba que te daba miedo hacer esto, mi amor —comento sin entender qué fue lo que cambió.

—¿Miedo? ¿Por qué lo dices? —pregunta un poco confundida.

—Hace rato no quisiste sostenerme en lugar de Mirla —explico con cuidado para que no crea que es un reclamo de mi parte.

—No fue porque no quisiera, mi amor —asegura riéndose como si se tratara de un malentendido—. Sabía que todos iban a querer ayudarte a nadar, así que preferí esperar para ser la última.

—¿Por qué? —No puedo evitar sorprenderme al escuchar sus palabras.

—Porque ahora que te tengo abrazado así no estoy dispuesta a compartirte con nadie más —Recarga su cabeza en mi hombro como si hubiera estado esperando este momento todo el día.

Ni siquiera el agua es capaz de ocultar el aroma de su piel, el cual me hace cerrar los ojos y disfrutar de su presencia, de poder estar a su lado, de ser la persona más feliz del mundo aunque sea, si tengo mucha suerte, por unos cuantos meses. El sonido de su voz acariciando mis oídos provoca que todo mi cuerpo se rinda ante ella y quede flotando casi completamente acostado, tal vez imitando estar muerto, tal vez admitiendo que no me molestaría morir perdido en la calidez de sus brazos.

—No me sueltes nunca, por favor. —Durante un breve instante me permito ser más egoísta de lo que jamás nadie ha sido en toda la historia.

—No pensaba hacerlo —afirma abrazándome aun con más fuerza.

—Te amo. —Mi corazón se toma la libertad de decírselo por primera vez

sin siquiera pedir permiso.

—Yo también te amo. —La felicidad en sus palabras logra que dejemos de ser conscientes de absolutamente todo a nuestro alrededor.

No sé si los demás siguen nadando o si ya se encuentran muy lejos de aquí, si el sol aún brilla en el cielo o si las luces de este lugar exigen que nos vayamos a casa; lo único que sé es lo afortunado que soy al estar nadando justo en este momento y que el agua de la piscina pueda explicar todo rastro de humedad en mi rostro.

—Muchas gracias por haber venido; hace tiempo que ya no nos podemos juntar tan seguido como antes y me dio mucho gusto verlos a todos de nuevo. —Les digo a mis amigos una vez que terminan de subir mi silla al carro.

—Al contrario, gracias por invitarnos; estuvo muy divertido —Danie se acerca para despedirse de beso—. Hay que hacerlo otra vez cuando haya oportunidad.

—Sí, a la próxima ya no te molestaré tanto —bromea Maire dándome un gran abrazo.

—Para nada, me la pasé muy bien ando contigo —aseguro sonriendo.

—Si le dices eso después ya no la podrás callar. —Erick me da un fuerte apretón de manos.

—Pero te acostumbras con el tiempo. —Ella continúa el juego después de abrazarlos.

Tras unos minutos más de chistes, risas y deseos de volver a vernos pronto, las despedidas se hacen reales cuando nuestros amigos comienzan a alejarse con cada paso que dan hacia sus autos. Pero, por alguna razón, ella se queda parada a mi lado sin cerrar la puerta, haciendo algo en su celular que al parecer no quiere que vea.

—¿Qué pasa, amor? —pregunto con curiosidad frente a sus ojos que no dejan de voltear a verme como si no aguantara las ganas de confesar una travesura que acabara de hacer.

—Estoy buscando un lugar —responde con una voz juguetona.

—¿Quieres ir a cenar? —Me doy cuenta de que comimos hace ya varias horas.

—No. —Se ríe al ver que no tengo ni idea de lo que planea.

—Podemos ir a donde quieras, mi amor, pero primero hay que llamar a mi mamá.

—¿Me lo prometes? —Me mira como si hubiera dicho justo lo que

necesitaba escuchar.

—Sí. Sólo que ya es de noche y quiero avisarle a mi familia para que no se preocupen.

—¡Perfecto! —La emoción ilumina su rostro antes de cerrar la puerta y correr al otro lado para subirse a su asiento.

—¿Y mi mamá, amor? —pregunto algo confundido cuando pone el carro en marcha.

—Hace rato le hablé para decirle que llegaríamos más tarde de lo que habíamos planeado. —Sonríe al confesar que preparó todo sin que lo notara.

Después de salir a la avenida por la que llegamos en la mañana, veo en su celular que la ruta que marca el mapa es bastante corta, a no más de cinco minutos de camino. Aunque no sé a dónde vamos ni por qué no me lo dice, realmente no importa mucho; si es con ella, basta con un pequeño espacio al aire libre donde poder disfrutar del cielo para que sea una buena noche a su lado.

—¿Demasiado atrevida? —Voltea a verme un poco tímida cuando la línea azul en su pantalla deja más que claro que la siguiente vuelta nos llevará al estacionamiento de un hotel que ofrece buen hospedaje, en teoría, para cualquier persona que esté de visita en la ciudad.

—No, sólo me tomó por sorpresa —respondo preocupado de que la impresión en mi rostro le haya hecho pensar otra cosa.

—¿Quieres entrar conmigo, mi amor? —La sensualidad en su voz me da la confianza para dejar de contener el deseo que nació desde que supe que la amo.

—Más que nada en este mundo —confieso aliviado de que ella sienta lo mismo.

—Si hubiéramos estado solos en la piscina creo que no me habría podido controlar tan bien. —Sus ojos intentan distraerse buscando uno de los lugares libres para dejar el carro.

—¿Cuando me tenías abrazado? —Estoy seguro de que mi rostro delata lo mucho que me sorprenden sus palabras.

—Desde que salí del baño por primera vez y te vi —admite en voz baja, como si le apenara que conociera esta parte de ella.

Siendo honesto, nunca me he considerado como alguien atractivo, al menos no por encima de la capa de desagradables gestos involuntarios que ocasiona la discapacidad en todo momento, acompañados de un cuerpo que, si bien es completamente funcional, a simple vista se ve lo defectuoso que está.

Por eso no puedo evitar sentir como si mi corazón quisiera abrir un agujero en mi pecho al saber que, irónicamente, no sólo es mi interior lo que le interesa, que mi mente no es por lo único que está enamorada de mí.

—¿Llevamos tu mochila, mi amor? —Me pregunta después de acomodarme en mi silla.

—No, amor; sólo ocupamos mi cartera.

Si bien este hotel no despertaría el deseo de quedarse a vivir aquí, tampoco sería molesto tener que pasar una o dos noches en una de sus habitaciones. El lugar es bastante lindo, con la suficiente decoración para notar que se esmeran en que los clientes nos llevemos una buena impresión, pero sin caer en los lujos.

—Disculpe, ¿tienen cuartos disponibles en esta planta o un elevador para ir a los demás pisos? —consulta con la recepcionista cuando nos da la bienvenida.

—Sí; justo tenemos dos disponibles en la planta baja para que no necesiten subir —responde amablemente.

—En realidad queremos uno con cama para dos personas —aclara sonriendo.

La chica hace su mejor esfuerzo por disimular la sorpresa en su rostro. Apostaría a que se muere de ganas de tratar de saber si simplemente no puedo dormir sin mi “hermana” o si usaremos la habitación para algo mucho más interesante.

—En ese caso pueden tomar el elevador para quedarse en alguno del segundo piso. —Nos ofrece tras revisar en su pantalla.

—Perfecto. Entonces rentaremos uno por una noche —afirma y saca algo de dinero de mi cartera.

—¿Necesitan ayuda para ir a su cuarto? —Nos pregunta después de entregarnos una tarjeta con el número 70.

—No, no traemos equipaje —comenta antes de irnos—. Muchas gracias.

Ahora nada más unos cuantos minutos son los nos separan de encontrarnos en una cama sin nadie más a nuestro alrededor, y sólo la esperanza de que ella pueda guiarme en esta nueva experiencia para lograr que no sea el único que disfrute del placer es lo único que impide que los nervios me vuelvan loco.

—No sé mucho de esto pero supongo que lo mejor era no decirle que nada más necesitamos el cuarto por unas horas —comenta riéndose un poco en cuanto el elevador comienza a subir.

Cuando se abren las puertas avanzamos por el pasillo en búsqueda de nuestra habitación mientras a lo lejos escuchamos algunos sonidos de televisiones encendidas y personas que hablan demasiado alto. Aunque olvidamos tenerlo en cuenta, mi silla logra pasar sin problemas hasta un lado de la cama donde con cariño me ofrece sus manos para poder sentarme en las sábanas que están a punto de ser testigos de la primera vez que nuestro amor no se detendrá hasta alcanzar la máxima expresión a la que pueden llegar dos personas completamente enamoradas.

—¿Estás nervioso? —Me pregunta al darse cuenta de que no sé qué hacer.

—Mucho —admito dejando de sentir esa nostálgica presión por tenerla sentada tan cerca de mí.

—No hay por qué estarlo —asegura empezando a acariciar mi brazo con cuidado—. Aprenderemos juntos.

La suavidad de su voz provoca que poco a poco deje de pensar en cualquier cosa que no sea el tacto de sus dedos paseando sobre mi piel, dejando un rastro de nuevas sensaciones. Es la primera vez que me habla de esta manera, como si lo único que buscara fuera despertar los deseos más profundos de mi cuerpo, como si me pidiera que no esperara otro segundo más para dejar de contener las ganas de perderme en ella. Nunca me imaginé que con sólo unas palabras sería capaz de llenarme de tanta pasión.

—¿Sabes que te amo? —El aire sale de mi boca casi sin fuerzas.

—De no ser así no me moriría de ganas de hacer esto. —Es lo último que logra decir antes de rodear mi cuello con sus brazos y besarme como nunca lo había hecho.

Su mano sujetando mi cabeza me permite sentirme seguro al dar respuesta a sus labios con la misma intensidad sin preocuparme por el equilibrio. No sé si es lo que quiere conseguir, pero al estar en esta posición, con nuestros cuerpos a unos escasos centímetros uno del otro, su calor me transmite una profunda tranquilidad y su respiración cada vez más agitada me invita a ir avanzando con confianza. Ahora mis manos ya no son presas de los nervios de hace unos minutos, sino que lentamente comienzan a intentar recorrer su piel cuidando de no lastimarla, mientras ella poco a poco va levantando mi playera hasta dejar mi torso desnudo.

—¿Vamos bien, mi amor? —Me pregunta separando ligeramente sus labios de los míos.

—Demasiado bien —respondo con una gran sonrisa.

Ni siquiera me da tiempo de tomar algo de aliento cuando sus besos ya están caminando con especial atención por mi cuello provocando que desee hacerle exactamente lo mismo. Necesito apoyar mis brazos en la cama para no quedar completamente acostado en cuanto sus labios llegan hasta mi pecho y su mano ignora la ropa que aún tengo puesta para golpearme con el más intenso placer que mi cuerpo ha sentido hasta ahora. Por un momento me preocupa el no poder cuidar la apariencia que hay bajando por mi vientre, pero parece no importarle cuando decide empezar a quitarme la última prenda que cubre mi cuerpo y no espera ni un segundo para hacerme conocer la locura misma con sus labios. Si con sólo besar mi pecho llenaba cualquier falta de cariño que pudiera tener por parte de una mujer, esto me llena de la más sincera necesidad por ella; no quiero que nadie acaricie mi piel si no tiene sus manos, no quiero que nadie me lleve a la intimidad si no es con su voz.

—¿Quieres tocarme, amor? —El deseo en sus palabras me revela que realmente no me está preguntando nada, que sólo son un pretexto para que sacie la necesidad que tiene por sentirme en cada parte de su cuerpo.

Antes de que pueda decir algo, ella hace que la impresión al verla en traje de baño sea un juego de niños, que odie con todo mi ser esas dos prendas que me separan de poder admirarla en total plenitud. Agarra mi mano para que sea yo quien ayude a la gravedad a vencer a su ropa interior, haciendo que desaparezca el último reclamo que gritaba en el fondo de mi corazón al no crearme capaz de desnudarla. La absoluta felicidad en mis ojos la hace sonreír con todo su rostro a la vez que me empuja un poco hacia atrás con un beso para sentarse de espaldas entre mis piernas. De nuevo toma mis manos y esta vez las lleva a recorrer su piel como si eso no la pusiera en peligro.

—Cuidado. —Trato de detenerla mientras aún no la he lastimado.

—Lo tengo todo perfectamente controlado, mi amor. Sólo confía en mí — asegura y, al sentir que mi cuerpo se relaja cuando la ternura de su tacto aleja cualquier temor, le enseña a mis dedos que no soy el único que desea con ansia llegar hasta el final que la pasión en nuestros cuerpos nos demanda.

Los pequeños sonidos que salen de su boca hacen que sólo me quede la suficiente cordura para besar su cuello ahora que sus hombros presionan mi pecho y el aroma de su pelo deleita mi nariz. No creo poder detenerme ni aunque así lo quisiera ahora que suelta una de mis manos para buscar aquello que ruega por ella cerca de su espalda y llevarme al límite de la locura, ahora que veo en su mirada que también encuentra placer en mí, que está disfrutando de estos momentos tanto como yo.

—Desde hace unos días compré algo sabiendo que no faltaría mucho tiempo para que lo necesitáramos. —Lucha para regresar a la realidad por unos segundos e ir a sacar un paquete de condones de su bolsa.

Me pide que me recueste dándome un suave empujón en mi brazo, y con una dulce sonrisa se ocupa de dejarme listo para los minutos que restan. No sé si el choque de tantas emociones hizo que me olvidara por completo de este tema o si en el fondo sabía que ella no haría nada si no tuviera todo preparado como cada vez que nota detalles que ni siquiera me habían pasado por la mente.

Su cuerpo recorre lentamente el camino de mis piernas hasta llegar a estar frente a frente, a sólo unos centímetros de distancia, mientras sus manos sujetando firmemente mis muñecas me dan la seguridad de que no la lastimaré con un movimiento involuntario. Sus besos me arrebatan lo que quedaba de mi consciencia con apenas un par de ataques fugaces, como si supiera perfectamente que ni siquiera necesita preguntarme para tomar todo de mí. El aire mismo parece dejar de existir en el momento en el que ya no somos dos personas, cuando veo en su rostro las evidencias de un placer del que nunca había sido testigo. Sólo un instante me basta para darme cuenta de que aquella sensación en mi interior era verdad, ese vacío que se burlaba de mí al estar con una mujer a la que no amaba, al saber que estaba muy lejos de lo que viviría teniendo una pareja.

La intensidad de sus movimientos en mi vientre y lo errático de su respiración me muestran claramente que no seré el único satisfecho cuando salgamos de la habitación, que tener sexo conmigo no sólo será una tarea más en la lista de mis necesidades a cubrir. Pero no puedo evitar preocuparme ahora que me doy cuenta de que, incluso estando tan cerca de caer rendido de placer, ya espero con locura la próxima vez que le regale esta libertad a mi cuerpo, la próxima vez que sienta su amor en cada uno de los poros de mi piel.

Capítulo 12

—¿Y cómo te fue en la cita? —Mi mamá intenta disimular que se muere de la curiosidad una vez que me pasa de mi cama a la silla de ruedas.

—Muy bien. —Parte de mi sonrisa se debe a que sé que esa no es la respuesta que está buscando.

—Me di cuenta por lo feliz que llegaste anoche, pero quería saber más detalles —asegura ocultando su cara con el pretexto de llevarme a la mesa para desayunar.

—Pues fuimos a cenar como habíamos planeado y luego dimos un paseo en un parque que encontramos cerca de allí. —No es que me moleste contarle más acerca de lo que pasó, pero una parte de mí prefiere mantener un poco de cuidado y privacidad en este asunto.

—¿No batalló para darte de comer?

—No mucho; después de superar los nervios del principio, todo fue muy fácil. —El recuerdo de sus palabras alegra aún más estos primeros minutos de mi mañana.

—¿Volverán a salir pronto? —pregunta en un tono que deja entrever que su verdadera intención es que por descuido le diga si ahora somos algo más que amigos.

—Probablemente sí.

—Se ve que te quiere mucho, estoy segura de que así será —comenta con los ojos llenos de brillo ante la idea de que ella sea la mujer que pueda ver más allá de un exterior poco prometedor.

—Quedamos en hablar después de mediodía, tal vez vuelva a tener mi minuto de valor y la invite a ir de nuevo al parque para poder remar en el lago en uno de los botes que vimos que rentaban —bromeo.

—Si le gusta la idea y hay alguien que te cargue, suena como una muy buena opción para la segunda cita —responde como si no se tratara de un plan completamente absurdo.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi mamá? —La sorpresa en mi voz delata que sólo estaba diciendo lo primero que se me ocurrió para asustarla un poco y que quisiera dar este tema por terminado.

—No fingiré que no me preocuparía que hicieran eso, pero creo que mereces intentarlo de la misma forma en la que cualquier persona lo haría. —

La sonrisa tranquila en su rostro hace que me sea imposible no confiar en sus palabras.

—Entonces supongo que le preguntaré más al rato. —Trato de no parecer demasiado asustado.

—Estoy segura de que te dirá que sí —comenta mientras su mano en mi espalda busca llenarme de ánimo.

A decir verdad, me encantaría poder unirme a la actitud positiva de mi mamá y dejarme llevar por la emoción de aquel beso, por el fantasma de sus labios dulces acariciando los míos, por la imagen que casi no me permitió dormir en toda la noche y es culpable de que mi corazón siga acelerado como si no hubieran pasado las horas desde el momento en el que todo a nuestro alrededor perdió su color. Pero sé perfectamente el daño que puede hacer una decisión apresurada, cuando el tiempo es lo único capaz de borrar la mentira de un ahora que sólo enseña su mejor cara, y por eso no debo engañarme creyendo que su respuesta no cambiará de un mensaje a otro.

Reconozco que toda la responsabilidad es mía, estuve mal en hacerle esa pregunta olvidando por unos segundos lo que significa estar a mi lado. No importa nada de lo que haya pasado, soy yo el que conoce con lujo de detalle la vida que me tocó, y si bien me levanto día a día sin ningún remordimiento, estoy seguro de que nadie merece pasar por aquí si tiene al menos alguna otra opción. Tal vez no sea necesario preocuparme tanto por esto, seguramente no tardará mucho en darse cuenta del error que cometió al dejarse llevar por la bondad de su corazón y ver en mí algo que no existe, al ir en contra de todas las posibilidades y no querer escapar de ahí después de que la primera cucharada de comida ensuciara mi ropa dejando en evidencia lo difícil que es cuidarme.

Lo bueno de no anunciar a los cuatros vientos que hoy me desperté alejado un paso de mi muy familiar estado de soltería es precisamente eso, que, si en unas horas ella decidiera terminar con la ilusión que es este desahuciado noviazgo, no tendré que darle explicaciones vergonzosas a nadie. Después de todo, estoy seguro de que a unos centímetros de la superficie ninguno de los dos esperamos que esto dure mucho tiempo, de que sólo jugamos a que la discapacidad no pone un muro de concreto sólido delante de nosotros con el que tarde o temprano chocaremos. Lo único que aún no sé es si soy demasiado optimista o soy la persona más egoísta que ha pisado este planeta, si de verdad creo que podré evitar que salgamos heridos de todo esto o si simplemente no me importa lastimar a alguien con tal de tener un poco de

felicidad.

Creo que en el fondo eso es todo lo que espero, descansar un poco de que cada día traiga 24 horas de estar acompañado sólo de una esperanza de que en cualquier momento algo cambiará, de que salir por la puerta de mi casa signifique una oportunidad de conocer a una persona que por alguna extraña y loca razón quiera formar parte de mi vida y me haga creer por un segundo que puede haber un mañana mejor. Tal vez lo único que quiero es aferrarme todo el tiempo que pueda a la idea de que hay una pequeña posibilidad de que ella sea esa persona, de que no hice mal en enamorarme de su sonrisa desde el primer momento en que la vi.

¡Por fin salí a comer y pude escribirte! ¿Cómo va tu día, amor?

Sus palabras, especialmente la última, alivian el repentino miedo que sentí al recibir el mensaje.

Muy bien, ya terminé el trabajo que suele acumularse por la tarde y ahora sólo estoy respondiendo algunos correos que van llegando. ¿Y el tuyo? 😊

Aunque casi podría salir volando por la ventana de mi cuarto por cómo me llamó, no sé qué tan bien estaría si yo hiciera lo mismo, si me atreviera a avanzar un paso más sabiendo que sólo es cuestión de tiempo para que tenga que dar media vuelta y regresar al lugar donde pertenezco.

Un poco pesado, la verdad. Es que ayer no pude dormir mucho 😞

*Perdón. 😞 No debí hacer que llegaras tan tarde a tu casa
No es por eso, y en realidad fue mi idea salirnos un poco del plan 😞*

¿Entonces por qué no pudiste dormir?

¿No es obvio? ❤️😞

¿Por lo que pasó en el parque?

Sé que es muy engreído de mi parte pensar esto, pero es lo único que se me ocurre al ver esos emojis.

¿Por qué más podría ser? No es como si me la pasara besando a cualquier persona como para que lo de anoche no tuviera ninguna importancia 😞

¿Eso quiere decir que estuviste pensando en mí? 😬

De alguna forma consigo que la distancia que hay en los mensajes juegue a mi favor para que no se note lo emocionado y nervioso que estoy al saber eso.

¡Claro! Y ahora que lo pienso, supongo que sí fue tu culpa que casi no pudiera dormir 😭

En ese caso, usted tampoco sale muy bien librada 😬

¿También dormiste poco, amor? 😬

Sí; no podía dejar de recordar cuando me abrazaste

¿Por el abrazo o por el beso? 😬

Por todo

No sé qué tiene, pero siempre logra que olvide cualquier temor y simplemente pueda ser yo mismo.

¡Me alegra mucho saber eso! 😊

¿Porque ahora sabes que me tienes loco por ti? 😬

Porque ahora estoy segura de que sentimos lo mismo...

Aún no puedo creer que de verdad exista alguien como tú...

En realidad no soy lo que crees, hay un secreto que no te he dicho 🐱

¿Es algo muy malo?

Probablemente

¿Eres hombre? 😬

¡Peor!

¿Te gustó la película de Batman V. Superman? 🤩

¡No, no llega a ese extremo! 😬

¿Me das una pista?

Es algo que me di cuenta desde que me escribiste el día en el que nos conocimos en el cine

¿Que soy demasiado apresurado?

Jajajaja ¡No!

¿Estás comiendo mientras hablamos? No se te vaya a pasar tu hora de comida por estar conmigo 😬

Sí, amor; descuida 😊

*Entonces, volviendo al tema, ¿me dirás cuál es ese gran secreto?
Creí que era fácil de adivinar. Es que no me gusta tanto cuando
hablamos por mensajes 😊*

¿Porque me tardo mucho en escribir?

*¡No, claro que no es por eso!
Es que prefiero que hablemos en persona porque así puedo verte y
escucharte 😊*

¿De verdad? 😊

¡Claro! ¿Pensabas que era otra cosa?

*No; es que siempre tuve la idea de que, al ser fácil entenderme por
aquí, para las personas era más cómodo hablar conmigo por mensajes*

*Pero si sólo se “batalla” un poco al principio, no veo cuál es el
problema*

*En ese caso, ¡creo que te gustará lo que he estado pensando desde
la mañana! 😊*

¿Nuestra segunda cita?

Sí. ¿Cómo adivinaste? 😊

Sentimos lo mismo, ¿recuerdas? 😊

Entonces dime qué plan tengo en mente 😊

Creo que no llego a tanto... aún 😊 ¿A dónde vamos a ir esta vez?

Estaba pensando en volver ir al parque, ¿te gustaría?

¡Sí! ¿Vamos hoy en la tarde? 😊

*Más bien pensaba en que vayamos mañana o el domingo, para
llegar temprano y que te puedas subir al bote que querías*

Por más bonito que haya sonado, me parece demasiado infantil tratar de perseguir una idea que sé que es imposible, algo que hasta a mí me daría miedo hacer, y es que no es muy difícil darse cuenta de que tener movimientos involuntarios y estar en el agua sobre algo un poco inestable son dos conceptos que no se deben mezclar.

¡Me encanta la idea, amor! ¿Mañana a las 11 AM?

¡Por mí está perfecto! 😊

¿Llevamos algo para comer?

Eso habría que haberlo visto con tiempo para que no se nos vaya a complicar, ¿y si comemos por allá?

¡Mejor, así en la tarde puedo pasar a tu casa para darte un beso! ❤️❤️



¿De verdad vas a venir sólo para darme un beso? 😬

¿Pueden ser dos? 😬

Me puedes besar todas las veces que quieras! 😬

¡Guardaré ese mensaje por si después te arrepientes! 😬😬😬

No creo que pase eso 😬



Tienes razón, ¡creo que también prefiero hablar contigo en persona!



¡Entonces me pondré a terminar mi trabajo para poder ir a tu casa en un rato más!

¿Pero ya acabaste de comer? 😬

¡Sí, amor, estuvo muy rico!

¡Me alegra mucho! Que tengas una tarde muy linda 😬

¡Gracias! ¡Ya quiero verte! 😬

¡Y yo a ti! ❤️

Nunca nadie me había llamado así, al menos no sinceramente, al menos no con palabras provenientes directamente del corazón, y no imaginaba que algo tan simple pudiera hacerme sentir tan bien. Tengo que reconocer que me alivia saber que, aparentemente, aún no se ha arrepentido de haber aceptado ser mi novia, que la ilusión de un momento maquillado bajo la luz de la luna continúa intentando hacernos pensar que nada es imposible, que no quiere terminar nuestra débil y agonizante relación, al menos no durante las siguientes horas. Lo que más me preocupa es lo rápido que late mi corazón desde hace unos minutos, cuando leí su primer mensaje, dejándome muy claro lo absurdo que es creer que podré salir ileso de toda esta situación, que no me dolerá que esas cuatro letras no vuelvan a aparecer tan siquiera en la pantalla para retumbar por todo mi interior. Pero ya es muy tarde para que la cordura y sensatez de las que siempre presumo ganen esta batalla, para dar marcha atrás y alejarme de ella en contra de toda mi voluntad para que así los daños

causados sean mínimos, para regresar a la realidad de mi vida mientras aún estoy en una sola pieza.

Aun así, lo único en lo que puedo pensar es en estar con ella; quiero sentir su cariño aunque sé que el dolor de su ausencia me destrozará por dentro, quiero escuchar su voz aunque el silencio que venga después me deje sordo, quiero perderme en el hermoso brillo de su mirada aunque eso signifique engañarme a mí mismo y creer que alguien como yo puede soñar tan alto. Sólo me queda tratar con todas mis fuerzas de que ella no salga lastimada de esto, de mantenerme lo suficientemente lejos como para que yo sea con quien el adiós desate toda su ira y me lleve a recuperar hasta el último segundo de soledad del que me atreví a intentar escapar. Pero, siendo honesto, me parece un precio a pagar demasiado barato si a cambio puedo vivir al menos unos días siendo el novio de una mujer tan maravillosa, si por el resto de mi vida tendré el recuerdo de sus labios besándome, si no hay poder en el mundo que borre de mi memoria cada segundo de la cita que tuvimos anoche. Definitivamente vale la pena; incluso si el dolor resultara 100 veces peor de lo que imagino, sin duda vale la pena.

—Con la luz del día todo el lugar se ve diferente —afirma ahora que hemos caminado unos metros después de pasar por la entrada.

—Sí, y también el ambiente cambia habiendo más personas además de unas cuantas parejas paseando tomadas de la mano —respondo.

—Es verdad, en la noche se sentía más romántico y aislado del resto de lo que pasaba en el mundo —comenta observando a nuestro alrededor.

—¿Quieres cambiar tu calificación? —pregunto casi como broma.

—No. Sigo estando aquí contigo y en realidad eso fue lo único que vi en ese momento. —Se inclina un poco para acomodar sus manos sobre mi pecho.

Y ahí está de nuevo, esa extraña sensación al tenerla tan cerca de mí. Es como cuando, por más que lo intentes, no encuentras las palabras exactas para describir una experiencia nueva que, por alguna razón, parece demasiado familiar. Lo único que puedo decir es que con cada respiración siento que la calidez de su cuerpo me va llenando poco a poco, que casi podría asegurar que su piel acaricia mi cuello mientras va empujando mi silla al ritmo tranquilo de sus pasos, que su aroma no me permite pensar en nada que no sea en este tierno abrazo.

Si hasta hace un par de semanas en el fondo sentía envidia al ver a alguien tomado de la mano de la persona a su lado, ahora no puedo evitar que

pase por mi mente la idea de que a la vista de los demás tal vez seamos esa pareja que inspira un suspiro, que despierta ese deseo de buscar algo tan siquiera similar a lo que están viendo; simplemente no puedo evitar caer rendido ante la idea de dejarme llevar por una absurda esperanza y ser inmensamente feliz por lo menos durante unas cuantas horas.

—¿Te gusta que caminemos así, mi amor? —El dulce sonido de su voz me saca de mis pensamientos y me da la mejor de las bienvenidas.

—Demasiado. —Suspiro.

—Si me dices eso, mucho menos voy a querer dejar de abrazarte. —El ritmo de sus pasos se hace un poco más lento.

—Por mí estaría bien hacer esto todo el día —admito sin detenerme a pensar si hago bien en ser tan sincero con lo que siento.

—Pero entonces no podríamos subirnos a un bote, necesitamos tener al menos un brazo libre cada uno. —Se ríe como si se me hubiera olvidado por completo este tema.

—¿“Subirnos a un bote”? —pregunto confundido y un poco preocupado.

—Ese es nuestro plan, ¿no, amor? —Por el tono de su voz me doy cuenta de que en algún momento hubo un malentendido que no noté.

—Más bien pensaba que te esperarí en una banca mientras recorrías el lago en el bote —respondo para aclarar la situación y que no crea que espero que hagamos todo juntos como si fuéramos una pareja común.

—¿Entonces no quieres subirme conmigo? —Pensaba que lo siguiente sería encontrarme con un torpe intento por ocultar el alivio al haberse librado de una situación que sólo podría ser difícil, tal vez incluso peligrosa, pero en cambio la decepción con la que pronuncia estas palabras me deja sin saber cómo contestar.

—No, no es eso —después de unos segundos decido que lo más importante es que no se quede con la idea equivocada—. Pero remar no es algo que pueda hacer muy bien, o, simplemente, que pueda hacer.

—¿Ya lo has intentado antes? —pregunta con curiosidad.

—No. —¿De verdad es algo que necesitaría siquiera intentar?

—Entonces aún no sabemos si lo puedes hacer o no hasta que hagamos la prueba —afirma llena de entusiasmo, como si se tratara de averiguar qué tan alto se puede llegar a brincar en una cama recién comprada.

—Pero es peligroso. —Trato de que cambie de opinión mientras todavía estamos a unos metros del local del lago.

—¿No recuerdas lo que decía el letrero?

—No, no lo pude leer porque estaba muy oscuro. ¿No era lo de la renta de los botes?

—Sí pero también pone que tienen botes con una pieza extra para que no se puedan voltear en el agua.

—¿De verdad? —La sorpresa en mi voz revela que ni siquiera sabía que existía algo como eso.

—¡Sí! ¿Si no por qué crees que me emocioné tanto cuando lo vi?

—Supuse que te gustaba mucho la idea de remar en el lago —respondo dando a entender que se trata de lo primero que cualquiera pensaría.

—En realidad me emocionó la idea de poderme subir contigo y pasear por el lago —afirma después de detenerse por un momento y agacharse a mi lado para verme a los ojos con ternura.

—Ahora el plan no suena tan imposible —confieso con una sonrisa.

—Nunca haré nada que nos ponga en peligro, amor, te lo prometo —asegura tomando mi mano como si tener toda mi confianza fuera lo único que le importara en este momento.

Al ver su expresión llena de cariño y sinceridad, de pronto mi corazón deja de latir a un ritmo intranquilo, de pronto mi cuerpo se empieza a relajar poco a poco, los movimientos involuntarios cada vez son menos constantes, de pronto no creo que dar un simple paseo en bote sea tan difícil. De alguna forma sus palabras me hacen sentir seguro; sin darme cuenta, el tono de su voz me lleva a un lugar donde pareciera que casi todo es posible, donde no hay sueño que esté prohibido ni esperanza expuesta a que la vida se burle en su cara por ser demasiado inocente, por querer algo que todos los demás califican de inalcanzable. Su mirada rompió en mi interior aquello que en el fondo me hacía verme a mí mismo como un niño que desea esperar despierto para poder ver a Santa Claus, llegar al final de un arcoíris y pedir ser la persona más fuerte del mundo. De un segundo a otro, aunque estamos en una posición completamente inusual, por primera vez nos veo como una pareja real, como dos personas capaces de permanecer unidos incluso teniendo que enfrentar algunos problemas. No sé si duraremos mucho tiempo o cuál será ese obstáculo que nos haga despedirnos el uno del otro, de lo único que estoy seguro es que me arrepiento de haber dudado de ella, de temer que sólo fuera una chica con buenas intenciones que no sabía en qué se estaba metiendo al salir conmigo tal vez para hacerme un favor.

—No te prometo que seamos los más rápidos del lago —bromeo con una sonrisa llena de felicidad.

—Verás que te encantará, amor —celebra dándome un beso en los labios después de dejarme admirar por unos instantes la alegría que brilla en sus ojos.

Como si estuviera ansiosa por ya estar en el agua, enseguida se apresura para retomar el control de mi silla y recorrer los pocos metros que quedan hasta donde se rentan los botes. Si bien no diría que hay un exceso de demanda por esta actividad, tampoco somos los únicos en esta zona a orillas del lago.

Ahora que ya estamos tan cerca del agua y esperando a que el encargado termine de atender a la pareja delante de nosotros, puedo ver mejor que, aunque varios se preparan para dar un paseo en el lago, muchas de las personas sólo vienen a disfrutar de un lindo paisaje y de la brisa fresca que regala el agua.

—Para dos personas —cuando me doy cuenta, ella ya está terminando los últimos detalles para rentar el bote por una hora.

—Si necesitas ayuda con algo, te puedes acercar con el chico de la playera naranja, es uno de los salvavidas y tiene experiencia tratando a personas en silla de ruedas. —Le comenta el encargado muy atento después de darle el número del bote que nos toca usar.

—Muchas gracias, iremos a preguntarle si nos puede ayudar a entrar al agua —responde emocionada porque parece que todo va como esperaba.

—Que se diviertan. —Escuchamos que se despide amablemente de nosotros una vez que nos alejamos un par de pasos.

Por fortuna, el chico en cuestión luce como la primera imagen que vendría a tu mente al pensar en un salvavidas: alto, fuerte y con un bronceado que anuncia el tiempo que dedica a mantener una buena apariencia física. Si bien nada de esto es necesario para poder cargarme y prácticamente daría lo mismo si no tuviera un aspecto digno de una revista, seguramente ayudará a que todo sea más fácil.

—Disculpa, amigo, el encargado nos comentó que te podíamos pedir ayuda con todo el tema de subirnos al bote. —Lo saluda con su voz llena de alegría una vez que estamos lo suficientemente cerca.

—Claro, no hay problema —nos devuelve el saludo con una amable sonrisa—. ¿Se subirán ustedes dos?

—Así es —responde y le muestra el número que nos tocó.

—Perfecto —da un paso para poner su mano en mi hombro—. ¿Y es la primera vez que harán esto?

—Sí; de hecho conocimos el parque hace sólo un par de días. —Le

comenta con gusto.

—En ese caso, antes de entrar al agua les daré unos pequeños consejos de seguridad para que no haya riesgo de que suceda algún accidente. ¿Les parece?

—Sí, sería buena idea —asegura mientras acaricia mi cabello.

—Entonces acompáñenme por aquí para preparar todo y darles un curso exprés de salvavidas profesional. —Nos indica el camino con una gran sonrisa.

Una vez que el bote está seguro en el agua, comienza a darnos una serie de instrucciones que, aunque más que nada se basan en el sentido común, no viene mal recordar para tenerlas presentes en caso de que, por alguna razón, se nos olvide que no debemos brincar sobre el único pedazo de madera que nos separa de hundirnos en el lago.

—Si se llega a caer al agua, lo mejor es tratar de sujetarlo de esta manera. —Le pide que se ponga adelante para colocarse detrás de ella y rodearla firmemente con sus brazos por debajo de sus axilas.

—Sí, así pensaba hacerlo —comenta y da un paso para salir de lo que casi parecía un abrazo.

Reconozco que no me agrada en lo más mínimo ver la cara de incomodidad que puso cuando el chico juntó las manos cerca su pecho, pero prefiero darle un voto de confianza y creer que de verdad no lo hizo con mala intención, que esta es una parte esencial e indispensable del curso. Después de todo, ¿qué podría hacer si no fuera así? Sé que si alguien más intentara estar con ella, mi único papel sería el de espectador, el de esperar que no logre despertarle un poco de interés que haga que deje de bajar el listón de lo que busca en una pareja con tal de estar a mi lado.

—¿Listo para subirte al bote, campeón? —Se acerca para preguntarme con demasiado ánimo, diría yo.

En cuanto asiento con la cabeza lleva mi silla hasta el límite de la orilla y me carga haciendo gala de su buena condición física mientras ella espera, con los pantalones subidos hasta las rodillas, ya en el agua y sujetando el bote para que no haya ningún peligro de que se mueva al poner un pie adentro. Si bien hasta este momento todo ha sido bastante fácil, ahora que estoy sentado en la tabla que señala el lugar desde donde se toma el control de los remos y el chico empieza a soltarme poco a poco para que me sostenga por mí mismo, noto la gran diferencia que hay entre esto y una silla de ruedas. Ante el primer pequeño movimiento del bote, mi cuerpo busca con anhelo recuperar algo de

equilibrio haciendo uso de cualquier recurso posible y en cuestión de unos segundos, cuando ya traté con todas las posiciones que se me ocurren, me doy cuenta de que esto no tiene mucho futuro.

—¿Así está mejor? —Me pregunta ella sentándose a mi lado, poniendo su brazo en mi espalda y haciendo que mi cuerpo encuentre apoyo en su costado para encontrar ese equilibrio que le falta.

—Bastante —respondo cuidando de no relajarme demasiado para no perder esta posición que, aparentemente, es la más segura.

—¿Crees que puedas agarrar el remo? —La ternura de su voz hace que me sea imposible no querer al menos intentarlo.

—No —admito apenado al ver que, con sólo comenzar a mover mi brazo, regresa esa ansiedad de no sentirme completamente seguro.

—No te preocupes —las dulces caricias que me da en la pierna me ayudan a recuperar la calma—, tengo otra idea. ¿Nos puedes dar un poco de impulso? —Le pregunta al chico que sigue al pendiente a un lado de nosotros.

—Por supuesto. Pueden flotar y dejar que el agua los mueva despacio —comenta mientras sujeta el bote.

—Sí, eso está bien para nosotros —afirma después de que el salvavidas se nos queda viendo como si estuviera esperando alguna cosa más.

—Cuando quieran salir del lago, me hablas para ayudarte a pasarlo a su silla. —Le ofrece aún sin soltarnos.

—Claro, muchas gracias. —Sonríe ligeramente.

—En un rato más tendré mi hora de descanso —menciona como si no quisiera irse sin tocar este tema—, ¿te gustaría subirte a un bote conmigo cuando termines de pasear a tu amigo?

Cada una de las palabras de esa pregunta parece una gota de agua fría bajando por mi espalda, es como escuchar aquella noticia que más temías, aquellas inocentes letras que en el orden correcto hacen que tu garganta se cierre. Mi cuerpo se siente tan helado que sólo puedo agachar un poco la cabeza y esperar ser capaz de soportar su respuesta ahora que el apuesto salvavidas ha dejado muy claras sus intenciones. La verdad, esa imagen tendría mucho más sentido, ella estando con alguien guapo, con alguien que pueda sujetar un estúpido remo, con alguien que al menos pueda estar sentado aquí sin ayuda.

—Él es mi novio. —Su voz sale con rudeza de sus labios, como si fuera algo que tuviera que resultar completamente obvio para cualquiera.

—Perdón, no lo sabía —asegura arrepentido de haber entendido mal la

situación.

—Pues entonces ten más cuidado la próxima vez que trates de ligar con una chica. —Le dice un poco molesta cuando empuja lentamente el bote para que flotemos en el lago.

No puedo evitar sentir que una sonrisa ocupa la mayor parte de mi cara, que en realidad nos movemos por las mismas nubes que vemos reflejadas en el agua. Desde el principio sabía muy bien que ella no es como nadie que hubiera conocido antes, pero nunca imaginé que llegaría hasta este punto, que rechazaría a un hombre por mí.

—Creo que mejor le pediremos ayuda a otra persona cuando queramos salir de aquí —bromea y al mismo tiempo se ríe de su propio chiste.

La tranquilidad regresa poco a poco y con más fuerza a mi cuerpo al ver que ella relaja su cabeza en mi hombro, al notar que cierra sus ojos y disfruta de este momento que a la vista de todos a nuestro alrededor seguramente parece absurdo. Apenas se mueve el bote por el agua, pero su rostro está iluminado por una hermosa sonrisa, como si no le hiciera falta nada más que esto, como si no quisiera grandes hazañas o demostraciones de cariño que roben los suspiros de las personas, como si lo poco que le puedo dar fuera todo lo que ella necesita.

—Te quiero tanto, mi amor. —Me rindo a la necesidad de poner en palabras lo que está gritando cada uno de los latidos de mi corazón.

—Y yo te quiero más —susurra con alivio, abrazándome aun más fuerte y profundamente.

Capítulo 13

¿Ninguno de estos dos sábados contó como una cita? 🙄

¡No! Jajajaja soy una mujer muy exigente 🐱

Pero, ¿por queeeeeeeeé? 🙄

Porque los dos ya estábamos en el cine y más que salir juntos fue como encontrarnos por casualidad 🙄

Si fuimos al mismo cine, vimos la misma película en la misma sala y en la misma función, e incluso nos sentamos en la misma fila (uno al

lado del otro, de hecho), para mí contaba como cita 😊

Jajajajajaja podría ser pero no te lo quiero poner tan fácil 😂

¿Y cuál es tu excusa para el sábado pasado?

No salimos, sólo fui a tu casa 🙄

¡Pero si hasta estuvimos solos en mi cuarto hablando!

¡Y no pasó nada!

¡Claro que no, soy un caballero! Además, no quería que te sintieras incómoda 😊

Por eso fui, porque sé que no eres así... y pues no había peligro, no es como si te pudieras lanzar encima de mí 😊

Jajajajajajaja ¡es un muy buen punto!

Me gusta que seas el primero en tomarte todo con humor ❤️

¿Y sólo te gusta eso? 😊

¡No cambies el tema! Me estabas invitando a salir 😊

Bien segura, ya lo das por un hecho 😊

Jajajajaja es que si no te ayudo un poco tal vez nunca me invitarías 😂

¿Qué contaría para ti como una cita? 😊

¡Ir a cenar, definitivamente! ❤️

¡Suena bien!

Y bueno... tic tac tic tac 🕒

¿Quieres ir a cenar conmigo? 😊

¡Sí! ❤️❤️

¿Cuándo te parece bien?

Mañana 😊

¿En jueves? 😞

Sí. Salgo a las 6 de la tarde así que me da tiempo de ir a arreglarme y llegar a tu casa antes de las 8

Me gusta la idea, pero, ¿te puedo confirmar más al rato?

Claro, no hay problema. Y si se te complica lo dejamos para otro día 😊

No, no es eso. Es que primero tengo que hablar con mi mamá 😞
¡Aaaaaahh, es cierto! ¿Crees que no esté de acuerdo?

No es tanto por eso, sino más bien porque debo encontrar una manera de que no le dé un ataque de pánico cuando le diga que quiero salir solo con una chica 🙏

¿Aunque ya me haya visto en persona?

Sí, necesitaría conocerte más para que no se preocupara... tanto 😞
La entiendo, es normal que quiera tener cuidado, como mamá no puede dejar a su hijo con cualquier persona

Perdón por hacerlo tan complicado 😞

¡No tienes nada por qué disculparte! De hecho se me ocurrió algo que podría ayudar 😊

¿Qué cosa? 😞

Es un secreto 😞

¿Me vas a dejar con la duda? 😞

Jajajaja sí, porque ya tengo que regresar al trabajo 😊

¡Eso es trampa!

Jajajaja no es mi culpa que la casualidad me sonría 😊

Está bien. ¡Que tengas una bonita tarde! 😊

¡Gracias! hablamos más al rato, ¿va? ❤️

¡Sí!

Casi no puedo creer que, después de tanto tiempo, al fin esté tan cerca de tener una cita. Quisiera poder decir que ya terminó lo más difícil, que conocerla en el momento menos esperado y que, en contra de todas las probabilidades, le agradaran esos primeros minutos a mi lado que siempre son algo complicados ya garantiza que lo que queda del camino será tan sencillo

como lo sería para cualquiera, pero sé que así no funciona la vida, al menos no conmigo. Todavía falta un único paso, uno tan corto como imponente, uno que en el fondo siempre supe que tendría que enfrentar para llegar a esa cena romántica con una chica, solo con una chica.

No es que no entienda la preocupación de mi mamá, yo mismo muero de miedo ante la idea de ir a un restaurante con ella, y dudo mucho que pueda hacerme alguna pregunta que no haya ganado ya el turno para quitarme el sueño por las noches; la diferencia aquí es que yo no tengo otra opción, nunca la tendré, y lo único que puedo hacer es correr hacia ese bonito campo verde iluminado por la luz del sol mientras pretendo no saber que hay un agujero enorme en el camino y espero con todas mis fuerzas que la caída no resulte demasiado dolorosa.

Sinceramente, sólo quiero vivir esto aunque sea una vez, aunque sea por más de dos minutos. Si no me quiere dar de comer está bien para mí, puedo cenar cuando llegue a mi casa; si sólo espera haberlo intentado un poco para decirme que me quiere como amigo, seré el primero en agradecerle por regalarme el recuerdo de una cita. ¿De verdad es pedir demasiado? Sería suficiente con que la discapacidad no me robara al menos la parte más fácil de la cita; llegar, sentarnos en una mesa y conversar un rato. Fuera de eso, no espero mucho.

—¿David irá contigo? —Me pregunta como si se tratara de lo más lógico en esta situación.

—No. El plan es ir nosotros dos solos. —Trato de que la aclaración del malentendido no asuste tanto a mi mamá.

—Pero hace dos sábados te acompañó a lo de la otra chica —comenta.

—Porque era su amiga y me la iba a presentar.

—No creo que a ella le moleste que vaya contigo por lo menos para que te dé de cenar, aunque no se quede con ustedes en la misma mesa.

—Ni siquiera podría, mamá; David trabaja en la tarde. —Uso una excusa válida para no tener que señalar lo humillante que sería.

—¿Y si van el fin de semana?

—No sé si tenga algo que hacer, tal vez por eso me dijo que fuéramos mañana.

—No pierdes nada con preguntarle, a lo mejor está libre este sábado y así todo es mucho más fácil. —Parece que no lograré nada si sigo dándole la vuelta.

—No quiero fastidiarla con tanto problema y perder esta oportunidad —decido hacer mi mejor esfuerzo para que me comprenda—. Me da miedo que después ya no le interese saber nada de mí.

—Lo sé —asegura con una voz tranquilizadora—, lo sé. No me gusta tener que ser la mala aquí, no hay nada que desee más que pudieras ir sin ninguna complicación, pero también debemos pensar en ella; sólo te ha visto dos veces y no sería justo dar por hecho que ya sabe todo lo que significa salir contigo.

—No eres la mala, mamá, de verdad —le aseguro de todo corazón—. Lo entiendo perfectamente y también pienso en eso.

—¿Entonces por qué mejor no buscamos otra manera?

—No sé cómo se podría planear una cita para que no haya problemas. —Casi no puedo disimular la tristeza que siento en este momento.

—¿Y si viene a la casa como el sábado pasado y piden algo de cenar? —Intenta hacerlo parecer como una buena opción.

—Si no salimos, no cuenta como cita. —Me río un poco al recordar sus palabras.

—Te puedes poner de acuerdo con Franco para que invite a una amiga y tengan una cita doble con ustedes. —Creo que esto es lo mejor que podré conseguir.

—No suena tan mal —miento un poco para que piense que de verdad lo voy a intentar—. Tal vez ya llegó a su casa, deja le mando un mensaje a ver si me contesta y le propongo la idea.

¿Estás en tu casa?

Escribo una vez que mi mamá sale de mi cuarto y puedo tratar de pensar qué excusa le diré para cancelar nuestra cita. Me responde después de unos minutos.

No 😊

¿Sigues en el trabajo? 🤔

No 😊

¿Estás ocupada?

Estoy a punto de hacer algo importante 😊

¿Me avisas cuando tengas tiempo libre? Es que necesito decirte una cosa

¡No! 🐱 Jajajajaja

¿Por qué? 🤔

Porque estás de suerte, podremos hablar dentro de muy poquito 😂

¡Justo voy llegando a tu casa! 🤔

Después de unos segundos, escucho que alguien toca a la puerta de entrada.

Esa fui yo 😊

Pasados los saludos convencionales de cuando una amiga de tu hijo entra a tu casa esperando verle, noto que poco a poco los pasos se dirigen hacia aquí.

—Mira quién vino a visitarte —anuncia contenta mi mamá cruzando la puerta de mi cuarto.

Ella le sigue con cuidado, lentamente, como si no supiera que con su presencia ya es capaz de alegrarme un día que parecía arruinado. Al ver la inevitable sonrisa en mi rostro no se detiene hasta estar a unos centímetros de mí para poner su mano en mi mejilla y así poder saludarme de beso más fácilmente.

—No me avisó que ibas a venir hoy, si no lo hubiera arreglado un poco mejor —comenta mi mamá buscando ropa para ver si aún está a tiempo de cambiarme.

Ahora me doy cuenta de que ando con mi particular estilo de “cómodo y a la mano”, el cual consiste en ponerme uno de mis muchos pants y la primera playera que esté en el cajón, sin importar si combina o no. Hoy no combina.

—Es que ni él lo sabía —le responde sonriendo—. Y no se preocupe, señora, así se ve muy bien.

No sé si lo dice de verdad o sólo por compromiso, pero el cariño que hay en su mirada me hace querer creer que no está mintiendo, que para ella este aspecto un poco descuidado no importa mucho.

—Bueno, entonces los dejo para que puedan hablar a gusto. —Mi mamá empieza a caminar hacia la puerta.

—En realidad vine porque quería hablar con usted —asegura antes de que salga del cuarto.

—¿Hizo algo malo? —Mi mamá bromea y se regresa unos cuantos pasos.

—No, para nada. —Se ríe y se sienta en mi cama para que yo no tenga que seguir volteando tanto hacia arriba.

—¿Es de lo que me dijiste hace rato? —Me pregunta mi mamá mientras también se sienta en mi cama.

—No tengo ni idea —respondo con toda honestidad.

—¿Ya le comentó que vamos a tener una cita? —Se arriesga para ver si entendió bien a qué nos referimos.

—Sí, justo de eso estábamos hablando poco antes de que llegaras —contesta.

—Entonces será mucho más fácil de explicar —asegura como si le hubieran quitado un peso de encima—. Es que cuando me dijiste que primero lo tenías que hablar con tu mamá, me di cuenta de que si yo estuviera en su lugar tendría muchas preguntas que le querría hacer a cualquier chica que quisiera salir contigo.

—Es muy considerado de tu parte pensar en esto —mi mamá está tan sorprendida que sus palabras salen sin mucha fuerza—. No es que no me guste la idea de que tengan una cita, pero, siendo sincera, no puedo evitar tener algunas dudas.

—La entiendo muy bien, señora, y exactamente para eso vine, para que me pueda preguntar cualquier cosa que quiera. —La tranquilidad en su voz parece ir en contra de toda lógica si se toma en cuenta que prácticamente se está exponiendo voluntariamente al interrogatorio de la mamá de un chico que conoció hace menos de dos semanas.

—Lo primero que pensé cuando me comentó lo de la cita fue que sería mejor si alguien más fuera para ayudarles. ¿Te molestaría si uno de sus hermanos lo acompañara? —Mi mamá no pierde tiempo y va directo a uno de los temas más incómodos.

—No es que me moleste pero creo que además de no poderla disfrutar tanto, quitaría parte del propósito de la cita —responde como si se tratara de una de las preguntas que ella misma hubiera hecho.

—¿Cuál propósito? ¿Lo quieres secuestrar o algo así? —Mi mamá intenta decirlo con humor, pero se nota que de verdad es un tema que le preocupa.

—Le repito que entiendo bien cómo se siente, no tenga miedo por eso —su amable sonrisa y la sinceridad en sus palabras no cambian aun teniendo que lidiar con una cuestión tan poco común—. Disculpe si digo algo demasiado atrevido o fuera de lugar pero me parece muy feo creer que la única razón por la que alguien se puede interesar en él es porque quiere hacerle daño —dirige

su mirada hacia mí, llena de un cariño al que no le podría poner palabras, como si quisiera ser capaz de abrazarme para siempre y protegerme de todo dolor.

Hasta ahora prefería ignorar este hecho, el cómo sentía morir una pequeña parte de mi autoestima cada vez que la desconfianza era la primera opción cuando una persona se quería acercar a mí, como si casi fuera una locura pensar que no es del todo imposible que, en el mejor de los casos, una chica se fije en mí simplemente porque le gusto, sin ningún maligno y elaborado plan detrás de sus amistosas intenciones.

—Nunca lo había visto de esa manera —admite mi mamá sin fijar sus ojos en ninguno de los dos.

—Quiero que salgamos solos para saber si puedo estar con él sin ayuda, para encontrar una forma de hacer las cosas que se adapte a nosotros y así no se preocupe tanto cuando tengamos más citas —asegura convencida de sus palabras.

—¿No sería demasiada responsabilidad para ti sola? —Le pregunta para no dejar ese cabo suelto.

—No es un niño al que deba cuidar, sino el chico con el que deseo tener una cena romántica —la dulzura de su voz que acompaña a su sonrisa me roba el aliento cuando cruza su mirada con la mía—. Estoy segura de que él me ayudará para que la noche sea incluso mejor de lo que me imagino.

—¿Ya se pusieron de acuerdo de dónde se verán? —Parece que a mi mamá ya no le desagrada del todo la idea.

—Le comentaba que saliendo del trabajo puedo ir a mi casa para arreglarme un poco y llegar aquí antes de las ocho —responde emocionada al ver las primeras señales de que la cita será una realidad.

—¿Se irán desde aquí juntos? —pregunta un poco preocupada.

—Sí, ese es el plan —de nuevo trata de tener cuidado en cada palabra que dice—. ¿Pasa algo malo?

—No, sólo creía que se verían en el restaurante. Más que nada porque puede ser pesado bajarlo del carro para sentarlo en su silla y probablemente batalles para hacerlo. —Mi mamá no tiene ningún problema para ser completamente sincera cuando es cuestión de explicarle a alguien más lo complicado que es salir conmigo.

—Descuide, señora, en el cine su amigo David me enseñó cuál es el truco y pude pasarlo de la silla al carro fácilmente —asegura como si fuera una tarea normal que hacen todas las chicas en cualquier cita.

—¿De verdad crees poder con todo tú sola? —Casi es posible dibujar la duda reflejada en los ojos de mi mamá.

—Sí. ¡Soy más fuerte de lo que aparento! —Finge presumir un músculo que no tiene.

No es difícil darse cuenta de que, si bien ya no sería capaz de oponerse a nuestra cita, mi mamá sigue sin estar convencida acerca de todo este tema. No la culpo, honestamente hasta a mí me asusta esta situación; tal vez lo del cine sólo fue suerte y, en lugar de terminar la noche siendo el chico que tuvo una cita con una hermosa chica, seré el desconsiderado que le rompió varios huesos a una chica afuera de un restaurante al caer encima de ella. Aunque tampoco es como si pudiera decidir “curarme” de esta discapacidad para así ahorrarles tantos problemas a todos, o despedirme de mi capricho por vivir una experiencia que es tan común para el resto de personas y mentirle diciendo que ya no quiero salir con ella, que de repente perdí todas las ganas de que la realidad supere a los delirios de mi imaginación al menos una sola vez. Pero desgraciadamente, si bien las dos opciones son injustas, sólo una no es imposible, sólo una no nace del todo de una absurda fantasía. Me conformaré con pensar que es ridículo sentirme celoso de las parejas que veo en el cine tomadas de la mano, con creer que realmente no es la gran cosa.

—Sé que ha de ser muy difícil estar en su lugar —ella empieza a hablar un segundo antes que yo—. Aún no soy mamá pero puedo imaginarme cómo sería haber dedicado toda mi vida a cuidar a mi hijo y que un día llegue una chica queriendo tratarlo sin ningún cuidado, como si se tratara de una persona más. Creo que si yo fuera usted tal vez ni siquiera me habría dejado pasar y haría todo lo que estuviera en mi poder para que nada lo pudiera lastimar. Pero le prometo que no soy esa chica, no ignoro la discapacidad que tiene y le aseguro que lo último que quiero en este mundo es hacerle daño. Y sé que puede parecer absurdo teniendo tan poco tiempo de conocerlo pero usted ha de saber mejor que nadie que la alegría que contagia y su manera de ver la vida hace que cualquiera se sienta diferente a su lado; al menos para mí fue así desde el primer momento y nadie me puede culpar por quererlo tanto. Por eso no creo que sea justo simplemente ignorar lo que siento por él y tratarlo diferente porque el hecho de que esté en silla de ruedas pueda complicar un poco las cosas; él merece que lo intentemos juntos y que no sólo asumamos que es algo imposible. Sería muy irresponsable de mi parte prometerle que no habrá ningún problema y que no batallaremos con nada si salimos nosotros dos solos, lo único que le puedo asegurar es que no me asusta tener que hacer un

poco de esfuerzo para estar con él. Sé que no es nada fácil para usted pero de todo corazón le pido que confíe en mí aunque sea sólo por esta vez.

No estoy seguro de si me moví... vaya, ni siquiera estoy seguro de si respiré durante todo el tiempo en el que ella habló. ¿De verdad dijo todo lo que creo haber escuchado? ¿Cuándo fue la última vez que pintaron mi cuarto? Puede que mi memoria me esté traicionando y que el olor de la pintura fresca sea el responsable de esta bonita alucinación audiovisual.

—La verdad, me has dejado sin palabras —asegura mi mamá y hasta ahora me doy cuenta de que en sus ojos hay un par de lágrimas discretas.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunta preocupada.

—Muy bueno —sonríe tranquilamente—. No les prometo estar tan calmada como si fuera cualquier otro día, pero casi nada me haría más feliz que el que tengan una cita tal como la planearon.

—De verdad le agradezco mucho por darme su confianza. —Se levanta emocionada para abrazar a mi mamá.

—Al contrario, gracias por tomarte la molestia de venir para hablar conmigo y decirme todo esto. —Le devuelve el abrazo con cariño.

—¿Nos vemos mañana antes de las ocho aquí afuera? —Me pregunta con sus ojos llenos de entusiasmo al dar unos pasos para quedar justo delante de mí.

—¡Por supuesto! —Es lo único que logro responder al darme cuenta de que la mujer más hermosa del mundo está en mi habitación y espera tener una cita conmigo.

—¿Te parece si lo paso al carro para que veas otra vez cómo se hace y en el restaurante tú te encargas? —Le ofrece Pedro mientras nos acercamos a la puerta del pasajero.

—¡Sí, me gusta la idea! —responde con una sonrisa después de saludarme besando mi mejilla tiernamente.

Puede ser que el saber que se arregló exclusivamente pensando en salir conmigo haga que no sea del todo imparcial, pero ese vestido rojo que apenas le alcanza a cubrir parte de sus rodillas la hace lucir más espectacular que en cualquier otro de los 722 minutos que la he visto. Casi podría jurar que el sólo hecho de dirigir mi mirada hacia ella es el culpable de la gran mayoría de los movimientos involuntarios que tengo justo en este momento.

—Hoy estás especialmente linda. —Es el único de los muchos halagos más que no puedo contener.

—¡Muchas gracias! —Se sonroja un poco y desvía ligeramente su vista hacia abajo.

Con la puerta ya abierta, Pedro hace como que no vio nuestro pequeño saludo cursi y asegura los frenos de mi silla para empezar a mostrarle cómo pasarme al carro.

—Lo primero que hay que saber es que no es del todo necesario cargarlo —explica mientras se para enfrente de mí y busca mis manos con firmeza—, basta con sujetarlo para que se pueda poner de pie.

—Sí, es más o menos lo que me dijo David la vez pasada —asegura prestando atención hasta al más mínimo detalle.

—Cuando ya está de pie, es importante hacerlo sentir seguro para que pueda estar calmado —uno por uno, cambia sus brazos de posición hasta que me tiene en lo que pareciera ser un abrazo—, y ahora sólo es cuestión de ir girando paso a paso para poder sentarlo en el carro.

—Casi lo hice igual en el cine, lo único diferente fue que lo sujeté de las muñecas todo el tiempo —menciona contenta al ver que se acercó bastante.

—Esa también es una buena opción, pero creo que de esta manera se hace menos esfuerzo —comenta Pedro después ponerme el cinturón de seguridad.

—¿Entonces estás segura de que no batallarás mucho para hacerlo tú sola? —Le pregunta mi mamá.

—¡Sí, no se preocupe! —responde emocionada y sin dudarle ni un poco.

—Aquí te dejo su cartera y las cosas que necesita para comer, por si las ocupan —Mi mamá pone en uno de los asientos de atrás la mochila que siempre llevo casi a todas partes.

—¡Perfecto! Voy a abrir la cajuela para subir la silla —Le quita los frenos para llevársela con ella.

Desde el espejo retrovisor veo que Franco intenta cargar parte del peso para que no le sea tan difícil meterla en la cajuela, pero no tarda mucho en quedarse con las manos vacías cuando ella la levanta fácilmente del piso y enseguida apoya las ruedas en el interior del carro.

—No estés tan nervioso, todo saldrá bien —Pedro me anima antes de cerrar mi puerta—. Se ve que te quiere mucho.

—Gracias. —Creo que mi mente no es capaz de pensar en más de dos palabras en este momento.

—¿Listo? —Me pregunta una vez que se acomoda en el asiento del conductor.

—¡Por supuesto! —afirmo entusiasmado.

—Le dije a tu mamá que regresaremos como a las diez y media pero de cualquier forma le pedí su teléfono por si se nos hace más tarde —comenta con una sonrisa después de alejarnos varios metros de mi casa.

—Creo que así estará un poco más tranquila —aseguro.

—Sólo hubo algo que no entendí —menciona confundida—, ¿por qué no ocuparíamos las cosas que hay en tu mochila?

—¿El bote y el trapo que uso para comer? —Intento comprobar que se está refiriendo a eso.

—Sí.

—Es que me daba pena preguntarte si me vas a dar de cenar o no — admito agradeciendo que casi no hay luz adentro del carro.

—¿De verdad hace falta que te dé una respuesta? —Su voz se escucha sorprendida.

—Nunca se sabe a quién le pueda molestar.

—Pero si lo de ir a cenar fue mi idea —se ríe como si preocuparse por esto fuera algo absurdo— y para mí estaba muy claro que te ayudaré a comer. Además, ¿qué tan difícil puede ser llevar un poco de comida a tu boca?

—Hay personas que casi piden que les den todo un curso antes de hacerlo —exagero un poco.

—Paso uno: ponga una cantidad moderada de comida en el tenedor o cuchara de su elección. Paso dos: llévela a la boca de la persona que espera hambrienta a su lado. —Continúa mi broma fingiendo un tono digno del mejor infomercial.

—¡Y limpiarle la boca si se ensucia es toda una clase adicional!

Al verla reír así, tan natural y espontánea, casi hasta el punto de tener que esforzarse para no poner nuestras vidas en peligro, hace que deje de sentir tanta ansiedad ante esta situación completamente desconocida, que poco a poco pueda relajarme y simplemente disfrutar de estar con ella, de que alguien tan hermosa decida pasar su noche del jueves conmigo.

Me sorprende su manera de bajar mi silla, sin cargarla más de lo necesario, poniendo primero las ruedas grandes en el piso y dejando que el resto se haga prácticamente solo. Estoy seguro de que nadie hubiera apostado a que un vestido rojo haría algo tan innecesario como esto en el estacionamiento de un restaurante mientras el suave viento lo mueve presumiendo la ligereza de su piel; quiero estar seguro de que algún día me perdonará el que no lo haya usado para ir al más exclusivo de los bailes,

donde todos se le quedarían viendo por la razón correcta, donde todos admirarían a quien tenga la fortuna de acompañarlo en el centro de la pista.

—¿Listo? —Me pregunta con una cálida sonrisa después de comprobar que los frenos de mi silla están bien puestos.

—Sí —respondo ya con mis piernas afuera del carro y a punto de tocar el piso.

Cuando se acerca un par de pasos más y decide que es mejor saltar directamente a la seguridad de un abrazo, no puedo evitar que el impacto del dulce aroma de su cabello me haga quedarme quieto por unos segundos, sólo para creer que de verdad quiere tenerme entre sus brazos sin ningún otro propósito, sólo para permitirme soñar un poco antes de apoyar con cuidado la mayoría de mi peso en mis pies. Damos varios pasos lentamente para girar hasta que la silla quede justo detrás de mi espalda y lo único que falte sea dejarme caer despacio sobre el asiento.

—Sabía que no sería difícil —asegura después de levantarse para que me pueda encargar de terminar de acomodarme en la silla.

—De seguro estuviste practicando —bromeo.

—En mi mente, un poco —admite riéndose mientras vamos hacia la puerta del restaurante.

El lugar es incluso más bonito de lo que parecía en Internet, con una agradable melodía de fondo y con el suficiente espacio entre las mesas como para que el mesero nos lleve hasta la reservación que hice ayer sin la necesidad de mover ninguna silla además de la mía. Al no haber ni un niño cerca de nosotros se nota que el ambiente está pensado para parejas, con la luz ligeramente más tenue de lo normal y colores que tienden a lo cálido, sólo faltarían un par de velas largas para estar en medio de una escena de cualquier película romántica.

—Cuando estén listos regreso para tomar sus órdenes. —Nos dice el mesero antes de retirarse para atender a otros clientes.

—Soy nuevo en todo esto, ¿se supone que debemos conversar de temas diferentes a los que acostumbramos? —Ya que estoy aquí, creo que lo mejor será ignorar todos los miedos y simplemente ser yo mismo.

—Se supone que la primera cita es para conocernos el uno al otro pero nosotros ya hicimos esa parte durante estas dos semanas —responde tratando de no reírse demasiado alto.

—Tenía que asegurarme de que estarías dispuesta a pasar por tantos problemas para llegar hasta aquí.

—¿Cuáles problemas? —pregunta confundida.

—¿Ves? Justo por eso tuve el valor para invitarte a salir.

—Te tardaste mucho —asegura con una sonrisa.

—Pero valió la pena esperar. —Suspiro.

—Tú también estás especialmente guapo esta noche —de repente su rostro gana color—. Me daba un poco de vergüenza decirlo delante de toda tu familia.

—Es por la silla, es que hoy la lavé. —Trato de ocultar la inmensa alegría que me causan sus palabras con el primer chiste que se me ocurre.

—¿Cuál silla? —El brillo en sus ojos que me miran fijamente me invita a creer por unos segundos que lo único que importa en esto somos nosotros dos, que de verdad no soy un iluso por desear con todas mis fuerzas poder tener un futuro a su lado donde ella sea tan feliz como yo.

—Creo que ya debemos ordenar algo antes de que piensen que sólo queremos pasar el tiempo en un lugar elegante —comento cuando me doy cuenta de que llevo mucho tiempo viéndola en silencio.

—Tienes razón. —Me sonrío dulcemente y toma uno de los menús que están sobre la mesa para que lo leamos los dos.

Casi no me puedo concentrar al tenerla tan cerca de mí, todo en ella hace que mis pensamientos vaguen en el delicioso mar de su perfume y se pierdan al sentir un poco de la calidez de su respiración sobre mi piel. Así que el primer platillo que veo que no tiene nada de caldo se convierte en mi elección, un filete de carne acompañado por ensalada; entre más simple, más fácil será llevarlo a mi boca. Ella escoge un platillo a base de pescado que viene junto a una sopa de verduras.

—¿Ahora me dirás el “gran secreto” que tengo que saber para poder ayudarte a cenar? —pregunta en tono de broma después de que el mesero anota nuestro pedido y lo lleva a la cocina.

—Aunque lo digas jugando, hay varios trucos que te podrían servir —aseguro fingiendo intentar impresionarla.

—Tal vez exageré un poco pero lo decía en serio, me interesa conocer cuál es la manera en la que te sientes más cómodo comiendo. —Su sonrisa sincera conquista aún más mi corazón.

—La verdad, tampoco hay mucho por enseñar. Tal vez lo más importante sea que no podría comer muy bien así, tan cerca de la mesa. —La guío con mi mirada para que vea la posición en la que he tenido los brazos todo este tiempo.

—¿Está demasiado apretado? —Se sorprende al darse cuenta de que los mantengo tan pegados a mis piernas como me sea posible.

—No, no es eso —sonríó para que no piense que hizo algo mal al acomodarme en la mesa—. Sólo me preocupa descuidarme un poco y tirar todo de un golpe.

—¿Quieres que te mueva antes de que traigan la cena para que puedas comer a gusto? —Me ofrece con el cariño que ya empieza a ser habitual en sus ojos.

—Sí. Lo mejor sería ponerme de lado, junto a ti.

—Todo era parte de tu plan para estar más cerca de mí, ¿verdad? —bromea al levantarse y quitar los frenos de mi silla.

—Esa sólo es una afortunada consecuencia —afirmo riéndome—. Algo bueno debía tener la discapacidad, ¿no?

El ataque de risa no dura tanto tiempo ya que vemos que el mesero se acerca para traernos la comida que pedimos. Por desgracia, decide apoyar la charola con toda nuestra cena justo delante de mí y apenas con la distancia suficiente como para que no la pueda alcanzar a golpear, pero antes de que los nervios y la tensión hagan de las suyas, ella cubre mis brazos con su mano y recibe cada plato lo más lejos posible para llevarlos a la mesa por un camino seguro.

—¿Listo para que empecemos a comer? —Me pregunta una vez que el mesero vuelve a retirarse.

—Sí —respondo tratando de estar tan calmado como pueda.

Ella corta una porción de carne y le sopla un poco para asegurarse de que no esté muy caliente. De pronto, el espacio entre el tenedor y mi boca parece enorme, y lo único en lo que puedo pensar es en que la chica que me gusta está a punto de darme de comer, haciendo que la presión de querer quedarme quieto me venza justo cuando la comida toca mis labios.

—Ya sabemos que no está demasiado caliente. —Se ríe al comerse la carne que cayó en mi camisa.

—Perdón —digo completamente apenado.

—Creo que yo me sentiría más nerviosa si estuviera en tu lugar —comenta sonriendo suavemente—. Tal vez no sea muy obvio pero ayudarle a alguien más a comer tiene cierta intimidad que no se encontraría ni en un beso, sobre todo si no se trata de un familiar o un amigo. Por eso quise que viniéramos a cenar en nuestra primera cita, para que sepas que no me quiero quedar detrás de esa línea invisible y que no me conformo con pasar el tiempo

contigo sólo siendo tu amiga.

Con cada una de sus palabras una sensación de calidez fue creciendo dentro de mi pecho, como si poco a poco olvidara todo lo que pudiera salir mal y sólo me importara disfrutar de este hermoso momento a su lado.

—¿Lo intentamos de nuevo? —Me pregunta con su voz llena de cariño.

—Sí —respondo sintiéndome mucho más relajado y tranquilo.

No sé si sea porque ya no me preocupa que se vaya a molestar si me nuevo o porque de verdad tiene la habilidad de calmarme, pero esta vez ni siquiera me doy cuenta de que el tenedor ya regresa de mi boca mientras ella intenta disimular la alegría en su rostro ocupándose de la comida que hay en su plato.

Antes de que lo notemos, la cena avanza a un ritmo constante, sin prisa, sin que alguien tenga que esperar su turno para comer. Ella disfruta de los sabores en su boca al mismo tiempo que lleva otro bocado a la mía. Tal vez seamos la única pareja en este restaurante que no habla mucho durante la cena, pero apuesto a que también somos la que más sentimientos comparten en este momento.

—Como hiciste trampa, te daré un poco de mi sopa —menciona cuando me termino la comida en mi plato.

—¿Qué trampa hice? —Sonrío esperando saber qué se le ocurrió ahora.

—Sólo pediste carne para que fuera más fácil ayudarte a comer —asegura presumiendo que nada se escapa de su atención.

—Es que la cuchara con caldo me pone muy nervioso. —Intento explicarle que esa es una de las cosas más difíciles de darme, sobre todo si no estoy en un lugar cómodo.

—Sólo confía en mí. —Me pide con su sonrisa encantadora.

Ella pone su mano detrás de mi cabeza para hacerme sentir seguro, casi igual que en aquel primer beso de despedida, y con cuidado lleva un poco de sopa hacia mi boca, mostrando tanta confianza que ni siquiera me detengo a pensar en que mis movimientos podrían hacer que se derrame.

—Está muy rica, ¿verdad? —Me pregunta emocionada.

—Mucho. —Probablemente el que ella me la diera mejoró bastante el sabor.

—Estamos listos para ir a comer a donde queramos —asegura llena de entusiasmo.

—¿Y ahora qué sigue? Te recuerdo que soy nuevo en esto —bromeo.

—En el mapa vi que hay un parque muy bonito por aquí cerca y me encantaría que fuéramos a dar un paseo.

—¿No es muy noche para eso? —Me preocupo un poco al ver en el reloj que ya pasan de las 10.

—En la información dice que está abierto las veinticuatro horas, así que sólo es cuestión de avisarle a tu mamá y pagar la cuenta.

—Pero te dormirías muy tarde.

—Si es contigo vale la pena desvelarme un poco —afirma con una gran sonrisa—. Vamos aunque sea sólo un ratito, ¿sí?

Casi parece que no supiera que haría cualquier cosa por estar un minuto más con ella, por disfrutar de unos pocos segundos más a su lado.

Si bien sería normal esperar que un espacio público de libre acceso no estuviera en las mejores condiciones, al acercarnos a la puerta del parque vemos que se trata de un lugar realmente bonito y bien cuidado, con caminos iluminados por faros en el suelo que ofrecen un hermoso recorrido a través de los árboles que adornan la vista y un césped de un verde vivo que resalta aún más la frescura de la noche.

—A veces esto es todo lo que necesito. —Respiro profundamente como si tratara de llenarme del aire que pasea por en medio de las hojas a nuestro alrededor.

—Lo sé, también me pasa lo mismo —asegura inclinando su pecho un poco para estar más cerca de mí mientras sus pasos nos llevan cerca de un lago.

—¿Te gusta nadar? —La curiosidad me gana al notar que no aparta su mirada del agua que brilla bajo la luz de la luna.

—Sí, bastante —afirma como si mi pregunta hubiera interrumpido sus pensamientos—. Pero en realidad estaba viendo ese letrero junto al pequeño local.

Me gira un poco para que dirija mi vista hacia las letras que llamaron tanto su atención esperando que también las lea, sin embargo, excepto por el llamativo título “Renta de botes” que casi ocupa la mitad del anuncio, no es mucho lo que puedo alcanzar a distinguir desde esta distancia.

—¿Te gustaría remar en el lago? —Espero al menos haber entendido bien esa parte del letrero.

—¡Sí! Hay que volver a venir más temprano cuando haya personas que nos atiendan —responde con mucha emoción.

—Me agrada la idea de poder regresar contigo a este lugar —admito sonriendo.

—¿Qué parte de “primera” cita no estaba lo suficientemente clara? —pregunta como si fuera demasiado obvio—. ¡Lo he estado diciendo toda la noche!

—A veces se me escapan esos pequeños detalles. —Por no decir que doy por hecho que no significan lo que creo.

—Entonces lo dejaré más claro: espero que ya tengas en mente nuestra segunda cita, porque me encantaría seguir saliendo contigo.

Por primera vez, algo resulta ser muchísimo mejor de lo que jamás hubiera imaginado, ya que ni siquiera en sueños una chica me había dicho algo así. Al parecer este torpe intento de tener más que una amistad con ella no morirá con la próxima mañana ni se tendrá que conformar con al menos haber recibido tan siquiera una oportunidad.

—A mí también me encantaría; ha sido una noche maravillosa. —Creo que ahora sólo puedo ser completamente honesto con ella.

—Y aún falta lo mejor —asegura antes de apresurar sus pasos para salir del camino.

—Espera, tu carro se va a ensuciar cuando subas mi silla de nuevo. —Intento detenerla, pero no me hace caso y pronto sólo hay césped debajo de nosotros.

Entre tantos pensamientos, no me había dado cuenta de que a unos pocos metros hay un amplio espacio rodeado por los árboles desde el cual se puede apreciar el cielo con una hermosa e inolvidable vista.

—Lo vi en el mapa y sabía que era el lugar perfecto para terminar nuestra primera cita —comenta poniéndose enfrente de mí y extendiendo sus manos para bajarme de mi silla.

—Aquí me quedo, si no será difícil levantarme desde el césped para regresar. —Sonrío para que sepa que estoy bien así.

—Después nos preocuparemos por lo que haya que preocuparnos. —La felicidad en su voz me distrae lo suficiente como para que me jale de los brazos y mi propio peso me saque de la silla haciendo que caigamos juntos.

—¿Estás bien? —pregunto asustado.

—¡Sí! —su risa casi deforma toda la palabra—. ¿Y tú?

—También, pero eso fue peligroso, te pudiste haber lastimado.

—Tranquilo —aún no para de reírse—, conozco a alguien que me enseñaría a andar en silla de ruedas.

No puedo evitar morirme de la risa con eso que acaba de decir y simplemente abrazarla ahora que estamos sentados tan cerca, sin nada que nos estorbe.

—¡Por fin me muestras un poco de cariño! —celebra mientras me rodea con sus brazos.

—Pero ahora no me podré detener —digo como si me faltara el aire si no estoy con ella.

—No quiero que te detengas. ¿O de verdad vas a seguir ignorando mi declaración en el restaurante? —pregunta casi ofendida.

—¿De qué hablas?

—De que no me conformo con ser sólo tu amiga. —Busca mis ojos con su mirada.

—Pero no sería una buena pareja para ti, ni siquiera nos podríamos besar de pie. —Me río de lo absurdamente imposible que es algo tan simple.

—¿Y quién necesita eso?

Ni siquiera he pensado una respuesta cuando sus manos sujetando mi rostro me dicen que no espera una y sus labios se acercan lentamente a los míos. Sin duda, este beso tiene una sensación completamente diferente, no hay sentido que no esté abrumado por ella. El calor de su respiración sobre mi piel, el aroma que desprende su cabello, los pequeños sonidos de nuestros labios acariciándose, lo noto todo y ese todo ocupa toda mi mente. No sé si yo lo esté haciendo medianamente bien, pero desearía que este momento no terminara nunca.

—¿Quieres ser mi novia? —La pregunta sale sin pensar cuando se separa para recuperar un poco de aliento.

—¡Sí, no hay nada que quisiera más! —Su hermosa sonrisa deja en ridículo a la luna que brilla sobre nosotros.

—También soy nuevo en esto, ¿qué se supone que sea distinto a partir de ahora? —bromeo sintiéndome más feliz que nunca.

—Podemos empezar por tener un juego que sólo sea entre tú y yo — propone después de unos segundos.

—¿Y cómo se llama ese juego?

—“¿Qué tan bonito es?”, lo acabo de inventar —responde orgullosa—. Se trata de decir con un número cuánto nos gusta algo.

—¿Cuál es el límite?

—Ninguno. Simplemente poner el número que sentimos en ese momento.

—¿Como a este parque?

—¡Sí! ¿Cuánto dirías que te gusta?
—Noventa y siete —digo el primer número que siento.
—¿Y ahora? —Vuelve a besarme abrazándome con fuerza, esta vez con más intensidad, dejando que nuestro cariño se encuentre en un solo punto.
—Cuatrocientos sesenta.

Capítulo 14

—Sólo relájate y trata de ser igual que cuando estás con nosotros, verás que todo saldrá bien. —David busca darme ánimos cuando nota que desde que entramos al cine me cuesta más controlar mis movimientos.

—Ya sé que fue mi idea, pero siempre me pone muy nervioso conocer a alguien nuevo, sobre todo si es una chica. —La preocupación empeora al ver cuánto batallo para hablar en este momento.

—No tienes por qué estarlo, estoy seguro de que le vas a caer muy bien a mi amiga. —Pone su mano en mi hombro para intentar transmitirme un poco de confianza.

—Ojalá mi cuerpo funcionara a base de lógica —bromeo con una gran sonrisa.

—Aun así, sólo es cosa de que hablen por unos minutos para que empieces a sentirte cómodo y puedas ser tú mismo —afirma sin poder dejar de reír.

Tal vez justamente esa sea la cuestión más simple y difícil de todo esto, que su amiga tenga la suficiente paciencia, tiempo o lo que sea que se necesite para que esa primera impresión tan equivocada de mí no la asuste y, como de costumbre, haga que automáticamente me tenga lástima; algo que, por supuesto, nunca ha pasado, al menos no en una cita y con resultados románticos. Con la gran mayoría de mis amigos he charlado por mensajes antes de conocernos en persona, el que sepan que detrás de este cuerpo con poco control hay una mente tan funcional como la de cualquiera, sin duda hace todo mucho más fácil. Pero cuando se trata de buscar algo más que una amistad me parece injusto hacerlo así, casi es como estar mintiendo, como si quisiera ocultar el hecho de que tengo una discapacidad porque sé que si es lo primero que ven se acabaría toda posibilidad de que les pueda gustar. Por eso prefiero terminar con este tema desde el principio, para no quitarles mucho tiempo si lo consideran como algo absolutamente decisivo para no tener una relación conmigo.

—Entonces, si logramos conversar por más de una hora, seguramente ni le interese ver una película y quiera que nos vayamos directo a su casa. —Creo que reírme un poco es lo mejor que puedo hacer en estos momentos.

—¡No lo descartaría! —Me sigue el juego—. ¿Trajiste con qué cuidarte?

—¡Por supuesto! No hay nada más cómodo que decirle a tu mamá que ponga un par de condones en tu cartera.

—Podemos pasar a una farmacia en caso de que los vayan a necesitar — comenta como si de verdad fuera una posibilidad.

—Me conformo con que al final no le dé miedo despedirse de mí de beso —aseguro con humor.

—Que sea en la boca; ¡ve por todo! —Su actitud positiva me llena de ánimos.

—¡Y con lengua! —digo antes de que la risa me impida seguir hablando.

Siendo sincero, tampoco es que me guste mucho la idea de esta especie de cita casi a ciegas, que su amiga llegue a la cafetería del cine sin saber exactamente lo que le espera, pero no tengo muchas opciones más —por no decir que ninguna—. No es que al salir un par de veces por semana las chicas me vean y hagan fila para conocerme, o que cuando cruzo mi mirada con una y, por casualidades de la vida, muestra un poco de interés en mí, enseguida se acerque para iniciar una conversación; no, esas escenas idílicas sólo tienen lugar en mi imaginación, y hasta hace unos días era suficiente con eso.

Por suerte, David ya llevaba tiempo tratando de que aceptara su propuesta de que me presentara a una de sus amigas y no tardó en fijar este sábado como fecha para hacer el primer intento. La verdad no espero tanto de esto, creo que en el mejor de los casos la chica en cuestión no les dará demasiada importancia a los primeros minutos y querrá que seamos buenos amigos, cosa que no suena del todo mal si tomamos en cuenta la situación.

—Sólo para estar seguro, ¿le contaste acerca de la discapacidad que tengo? —pregunto antes de que sea muy tarde.

—No. Simplemente le dije que le quería presentar a un amigo con el que siempre me la paso muy bien y que es tan guapo que seguramente le gustará a los pocos segundos de conocerlo —responde sin ninguna preocupación.

—¡David! —No puedo evitar abrir los ojos de la sorpresa.

—¿Hice algo malo? No mentí para nada.

—Gracias por los halagos —finjo estar apenado—, pero creo que tu amiga merece saber la condición que tengo.

—Y lo sabrá... en unos cinco segundos porque la acabo de ver entrar. — Se levanta para señalarle dónde estamos sentados.

Al voltear y buscar a quién se refiere, me doy cuenta de que David tiene demasiadas esperanzas puestas en mí. No es que su amiga sea la mujer más hermosa del lugar, pero me cuesta mucho creer que de verdad está soltera o

que necesite tan siquiera un poco de ayuda para que en su agenda haya más de un recordatorio de alguna cita con un apuesto chico. De todas maneras, parece ser que no me libraré de esos primeros minutos llenos de ansiedad, donde me es casi imposible mostrarme tal como soy.

—Perdón por llegar tarde, pero había bastante tráfico —menciona mientras abraza cariñosamente a David.

—No te preocupes, no tenemos mucho tiempo esperando —asegura invitándola a que se siente en la silla en la que estaba hace unos momentos—. Mira, te presento a mi amigo.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —Me saluda gesticulando de más cada palabra y extiende su mano con mucho cuidado esperando que yo haga lo mismo.

—Muy bien. ¿Y tú? —Pongo mi mejor esfuerzo en hablar tan claro como los nervios me lo permitan.

Trato de que el camino que sigue mi mano sea lo más suave posible, sin muchas sacudidas ni golpes, pero en cuanto ve que me cuesta un poco controlar este tipo de movimientos prefiere regresar su brazo al costado de su bolsa.

—No entendí lo que dijo. —Le comenta a David con un poco de incomodidad en su mirada.

—Dijo que está muy bien, y te pregunta cómo estás tú.

—También, muy bien —por alguna extraña razón me dice todo en un tono más alto de lo normal— y emocionada por la cita que preparó David.

—Entonces, mejor ya los dejo solos para que puedan empezar a conocerse. —Convenientemente, tampoco me había dicho esta parte de su plan.

—¿Pero no vas a esperar a que llegue el chico que me vas a presentar? —pregunta claramente confundida.

Estoy más que convencido de que este preciso instante es la definición perfecta de “momento incómodo”, y no la culpo; exactamente por esto debió hablarle de la discapacidad que tengo antes de proponerle pasar la tarde del sábado conmigo.

—Está justo delante de ti, él es el amigo del que te hablé. —Pone su mano en mi hombro como si sólo se tratara de un pequeño e insignificante malentendido.

—¿Y quieres que nos quedemos solos? —Si ya estaba nervioso, sus ojos preocupados mirándome fijamente no me ayudan en nada.

—Sí, pero regreso como en media hora por si necesitas ayuda para

pasarlo a la película que decidan ver.

—Pero no le puedo entender lo que dice. —Intenta, sin mucho éxito, disimular que no le gusta ni un poco esa idea.

—Por eso es mejor que estén solos, porque si me quedo con ustedes vas a depender de mí, y así no le pondrás tanta atención para acostumbrar tu oído poco a poco.

—¿Y si se siente mal o le pasa algo? No sé qué debo hacer. —Tal vez crea que también estoy sordo. Eso explicaría muchas cosas.

—Es una persona tan normal como tú y como yo, no necesita cuidados especiales. —Le explica con una sonrisa que ya empieza a mostrar que duda de su propio plan

—Entonces supongo que lo podemos intentar —dice no muy convencida.

—Estaré por aquí cerca, si necesitan algo mándame un mensaje y regreso enseguida —asegura mientras se despide de su amiga.

Silencio incómodo, ¡genial! No es como si el hecho de que alguien se me quede mirando sin decirme nada me ponga nervioso y haga que tenga más movimientos involuntarios, claro que no, podría estar así todo el día. Al menos es una cita.

—¿Tienes mucho tiempo de conocer a David? —Por fin me hace una pregunta.

—Como diez años. —Si doy una respuesta corta es posible que no se desespere.

—Aaaaahh, sí... —¿De verdad piensa que, después de tantos años, no me doy cuenta cuando alguien no me entiende?

Empiezo a creer que tampoco sería tan malo morirme soltero, o justo en este momento. Incluso tendría ciertas ventajas, como protestar en contra de la presión que ejerce la sociedad para que todos busquemos casarnos, o no pasar las siguientes dos horas con una chica que evidentemente no quiere estar conmigo.

—Y... ¿vienes muy seguido al cine? —¿Se da cuenta de que ni siquiera se ha quitado su bolsa del hombro?

—Algunas veces, ¿y tú? —Juro que no podría haber pronunciado mejor esa frase aunque mi vida dependiera de que lo hiciera.

—Qué bien... —¿Acaso la definición de “intentar” cambió en estos últimos minutos?

Lo peor de todo es el esfuerzo que hace por mantener una sonrisa, como si de verdad fuera tan malo estar a un metro de mí.

—¿Tienes algún género de películas favorito? —Le pregunto pensando que tal vez le tengo muy poca fe y sólo necesita oraciones con más palabras para que haya mayores oportunidades de que me entienda.

—Mira —parece que al fin dejó de estar tensa—, de verdad no tengo nada en contra de ti ni de tu problema, pero David no me dijo nada de esto. Mejor me voy a ir a mi casa y ahorita le mando un mensaje para que venga por ti, ¿está bien? Si quieres, después podemos salir los tres juntos y ser buenos amigos.

¿Debería sentirme mal por el hecho de que se vaya sin darme un beso de despedida? Llegados a este punto, me hubiera sorprendido que siquiera tocara mi hombro con un dedo. Pero por lo menos al final fue honesta y me trató como a cualquiera, o bueno, casi como a cualquiera; yo lo dejaría en “no te tengo tanta lástima como para fingir que me gustas”, y puedo vivir con eso. Honestamente, no sé si quiero volver a pasar por todo esto, y tampoco es que culpe a David, no le pedí algo nada fácil y estoy seguro de que hizo su mejor esfuerzo esperando el mejor de los resultados. Tal vez fue demasiado optimista, sí, pero aun así creo que sus intenciones eran buenas. Simplemente le diré que por ahora no es necesario seguir intentándolo, que realmente le agradezco que haya creído tanto en mí.

—¡Hola! —La alegría de una voz a mi lado me toma por sorpresa.

Al voltear me encuentro con una chica que casi me golpea con su belleza, haciendo que por un par de segundos todos los colores a su alrededor se vuelvan pálidos y el tiempo transcurra mucho más lentamente. No diría que es de esas personas que destacan a diario entre una multitud, que sería la primera opción de cualquier editor de revistas para poner como imagen principal en la portada, o que tan siquiera parezca que pasa horas enteras frente a un espejo cada mañana; sin embargo, hay algo en la sinceridad de su sonrisa que me roba el aliento. Es como cuando ves a alguien que es feliz sin ningún motivo aparente, como cuando el brillo en una mirada te provoca una cálida sensación en tu pecho.

—¿Me puedo sentar en esta silla? —pregunta señalando el lugar donde hace unos momentos estaba la amiga de David.

Ahora lo entiendo todo, probablemente en su mesa haya más personas de las que caben y, ya que claramente no la voy a ocupar, necesita la silla que me sobra. Así que asiento con mi cabeza tratando de que no se dé cuenta de que por un breve instante de verdad creí que su intención era hablar conmigo.

—¡Gracias! —Comienza a dar un pequeño giro para agarrar la silla, pero

enseguida se regresa—. Por cierto, gusto en conocerte. —Lleva sus dos manos hacia mis rodillas, donde acostumbro poner la mía para reducir el peligro de los movimientos involuntarios, y me saluda con firmeza y seguridad.

Mi cuerpo se queda impresionado con ese sentimiento que nace desde mi mano que ni siquiera tuvo la más mínima oportunidad de ignorar mis deseos y oponerse a que ella la tomara como si fuera una acción completamente común al querer presentarse con alguien. Pero no pasan ni dos segundos para que vuelva a dejarme sin palabras, colgando su bolsa en el respaldo y, en contra de toda lógica, sentándose en la silla que creí que me había pedido prestada.

—Casi no vengo al cine pero justo una amiga me invitó a que viéramos una película hoy —comenta como si el hecho de que los dos estemos aquí fuera alguna afortunada casualidad.

No es que me sienta incómodo; extrañamente no. Pero no sé qué hacer, si hablo y se da cuenta de que no me entiende, lo más probable sea que se arrepienta de lo que acaba de hacer y quiera buscar una excusa para cambiarse de mesa... o de cine. Por otro lado, siempre está la confiable opción de quedarme callado y sonreír asintiendo con la cabeza; así, en el peor de los casos, sólo creará que soy alguien raro y no lo podrá comprobar.

—A mi amiga también la conozco desde hace como diez años; estudiábamos en la misma escuela y ahora trabajamos juntas —menciona sonriéndome emocionada, como si estuviera respondiendo a algo que no escuché, como si se tratara de una referencia a lo que dije hace unos minutos.

Daría casi lo que fuera por ser capaz de seguir el ritmo de su conversación de manera natural... o al menos de alguna manera. Y no es porque me falten palabras, ya no, sino por el estúpido detalle de no poder hablar como todos los demás. Tal vez sea una locura y una completa falta de consideración hacia mi familia, pero si por alguna extraña razón un genio todopoderoso me concediera un deseo, sin duda pediría que me quitara esta limitación que me impide comunicarme libremente si no tengo un teclado cerca y me separa tanto del resto del mundo. Por no mencionar que el proceso para tener un amigo nuevo se reduciría considerablemente; sólo haría falta decir “hola” y encontrar un buen tema de conversación. Se acabaría eso de regresar de una charla lleno de ideas que no pude compartir, o, peor aún, que cada vez que quiero aportar algo a la conversación todos hagan un silencio sepulcral para que la persona a mi lado me entienda y lo traduzca para los demás mortales.

—No me molesta ser la única que hable pero sé muy bien que tú también

puedes hacerlo y me encantaría que conversáramos aunque sea un ratito. —Su alegre sonrisa casi me sorprende tanto como sus palabras.

Hola, discapacidad, ¿estás ahí? Quiero hacer un trato contigo. Creo que no te he tratado del todo mal, al menos no desde que me di cuenta de que sólo eres algo a lo que todos estamos expuestos cuando nacemos, al menos no desde que dejé de odiarte y verte como la mayor desgracia de mi vida. Nadie tiene la culpa en todo esto y nadie tiene por qué pagarlo. Por eso me gustaría pedirte que esta vez, sólo esta vez, te portes lo mejor que te sea posible, que pongas tu cara más agradable, esa que muy pocos conocen, la que pones cuando estamos lo suficientemente tranquilos. No espero gustarle o que se enamore tan siquiera un poco de mí, para nada; en verdad me conformo con que ella pueda ver algo de lo que hay detrás de este exterior tan engañoso y real al mismo tiempo, que conozca a la persona y no al diagnóstico que un doctor escribió, que no regrese a casa y se me olvide la noción del tiempo al imaginar lo que pudo haber pasado si no estuviera en esta silla de ruedas. A cambio te ofrezco ya no exigirte tanto, ya no querer hacer cosas que te lleven al límite de tu capacidad. Es un buen trato, ¿no? De nuevo, te prometo que sólo será esta vez; ella lo vale.

—¿Me debería preocupar por que me hayas estado espiando? —Me concentro para pronunciar cada palabra lo más claramente posible.

—No entendí lo último —la sonrisa que aún está intacta en su rostro me hace perder algo del temor que sentía—. ¿Me lo repites? Que te haya...

—Estado espiando. —Ahora que son dos palabras todo es mucho más fácil.

—Aaaaaah —se ríe demasiado alto como para pensar que le importa que las personas tengan la excusa perfecta para voltear a vernos—, ¡no, para nada! Es que estaba sentada a dos mesas de aquí y no pude evitar escuchar parte de la charla que tuviste con la chica que se acaba de ir.

—¿Eso fue una charla? —Abro mucho los ojos fingiendo estar sorprendido.

—Bueno, su corta sesión de preguntas que en realidad no esperaban una respuesta —contesta sin dejar de reír.

—En ciertos países eso se consideraría como un interrogatorio de rutina. —La alegría en sus gestos provoca que por un momento se borre de mi mente la idea de que debo tratar de usar sólo palabras fáciles.

—Y en otros la podrías demandar —asegura un poco más calmada.

—¿Por no querer escucharme? —pregunto dudando de que se trate de un

delito.

—O por mentirte, cualquiera de las dos es una buena opción para mí. — Su mirada muestra que no lo dice del todo jugando.

—No la culpo. —Sonrío para que vea que no se trata de algo que me importe mucho, o al menos no de algo por lo que le guarde rencor.

—¿No te molesta lo que te hizo?

—La pusimos en una situación complicada y buscó la salida más cómoda, sólo es lo normal.

—Piensas eso porque no la viste bien. —Creo que intenta convencerme de unirme a ella.

—¿De qué me perdí?

—Ni siquiera te dirigía la mirada cada vez que hablabas.

—Pudo ser peor —aseguro intentando regresar a lo verdaderamente importante aquí.

—¿Cómo? —pregunta sin estar muy convencida.

—Pudo haber gritado horrorizada en cuanto me vio y salir corriendo para buscar dónde quemarme vivo.

Y ahí está, su risa encantadora que ya hace eco en mi memoria. Sé que soy un tonto, que en unos cuantos minutos se irá y no la volveré a ver, pero me es imposible no querer escucharla de nuevo cuantas veces me lo permita el tiempo que me quede sentado frente a ella. ¿Qué importa si paso algunas semanas pensando en su voz? Valdrá la pena si con eso su recuerdo me acompaña sin cambios por más días.

—Me gusta cómo piensas —menciona mirándome a los ojos.

—¿Te gusta la manera en que los impulsos eléctricos recorren mi cerebro? —Finjo estar confundido.

—Sí —falla un poco en su intento por no reírse—; soy algo rara.

—Lo común ya está demasiado visto, es mucho mejor ser raro.

—Ahí está esa electricidad que tanto me gusta —bromea con una gran sonrisa.

Aunque sepa que sólo es un simple juego, por alguna razón sus palabras hacen latir más rápido mi corazón. Probablemente sea por mi falta de experiencia en el romance, por no saber cómo reaccionar cuando una chica tiene un detalle cariñoso conmigo. Podría arriesgarme y pensar que no sólo lo dice para hacerme sentir bien, por querer borrar el silencio de una forma bonita, pero sinceramente prefiero no aspirar a lo que incluso yo sé que es una realidad imposible.

—Discúlpame un momento, debo ver si es un mensaje de mi amiga, —De su bolsa saca su celular que vibra al ritmo de una melodía.

No tengo idea de cuántos minutos han pasado desde que me saludó y aun así estoy seguro de que fueron demasiado pocos. Aunque, siendo justos, diría lo mismo si resultara que un empleado del cine nos tuviera que pedir que nos saliéramos porque ya pasa de la hora en la que cierran el lugar. Creo que cuando sucede algo tan único, algo que sólo me hubiera imaginado en mis mejores sueños, es normal esperar que no termine prácticamente en un parpadeo, pero no sé qué decir ante el hecho de que ya la extraño sin que siquiera se haya ido.

—Sí era mi amiga pero sólo me avisó que no podrá venir. —¿Soy yo o está más contenta de lo que debería?

—¿Te canceló unos minutos antes de la hora en la que se verían? —Intento ocultar lo feliz que me hace la noticia.

—Sí —responde con orgullo.

—Eso es casi tan malo como que la chica que mi amigo me presentó prácticamente haya huido de mí.

—Pero todavía puedo presumir que nunca he tenido una cita que dure menos de dos minutos —asegura sin hacer ni el más mínimo esfuerzo por aguantar las ganas de reírse hasta que terminara de decir su broma.

—¡Habíamos quedado en que eso fue un interrogatorio y que debería pudrirse en la cárcel! —Finjo querer defenderme de sus acusaciones.

—Sí, como ahora te conviene. —Casi no le entiendo por la risa que sigue estando en sus labios.

—No; simplemente me acabo de dar cuenta de que tenías toda la razón.

—Qué casualidad —murmura moviendo el celular en su mano—. ¡Por cierto! ¿Me pasas tu número para guardarlo de una vez?

—¡Claro! —Por primera ocasión me alegro de que mi mamá insistiera tanto en que me lo aprendiera a pesar de que casi nunca lo uso.

—Esa fui yo —comenta después de escuchar el sonido de que me llegó un mensaje.

—Espero que no me hayas mandado algún virus —bromeo.

—Hubiera sido una muy buena opción pero no, sólo es una carita feliz para que me puedas agregar a tus contactos —asegura sonriendo sinceramente.

—Me entiendes mucho mejor de lo que me imaginaba —admito impresionado de que casi no ha habido palabras con las que tengamos problemas.

—Es que te estuve poniendo algo de atención desde hace rato —responde con un poco de timidez.

—¿Eso no es también un delito en ciertos países? —Pretendo estar confundido.

—No; lo mío fue totalmente legal —asegura muy confiada.

—¿Lo dices por experiencia? ¿Acostumbras escuchar muchas conversaciones ajenas? —Me encanta ver su hermosa sonrisa.

—Contigo fue mi primera vez. —Por fin la risa le permite volver a hablar.

—¿Me debería de sentir honrado?

—Bastante. —Casi parece como si de verdad estuviera orgullosa.

—Yo viniendo todo apurado y tú ya estás con otra chica tan tranquilamente —bromea David detrás de mí.

—No es mi culpa que tu amiga me dejara abandonado prácticamente un minuto después de que te fueras. —Nunca pensé que alguna vez diría eso con tanto ánimo.

—No creí que sería capaz de hacer algo así —comenta mucho más serio—. Me mandó un mensaje diciéndome que ya estaba de camino a su casa desde hace rato, para que no le pidiera que se esperara contigo en lo que me regresaba.

—No te preocupes, no estuvo solo ni veinte segundos —menciona antes de que le pueda responder algo.

—Perdón —volteo con ella en cuanto me doy cuenta de mi falta de educación—. Te presento a mi amigo David.

—Mucho gusto, David. Encantada de conocerte.

—Igualmente —le devuelve el saludo con la misma alegría—. Muchas gracias por hacerle compañía.

—Esa no era mi intención, sólo quería hablar con él —asegura con una sonrisa.

—¿Y también vas a ver una película o estabas esperando a tu novio? —Estoy seguro de que David sabe perfectamente que no había ninguna necesidad de que le preguntara lo segundo.

—No tengo novio. —¿Por qué debo esforzarme tanto para no sonreír?

—¿Entonces vas a ver una película?

—Ese era el plan hasta hace unos momentos que mi amiga me avisó que no va a poder venir. —Me mira como si intentara decirme algo.

—En ese caso, estaría bien que vean una juntos. —Me da un pequeño

golpe en la espalda.

—Eso quisiera pero aún no me lo ha pedido. —Se acerca un poco con David y baja la voz fingiendo tratar de que yo no la escuche.

—¿Te gustaría ver una película conmigo? —Le sigo el juego pretendiendo no saber nada de lo que dijo.

—¡Por fin! —celebra antes de volver a hablar con normalidad—. Sí, me encantaría.

—Estuve revisando los horarios por si de todas maneras querías aprovechar que ya estábamos aquí para entrar a una película, y hay una buena que va a empezar como en diez minutos —me comenta—. Podemos ver esa.

—¿No quieres que esté solo conmigo? —Le pregunta como si el que no nos acompañara fuera la opción más lógica.

—No, no lo decía por eso —se apresura a aclarar el malentendido—. Era para cargarlo por las escaleras de la sala y sentarlo en una butaca.

—Podemos subir en el elevador y entrar por las puertas de arriba —propone muy confiada.

—Aún quedaría lo de cambiarme de asiento —menciono.

—Le pedimos a uno de los que cuidan la sala que nos ayude y listo —responde sin ninguna preocupación.

—Me gusta mucho más esa idea —comenta David queriendo disimular su emoción—. Sólo dile a quien lo vaya a pasar que acerque la silla al asiento y lo agarre de los brazos o de las muñecas para que se pueda poner de pie.

—¡Perfecto! No creo que haya ningún problema —asegura sonriendo.

—Nos vemos aquí cuando salgan, ¿les parece bien? Entraré a ver alguna otra película.

—Está bien, entonces te esperamos aquí mismo si aún no ha terminado tu función. —Le responde mientras se levanta y me quita los frenos para empezar a irnos hacia la taquilla.

—O si prefieren seguir hablando, los puedo ver en el estacionamiento a la hora que gusten —nos ofrece tratando de darnos todo el tiempo que queramos—. Mi carro es el de color blanco que está en los lugares exclusivos para personas con discapacidad.

—Me encantaría pero tengo que regresar a mi casa temprano porque le prometí a mi mamá que le ayudaría a preparar la cena —comenta un poco triste.

—En ese caso nos quedamos con el plan original de reunirnos aquí después de las películas —propone David.

—Sí, está mejor así. Comoquiera ya tengo tu teléfono y nos podemos poner de acuerdo para vernos mañana o el próximo sábado. —Me mira con sus ojos llenos de entusiasmo.

—Me gusta la idea —aseguro tratando de que no se dé cuenta de mi enorme sonrisa.

—Ya vayan a comprar los boletos antes de que empiece su función. —David la anima a dar los primeros pasos llevando mi silla.

—Tienes razón. Entonces te vemos en un rato. —Se despide sin la más mínima señal de inseguridad por esta especie de cita.

Tal vez parezca algo totalmente ridículo, pero el solo hecho de que sea ella quien haga avanzar mi silla ya se siente diferente a cualquier cosa de las que he vivido con alguna chica. No es que lo esté haciendo mal, con demasiado cuidado o, como es el caso, de manera prácticamente natural, sino que no puedo evitar notar que son sus manos las que provocan el movimiento de las ruedas, mientras su aroma poco a poco me alcanza desde mi espalda y hace que ni siquiera sepa cómo es que ya estamos a un par de personas de ser atendidos en la taquilla. Sólo ahora por primera ocasión me permito preguntarme de qué manera me verá ella: ¿como a un chico con el que puede salir o como alguien al que debe de cuidar? Existe la posibilidad de que, si trato de pagar los boletos, rompa esta bonita ilusión y me diga que esto está a años luz de ser una cita, que deje de emocionarme con tan poco y que guarde mis patéticos intentos de coqueteo para alguien lo suficientemente desesperada como para fijarse en mí. Es muy probable que ella use palabras mucho más sutiles, pero, entre miradas y silencios incómodos, en esencia sería casi lo mismo.

—¿Quieres invitarme y pagar las entradas al cine como todo un caballero? —Si no fuera porque yo mismo lo estoy viviendo, no sería capaz de creer que de verdad existe una mujer así.

—Claro, me encantaría —muestro sólo una pequeña parte de lo feliz que me hace este detalle tan insignificante para muchos—. En el respaldo de la silla hay una abertura que es una bolsa, ahí está mi cartera.

—La tengo —anuncia después de buscarla por un par de segundos.

—Por cierto, ¿sabes cuál película veremos?

—David no nos dijo el nombre pero supongo que es la que empieza en menos de cinco minutos —responde viendo los horarios en las pantallas frente a nosotros.

—Buenas tardes. —Nos saluda la chica de la taquilla para que nos

acercuemos.

—Buenas tardes —le responde, y apuesto que, aun ateniendo a tantas personas cada día, la chica detrás del mostrador nunca había visto una sonrisa tan hermosa—. Queremos comprar dos boletos para la función de la sala siete.

—¿La que está a punto de comenzar? —Se asegura de que sepamos que nos quedan pocos minutos para entrar.

—Sí, aún tenemos tiempo para llegar —responde.

—¿Gustas elegir sus asientos? —Le pregunta invitándola a ver el monitor con el mapa de la sala.

—Los primeros de la fila que está a la altura de las puertas de arriba estarían bien, por favor. —Le indica en cuanto confirma que nadie los ha ocupado.

—Perfecto. —Hace unos cuantos clics para preparar la cuenta.

—¿Pago con un billete más grande o tienes monedas para darle el dinero exacto? —Voltea conmigo antes de abrir mi cartera.

—Con un billete está bien. —No hay necesidad de que batalle de más.

—Aquí están —le entrega los boletos—. Que disfruten mucho la película.

—Gracias —toma el dinero que sobró y lo guarda en mi cartera—. Disculpa, ¿hay manera de que alguien me ayude a pasarlo al asiento?

—Por supuesto, deja le pido a uno de los chicos que los espere en la entrada de arriba —responde con tanta amabilidad que hasta me da gusto tener que pedir este favor.

—Muchas gracias. —Le vuelve a decir antes de alejarnos de la taquilla.

—¿Quieres comprar palomitas? —pregunto ahora que nos acercamos a la dulcería del cine.

—Muerdo de ganas por algo de chocolate pero justo comí en mi casa hace como una hora y estoy muy llena —comenta un poco apenada—. ¿Tú quieres algo para ti?

—No, casi no me gusta comer en el cine. —Por no mencionar el pequeño detalle de que ella me tendría que ayudar a llevar la comida a mi boca.

—Entonces podemos ir directamente a ver la película —apresura un poco el ritmo de sus pasos—. Por cierto, ¿te parece si guardo tu cartera hasta que salgamos de la función para no dejarla sola en la silla?

—Claro, es una buena idea —respondo sonriendo por el hecho de que incluso piense en un detalle como ese.

El camino hacia donde debemos entregar los boletos es muy corto, más porque todas las personas que deberían estar haciendo fila ya se encuentran

dentro de la sala esperando a que comience la película en cualquier segundo, pero el extraño silencio que ahora hay entre nosotros hace que el tiempo me parezca mucho más lento. No es que me incomode o que quiera que estemos charlando sin parar, sólo que no entiendo a qué se debe que ya no me hable tanto como en la mesa.

—Desde hace rato tengo una duda —menciona cuando se pone delante de mí para presionar el botón del elevador—, ¿te incomoda que te hable estando detrás de ti?

—No, para nada —respondo completamente sorprendido de que haya notado algo que ni a mí me había pasado por la cabeza.

—Es que estaba pensando que tal vez podría ser molesto para ti estar escuchando a alguien a tu espalda sin estarla viendo —explica mientras entramos al elevador.

—No me molesta, creo que ya estoy acostumbrado —le sonrío en el débil reflejo de la puerta—. Gracias por preguntar.

—¿Había otra manera de saberlo? —Alcanzo a ver la alegre expresión de su rostro antes de tener que salir del elevador.

El amplio pasillo lleno de puertas separadas por carteles que anuncian las películas que pronto se van a estrenar nos recibe en silencio y prácticamente sin apenas notarnos, sólo está la figura de un señor esperando cerca de la sala a la que nos dirigimos.

—Casi parece una escena de película de terror —murmura para que yo sea el único que la escuche.

—Si intenta atacarnos, puedes lanzarme en su contra con todo y silla para que te dé tiempo de escapar —bromeo tan discretamente como me es posible.

—Ya lo había pensado, ahora no me sentiré mal por hacerlo. —Trata de aguantar la risa sin demasiado éxito.

—¿Listos para disfrutar la función? Acaban de empezar los comerciales —Nos comenta cuando estamos a unos cuantos pasos de llegar a la puerta.

Creo que buscaron a un hombre que fuera lo suficientemente fuerte como para cargarme y correr alrededor del cine de ser necesario. Y no es que sus músculos puedan avergonzarse a cualquiera en un gimnasio, pero se ve que a sus treinta y tantos años su condición física es para presumir.

—Sí —le responde con una sonrisa—. ¿Eres la persona que me ayudará a pasarlo al asiento?

—Así es —se acerca para saludarnos—. ¿Lo cargo desde aquí y lo llevo a sus lugares?

—Me parece que sería más fácil si vamos hasta un lado de los asientos, lo sujetas de los brazos para que se pueda levantar y lo giras un poco para sentarlo en la butaca.

—Perfecto. Entonces síganme por aquí. —Abre la puerta para que podamos entrar.

Aunque las luces ya están atenuadas, la gran pantalla nos permite ver bastante bien lo que hacemos. La única preocupación que tenía desaparece cuando me agarra de las muñecas firmemente y me da un poco de impulso para poder ponerme de pie por unos segundos.

—Muchas gracias por ayudarnos. —Le dice mientras me termino de acomodar en el asiento.

—Fue un gusto. Cuando se acabe la película vengo para pasarlo de nuevo a su silla. —Se despide sonriendo amablemente.

—De haber sabido que era tan fácil lo hubiera hecho yo misma — comenta con algo de entusiasmo después de sentarse a mi lado.

—¿Y si me caigo encima de ti?

—No creo que suceda eso; soy más fuerte de lo que parece —asegura confiada.

No sé si es porque estaba distraído con la idea de llegar a tiempo para la película y saber si no habría problemas para cambiarme de lugar, pero ahora que la veo junto a mí y soy consciente de que esta es la primera vez que estoy solo con una chica en el cine, mi cuerpo comienza a darse cuenta de que es un excelente momento para ponerse nervioso. Lo curioso de la discapacidad es la facilidad que tiene para tomar cosas completamente normales para cualquiera y convertirlas en algo muy cercano a un pequeño infierno, y este es un ejemplo perfecto. Gran parte de la ansiedad que siento no se debe a que mi corazón esté latiendo a máxima potencia ni a que, aun concentrándome lo más que puedo, no consigo estar calmado para que los movimientos involuntarios regresen a los niveles mínimos, sino al temor de que a ella le esté molestando todo esto. Sé que escucha el sonido de mi respiración agitada y de los esfuerzos que hago por estar quieto, y pensar en eso hace que entre en un ciclo donde el deseo de no afectar la tranquilidad de los demás sólo provoca que esté más tenso y haga más ruido.

—También estoy un poco nerviosa —asegura con una cálida sonrisa mientras se acerca y toma mi mano.

Comienzo a creer que tiene el extraño poder de leer los pensamientos, o al menos de leer los míos; de otra forma, no entiendo cómo se da cuenta hasta

de lo que no digo. No es que tenerla a unos cuantos centímetros de mí me ayude a estar más relajado, pero hay algo en la suavidad de su voz que captura todos mis pensamientos, algo en el toque de cada uno de sus dedos que hace que mi conciencia sólo pueda vivir en mi piel. Sin duda ella lo sabe, por eso se acerca un poco más a mí cuando la ansiedad lucha por regresar con algún movimiento involuntario que se presenta después de muchos minutos de haberlos olvidado.

Creo que apenas tengo una pequeña noción del argumento de la película frente a nosotros o cuántos minutos faltan para que termine, y francamente no me podría importar menos. Ojalá este momento durara más horas de las que caben en un mismo día y me regalara más recuerdos de los que mi memoria es capaz de guardar celosa y apasionadamente. No quiero que los segundos sigan existiendo ni que las luces continúen ganando intensidad mientras los créditos anuncian el final de la función.

—Déjame acomodarme la silla para pasarte antes de que venga el señor que nos ayudó. —Me mira con sus ojos brillando cuando se asegura de que ya no hay personas en las filas que están arriba de nosotros.

La emoción no le dura mucho, ya que sólo da un par de pasos y el señor regresa a la sala por donde entramos hace casi dos horas. Separa mi silla de la pared y la trae para ponerla junto a mí.

—¿Listo para otro paseo? —Me pregunta sonriendo.

Afirmo con la cabeza y me agarra de las manos nuevamente para poder levantarme de la butaca. Como la primera vez, no pasan ni cinco segundos y ya me estoy terminando de sentar cómodamente en mi silla.

—¿Crees que David también ya haya salido de ver la película? —menciona mientras vamos hacia el elevador después de despedirnos del señor que me hizo el favor de cambiarme de asiento.

—Puede ser, pero si no, dudo que le falte mucho —respondo.

—Aún no es muy noche, tenemos tiempo para esperarlo donde acordamos —comenta y presiona el botón para ir al piso de abajo.

—No pensaba que hoy me la pasaría tan bien —admito aprovechando que aún estamos solos.

—¿Lo dices por “la chica de los dos minutos” o por mí? —Incluso sin verla, por el tono de su voz sé que está sonriendo.

—Fue una pelea bastante reñida, pero lo digo por ti —no es la única que puede bromear con esto—. Me alegro mucho de haberte conocido sin planearlo.

—Mi tarde también fue mucho mejor de lo que imaginaba cuando llegué al cine —se agacha un poco para darme un beso en la mejilla, tan corto que me parece eterno—. Nunca me había dado tanto gusto que una amiga me cancelara un plan, le tendré que agradecer por dejarme plantada.

El sonido de las puertas del elevador abriéndose interrumpe este pequeño momento, tal vez el más íntimo y romántico que he tenido en mi vida. Al dar unos pasos alcanzamos a ver que David ya nos está esperando frente una cafetería en la que no queda ni un asiento vacío.

—¿Qué tal estuvo la película? —Nos pregunta cuando estamos lo suficientemente cerca como para poderlo escuchar.

—Muy entretenida. —Pretendo que de verdad supe de qué se trató.

—¿Hace mucho que terminó tu función? —Si tuviera la suficiente seguridad, creería que ella también está evitando dar una respuesta concreta.

—No, tiene como diez minutos que salí. Estaba pensando en ver si quieren ir a cenar. —Al parecer intenta por última vez que pasemos más tiempo juntos.

—Me encantaría pero sigue estando la promesa que le hice a mi mamá —explica con un poco de lamento en su voz.

—Entonces mejor ya nos vamos para que no se te haga tarde. —Trato de que no se sienta comprometida a nada.

—¿Quieres que te llevemos a tu casa? —Le pregunta David.

—No es necesario, también vine en mi carro —comienza a llevarme con pequeños pasos hacia la salida—. Pero los acompaño hasta el estacionamiento.

—¿Vives por aquí cerca? —Sólo faltan unos 20 metros para llegar al auto y aun así me preocupa cuántas cosas podrá decir David en ese tiempo.

—Sí, como a unos quince minutos yendo para allá. —Señala a la derecha.

—Su casa también está como a cinco minutos en esa misma dirección —menciona David como si fuera una noticia especialmente buena.

—Me alegra saber eso, así será más fácil volvernos a ver —afirma volteando conmigo.

—Este es mi carro. —Le indica y se acerca para abrir la puerta de mi lado.

—¿Para pasarlo aquí es igual que como en la sala del cine? —pregunta después de acomodarme junto al asiento.

—Sí, es casi lo mismo —responde David.

—¿Lo puedo pasar yo? —Sus palabras parecen más una petición que una duda.

—Claro —David no tarda ni un segundo en moverse para que ella se pare frente a mí—. Deja me pongo a un lado para sujetar la silla y por si llegas a necesitar ayuda.

—¿Estás segura? —La detengo antes de que busque mis brazos para levantarme.

—Sí —su sonrisa me muestra que no hay ni un poco de temor en ella—. Confía en mí.

Con mis pies firmemente en el piso, me toma de las muñecas para regalarme ese impulso y equilibrio que me faltan para poder estar parado durante unos cuantos segundos. Intento hacerme cargo de la mayoría de mi peso en todo momento para no lastimarla, y al mismo tiempo disfrutar de cada instante en el que casi no hay distancia entre nosotros. No puedo evitar que mi corazón lata más deprisa ahora que su mirada está por debajo de la mía, ahora que el aroma de su cabello quiere dejarme sin aliento y el calor de su piel comienza a sentirse en mi pecho. Me gira dando pequeños pasos, con cuidado y sin miedo, sentándome dentro del carro vigilando que el techo no me golpee la cabeza.

—Estamos listos para salir los dos solos —asegura con entusiasmo mientras me abraza para darme un beso de despedida que jamás podré olvidar—. Mándame un mensaje al rato que llegues a tu casa.

Suspiro tan silenciosamente como me es posible.

Capítulo 15

El dolor en mi mano me anuncia que este será uno de esos días. No es que sea raro que me golpee con algo, casi siempre el metal de mi silla de ruedas, la suavidad del mueble donde paso la mayor parte de las horas o, incluso, alguna parte de mi propio cuerpo suelen estar ahí para recibir la torpeza de mis movimientos. Pero sólo me hizo falta abrir los ojos por un segundo para darme cuenta de que hoy tengo aún menos control de lo habitual. Tal vez no debí destaparme y mejor haber esperado a que alguien más viniera a levantarme de la cama, de esa manera no me hubiera pegado tan fuertemente contra la pared. De seguro esto sería muy difícil de explicar a otra persona, el que casi parezca que una noche de sueño al azar reprogramme mi cuerpo y a la mañana siguiente, prácticamente sin ninguna razón, todo me cueste más trabajo, todo a causa de esta constante sensación de incomodidad en el fondo de mi pecho. Aunque también puede ser que se trate de algo que a cualquiera le pasa y ni siquiera lo notan, de algo que, como de costumbre, la discapacidad sólo hace mucho más notorio.

Por ahora, lo único que me queda es esperar en silencio a que mi mamá venga y le dé inicio a mi rutina diaria, a eso que me ayuda a no notar tanto cómo la vida avanza afuera de mi ventana sin ni siquiera hacer el intento de invitarme. Me gusta pensar que no me pierdo de mucho, que realmente no hay nada detrás de la puerta de mi casa por lo que merezca la pena estar triste, pero es curioso que en ninguno de mis sueños, ya sea dormido o despierto, me imagino estando aquí, en mi cuarto; mis aventuras siempre son en algún lugar del mundo, no importa si es cerca o lejos de donde vivo, a la vuelta de la esquina o en un país que no conozco, basta con que haya un poco de aire fresco y el sol brille con orgullo en el cielo, basta con que me regale una fotografía que nunca antes haya visto.

Entre dolores y pensamientos, ya han pasado 15 minutos desde que me desperté. No es como que me esperara un día muy ocupado o que tuviera una cita que me pidiera que no tarde demasiado en estar listo para ir a algún lugar, pero me gustaría salir de mi cama pronto y poder hacer un poco más que hablar conmigo mismo en silencio mientras escucho ruido afuera de mi cuarto. No es que no quiera estar solo con mis ideas, con una clara y agradable voz en mi mente, incluso diría que se siente bastante bien; es como tener una

habitación llena de tiempo para gastar en mí, como ser el único dueño de mis decisiones. Sólo que el hambre en mi estómago no deja de recordarme lo poco que sobreviviría sin nadie más a mi alrededor, y eso por no mencionar las ganas de ir al baño. En unos minutos no me quedará otra opción más que hablarle a mi mamá para que venga antes de lo que tiene planeado, interrumpir lo que esté haciendo para que dedique su tiempo a atenderme al igual que todos los días.

Creo que aún puedo aguantar un poco sin molestar a nadie, sobre todo sabiendo que sólo estamos nosotros dos en la casa. Lo único que me falta es encontrar la posición adecuada y una idea que me ayude a distraerme lo suficiente como para que mi cuerpo se olvide de todo lo demás. Lo he hecho cientos de veces, así que una más no será ningún problema. Seguramente incluso podría dar todo un curso de esto y cobrar por enseñar a más personas la maravillosa habilidad de hacer a un lado cualquier necesidad básica del cuerpo. Apuesto que a muchos les sería útil; un doctor que quiera consultar a más pacientes sin descanso, un artista que quiera dar conciertos de diez horas seguidas, o algún trabajador explotado por la empresa que lo contrató, las posibilidades son casi infinitas. ¿Quién dice que es difícil tener éxito en la vida? Una idea basta para triunfar e iniciar tu propio imperio de clases donde la gente te pague por estar enfrente de un salón y que tú les des una lección que inventaste mientras tratabas de aguantarte las ganas de ir al baño como si de eso dependiera tu vida misma.

—¿Llevas mucho tiempo despierto? —Mi mamá entra al cuarto y le pone fin a estos pensamientos sin sentido.

—No; sólo unos minutos. —Ya hace demasiadas cosas como para que también tenga que estar pendiente de a qué hora me levanto.

—Es que quise aprovechar que seguías dormido y empecé a limpiar un poco la casa. —Se acerca para me vaya poniendo en la orilla de la cama.

—¿Desde tan temprano? Para mediodía ya vas a estar con todo el cuerpo adolorido. —De lo cual yo tendré la mayor parte de la culpa.

—No me queda otra opción, nadie lo va a venir a hacer por mí —asegura como si fuera justo que se conformara con esa respuesta.

—¿Por qué no les dices que te ayuden cuando lleguen en la tarde?

—Porque no van a querer o no limpiarían bien, ya los conozco. —Me levanta para llevarme al baño.

Trato de quedarme lo más quieto que puedo, ya noto lo mucho que le cuesta dar cada paso cargándome como para que se lo empeore con mis

movimientos. Ojalá no existieran estos días en los que estamos solos hasta que casi se oculta el sol en el cielo, ojalá nunca volviera a ser necesario que me cargara prácticamente llevando su cuerpo al límite, lastimándose con cada segundo que se esfuerza para que mis pies no toquen el suelo. Incluso contengo la respiración mientras avanzamos lentamente, queriendo que el tiempo desaparezca de mi interior, esperando que eso le ayude aunque sea un poco. Tal vez sólo me engaño a mí mismo y lo hago para que la culpa al ver el dolor en su cara no termine de destrozarme por dentro. Tal vez, al igual que hace unos minutos, sólo quiero distraerme para no pensar demasiado en el daño que le estoy haciendo.

Creo que por lo menos todo esto tendría un poco de sentido si mi vida tan siquiera aportara algo a este mundo, si tanto trabajo para mantenerme respirando un día más resultara útil para alguien. Sin duda, mi familia me ama y por eso hacen cualquier cosa por cuidarme, para que esté bien, y ante sus ojos es suficiente con que nada cambie, con que siga disfrutando del camino que me tocó de la forma en la que me sea posible, incluso si eso significa avanzar tan despacio que casi parezca que no me estoy moviendo. Pero a mí no me basta con conformarme con esto, me niego rotundamente a que mi existencia se desperdicie en esperar a que el tiempo pase por mi cuerpo y cumpla su propósito, a que mi propósito en este mundo se reduzca a sólo aparentar que vivo.

Las personas dicen que la experiencia viene con los años; sin embargo, creo que realmente la adquirimos a partir del dolor al que estamos expuestos, y entre más grande sea el número encima de nuestro pastel de cumpleaños, mayor oportunidad habremos tenido de sufrir. Todo esto, claro, en una situación común, donde los problemas sean educados y te esperen a la vuelta de la siguiente esquina. Tampoco es como que mi vida sea la más desgraciada de todas, que dejaría en vergüenza a cualquier mártir de la historia, pero estoy bastante acostumbrado a saludar a más de un inconveniente en mitad de la calle. Por eso por lo menos me gustaría que lo que he vivido sirva para algo y no quede simplemente condenado al olvido. He intentado buscar un trabajo donde pueda usar lo que he aprendido en más de 20 años y hasta hace unos días no había logrado ni siquiera un pequeño resultado positivo, de ahí que casi no lo pudiera creer cuando me dijeron que me presentara el próximo lunes a una entrevista para ayudar a personas que pasan por situaciones difíciles. Sólo falta que no estén en contra de que lo haga desde mi casa y prácticamente se trataría del puesto ideal para mí.

Tal vez con el paso de los días el cansancio se haga presente y apenas consiga terminar cada semana con la energía suficiente para dormir, pero no sería muy distinto a lo que mi mamá soporta desde hace tantos años. A decir verdad, ver cómo se esfuerza por cuidarme cada día es una de las pocas cosas que aún impiden que me rinda ante la idea cada vez más tentadora de adelantar el final de mi historia. Simplemente no soy capaz de pagarle tanto amor de una manera tan cruel, de exponerla a que sea quien encuentre mi cuerpo en la mañana y el impulso por hacerme compañía le gane despiadadamente la batalla a la razón. Con sólo pensar en eso se me hace un agujero en el pecho y me siento culpable por todas las veces que lo he considerado.

Recuerdo que al principio la idea me parecía completamente inaceptable, que ni siquiera lo consideraba como una pequeña posibilidad para un futuro lejano. Eso fue cuando era joven y mi vida todavía me mostraba su mejor cara, cuando mis días estaban llenos de aire fresco, de tiempo en la escuela con algunos amigos y de esperanza de que lo mejor aún no llegaba. Incluso aguanté bastante bien la aparición del repentino cambio del color de mi rutina, pues de pronto comencé a pasar la mayoría de mis horas entre las paredes de mi cuarto y todo se volvió muy solitario. Así aprendí que no hay nada que suceda sin dejar una huella detrás, que cualquier voluntad se puede romper si le insisten lo suficiente. Sólo hizo falta que lo pensara un poco para que encontrara el lado bonito de esa imagen, para entender por qué tantas personas han preferido esa salida a seguir luchando por algo que jamás llegará. A veces lo mejor simplemente es darse cuenta de que ya se ha perdido la guerra. Creo que no sería demasiado difícil hacerlo, bastaría con esperar a que todos se durmieran en la noche, escribir una carta de despedida en mi computadora y encontrar un buen lugar para golpearme la cabeza lo suficientemente fuerte como para que la oscuridad fuera el único testigo de mi última respiración. Rápido y con dolor, un buen trato que aceptaría con gusto para mi muerte, así por lo menos habría un poco de emoción en los minutos finales de mi vida. Por supuesto, trataría de que nadie supiera la verdad detrás de mi aparentemente repentina decisión, le echaría la culpa al cansancio y al dolor de mi cuerpo, al constante acoso de los problemas e incluso a la novedad de una depresión que me atacó hace sólo un par de días. Sin duda, cualquier cosa no causaría tanto daño como decirles que sencillamente ya estoy harto de vivir, que desde hace varios años me di cuenta de que mi camino ya me mostró lo mejor que tenía y que no me interesa recorrer una carretera vacía hasta llegar al final, que no estoy dispuesto a seguir creyendo que en algún momento todo va a cambiar, cuando

no puedo más que hacer lo mismo una y otra vez, día tras día, siempre lo mismo. Es absurdo pensar que de pronto, en una de mis salidas esporádicas, haya un encuentro inesperado que le dé un nuevo color a mi vida, que alguien ignore mi apariencia y se tome la molestia de acercarse para conocerme, de pasar por tantos problemas sin saber ni siquiera si le caeré bien.

Si me aseguraran que nadie sufriría si me voy así de este mundo, probablemente ya no estaría aquí; pero sé que incluso eso es pedir demasiado, que sería un dolor inevitable e injusto para mi familia. Sólo por eso vale la pena soportar todo lo que venga, continuar viviendo aun si no le veo ningún sentido. Tener eso en mente me basta para levantarme cada mañana dispuesto a dar lo mejor de mí, a por lo menos servir para darles ánimo a los demás. No ganaré un premio a la vida más útil e interesante de estos últimos años, sin embargo no lo necesito. Por ahora me basta con ver a mi familia contenta, con tener momentos ocasionales de felicidad que me den un pequeño descanso de la inagotable rutina en la que no dudaron en convertirse mis días.

—No te puedo dar de comer así, te estás moviendo mucho. —Mi mamá por fin termina con la incertidumbre por saber cuándo me regañaría.

Creo que la ansiedad de sentir cómo se va molestando en silencio es peor que la desesperación por no lograr quedarme quieto.

—Deja de moverte tanto, tiras la mitad de la comida que te meto a la boca. —Me da un momento para acomodarme mejor.

—Eso intento. —No sé qué más decir.

—No parece. Ayer en la noche no te movías de esta manera —comenta como si de verdad fuera lo mismo—. No creo que en una mañana se te haya olvidado cómo sentarte bien.

Aunque no es el caso, no es raro que algo así suceda. A veces me cuesta mucho volver a encontrar la posición en la que la última vez pude hacer lo mismo sin problemas, o simplemente resulta que ya no funciona; depende mucho de cómo me sienta, y hoy, por supuesto, no estoy precisamente en las nubes. Sólo me queda tratar de buscar una postura donde mi cuerpo esté tan tenso que no le sea posible desobedecerme. Bastará con aguantar unos minutos, con concentrarme en cada músculo para que deje de salirse tanto de control.

—¿Ves que no era tan difícil? —Me pregunta ya más tranquila.

Con masticar un poco para poder pasarlo sin que se atore y pensar en cualquier otra cosa será suficiente.

—Estás a un paso de que tengamos que molerte toda la comida para dártela como si fueras un bebé —menciona antes de levantarse para llevar el plato a la cocina.

¿De verdad era necesario que dijera eso? Entiendo perfectamente que se desespere conmigo, ya sea justa o injustamente, ya sea por algo que hice o porque es más fácil desquitarse con alguien que poco puede hacer. No me molesta ser el objetivo de la mayoría de las quejas en esta casa, pero creo que hay palabras que sobran. Sé que lo que dice no es cierto, que, si bien con el tiempo tengo más limitaciones, aún no estoy tan mal como para no ser capaz de comer igual que todos; tal vez eso sea lo que me lastime, que quiera que me sienta mal por tener un momento más difícil de lo normal, que lo diga sabiendo que me dolerá. Aun así, basta con sonreír y fingir que lo tomo como una broma, que estoy bien a pesar de que espero volver a quedarme solo para poder dejar de fingir.

—¿Me pasas la computadora, por favor? —Le pido cuando veo que regresa un momento a la sala.

—Sí, sólo espera a que termine de limpiar la cocina —responde como si no importara el hecho de que eso significa quedarme aquí sin hacer nada,

No es que me moleste estar unos cuantos minutos en silencio, mirando mi cuarto y pensando en cualquier cosa que se me ocurra, pero me cuesta encontrarle sentido a esta distribución del tiempo; y es que con sólo venir primero para dejarme listo eliminaría este pequeño vacío en mi agenda del día, con ese ligero cambio en el orden los dos podríamos hacer algo sin que nadie tuviera que esperar. Incluso si su intención es que descanse un poco, estoy seguro de que no afectaría si reviso mi correo y las notificaciones que me hayan llegado desde que apagué todo para dormir; no es como si me fuera a poner a bailar o algo así.

—Tal vez por esto cada vez estás peor, por pasar tanto tiempo pegado a la computadora —comenta después de encenderla.

—No tiene nada que ver, mamá. —Ya perdí la cuenta de las veces que hemos tenido esta conversación.

—Eso crees tú, pero no sabes el daño que te pueda causar —asegura con su clásica voz de regaño.

¿De verdad no voy a conocer mi propio cuerpo después de tantos años? No es como si me despertara ayer en la mañana y apenas me hubiera dado cuenta de que nací con una discapacidad. Si hay alguien que la conoce, ese soy yo; la he visto despeinada y sin maquillaje miles de veces. Sé que hay cosas

que me hacen perder aún más el control de mis movimientos, como las emociones fuertes o que me presionen para que me quede quieto cuando ya lo estoy intentando y que se enojen sólo porque no son conscientes de lo difícil que es vivir con el cerebro dañado. Y si la computadora de verdad me afectara, ¿qué debería de hacer? ¿Dejar de usarla? No sería la primera vez, ya he renunciado a muchas cosas que me gustaban porque me ponían demasiado tenso y provocaban que todo mi cuerpo temblara. Pero, ¿hasta qué punto espera que llegue? ¿A que sólo me pase el día mirando por la ventana? Eso suponiendo que un doctor especializado y con años de experiencia nos garantice que es seguro para mí.

—Pobre de ti que al rato que comamos sigas así, sin poder controlarte.
—Sale de mi cuarto ligeramente molesta.

Ya hasta me hace gracia ver cómo la discapacidad logra quitarme incluso los pequeños momentos que todavía me quedan para disfrutar. Ahora estaré esperando con ansiedad y preocupación a que sea hora de comer, sin duda una situación ideal para que llegue completamente relajado a la mesa. De nuevo, no creo que fuera estrictamente necesario que hiciera ese comentario. ¿No se ha dado cuenta de lo mal que funciona mi cuerpo bajo presión? He vivido muchos días como este y lo único que de verdad es útil es respirar profundamente, tener paciencia y confiar en que la noche se llevará este sentimiento de incomodidad.

Lo divertido es que después de todo esto ni siquiera siento ganas de usar la computadora, aunque tampoco es que tuviera mucho por hacer. Esa es otra de las grandes curiosidades de la discapacidad que fui descubriendo al crecer, que por lo general las personas suelen estar más ocupadas con el paso del tiempo. Aún recuerdo que hace unos años podía durar varias horas hablando con mis amigos o haciéndoles compañía en algún juego en línea, pero, como es normal, de repente empezaron a trabajar y los minutos se convirtieron en un recurso mucho máspreciado. Tal vez ahí fue cuando me di cuenta de que, si bien no poder caminar es difícil, el no avanzar es algo bastante peor. Por supuesto, no pretendo que nadie detenga su vida para no dejarme atrás, no veo cómo eso sería justo o útil para alguien; pero admito que a veces es duro observar que las personas se alejan demasiado rápido de mí, y más sabiendo que sólo están yendo a un ritmo normal, sin prisa. La única opción que me queda es seguir dando pequeños pasos y tratar de encontrar mi propia manera para aprovechar el tiempo que tengo, crear un camino por el que me sea posible darle un buen uso a lo que sé hacer, a lo que soy capaz de dar.

Ahora la computadora prácticamente se ha vuelto un juguete muy caro, algo para entretenerme día a día. Aunque en Internet nunca faltan cosas que ver, páginas donde perderme un rato y respuestas a preguntas que ni siquiera me había imaginado, poco a poco ha dejado de ser un lugar tan divertido para mí. Creo que en parte se debe a que ya no intento conocer personas nuevas, a que ya no tengo esa emoción de pensar que detrás de una solicitud de amistad puede estar alguien que no sea únicamente un nombre más en mi lista de contactos. Y no es que prefiera seguir solo, que ya no me interese tomar la iniciativa para por lo menos hacer un amigo, pero sé que, sin importar cuánto me esfuerce, el resultado siempre será casi el mismo. Si ya es difícil encontrar a alguien que viva cerca de aquí, caernos bien, tener cosas en común, invitarlo a venir a mi casa para charlar en persona y no parecer un potencial secuestrador en el proceso, la preocupación de mi mamá no lo hace más fácil. Llegué a la conclusión de que en su mente sólo existen dos tipos de seres humanos fuera de mi familia: los que me quieren hacer daño, y yo. No es que no la entienda, es mi mamá y me tiene que cuidar, pero no es como si también se pusiera en mi lugar antes de darme miles de excusas para que no conozca a ese “extraño” que seguramente me estuvo mintiendo durante semanas para engañarme y poder... ¿matarme? Eso, claro, si se trata de un hombre, ya que de ser una chica y, como es lógico, pretender salir solos en una cita, la situación sería mucho peor. De pronto todo se convertiría en un problema imposible de superar e incluso existiría el peligro de que no sepa cómo ponerle los frenos a mi silla, lo cual, por alguna razón, haría que yo terminara en la sala de urgencias del hospital más cercano. Aunque, honestamente, dudo mucho que algún día me atreva a invitar a una chica a salir, y no sólo es porque sé que me rechazaría de inmediato o que, en el mejor de los casos, aceptaría por lástima, sino porque no me parece justo pedirle que pase por tantos problemas.

Lejos de no ser consciente de los problemas y dificultades a los que me expone la discapacidad como mi mamá cree, simplemente para mí no son más que una parte de mi día a día, algo a lo que ya estoy acostumbrado desde hace mucho tiempo. De no ser así, tal vez ni siquiera saldría de mi cama ya que con poner un pie en el suelo empiezan los retos de las siguientes 18 horas. Mi vida es una constante cuesta arriba, y de no estar dispuesto a enfrentarla, de detenerme un momento para descansar un poco, probablemente terminaría cayendo sin control hasta que un precipicio marque el fin, hasta que la comodidad de rendirme y conformarme con respirar cada mañana cautive mi

amor.

—¿Cómo te fue? —Escucho a mi mamá en la sala a través de mi puerta abierta.

—Ya sabes que la escuela no es lo mío, sólo voy a perder el tiempo ahí. —Creo que hoy mi hermano no llegó muy animado.

—Si le pusieras más ganas, sacarías mejores calificaciones. —Parece que de nuevo van a tener la misma conversación de siempre.

—Ya lo he hecho y no sirve de nada.

—Nunca he visto que te pongas a estudiar de verdad.

—A veces lo hago en las noches.

—¿Cuando no sales con tus amigos o cuando no estás durmiendo?

—Ni que me fuera de fiesta todos los días.

—Pues poco te falta para llegar a eso.

—¿Y a ti qué te importa? Es muy mi vida, ¿no?

—Soy tu madre, y si te la pasas jugando sin pensar en tu futuro, tengo derecho de decirte algo.

—Puedo tomar mis propias decisiones, ya dejé de ser un niño como para que me quieras estar cuidando todo el tiempo.

—Pues no lo parece, te sigues portando como si tuvieras cinco años.

—Con nada te voy a dar gusto, mamá, y ya me cansé de seguir aguantando tus reglas.

—¿Cuáles reglas? Lo único que te pido es que dejes de andar tanto en la calle y te dediques a estudiar como se debe.

—Todo lo que quieres es que no le recuerde lo que se pierde por no poder caminar, que también limite mi vida para que no se sienta tan mal.

—No digas esas tonterías, te va a escuchar. —Baja un poco la voz.

—No le veo el problema, es la verdad.

Al parecer no soy el único que está teniendo un mal día, seguramente busca desahogarse de una mañana difícil en la escuela con lo primero que se le cruce en el camino y mi recuerdo tuvo la fortuna de pasear por su mente justo en este momento. Siendo sincero, si hay algo que me duela no son sus palabras, he escuchado muchas peores y desde hace años no le doy ninguna importancia a este tipo de agresiones; nadie me puede decir nada que no sepa ya, y si no tengo problema con las circunstancias que me tocaron, ¿de verdad creen que unos cuantos insultos o acusaciones van a cambiar eso? Lo duro es ver la facilidad con la que decide malgastar sus días llenos de posibilidades

que para mí sólo son un sueño; el cómo decide que divertirse es todo lo que importa en este mundo. Eso es lo que duele, darme cuenta de que no valora el hecho de que su vida esté libre de límites, con tantas opciones a su favor, y escoja rendirse en lugar de esforzarse.

Tal vez sea demasiado engréido o arrogante de mi parte, pero en el fondo esperaba darle por lo menos un poco de inspiración que lo motivara a salir adelante en la escuela, a dedicarse a algo que de verdad valga la pena y no desperdicie un futuro en el que puede aspirar a lo que sea. Pero supongo que no todos pensamos de esta manera, que, para bien o para mal, el ritmo tranquilo al que me obliga vivir la silla de ruedas me ayuda a ver las cosas desde otra perspectiva, a ponerle más atención a pequeños detalles que otros pasan por alto, a apreciar la belleza de un camino donde los sueños también pueden ser una realidad. Creo que lo único que me queda es respirar profundamente y entender que cuando no necesitas luchar por cualquier cosa que quieras hacer, es mucho más fácil dejar que el tiempo pase sin que tenga ninguna importancia.

—No quiero tener que discutir siempre por lo mismo. —Mi mamá se escucha enojada a unos cuantos metros de mi cuarto.

—Tú fuiste la que empezó todo, yo sólo quería llegar a comer porque me estoy muriendo de hambre.

—Pues necesito aprovechar las pocas veces que te veo para poder decirte las cosas.

—¿Entonces no te importa que llegue con hambre?

—Sí me importa, ¿pero qué quieres que haga?

—Que también te preocupes por mí, tienes más de un hijo.

—Nosotros ya comimos hace rato y te dejé tu comida preparada en la cocina. No creo que necesites mi ayuda para calentarla.

—¿Hay algo para tomar?

—Sólo la soda que compré para tu hermano, pero hay para que hagas agua de sabor.

—Como siempre, dándole toda la prioridad sin pensar en los demás.

Entiendo a mi mamá, acostumbra asegurarse de que no me falte nada ya que, obviamente, no puedo ir a la tienda para traer lo que sea que necesite, y no veo por qué me debería de sentir mal por eso. Creo que a veces se confunde mucho la justicia con la igualdad. Dan por hecho que lo que quiero es que me traten como a cualquier persona, que no me den ninguna preferencia para así dejar muy claro que por tener una discapacidad no valgo ni más ni

menos que nadie. No es que todo esto sea completamente mentira, pero, de nuevo, se trata de una confusión de dos ideas que a simple vista parecen ser una misma. Ser igual que los demás y tener algunas necesidades diferentes a las de la mayoría no son conceptos que estén peleados a muerte y no puedan salir juntos a beber. Dudo mucho que alguien se moleste al ver que voy por la calle en una silla de ruedas mientras todos utilizan sus piernas para caminar; tal vez, con mucha imaginación, lo correcto sería arrastrarme por el piso y no usar nada que me dé ventaja, aceptar la condición que tengo y resignarme a estar sucio casi de por vida. Sin embargo, estoy seguro de que no hay ninguna injusticia en el hecho de que borre esa limitación con la ayuda de un asiento con cuatro ruedas y que eso no cambia el valor que tengo como ser humano ni hace que de pronto todos a mi alrededor ya no puedan volver a caminar.

—¿Puedes llevar a tu hermano al baño? Es que ya no aguanto la espalda.
—Mi mamá le pide justo lo que temía.

—Sí, ahorita que coma. —No se escucha como la persona más contenta del mundo.

—Mejor llévalo antes porque ya ha de tener muchas ganas y no te tardas ni cinco minutos.

Es verdad que estoy acostumbrado a ir más o menos a esta hora, pero tampoco es necesario preocuparse tanto; bien podría esperar a que termine sin ningún problema.

—Ya ni comer en paz me dejan. —El fastidio en su voz es evidente.

Si hay algo peor que necesitar de alguien más para casi todo, es que a quien le toque venga a hacerlo de mala gana. Aun si lo esconde con una sonrisa o si estoy seguro de que no me va a maltratar, siempre está ese olor artificial, el saber que no quiere estar aquí y que probablemente después de que termine se irá a quejar del favor que me tuvo que hacer. Por alguna razón, esa es una de las cosas que más duelen, ese sentimiento tan cercano a la traición, el no entender cómo pueden decir algo así siendo que sólo un minuto antes estábamos hablando como si nada malo pasara. Afortunadamente, con el tiempo también he aprendido a aceptar esto y verlo como parte de la vida que me tocó; mientras no me agredan demasiado, me conformo con el trato que sea.

El largo y especialmente difícil día por fin está dando señales de quererse ir al otro lado del mundo, ahora el cielo oscurecido comienza a traer la esperanza de que mañana será un poco más agradable. Sinceramente, me basta con regresar a la normalidad, a mi normalidad, a que mi cuerpo ya no me

complique aún más todo lo que hago y que mi familia vuelva a estar de mejor humor como es lo normal en esta casa. Me alegra haber podido sobrevivir hoy; tal vez sea porque entre más pasan los años más me cuesta seguir fingiendo que estoy bien con todo esto, tal vez sea porque de verdad sucedieron demasiadas cosas malas en estas últimas horas, pero lo importante es que logré llegar a la noche sin dar tantas molestias. Lo bueno es que días como este no suelen ser muy comunes, más porque esta extraña e inexplicable incomodidad que me acompaña desde que me desperté no me saluda tan seguido. Por lo demás, tan sólo basta con respirar profundamente y continuar hasta el momento en el que ya no pueda más; cuando eso pase ya veré qué hacer.

—¿Le das de cenar a tu hermano, por favor? Ya me quiero subir a descansar. —El eco indica que mi mamá ya está en las escaleras.

—¿Por qué no se lo pides al otro?

—Porque acaba de llegar de trabajar y también está cansado.

—Pero yo lo llevé al baño en la tarde, le toca hacer algo.

—Eso fue hace horas, no seas exagerado.

—Dile que le lavo la ropa si baja y le da de cenar.

Como siempre, soy el “premio” que nadie quiere, lo que cambiarían por cualquier cosa si eso les libra de atenderme.

—Te lo estoy pidiendo a ti, hazme el favor de darle tú.

—¿Y por lo menos ya preparaste lo que va a comer?

—No. Pregúntale qué quiere cenar y se lo das.

—¿Hasta eso tengo que hacer?

—Déjalo así, yo le doy. Muchas gracias.

—Ya súbete, ahorita veo qué desea su majestad y se lo preparo.

—¿Pero lo harás de buena manera?

—Sí.

—¿Y lo puedes acostar cuando termines?

—Pues sí, ¿qué otra me queda?

—Gracias. Después te lo voy a recompensar. —Escucho cómo sus pasos comienzan a dirigirse hacia su cuarto.

Aunque me gustaría poder cenar a gusto, sin sentir que me están dando de cenar a la fuerza, me conformo con la idea de que detrás de esta comida me espera el final del día, de que sólo unos cuantos minutos me separan de estar acostado y tranquilo en mi cama, sin más problemas hasta que el sol vuelva a aparecer en el cielo.

—Ya apaga la computadora, te voy a dar de cenar. —Mi hermano entra a mi cuarto con un sándwich de jamón y un vaso de soda en las manos.

—¿Por qué nada más un sándwich? —Trato de que no parezca que le estoy exigiendo algo.

—Con uno es suficiente —responde sin prestarle mucha atención a mi pregunta.

—¿Tú cuántos te comes?

—Con uno es suficiente para ti.

—Pero no me voy a llenar. —¿Cree que los movimientos involuntarios se alimentan del aire? Si hasta quedarme quieto es un esfuerzo que me consume energía.

—Bueno, es eso o nada.

—Nada. Ya no tengo hambre.

—¿Seguro? Mi mamá ya no va a bajar y si te pones en ese plan te voy a dejar en el sillón hasta que me vaya a ir a la escuela.

—Puedo dormir sentado, no tengo ningún problema con eso.

—Perfecto. Entonces que pases buenas noches. —Sale de mi cuarto apagándome la luz y cerrando la puerta.

Creo que hay un límite para todas las personas y este, definitivamente, es el mío. No es necesario que me recuerde que soy incapaz de valerme por mí mismo; decirme “es eso o nada” prácticamente es burlarse en mi cara, es aprovecharse del hecho de que aparentemente no tengo ninguna otra opción más que atenerme a la caridad que en este momento me quiera dar y no estoy dispuesto a permitirlo. Prefiero dormir incómodo y con hambre antes que dejar que me humillen de esa manera, prefiero esperar a que el silencio se lleve todo el coraje que siento.

Por fortuna, aún tengo la computadora encendida y a mi alcance. Tal vez ya sea hora de escribir esa carta, o por lo menos hacer algo para que mi vida ya no tenga tan poco sentido; honestamente, cualquiera de las dos decisiones me parece casi igual de atractiva. Sólo hace falta abrir Word y ver lo que mis torpes dedos tecleen lentamente. Sea lo que sea y aunque no lo termine esta noche, me conformo con que marque el inicio de un cambio, no importa cuál. Eso es lo que haré y ya no hay marcha atrás ahora que una pequeña línea parpadea en la pantalla casi completamente en blanco. Un suspiro es lo último que me separa de empezar a poner las palabras de las cuales dependerá mi futuro; lentamente, una por una, escribo la primera frase que me muestra el camino que escogí:

La risa salió más fuerte de lo que me hubiera gustado...

Acerca del autor



Me llamo Adrián Ponce, nací el 23 de abril de 1989 después de pasar por varias complicaciones al momento del parto. Debido a esto desde entonces vivo con una discapacidad llamada parálisis cerebral infantil (PCI), la cual básicamente me impide caminar, controlar completamente mis movimientos y hablar “normalmente”. Por fortuna, el daño sólo se limitó a aspectos motrices, dejando mi mente intacta. Así que, cuando a temprana edad comencé a desarrollar la habilidad de usar mi pie derecho casi como si fuera

una mano, gran parte de las limitaciones se quedaron atrás.

 Mi pasión por escribir empezó cerca de los 18 años cuando descubrí que por medio de las letras puedo transmitir a otras personas lo que pienso, vivo y siento. Por eso diría que este es un libro donde aprovecho todas las experiencias que he vivido.

Contacto

Página web: <https://adrianponce.com>

E-mail: adrian@adrianponce.com

—Redes sociales—

[Facebook](#)

[Instagram](#)

[Twitter](#)

[YouTube](#)

Si te ha gustado mi trabajo y deseas apoyarme para que pueda continuar haciéndolo, ¡lo puedes hacer a través de mi [página en Patreon](#) o simplemente compartiendo mi contenido para que llegue a más personas!